BREVE HISTORIA de...

ENTREGUERRAS

CRÓNICA DE LOS 20 AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

Óscar Sainz de la Maza

El turbulento y macabro período entre las dos guerras que asolaron el mundo: organizaciones paramilitares de jóvenes, revolucionarios hallazgos científicos, devastadoras crisis económicas, auge de dictaduras violentas y genocidas, continuas guerras civiles. Descubra las claves históricas de una época que marcó el siglo xx





ENTREGUERRAS

CRÓNICA DE LOS 20 AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

Óscar Sainz de la Maza

El turbulento y macabro período entre las dos guerras que asolaron el mundo: organizaciones paramilitares de jóvenes, revolucionarios hallazgos científicos, devastadoras crisis económicas, auge de dictaduras violentas y genocidas, continuas guerras civiles. Descubra las claves históricas de una época que marcó el siglo xx



Breve historia de entreguerras

BREVE HISTORIA DE ENTREGUERRAS

Óscar Sainz de la Maza



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de entreguerras*
Autor: © Óscar Sainz de la Maza

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Conversión a e-book: Paula García Arizcun
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

ISBN edición impresa: 978-84-9967-695-1
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-696-8
ISBN edición digital: 978-84-9967-697-5
Fecha de edición: Abril 2015

Depósito legal: M-8655-2015

Come and die. It´ll be great fun.
And there´s great health in the preparation.

[Ven y muere con nosotros.
Será divertido, y el entrenamiento es bien saludable.]

Carta de Rupert Brooke a un amigo
Enero de 1915

Índice

Introducción: una tarde en el cine

Agosto de 1939 vio como largas colas de hombres con sombreros y niños vociferantes se agolpaban enfrente de las anchas entradas de los cines estadounidenses. Hacía calor, pero el premio lo merecía. Se estrenaba por aquel entonces el filme *El Mago de Oz*, que la crítica aplaudió quizás en exceso, y a la que el público no llegó por completo hasta que la televisión le forzó a visionar reposición tras reposición durante los años cincuenta.

Los pósteres, dibujados a mano en aquellos tiempos, gigantes y coloridos, mostraban a la inocente Judy Garland acompañada de unos inverosímiles amigos: un espantapájaros en busca de un cerebro, un hombre de hojalata que desea encontrar un corazón y un león que vaga en busca de coraje.

Los acalorados espectadores bien podían haber ido al cine a olvidar sus preocupaciones; particularmente, cuando la situación en Europa estaba al borde del estallido, y el presidente Roosevelt parecía empeñado en suscitar las iras de los nuevos totalitarismos que amenazaban medio mundo. Pero fue recostarse en la butaca y no pocos comenzarían –muy posiblemente– a captar sutiles paralelismos.

El león era claramente Gran Bretaña. El castañeteo de sus dientes se escuchaba incluso a ese lado del Atlántico. Hasta ese mismo año no había sido capaz de hacer otra cosa que negociar concesiones territoriales con un dictador que entendía las relaciones entre naciones en términos de astucia y fortaleza. El dictador, por cierto, un Hitler por el que nadie habría apostado medio marco hacía tan sólo una década, era el hombre de hojalata. Con un cuerpo formado de planchas acorazadas en movimiento, la cruzada asesina del III Reich buscaba un objetivo último y «humanitario», al menos en la acepción de «humanitario» que manejan los nacionalismos extremos: la de cuidar, expandir, reasentar e integrar a su propio pueblo por encima del cadáver de otros. El hombre de hojalata deseaba convertirse en el corazón del pueblo alemán; cálido y activo, haciendo circular su sangre purificada.

Es difícil que el lector deje de preguntarse por el tercer personaje. El espantapájaros sin cerebro era claramente Francia. Subida en un ridículo trono, a modo de Napoleón IV, París había inaugurado el período de entreguerras creyendo que rescataba su antiguo poder en el continente. Nada más lejos de la realidad. Sus bandazos agresivos no denotaron otra cosa que debilidad, y la ronca voz de la industria alemana pronto superó a los fatuos discursos pronunciados desde el Elíseo. Buscar un corazón podía ser extravagante; haber extraviado el cerebro era, cuando menos, peligroso.

Pero dejemos de adelantar acontecimientos. El lector comprenderá lo que ocurría en 1939, incluso lo temerá, cuando se acerque a esa fecha. Por el momento, debemos situarlo veinte años atrás. En el momento en el que se «apagaron las luces en Europa» y, cuatro años después, los Gobiernos de medio mundo se levantaron exhaustos o directamente destruidos. Comenzaba una nueva era; aquella de la que hablaremos aquí.

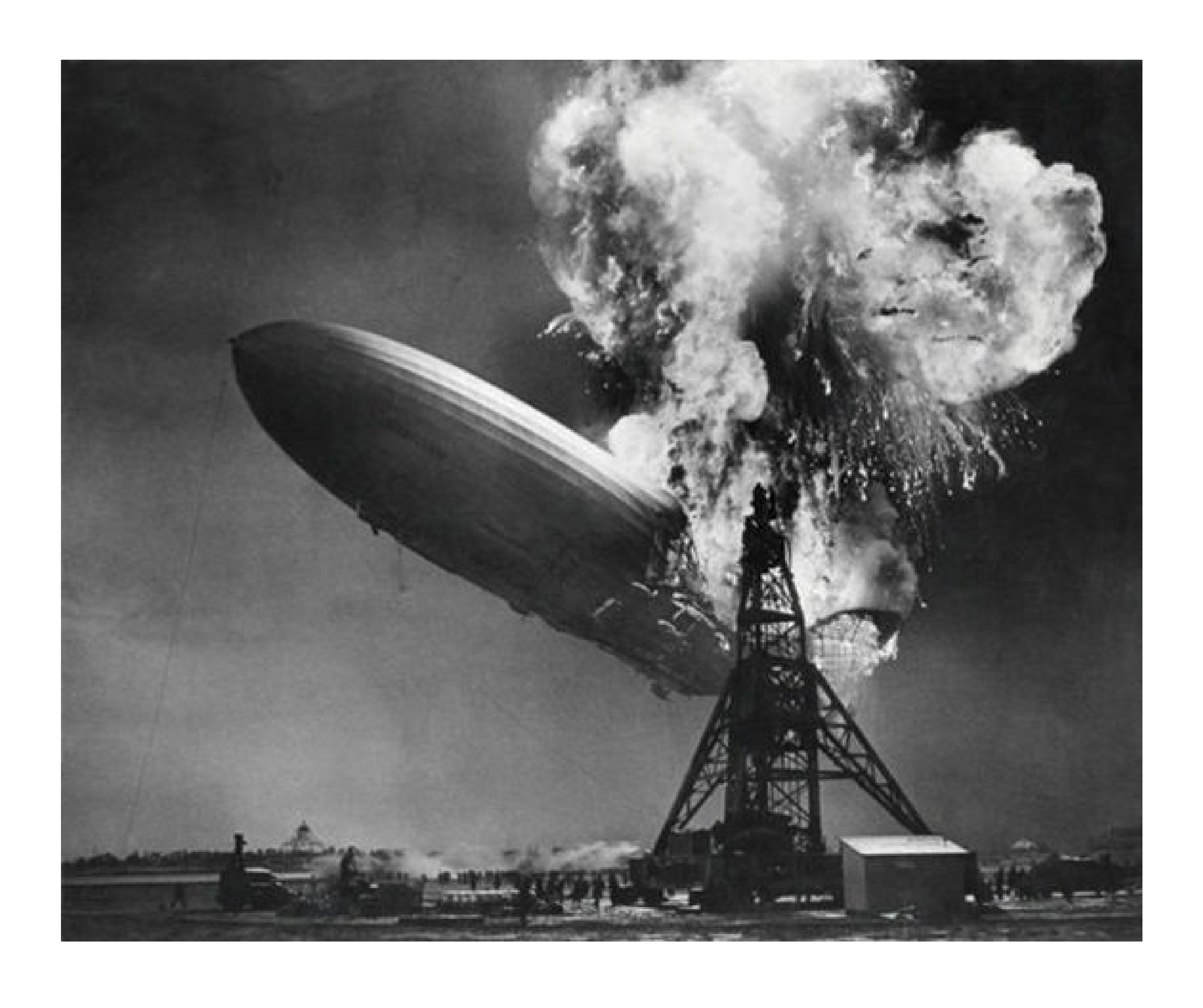
Trataremos de explicar cómo llegó la humanidad a la Segunda Guerra Mundial. Particularmente, después de haber sufrido una matanza horrenda como la acaecida entre 1914 y 1918. La responsabilidad –dejemos a otros el debate de *culpas*– recayó enteramente sobre Europa, y también sobre un lejano islote de imitadores reticentes llamado Japón. Tras 1945, Europa no podría recuperar nunca su ya dudoso prestigio moral. Ella, y sólo ella, con sus inquinas franco-alemanas, su ansia de controlar los mares y sus eternas disputas fronterizas, había sido capaz de ahogar al mundo conocido en una espiral carmesí. Antes de 1914, los europeos pensaban en Roma por sus estatuas. En 1945, la bombardeaban, sembrando el mapa aéreo de volutas de humo que costaban vidas y destrozaban museos.

En la primera parte de este libro, intentaremos comprender los *impulsos*, las *reacciones* de la época, veremos qué pautas culturales nacen y se mantienen a lo largo del período, y cuáles no aguantan el paso del tiempo. En la segunda, narraremos simplemente –pero no de manera simple– los *happenings* de entreguerras. Las maniobras, los procesos y las anécdotas. El lector podrá entender los segundos si entiende los primeros.

Pero basta de divagación. Cerremos los ojos y volvamos al siglo del que todavía nadie se ha logrado despegar. Volvamos al siglo XX.

I

El espíritu de los tiempos



1

¡Giovinezza, Giovinezza!

Yours is the Earth and everything that's in it
And –which is more– you'll be a Man, my son!

[Tuya es la tierra y todo lo que hay en ella.
Y –lo que es más– ¡serás un hombre, hijo mío!]

If
Rudyard Kipling

En el verano de 1914, el fervor recorrió las espinas dorsales de muchos jóvenes, sentados en los cafés de las grandes avenidas de París, Berlín, Viena o Londres. Ante sí, veían pasar a aquellos que finalmente iban a tener la oportunidad de convertirse en héroes de una causa. La Guerra marcó a la juventud de Europa porque, a su vuelta, todos ellos estarían cambiados. Todos querrían seguir construyendo el futuro a un ritmo más rápido del que lo habían vivido.

Ansia existencial: la juventud de clase media, entre dos siglos

La existencia de unos «valores de la juventud», y su florida alabanza desde las plumas de la intelectualidad, venía ya de lejos: desde la época en que los estallidos románticos (muchos de ellos suicidas) intentaban demoler a cabezazos los muros agrietados del *Ancien Régime*, a comienzos de lejano siglo XIX. En cuanto a las organizaciones jóvenes, tampoco eran precisamente una novedad. Durante esas mismas décadas, las congregaciones religiosas fundaban por doquier respetables asociaciones de imberbes, y los universitarios también construían sus propios movimientos, de manera totalmente autónoma.

Hubo que esperar algo más, hasta el último cuarto del siglo aproximadamente, para que surgieran las ramas juveniles de las asociaciones obreras. Y no fue gracias precisamente a las cúpulas de dichas asociaciones, que no veían razón alguna para filetear la lucha de clases por edades.

Pero fue quizás en el período 1890-1914 donde la juventud adquirió un potencial en ebullición. La Revolución Industrial, que llenaba las fábricas de niños macilentos y las ciudades de arrabales insalubres, había debilitado los lazos comunitarios y familiares lo suficiente como para que pudiera hablarse, por primera vez, de un grupo verdaderamente *autónomo*.

Por otra parte, la generación nacida entre 1880 y 1890 alcanzaba la madurez a comienzos del

siglo XX y estaba habituada al cambio vertiginoso como ninguna otra: había disfrutado de las mejores posibilidades de formación, entretenimiento y movimiento. Ahora, lo tradicional ya no era tan sagrado, y la juventud comenzó a verse exaltada frente a la madurez. Las barbas empezaron a desaparecer y las relaciones entre géneros y clases, entre la dama y el vagabundo, comenzaron a volverse considerablemente menos rígidas.



El estallido de la Gran Guerra dio a los jóvenes de la clase media europea la oportunidad de demostrar su temple guerrero. En la imagen, Adolf Hitler celebra con la muchedumbre el inicio de las hostilidades.

En el caso de las clases medias, el cuestionamiento de los valores burgueses trajo aparejado una terrible sensación de hastío hacia ellos. Sobreprotegidos y encorsetados en cómodos (y rígidos) moldes, tanto educativos como laborales, los chicos de la clase media sintieron nostalgia de unas aventuras que jamás habían conocido. Esa falta de acción, esa falta de movimiento, les hacía temer que la raza degenerara, como auguraban los sombríos darwinistas sociales. En cierto modo, los jóvenes se habían apuntado al carro del filósofo Nietzsche cuando evocaba a «guerreros y matadores de serpientes» para que liberaran al mundo de los hombres viejos.

Por esta causa, el mozo de comienzos de siglo se apuntó inmediatamente a la aventura. El movimiento Wandervogel alemán y los Scouts británicos de Baden-Powell (fundados por un adulto) rendían culto al ejercicio y la naturaleza, y trataban de lograr una «madurez en puridad», sin la contaminación decadente del mundo adulto que los rodeaba. El ambiente era más bien de

superación masculina –un fenómeno sexista que se reforzaría a lo largo del siglo– y la inclusión de las chicas siempre sería problemática. La respuesta del Wandervogel varió según el caso; los Scouts las confinaron a la rama particular de las Girl's Guides.

En Italia, un país asolado alternativamente por la incompetencia militar y la ineptitud política, las clases medias de la juventud percibían muy claramente el abismo que existía entre su independencia biológica y psicológica, y su dependencia financiera y social, una agitación que también se hacía notar en otras grandes ciudades europeas. Apoyados por un conservadurismo que veía en las lealtades generacionales un arma para combatir la solidaridad de clase de los subversivos, estos jóvenes italianos pedían –a través, por ejemplo, de los diarios *La Voce* o *Il Regno*– que la inútil clase dirigente fuera sustituida por una coalición de empresarios industriales. Eso significaba que la escala social quedaría intacta; las disputas se limitaban a qué élite se sentaba en los tronos de la cúspide.

Esa tendencia a la acción y la vitalidad golpeó también el apoyo que los jóvenes de Italia habían mostrado por el socialismo desde 1890. El Congreso de Roma, en 1900, convenció a muchos de que esta ideología se volvía reformista y, en suma, demasiado aburrida. Tampoco les agradaban sus exigencias de igualdad social: en el fondo, el intelectual de clase media había llegado a disfrutar de su papel de intermediario entre proletarios y dirigentes enfrentados. En el propio seno del Partito Socialista Italiano, sin embargo, los jóvenes estaban tomando el control. Los radicales, cercanos a la acción directa y los postulados de Sorel, se hacían en 1912 con el liderazgo en el partido de la mano de un joven socialista: Benito Mussolini.

La pasión belicosa que envolvía a la juventud también fue muy aplaudida por los alocados futuristas italianos quienes, a partir de la lectura de su manifiesto fundacional en 1909, se declararon amigos de las máquinas, la guerra, la patria, el ruido y hasta de los anarquistas. Afirmaron que eran «todos menores de treinta años» (aunque su líder, Marinetti, hubiese nacido en 1876) y exigían un Gobierno formado por jóvenes, «que difícilmente lo haría peor que el actual Gobierno». Se daban diez años para trabajar, período tras el cual los siguientes treintañeros habrían de «tirarlos amablemente a la basura, como manuscritos inservibles».

En este estado de arrojo e imprudencia llegó, con el clamor de los siete clarines del Apocalipsis, la Primera Guerra Mundial.

La Gran Guerra: una experiencia decisiva

En 1915, el poeta italiano D'Annunzio –que años más tarde se convertiría en un pintoresco *condotiero* de posguerra– afirmó solemnemente: «La juventud sagrada ha sido llamada por el sacerdote de Marte».

Esta alegre sentencia (de muerte, para muchos italianos en los años por venir) podía ser más o menos cierta; pero mucho más acertado habría sido decir lo contrario, ya que fueron precisamente los jóvenes italianos de la clase media los que llamaron al dios de la guerra a voz en cuello.



Alemanes muertos en su trinchera, durante la batalla del Somme (1916). Los jóvenes maduraron políticamente en medio del horror y culparían a sus mayores por lanzarlos a la carnicería, o por no recompensarlos adecuadamente después de esta.

Para los cachorros de la pequeña burguesía europea que habían reivindicado la «juventud vital» frente a los mimbres desgastados y asfixiantes de su educación, la guerra se planteó como la gran oportunidad de reafirmarse como hombres. Rupert Brooke le escribió a su amigo, también en 1915, lo que creía que la guerra haría por ellos: «La liberación de la nimiedad burguesa [...] de lo que percibíamos como la saturación, la atmósfera cargada, la petrificación de nuestro mundo…».

Y no sólo se trataba de que rejuvenecieran los combatientes, sino también la nación en su conjunto. En el caso italiano, la guerra despertó numerosas ilusiones de cambio en la vida pública. De hecho, sus anarquistas, sindicalistas y republicanos favorecieron la entrada en guerra pues, al igual que los monárquicos en la Francia de 1792, consideraban que el conflicto conduciría a una provechosa inestabilidad del régimen. El propio Mussolini, que en su día se había opuesto a la invasión de Libia en 1911, perdió su influencia en el Partido Socialista cuando apoyó de manera sorpresiva esta nueva aventura nacionalista.

Estas ansias de cambio ciertamente movilizaron a muchos, pero la mayoría de los que esos años se manifestaron a favor de la entrada del Gobierno en la guerra europea eran jóvenes de clase media, ávidos de acción y de una fulminante operación patriótica que reconquistara los territorios que sus opresores ancestrales, los Habsburgo, aún mantenían bajo la bandera del águila bicéfala. La reputación de sacrificio de la juventud llegaba desde Alemania. En 1914, el parte del Estado Mayor

relató una fábula inverosímil; la de regimientos de jóvenes tomando una colina enemiga en Ypres mientras cantaban *Deutschland über Alles*. Ese mito fue impreso de inmediato en todos los diarios, y en un *best-seller* que vendió doscientas cincuenta mil copias de 1916 a 1918, éxito que no salvaría a su autor, Walter Flex, de una certera bala aliada.

La guerra cambió muchas cosas. El rol de la familia y la autoridad del adulto se debilitaron; esto se dio con mayor intensidad en el caso de la sociedad rural, mucho más cerrada y tradicional. Tanto la educación como el medio social se detuvieron, y fueron sustituidos por otros aprendizajes y otras camaraderías tan terribles como novedosas.

La guerra, en suma, era una escuela de violencia, pero también una violenta escuela. Al comenzar a morir los oficiales en medio de la tormenta de plomo, no fueron pocos los estudiantes que asumieron su rango y «maduraron en la batalla». Los nacidos entre 1888-1890 no tenían experiencia política previa a la guerra, lo que les haría interpretar la realidad de posguerra basándose en sus vivencias en la trinchera. Quizás el que luego sería jerarca del fascismo italiano, Giuseppe Bottai, lo definió bien, ya en 1935: «Para nosotros, hacernos hombres y hacer la guerra fueron la misma cosa. Guerra y juventud explotaron al unísono. No fue necesaria ninguna fuerza de voluntad, […] uno no puede evitar la pubertad. La guerra fue nuestra pubertad».

Por lo demás, la Primera Guerra Mundial contribuyó a desprestigiar a los políticos que la iniciaron o, en el caso de Italia, a los que no se decidían a apoyarla hasta que se lanzaron de cabeza. Y los sentimientos de clase se diluyeron en medio de la carnicería, aunque la oficialidad siempre destacó por su origen social más elevado. El mito del sufrido combatiente viril también contribuyó a oscurecer un capítulo importante de la contienda: el papel jugado por las mujeres en retaguardia, que tuvieron que incorporarse a los puestos de trabajo que antes correspondían a los hombres.

Al final, de la guerra se diría que se había llevado a los mejores. Y esta juventud de clase media, que se consideraba traicionada, sacrificada e indignada, se rebelaría contra los adultos que les habían empujado al suicidio masivo, quizás sin acordarse a tiempo de su propio entusiasmo inicial.

Entusiastas a destiempo: las Fuerzas Especiales en la Gran Guerra

Antes de analizar el resentido clima de posguerra, sin embargo, conviene estudiar el papel que jugaron algunos soldados, máquinas de matar dignas de una época vikinga, por encima del ambiente general de matanza sin sentido.

Durante la Gran Guerra, un nutrido grupo de jóvenes se criaron en la heroicidad y el riesgo, rodeados de una muerte casi segura pero desprovistos por otra parte de las incomodidades cotidianas de unas trincheras que desgastaban el patriotismo. Sus manos encallecidas y sus cabezas enardecidas –y en ocasiones trastornadas– buscaron continuar la batalla incluso cuando los fuegos del conflicto europeo se apagaban en 1918: así, sus ideas políticas tomaban la simple forma de un largo desfile militar y sus métodos se acercaban en muchas ocasiones a la destrucción física pura y dura del enemigo. Lógico, ya que sus brillantes acciones en guerra les habían predispuesto a responder con las armas y a esperar la sonora palmada en la espalda que proporcionaba la victoria militar. La posguerra no tardaría en decepcionarlos. La importancia que sus acciones tendrían al acabar la contienda hace forzoso que tengamos que estudiarlos más en detalle:

El primero de estos grupos de élite por antonomasia fue el de los Freikorps alemanes. No tanto

por su papel en la guerra, sino por su incidencia en los convulsos primeros años de la república alemana de Weimar (*Freikorps* significa 'cuerpos francos', mercenarios). Pero esto ocurrió años después de darse a conocer bajo su primer y temido nombre original: Sturmtruppen o tropas de asalto.

En 1916, la guerra no estaba yendo como esperaba el alto mando alemán. Se suponía que un rápido gancho izquierdo noquearía a Francia en seis semanas (el famoso Plan Schliefen), y que el ejército podría entonces reagruparse para reforzar el frente oriental; amenazado por una «apisonadora rusa» que, a pesar de contar con un aplastante número de hombres, tardaría tiempo en movilizarlos: el tiempo justo para ganar la partida en el oeste.

Lo cierto es que las predicciones se cumplieron a la inversa. El oso ruso luchaba más ágil de lo esperado pero desmotivado, y con el tiempo herido de muerte; y en Occidente, la República Francesa paró el golpe. A pocos kilómetros de París, cada bando intentó rodear las posiciones del contrario, y el zigzag de trincheras acabó por llegar al mar, estancándose en una lucha continua y yerma en la que nadie lograba avanzar, pese a los famosos intentos que acabaron en masacre durante 1916. La llegada de refuerzos británicos sólo empeoró la situación del Reich: Alemania no podía mantener indefinidamente una lucha en dos frentes, y aquel que sus mandos habían considerado como el más frágil de los dos se negaba tozudamente a caer.

Fue en ese momento cuando el capitán Rohr resucitó un proyecto de 1914, y se embarcó en la creación de una unidad de élite: tropas menores de veinticinco años, solteros, entrenados en el uso de ametralladoras, granadas, lanzallamas, artillería ligera y todo tipo de vehículos. Un oficial los describía como «malabaristas de la muerte, maestros del explosivo y la llama, depredadores gloriosos». Estos pelotones de elegidos servirían en lo que se ha llegado a conocer como *defensa elástica*: ataques explosivos que aliviarían la presión enemiga en los peores momentos de su ofensiva.

Para esto, el pelotón de Sturmtruppen era transportado hasta la línea de frente, sin tener que residir en ella. Allí, se lanzaban contra las trincheras, una tras una, sin esperar a ocuparlas, en una maniobra relámpago que causaba pavor en una guerra anticuada, que no descubriría tácticas básicas como el fuego de cobertura hasta 1917. Hecho esto, no tenían otra salida que confiar en que su heroico oficial al mando lograra sacarlos de la ratonera que ellos mismos habían cavado a base de lluvias de granadas y avances continuados. Estos oficiales, de reputación sobrehumana, se convirtieron así en los ídolos de su escuadrón, que en muchas ocasiones decidía nombrar la unidad en su honor.

La guerra convirtió en héroes a estos jóvenes, y les hizo sentirse superiores tanto a los soldados alemanes a los que ayudaban –en el peor momento– como a los franceses a los que se enfrentaban cuando ya nadie podía hacerlo. También el trato que recibían incentivó este sentimiento: se les permitía tratar a los oficiales de *du* y lucir sus mismas pistolas (algo impensable en la disciplina prusiana). Su terrible mortandad y sacrificio se veían compensados por mejores raciones, permisos y descansos. Eran transportados en camión a sus misiones: no les desgastaban la enfermedad o el resentimiento. Para ellos, los últimos años de la Gran Guerra fueron los primeros de su nueva vida, y muchos lucieron con orgullo la calavera y las dos tibias en los cuellos de sus uniformes, un símbolo necrófilo del que los nazis se apropiarían en cuestión de dos décadas.

Si el orgulloso II Reich logró construir sus propios «superhombres», el otro país de turbulenta unificación decimonónica tampoco iba a ser menos: Italia necesitaba desesperadamente algo que contrarrestara su ya mítica ineptitud militar. Tras la escandalosa derrota de Caporetto, donde

275.000 italianos corrieron enfrente de la ofensiva austro-germana y otros 350.000 abandonaron sus armas, el general Cadorna decidió castigar lo que consideró una «huelga militar», al más puro estilo de la Roma imperial: las tropas fueron diezmadas y 117 de ellos cayeron en los paredones de Caporetto.

No sorprende, por tanto, el empeño en crear cuerpos de choque (en este caso los comandos recibieron el nombre de *arditi*, 'valientes'), mucho más fiables en el combate ofensivo. Vestidos con camisa negra y calavera bordada, arrasaban la trinchera enemiga al alba, para después ser evacuados y dejar que la infantería reforzara la posición.



Tropas especiales italianas muestran sus puñales: un arma que volvió a resultar imprescindible en la guerra de trincheras. Los Arditi (unidades de comando) compensaron la tradicional ineptitud italiana para la guerra.

Es difícil encontrar pruebas de que los Arditi fueran seleccionados jóvenes como sí lo fueron los Sturmtruppen; en un principio el cuerpo se abrió a todos los militares interesados que desearan jugarse el pellejo a cambio de gloria y buen comer, y pronto fueron invitados a unirse los más peligrosos elementos de las prisiones italianas. Pero es innegable que gran parte de los comandos serían lo suficientemente jóvenes como para poder tomar parte en esas arriesgadas operaciones, como lo era asimismo el hecho de que los Arditi cantaban a voz en cuello la canción *Giovinezza* ('Juventud', que adoptarían más tarde los también camisas negras del fascismo italiano). En el fondo, el fenómeno de los comandos se hacía eco del valor de lo «nuevo» frente a los malos resultados de lo convencional; del ejército de toda la vida. Los acordes de esta moraleja resonarían aún en la

posguerra.

ENTREGUERRAS: EFERVESCENCIA Y COMBUSTIÓN

Cuando los cañones de agosto se apagaron, más bien exhaustos, y Europa se preparó para una tensa paz, la juventud del continente había cambiado. Su cara estaba surcada por líneas de expresión y sus manos habían aprendido a sujetar todo tipo de fusiles. Pero incluso para la siguiente generación de jóvenes (los que no habían luchado), todo era diferente. Se abría una nueva etapa en la que ser joven no era sólo un privilegio, sino una fuente de independencia y de conquista de los derechos pendientes.

El cambio fue patente. Considerado ahora como un manantial de regeneración de la patria, se dedicaron leyes nuevas al joven europeo, como la Ley de Bienestar de la Juventud de la República de Weimar, en 1922, donde se aseguraba que sus beneficiarios emprenderían un proceso nacional de «curación y renacimiento físico, mental y ético». Con lo joven, se rendía al mismo tiempo homenaje a lo bello, y la estética, el deporte (y la eugenesia) se potenciaron por doquier: dieta, ejercicio, vida sexual activa, cirugía o dudosos tratamientos hormonales se presentaron como los nuevos aliados que ayudarían a rejuvenecer. Una canción de los treinta entonaba el «keeping young and beautiful». El susto demográfico de la guerra pintaba un futuro lleno de vejestorios, y muchos pensaron que se debía compensar. Los ayuntamientos progresistas inauguraban instalaciones deportivas, donde por primera vez las mujeres podían lucir su cuerpo al sol para gran disgusto de los conservadores. Resentidos, estos más tarde apoyarían a los fascistas en su tarea de devolver a las hembras a la «triple K» del nazismo: «Kinder, Küche, Kirche» [niños, cocina, Iglesia].

La fiebre por el deporte se desató, sustituyendo el ansia guerrera por la insidiosa competición deportiva. Las Olimpiadas celebraban la cooperación internacional, pero hacía tiempo que se habían convertido en una competición entre naciones. En todo caso, hicieron mucho por resaltar los méritos deportivos del cuerpo femenino… y de las razas que algunos consideraban «inferiores». En la Alemania de 1924-1926, todo el mundo se lanzó a apoyar el espíritu deportivo, tanto que el popular político Stresemann se quejó de la «aristocracia de los bíceps» y su popularidad se resintió por ello. Las derechas veían en esta moda la compensación viril por la falta de servicio militar, y las izquierdas creían, al contrario, que los jóvenes se alejarían del militarismo nacionalista. Parecían no percatarse de que muchos corredores competían luciendo los colores del viejo Reich.

En términos políticos, la juventud bulló inquieta hasta desbordar la cafetera. En primer lugar, la guerra les dio la legitimidad moral para criticar el mundo de aquellos que les habían conducido a la carnicería. Cierta veta pacifista se mantendría a lo largo de veinte años, y se manifestaría particularmente cuando el mundo se asomara al borde de su segunda matanza colectiva, aunque no todos se mostraron tan reticentes a la acción armada, desde luego. Contrarios a la guerra sí se mostraron muchos de los jóvenes socialistas que habían visto como sus mayores en el partido traicionaban el pacifismo revolucionario previo a 1914.

Por primera vez, las asociaciones de juventudes cobraron gran importancia en el seno de los partidos, fueran del signo que fueran. Destacaron las de los socialistas austriacos y los católicos franceses. La izquierda trataba a la juventud organizada como una vanguardia revolucionaria; la derecha veía en ella una sana fraternidad entre clases. León Blum diría, en plenos años treinta, que

«todo el mundo se disputa el derecho a hablar en nombre de la juventud [...]. Parece que es de su asentimiento [...] de lo que depende hoy el éxito decisivo para un partido político».

Lo cierto es que, al tiempo que las organizaciones juveniles proliferaban, lo hacían acompañadas por dos impulsos que las guiarían durante los años por venir. En primer lugar, el deseo de autonomía. En muchos casos, como el Partido Socialista Obrero Español, habían sido los propios jóvenes quienes creasen la rama diferenciada; considerándolos el partido un mero «organismo auxiliar». En segundo lugar, y a esto ayudó lo primero, los movimientos juveniles siempre tendieron al radicalismo. España tuvo que esperar a los años treinta para que esto ocurriera, y para que el fascista Ramiro Ledesma los definiera en 1935 como «el sujeto histórico de las subversiones victoriosas».

El radicalismo fue siempre la constante de aquellas *secciones jóvenes.* Le ocurrió incluso al partido menos radical de todos, el Partido Radical francés. Los jóvenes socialistas españoles decidieron adherirse a la Internacional Comunista en 1919 y, en abril del año siguiente, estos «cien niños» (como se los llamaba despectivamente) fundarían con gran alegría el Partido Comunista Español en una serie de escisiones. El socialismo reconstruiría sus filas de imberbes pero, ya para 1934, estos verían en el bolchevismo una idea que «les abrió camino, que los alienta» y en marzo de 1936, las juventudes del socialismo y comunismo español se fundirían en las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU).

Podemos encontrar más casos en España. Las juventudes de Esquerra Republicana de Catalunya rechazaron la aceptación de su partido del marco jurídico español, y prefirieron inclinarse hacia el secesionismo, el régimen de partido único, y alguna que otra escisión. Las Juventudes de Acción Popular (JAP) –juventudes de la derecha– formaban a lo fascista y saludaban a su líder Gil Robles con el grito: «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!». Mientras tanto, las juventudes del Partido Radical Socialista Independiente pedían echarse a la calle «unidos a los proletarios» porque «antes que Alemania, preferimos para nuestro país un régimen análogo al de Rusia».

Las secciones juveniles, siempre más radicales, se dedicaron a mantener los principios fundacionales de sus respectivos partidos con bastante más purismo que sus mayores, algo que les confirió gran éxito. *Renovación*, diario de los jóvenes socialistas, proclamaba en 1931: «Tres enemigos terribles tiene la juventud en los naipes, el alcohol y el tabaco». Una de las pocas opiniones que llegaron a aplaudir sus jóvenes rivales anarquistas.

En tierra de dragones: los «Estados nuevos» y sus batallones de juventud

Si los jóvenes se apuntaron al cambio y a la acción, entonces era obvio que los Estados que lograron subvertir el orden tradicional contarían con ellos como fuerza de choque, e incluso como símbolo de los ideales que intentaban conseguir. La «nación joven», liderada por políticos jóvenes (al menos, en la teoría) aplastaría algo que no podía dejar de definirse como el «viejo orden».

El primero de los ejemplos se produjo también con la primera de las revoluciones, quizá la única que constituyó una revolución en todos los sentidos: el Octubre Rojo. Desde la estepa rusa, el fragor de los tiros arrastró consigo un dato innegable. En 1919, el cincuenta por ciento de los militantes bolcheviques tenía menos de treinta años. Previo a la Revolución soviética, Lenin había escrito: «Pensamos dejarles los cansados vejestorios de treinta y pico años [...] a partidos como el

Constitucional-Demócrata. Siempre pretenderemos que el Partido sea para la juventud de esa clase a la que pertenece el futuro».

Antes de 1917, año en que estallaron las dos revoluciones rusas, los bolcheviques no habían organizado aún ninguna sección juvenil: en parte porque sus cuadros consistían fundamentalmente en jóvenes salidos de la fábrica o de los estudios, y en parte porque eran un partido minoritario, y no de masas. Con la revolución de febrero, sería el idealista Shevtsov el que reunió a los jóvenes obreros de Petrogrado en la liga Trabajo y Luz, dejando a un lado los fines políticos y concentrándose en la fraternidad, la autonomía social y la madurez intelectual. Si los bolcheviques ingresaron en sus filas, fue para erosionarla (algo que facilitó la propia falta de talento político de su líder), y Trabajo y Luz se autodisolvió tras una votación veraniega. Al mismo tiempo, un bolchevique de veintiún años había montado la Asociación Socialista de Jóvenes Obreros, centrando esta vez el programa en conquistas sociales como abolir el trabajo infantil, aplicar la jornada de seis horas, pactar salarios mínimos o aprobar el sufragio universal desde los dieciocho años. Para finales de año, ya contaba con quince mil miembros. En las demás ciudades importantes rusas, los bolcheviques lograron infiltrar las distintas asociaciones de juventud y conquistar su liderazgo.

Esta conquista de la juventud vendría muy bien al Partido Bolchevique cuando tomara el poder en octubre. Para 1918, se habría constituido como tal la organización joven Komsomol, ligada al partido y cuyo número de afiliados fluctuaría según los tremendos vaivenes de la política soviética durante los años veinte y treinta. Por lo demás, la juventud soviética sería adoctrinada mediante libros de texto previamente reescritos, y se potenciaría fuertemente la cultura del deporte, peleándose sindicatos y Komsomol por el monopolio de este último. La formación se dividió por fases según la edad, y el entrenamiento militar no quedaría a la zaga. En 1936, el líder de los jóvenes Kosarev (fusilado dos años después) anunciaría con orgullo que 1.258.743 jóvenes habían aprobado sus exámenes de francotirador, y 1.345.364 habían superado las pruebas de ataque con gas.

El brillante sociólogo Sigmund Neumann dirigió un colegio para adultos en Berlín hasta que la fuerza del vendaval político le obligó a emigrar en 1933. Neumann veía que tanto en Alemania como en Italia, la toma de poder por parte de los fascistas había sido llevada a cabo por jóvenes; la generación de la guerra. Conviene matizarlo algo. Los «jóvenes» fascistas llegaron al poder a base de pactar con viejos políticos conservadores, que prácticamente les entregaron las llaves del Estado liberal. Por otra parte, hay que distinguir entre el caso italiano y el alemán. En el primero, la generación que luchó en la guerra hizo también la revolución fascista justo después. En el caso alemán, se trató de una generación de luchadores de la Gran Guerra que la habían vivido muy jóvenes; para los años treinta, ya no lo eran tanto, y sus cuadros de militantes definitivamente no habían vivido la guerra más que como niños.

Estridente como pocos fue –qué remedio– el caso italiano. El fascismo de Mussolini puso siempre un énfasis muy particular en que el ansiado cambio para Italia llegaría con el traspaso del poder hacia la juventud y hacia lo nuevo. No en vano sus huestes cantaron el himno *Giovinezza* durante décadas (lo cantaron las tropas italianas de Franco, como recuerda la abuela del propio autor), y un conocido grito de guerra del fascio espetaba: «Largo ai giovani!» [¡Dejad paso a los jóvenes!].

Si antes de la guerra muchos jóvenes de la clase media italiana buscaban ser los nuevos protagonistas de una sustitución en las cúpulas dirigentes del reino, tras ser fogueados como oficiales en la contienda se encontraron con que la implantación del sufragio universal consagraba a dos

partidos de masas –el socialista y el católico– que amenazaban sus sueños de convertirse en una élite de árbitros. Por si fuera poco, la agitación sindical del «Bienio Rojo» amenazaba su posición social, y la crisis económica que ahogaba al país hacía lo propio con sus oportunidades laborales: ir a la universidad no era ya sinónimo de ascenso.

Mussolini tomó buena nota de las demandas de los jóvenes y los ensalzó como ejemplo. Sus ideas indudablemente le impelían a ello, pero, por otra parte, necesitaba encontrar una base electoral (como también necesitaban los comunistas) que no estuviera ya monopolizada por los partidos existentes.

Su programa surtió efecto, y los *squadre* que castigaron la campiña sindical pronto se llenaron de jóvenes frenéticos. El estilo violento del fascismo ya atraía la atención de la juventud de por sí. Como resultado, en 1921 los estudiantes sumaban hasta el 13,1 % de los miembros del movimiento. En las elecciones de 1924, el 82,3 % de los candidatos fascistas carecían de experiencia política previa y hasta el 35,9 % tenía menos de 35 años.

Los fascistas italianos también intentaron atraer a los jóvenes obreros, ya que sus mayores preferían inclinarse hacia la izquierda. Desgraciadamente, esta empresa se mostró difícil: el papel que el fascismo les reservaba era el de productores obedientes, y no el de acceder a los resortes del poder.

En cuanto a la educación de sus propios jóvenes, el fascismo –ya en el poder– creó en 1926 la Opera Nazionale Balilla: en un principio de acceso voluntario, pero con el tiempo obligatorio para todo chico de seis a dieciocho años y toda chica de ocho a catorce. (El nombre, por cierto, se tomó de un niño que, según dice la leyenda, se decidió en 1815 a reanudar la guerra por su cuenta tirándole una inoportuna piedra a los austriacos). En 1936, se formaron los pre-Balilla para los niños menores de seis años y, sólo en Milán, diez mil fascistas diminutos se registraron en los dos años siguientes. Como en el caso soviético, la juventud era adoctrinada por fases diferenciadas.



Un balilla, miliciano juvenil del fascismo italiano. Los balilla aprendían a manejar una ametralladora a la tierna edad de doce años. El régimen de Mussolini se comprometió a renovar sus filas para estar siempre liderado por jóvenes, pero pronto olvidó su promesa.

Los balilla eran instruidos en las artes políticas y militares, con un estudio de la historia secuestrado siempre por la ideología del Gobierno. El militarismo era rampante: los instructores permitirían a un joven de doce años disparar una ametralladora, y el manual de los balilla

sentenciaba: «Los jóvenes fascistas reciben el mosquete con el mismo espíritu con el que los jóvenes de la antigua Roma se ponían la toga de la virilidad».

El caso alemán era quizá diferente: en primer lugar, porque el movimiento joven se fundó antes de la toma de poder, ya en 1926 (Hitler despreciaba los clubs a lo Wandervogel), y porque el concepto que el Partido Nacionalista Obrero Alemán (NSDAP) o Partido Nazi tenía de lo joven era ligeramente diferente al italiano: no era necesariamente la base principal de la revolución, como sí lo era, en cambio, la raza. Para 1933, los jóvenes que habían luchado en la Gran Guerra y luego dirigido el partido durante los años veinte ya no eran tan jóvenes. Por tanto, no era necesario que solamente los jóvenes gobernaran la política.

Aun así, la mayoría de cuadros y activistas nazis pertenecía a la generación que había madurado *después* de 1918. En todo caso, el entusiasmo por el ímpetu vital de los jóvenes se manifestó en numerosas ocasiones, como por ejemplo en el eslogan *Macht Platz, ihr Alten!* [¡Dejad sitio, viejos!]. En sus memorias de 1934, Otto Dietrich, jefe de prensa de Hitler, publicó: «El nacional socialismo es la voluntad organizada de la juventud [...] como la primavera es sinónimo del despertar de la naturaleza a una nueva vida».

La última traición: el fracaso de los totalitarismos con su juventud

Los Estados nuevos se sirvieron de los jóvenes como vanguardia de sus ataques al orden constituyente. Sus programas incluían no sólo promesas, sino una nueva idea del joven europeo. Vigoroso, forjador de la historia. Liquidador del conflicto de clase. Pero esta tórrida relación entre Estado y juventud se vería truncada en más de una ocasión.

En las frías y poco abastecidas universidades de la Unión Soviética, los universitarios comunistas de clase baja (becados y que convivían con estudiantes burgueses) podían influir en gran medida en la dirección de sus propias facultades. Los jóvenes comunistas dieron su apoyo indudable a la causa de una revolución generacional («¡Abajo con la tiranía capitalista de los padres!»). Pero sus organizaciones cometieron un error táctico votando desproporcionadamente a favor de la oposición a Trotsky, en el invierno de 1923-1924.

El Comité Central, entonces, se explicó esta particular decepción: los estudiantes debían de haberse corrompido por su contacto mantenido tanto con los elementos burgueses como con las ciudades en las que regía la semicapitalista nueva política económica. El universitario proletario, que había llegado a confiar en sí mismo, se veía ahora acusado de *meshchantsvo* ('pequeño burgués') y cuestionado desde las mismísimas páginas de su adorado diario *Pravda*.

Otro icono de la juventud revolucionaria y la guerra civil, la loca revolución sexual de los primeros años veinte (una que jamás alcanzó a la homosexualidad o a la masturbación), fue criticada enseguida, siendo considerado el sexo una actividad que «distraía de la revolución». Así, un joven podía ser acusado de *meshchantsvo* por puritano, pero también por promiscuo. Los jóvenes acabaron deseando que el Gobierno regulara claramente su actividad sexual, algo que ocurriría al regresar el conservadurismo en los años treinta. Una intromisión que habría repugnado a cualquier viejo bolchevique diez años antes, por muy tradicionales que se hubieran mostrado. Con su giro hacia la Rusia conservadora, el feminismo primerizo de la Revolución bolchevique también se vino abajo. Otro símbolo joven que caía al envejecer el régimen.

En la Italia de Mussolini, si bien el dictador siempre apeló a sus juventudes a voz en grito (su control fue uno de los escasos motivos de pelea con la Iglesia católica), la autonomía de las organizaciones jóvenes se vio liquidada muy pronto con la centralización impuesta desde la Secretaría General; ya en 1923, esta les hizo dejar de protestar contra la reforma universitaria, que despojaba de sus privilegios a muchos veteranos de guerra.

Para mediados de los años veinte, los que fueron jóvenes en las trincheras se habían vuelto adultos, rehenes ahora de sus propias promesas de renovar la generación de líderes cada diez años. Pero ni se quiso ni se hizo nada por renovar el partido. Se comenzó a definir la juventud como una serie de virtudes más que como una edad. Ideólogos del régimen sostenían que el poder había que «habérselo ganado». Muchos fascistas asentían ante esto, y preferían un reparto de poder basado en el nuevo e irónico eslogan: «Poder para los mayores». La propia Secretaría General hubo de intervenir para que se suavizara el tono de los ataques contra jóvenes en la prensa. Los aludidos respondieron, señalando que ellos habían crecido en un ambiente político impoluto, netamente fascista.

De este modo, los jóvenes se vieron atraídos cada vez más por los fascistas de corte radical y sus ideas de purga en la administración, que agradaron siempre a los más deseosos de ascender. Mientras tanto, Mussolini, temeroso de sus viejos compañeros como posibles competidores, se colocaba también del lado de los jóvenes y decía preferir como líderes a los menores de treinta años. La prensa alabó sus propuestas como de costumbre, pero el sistema apenas llegó a renovarse. Se reintrodujo el lema *Largo ai Giovine*, pero en 1931, tan sólo el trece por ciento de los líderes estudiantiles fascistas venía de una organización estudiantil, y más de la mitad había entrado antes de 1923. Se financiaron debates y periódicos críticos de jóvenes y para jóvenes, pero, en suma, el proceso no fue más que una operación de cosmética destinada a no desencantar a toda una generación.

Los años treinta vieron, definitivamente, cómo se apagaba el entusiasmo joven por el fascismo. No era inevitable; en un principio, la invasión de Abisinia en 1935 cayó sobre los italianos como una oportunidad para demostrar su temple guerrero y fascista. «Tengo menos de treinta años y he sufrido este sentimiento de inferioridad –relataba un joven en ese año–. Ya no más. […] ¡Voy a fundar un imperio!».

A su regreso, sin embargo, no les esperaba ni la gloria (toda había ido a parar a un Mussolini cada vez más absoluto) ni la tan anunciada recuperación económica. El contacto con los sindicatos –que, a pesar de ser también fascistas, preocupó al régimen– les mostró un mundo duro y distinto. Los comunistas fueron rápidos en oler la posible defección: en 1936, ya apelaban a «los hermanos en camisa negra». Por lo demás, la amistad con los nazis (que redujo notablemente la libertad de expresión), el antisemitismo de importación y la intervención en la guerra de España acabaron por desencantarlos. Llegaba una nueva moda joven, llegaba el antifascismo. El pintor Ernesto Treccani supo reconocerlo: «Me hice antifascista porque era joven».



Niños alemanes realizando maniobras. El entrenamiento militar de los jóvenes fue una constante de las dictaduras rusa, alemana e italiana. A ello le acompañaba un aprendizaje de la historia convenientemente empapado de doctrina ideológica.

Quizá, y de manera ciertamente irónica, el régimen que más falló a sus jóvenes fue el que menos los contradijo. Hitler había utilizado sus hordas de mozos alemanes para causar los disturbios necesarios durante las campañas de asalto (más bien acceso) al poder. Luego, liquidó esos problemas, descabezando a las Divisiones de Asalto (SA) o camisas pardas en 1934. La misión de la juventud nazi, al fin y al cabo, era ser «leal y valiente» en palabras del propio *Führer*. La creatividad no entraba dentro de sus planes.

Pero fue en el apartado educativo donde los nazis poco menos que hundieron hasta sus cimientos el brillante sistema prusiano que habían heredado. Quedaban así a años luz del rigor educativo bolchevique, donde el estudiante podía esperar ayudas si se esforzaba –en palabras de Lenin, un típico intelectual del XIX– por «aprender, aprender y aprender». El proceso en Alemania fue detonado con fuerza nada más alcanzar la Cancillería: ardieron piras de libros al más puro estilo wagneriano, los profesores liberales y judíos fueron purgados, y los planes de estudios, reestructurados. Lo que más agitó el microcosmos, sin embargo, fue la imparable voluntad de insurrección de los jóvenes nazis.

Echar una ojeada al historial educativo de sus líderes quizá pueda ayudar a explicar esta actitud contestataria. Hitler era un estudiante fracasado de Bellas Artes, y consideraba el oficio de maestro sólo digno de mujeres e incompetentes. Los que dirigieron sus Juventudes Hitlerianas (HJ) tuvieron una experiencia similar: primero un limpiador de pianos corrupto y ambicioso, y luego un estudiante inepto dado a la bebida. Baldur von Schirach, el líder más conocido y exitoso, era otro

fallido estudiante universitario que atacaba radicalmente el *establishment* educativo de los años treinta a través de la NSS (la organización nazi de estudiantes) y la NSStB (la de universitarios). Los portavoces del partido, mientras tanto, defendían el fracaso académico de Von Schirach como una «hazaña revolucionaria».

La toma del poder en 1933 no hizo que este café de juventudes dejara de desbordar la cafetera. Las variadas asociaciones nazis pronto se unificarían con las HJ. Hitler siempre había exigido una fidelidad total, pero toleraba la impertinencia juvenil siempre y cuando esta estuviera cuidadosamente dirigida hacia las instituciones, la escuela, las asociaciones rivales, la familia o la Iglesia.

A los miembros de las HJ se les dieron dagas, uniformes y capacidad de dar órdenes; eso inflamó los egos juveniles. Tan sólo el 6 de noviembre de 1933 (once meses después de llegar al poder) Hitler tronó en su discurso: «Tu hijo ya me pertenece. Un pueblo vive para siempre [...]. Tú te apagarás. Tus descendientes, sin embargo, militan ahora en un bando nuevo. En poco tiempo, no sabrán de nada que no provenga de esta nueva comunidad».

Los HJ se convirtieron en pequeños pretorianos. En los primeros días de la «revolución», cachorros de dieciséis a dieciocho años tomaban la calle al volante de potentes coches, o celebraban actos en los que sus caudillos –renovados siempre a partir de los dieciocho años– tronaban ante miles de otros jóvenes. La sobredosis de actividad física (de dos de la tarde a diez de la noche en algunos casos) provocaba que los HJ regresaran exhaustos a sus pupitres. El penoso estado de los alumnos y sus malas notas provocaron la desesperación del ministro del Reich para Educación, Bernhard Rust, por no decir la del Ministerio de Interior.

El intrigante Von Schirach, mientras tanto, apoyaba entre bambalinas todo el proceso de asalto a la educación: en un libro publicado en 1934 admite que «simplemente se están olvidando de que la juventud siempre lleva la razón [...] y que respeta solamente al *Kerl*, al hombre de verdad». En ocasiones, esta destructiva campaña parecía suavizarse, como en 1934-1935, pero nunca hubo un cambio real de intenciones.

El régimen, por su parte, hizo que fuera más difícil acceder a la educación secundaria y superior, ya que a sus jerarcas les parecía inútil que se sobresaturaran las universidades de estudiantes. Tener un carnet de la HJ te convertía en candidato preferente para percibir cualquier ayuda o acceso preferencial. Todo esto a cambio de seguir el ritmo de excursiones del partido impuesto por la organización.

Los cachorros nazis clamaban a voz en cuello que se les asignaran profesores jóvenes y que impartieran una nueva enseñanza, germánica y vitalista. Tanto Educación como las diferentes escuelas intentaron un apaciguamiento, con una política de concesiones que tan sólo enardeció aún más a los pequeños rebeldes. Si los nazis dejaron escrita una moraleja en el siglo XX, esa es que su línea ideológica nunca respondía bien al apaciguamiento. Para colmo, nacía la ley del 1 de diciembre de 1936, fruto de las intrigas de Von Schirach en torno a Hitler, y le elevaba a jefe de una agencia del Reich independiente del ministerio, cediéndole su propio reino de Taifas. Las HJ, además, se hacían obligatorias para todo adolescente entre dieciséis y dieciocho años. Pero eso no era todo. Comenzaba la creación de unas Escuelas Adolf Hitler que serían controladas directamente por el partido y las juventudes. El sufrido ministro Rust se enteró de esto último por los periódicos de la mañana.

En general, la mayoría coincidía con el jefe del sindicato nazi de profesores sajones cuando afirmó que «no se puede negar que la cantidad mínima de madurez que demanda necesariamente el

Führerprinzip ('principio de caudillaje') no se encuentra frecuentemente entre las Juventudes Hitlerianas». Pero si algún director de escuela se atrevía a protestar, podía llegar a ser reconvenido desde el propio Ministerio de Educación. El caos existente entre las diferentes agencias de gobierno del Reich imposibilitaba una estricta división de la autoridad.

El resultado de consentir a los violentos cachorrillos no se hizo esperar. Los estudiantes ya no tenían tiempo para menudencias como leer en casa: en 1934, el rector de la Universidad de Stuttgart denunció que las actividades de las HJ habían causado un descenso del treinta y tres por ciento en el aprendizaje de Latín, Griego, Lenguas Modernas y Matemáticas. Dos años después, el director de la Leopoldoberrealschule de Múnich hizo saber que el sesenta y dos por ciento de los líderes de las HJ en su escuela bordeaba ya el fracaso académico.

Los profesores, mientras tanto, tenían que servir alternativamente de funcionarios del partido, so pena de ser investigados si se negaban. Von Schirach redobló sus ataques en 1938. Un año más tarde, era casi imposible encontrar aspirantes a profesor; una reunión del Ministerio de Interior del 25 de noviembre de 1939 asumía la crisis nacional a nivel educativo. Los profesores de Hamburgo estaban informando en sus memorandos de una caída de resultados por toda Alemania desde 1933, un bajón que llegaba al treinta por ciento.

Al estallar también sobre el propio Reich los nubarrones de la tormenta de guerra que cubría Europa desde 1939, el sistema de educación se ahogó en medio de los bombardeos, las levas, las evacuaciones o las tareas de retaguardia (que incluían poner a las HJ a manejar baterías antiaéreas). Muchas escuelas cerraron. Rust suplicó al *Führer* que se reanudara de algún modo la actividad educativa. La respuesta del canciller fue tajante: «Hasta la fecha, nadie ha muerto de estupidez».



Jóvenes nazis estudiando las colonias perdidas del Reich. El exceso de entrenamiento físico y la falta de estudios dañaron la educación de las Juventudes Hitlerianas: muchos no entendían las fracciones y algunos llegaron a creer que Leonardo da Vinci era una estrella del cine italiano.

Lo que ocurrió después puede verse con claridad a través de los informes regulares del Servicio de Inteligencia de las SS, las SD, que con la sinceridad de todo espía documentaron el hundimiento de la educación en el Reich. Exámenes de ingreso en Liegnitz donde no aprueban veinte de veintinueve aspirantes. Exámenes en Bayreuth donde caen el noventa y ocho por ciento de estos. Un informe de las SD fechado en 1942 anunció que el aprendizaje de Historia y Lengua casi había desaparecido y que los conferenciantes en Medicina tenían que dejar de utilizar términos en latín porque no eran comprendidos. Que los estudiantes de Ciencias Naturales no podían con una sola ecuación, con un solo logaritmo, o con una sola fracción. Un instructor llegó a presenciar cómo sus alumnos no podían explicar los cambios de estación o afirmaban que Leonardo da Vinci era una estrella del cine italiano. El hombre explotó. «¿Cómo pueden personas así convertirse en los líderes intelectuales del nuevo Reich?».

Réquiem: los que no llegaron a 1918

La juventud del XX, la generación de los 1890, llegó a la adolescencia en mala época; una en la que se pedía a voces que aparecieran profetas de la salvación nacional, que las naciones se despedazaran unas a otras o que la revolución social arrasara los cimientos del mundo conocido. Los más alocados de entre ellos se convirtieron en las fuerzas de choque de ideas nuevas y violentas que acabaron por sobrepasarlos. El resto los siguieron, por un motivo u otro. No tuvo, sin embargo, por qué haber sido así de manera inevitable. La mayoría de la juventud no quiso jamás apuntarse a esta bacanal regada con sangre. Esa inmensa mayoría de jóvenes de la Europa obrera, trabajadora y campesina que, sin haber sufrido siquiera las ansias de los chavales de clase media, se dejaron conducir a la vorágine de 1914.

El fango de Flandes se sembró de formas blandas y grises: eran quienes habrían podido ser testigos de los horrores del siglo XX pero no lo fueron. Se ahorraron el espectáculo de presenciar como sus compañeros estallarían, años más tarde, en una loca carrera por cambiar el mundo. En la novela *Viaje al fin de la noche* de L. F. Céline, se describen bien los aires de ingenuidad y entusiasmo que recorrían el París de la clase media, antes de que todo comenzara, cuando su protagonista se une a los reclutas de 1914:

> Marchamos mucho rato. Calles y más calles, que nunca acababan, llenas de civiles y sus mujeres que nos animaban y lanzaban flores, desde las terrazas, delante de las estaciones, desde las iglesias atestadas. ¡Había una de patriotas! Y después empezó a haber menos… Empezó a llover y cada vez había menos y luego nadie nos animaba, ni uno, por el camino.
>
> Entonces, ¿ya sólo quedábamos nosotros? […] Cesó la música. «En resumen –me dije entonces, cuando vi que la cosa se ponía fea–, ¡esto ya no tiene gracia!». […] Iba a marcharme. ¡Demasiado tarde! Habían cerrado la puerta a la chita callando, los civiles, tras nosotros. Estábamos atrapados, como ratas.

2

Oriente Rojo, Oriente Negro

Denn die Toten reiten schnell.
[Porque los muertos viajan deprisa].

Drácula
Bram Stoker

SOFOCOS POCO OPORTUNOS: LA VIOLENCIA EN EL CAMBIO DE SIGLO

Desde hacía algo más de medio siglo, Europa se había acostumbrado a utilizar la guerra (corta y eficaz) para resolver sus cuestiones internas. Lejos quedaba la primera mitad del siglo XIX, cuando los Estados se aliaron todos para evitar luchar entre sí, a fin de colaborar contra las bayonetas de un liberalismo social cuyas sacudidas parecían salidas de una novela de Víctor Hugo. Ahora, en cambio, la guerra estaba normalizada, no duraba más de unas semanas –o unos meses a lo sumo– y se había utilizado con éxito para forjar las unificaciones de Italia y Alemania, o para dirimir los asuntos internos de austriacos o franceses. En 1900, Europa era amiga de la guerra. Pero no necesariamente de la violencia.



El futuro primer ministro francés, Georges Clemençeau, se bate en duelo en 1893. Los duelistas preparaban testamento y planes de fuga,

pero, frecuentemente, la munición usada no era letal. La sociedad europea antes de la Gran Guerra no era particularmente amiga de la violencia.

De hecho, no estaba para nada claro que –como decían los contemporáneos– Europa se deslizara por ninguna espiral de violencia. Es cierto que en Francia, un noble patriota acababa de matar al emblemático líder socialista Jaurès a tiros por defender el pacifismo. Pero según no pocos historiadores, la percepción que tenían los europeos «civilizados» (y con esto nos referimos a las clases medias, que se sentían moralmente lejos del crimen y la violencia) de que Europa era cada vez menos segura y más morbosamente criminal, provenía de varios factores que poco o nada tenían que ver con un aumento de la violencia en sí.

En primer lugar, se imprimían más periódicos, y estos se lanzaban a publicar cada día las noticias más sensacionalistas sobre los asesinatos más monstruosos. Conmocionó el caso de madame Cailloux: en 1914, la esposa del presidente francés había decidido vengarse de los ataques del diario *Le Figaro* contra su marido, entrando en el despacho de su director y tiroteándolo a sangre fría. Los diarios, ahora, traían fotografías, y el público se fascinaba con las imágenes de lo macabro como el doctor Seward lo hacía en *Drácula* con Renfield, el oscuro paciente que devora arañas en un psiquiátrico. Sin embargo, como ya hemos señalado, esto no era más que una percepción, a la que también contribuían los nuevos métodos de la policía, más eficientes, que se aseguraban de que cada vez más criminales fueran arrestados entre *flashes*.

De hecho, la sociedad había absorbido los valores de la ciudad, siempre menos violentos, a lomos de escuelas y periódicos que llegaban incluso al mundo rural. Pero, al mismo tiempo que Europa se amansaba, sus actividades fuera de sus propias fronteras morales dejaban mucho que desear. La crueldad en el Congo Belga sobrepasaba lo inhumano y los campos de concentración británicos en la guerra de los Bóeres no fueron precisamente un referente moral.

Esta vez, también hay que admitirlo, aumentaba el número de europeos respetables que protestaban vigorosamente contra este nuevo salvajismo: Emily Hobhouse denunció los crímenes contra los bóeres, y Edmund D. Morel y *sir* Roger Casement clamaron por los del Congo… Al menos, hasta que Casement fue ahorcado en la prisión de Pentonville por apoyar a la causa irlandesa.

¿Pero qué decir sobre el militarismo patriótico que impregnaba la atmósfera, o sobre el número de duelos de honor, que aumentó con el cambio de siglo? Esto es cierto, ya que a partir de 1890 (y la caída política del canciller Bismarck), Alemania y la futura Entente (Francia y Gran Bretaña) se deslizaron por una espiral de amenazas y rearme competitivo, mientras que muchos hombres, asqueados por el incipiente feminismo, decidían reafirmar su virilidad adoptando las actitudes más belicosas.

Sin embargo, toda esta atmósfera no tiene nada que ver con el tipo de ambiente que es capaz de generar la violencia total; una violencia que permitiría a un digno caballero nacido en la orilla derecha del Sena asesinar a toda la familia de sus vecinos a punta de pala y metralleta. Por lo que respecta a los duelos, lo cierto es que las estocadas paraban a la primera sangre y las pistolas se solían cargar con munición no letal. El hecho de que se prepararan testamentos y planes de fuga respondía sólo a una costumbre necesaria.

Solamente cuando llegó el fin de la confianza ciega en las certezas científicas y religiosas (y eso que muchas de ellas no eran precisamente un pozo de humanitarismo, justificando el colonialismo y el exterminio), desembarcó entonces un espíritu más «incivilizado». Aquí entraron con fuerza los

discursos de Nietzsche o del «futurismo», capitaneado por una tropa de locos italianos que clamaban que la vida no era más que lucha entre «los que comen y los que son comidos». Y dos ideologías, ciertamente, habían irrumpido con la fuerza y la voluntad suficientes como para poder causar matanzas en un futuro. La primera era el nacionalismo, que había surgido triunfante sobre el liberalismo tras convivir con él durante el turbulento siglo XIX. La segunda, el comunismo marxista, que ya había dicho que la violencia era «partera» de la historia (para aplauso de muchos) y en general la ideología terrorista rusa, como lo era el autoproclamado «populismo» del grupo Narodnaya Volya.

CAMPO DE BATALLA: EL MUNDO

En 1914, el ministro de Exteriores ruso se preparaba para combates de no más de dos a seis meses, y un rápido regreso a casa por Navidad. Si bien los expertos militares del zar consideraban que Rusia sólo estaría lista para la guerra si esperaba hasta 1917, cuando el archiduque austrohúngaro cayó abatido por un terrorista serbio, el clima a favor del conflicto se disparó. Quizá tuvo algo que ver el hecho de que Rusia hubiera sufrido una continua serie de derrotas desde las trincheras embarradas de Crimea. Lejos ya de aquel conflicto, para 1914, el bloque Rusia-Francia-Gran Bretaña se encaraba preocupantemente con el eje Berlín-Viena. El alto mando, a esas alturas, consideraba que un conflicto con Alemania era algo inevitable, y mejor lucharlo mientras el equilibrio de fuerzas siguiera como estaba.

Gran Bretaña, precisamente la potencia victoriosa de Crimea, se había dormido sobre los laureles de su propia flota, y ahora no poseía un ejército continental fuerte, listo para esta terrible ocasión. En general, los editoriales de periódico confiaban en el poder de acción y en la salud mental del diplomático europeo medio. Aunque algunos sí previeron con sorprendente exactitud lo que se avecinaba. El jefe del Estado Mayor alemán Von Moltke, hablando en el Parlamento en 1890, dijo que, dado que ningún ejército nacional podía imponerse sobre otro, el resultado de un conflicto sería una nueva guerra de los Treinta Años: el ejército muy probablemente se tomó esto como una invitación al rearme. En cuanto a Friedrich Engels, el eterno compañero de cartel de Carlos Marx, ya en 1888 había escrito: «Unos ocho o diez millones de soldados se matarán entre sí y, al hacerlo, arrasarán Europa como nunca lo ha hecho un enjambre de langostas. Las devastaciones de la guerra de los Treinta Años se comprimirán en un período de tres o cuatro años y se extenderán a todo el continente».

A esto le seguirían hambre y epidemias, una gran crisis económica y la bancarrota general; Engels no fue sólo más claro que Nostradamus, sino que fue sorprendentemente certero.

Y fue terrible, sin duda. Porque se aprovecharon los ímpetus de los jóvenes de clase media de las ciudades (acompañados de toda la carne de cañón que el alto mando pudo movilizar). Personas que fueron lanzadas a combatir sobre los campos franceses, las llanuras rusas o las dunas de los desiertos bajo control turco o colonial.

Pero esta ya no era una guerra como las de otros tiempos, con dos semanas entre cargas de caballería y fuego de cañones, y luego un rápido tratado de paz. El mundo había avanzado desde entonces. Los ejércitos, esta vez, se apoyaban sobre una población muy crecida, gracias a las progresivas mejoras en las condiciones de sanidad y alcantarillado, y podían permitirse ser masivos. Sólo el mundo emergido de la Revolución Industrial, definitivamente completada tras su segundo

round en 1870-1880, podía equipar a la perfección a este ejército de masas digno de un megalómano.



La letalidad aumentó de manera exponencial en la Gran Guerra. El lanzallamas anegaba fácilmente la trinchera enemiga, pero, si explotaba, o si su portador moría mientras mantenía la espita abierta, resultaba igual de mortal para quienes lo acompañaban.

Por otra parte, la letalidad comenzaba a convertirse en algo serio. Si en 1814, un batallón de mil hombres cargaba a bayoneta calada, durante cien yardas, contra otro batallón de mil hombres que dispararan dos veces por minuto, cada soldado atacante recibiría una media de dos tiros. En 1916, en medio del infierno del Somme, un batallón de mil personas tendría que empezar cargando a más de mil yardas de distancia (las balas llegaban hasta allí) y si el batallón defensor –también mil hombres– tuviera un fusil con cargador por persona, y cuatro ametralladoras, el grupo atacante recibiría nada menos que doscientos tiros por soldado. A eso se le añadían morteros, lanzallamas (que eran letales en ambas direcciones si el soldado que lo operaba encajaba un tiro mientras mantenía la espita abierta) y las temibles lenguas de gas que, dependiendo de la dirección del viento, cegaban al amigo o al enemigo. La moraleja científica de la Primera Guerra Mundial fue ciertamente atroz.

Lanzar un ejército de masas contra una muralla de tecnología convirtió esta primera guerra total del siglo XX en una verdadera picadora de carne. La muerte se convirtió en un compañero con el que había que convivir. «Las mulas muertas –reconocía un oficial italiano– cuestan dinero, y por lo tanto, requieren formularios y formularios [...]. Cuando un hombre muere, es mucho más sencillo: un tachón sobre su nombre en la lista de turnos, y un número en el informe matutino». El balance de muertos es de una magnitud espeluznante; a no ser que se compare con el de la guerra que vino después.

Bajas en la Gran Guerra (y otras)

Nación	Número de bajas
Francia	3.844.300
Gran Bretaña	2.556.014
Resto del Imperio británico	646.850
Italia	2.055.000
Rusia	6.761.000
Austria-Hungría	6.920.000
Total Gran Guerra	Más de 8 millones (sólo muertos)
Guerra de Crimea (1854-1856)	400.000 (sólo muertos)
Guerra franco-prusiana (1870-1871)	184.000 (sólo muertos)
Guerra civil + hambruna, rusas	10 millones (sólo muertos)
Total Segunda Guerra Mundial	Más de 40 millones (sólo muertos)

A todo este proceso ayudó la mentalidad que tenían los generales, el pueblo y los medios de comunicación: todos ellos se habían acostumbrado a las guerras cortas de finales del XIX. Discursos atronadores, dos o tres semanas de lucha, una batalla decisiva, y un tratado de paz contundente. En la Primera Guerra Mundial, daba la impresión de que todos esperaban acaso esa batalla decisiva que –a cualquier coste– cambiaría el curso de la contienda de un plumazo ensangrentado. Pero no habían aprendido, cincuenta años antes, la lección de Crimea: «Una guerra aventada por el nacionalismo y estancada en el terreno se prolonga indefinidamente en el tiempo y en los muertos».

En 1914, en cuanto comenzaron las movilizaciones de tropas, las reacciones entre la clase media fueron de aceptación entusiasta (las de los obreros no tanto, hasta que los sindicatos paralizaron sus protestas). Pero, muy pronto, la vida de trinchera erosionó los ánimos iniciales. Las historias de aquellos que lograban el permiso, sucios y ojerosos, comenzaban a forzar a los demás a darse cuenta de la realidad que les iba a tocar vivir.

Esta realidad era la de ejércitos enteros esperando, *ad eternum*, en sus trincheras, la hora de cargar. Cuando esta llegaba, tocaba saltar el parapeto y acelerar a través de tierra de nadie –según un soldado británico– en un estado de euforia aterrada que hacía cantar, toser, vomitar y gritar. Si el terror paralizaba al recluta en su trinchera, el policía militar de turno podía llegar a asesinarlo de un pistoletazo para dar ejemplo.

El espíritu guerrero (más bien homicida) era decididamente mantenido por el alto mando a través de las *trench raids:* primero, incursiones sigilosas en la noche y, a partir de 1916, cargas entre trinchera y trinchera acompañadas de andanadas de apoyo pesado. Los soldados se fabricaron brutales tipos de cuchillos y porras; eran armas que habían vuelto a ser necesarias en la salvaje modalidad del combate cuerpo a cuerpo. Todo esto resultó en un ascenso de la crueldad; era habitual «limpiar» la trinchera que había resistido tus ataques de los prisioneros que aún quedaran en ella (aunque, a pesar de todo, rendirse y conservar la vida seguía siendo una opción bastante probable). En gran parte debido a las historias de los aterrorizados nativos franceses, la práctica de

asesinar de alemanes que se hubieran rendido se siguió produciendo hasta el 2 de noviembre de 1918.

No todos los sectores fueron testigos de un nivel de enfrentamiento salvaje. En zonas alejadas del frente, pudieron madurar las «treguas de vive y deja vivir», donde ambos bandos acordaban «comportarse» y restringir el fuego a determinadas horas, respetar las comidas... Los sajones tenían fama de tratables, y en el sector de Saint Eloi se daban los buenos días e intercambiaban comida por la noche con sus enemigos. En cierta ocasión, le gritaron a un batallón británico de la 51.a división: «Nosotros sajones, vosotros anglo-sajones. No disparar». Unos días más tarde, uno de ellos volvió a asomarse: «¡Los sajones nos vamos! Nos relevan los prusianos. Dadles estopa».

Se dieron también treguas ocasionales, ya fuera para recoger muertos y heridos, para comunicarse entre trincheras cercanas, por buena vecindad, por mal tiempo, o en fechas señaladas, como eran las treguas navideñas. En alguna de estas, más de un tiro certero o una granada de mano llegaron a tumbar inoportunamente el árbol de Navidad.

Pero la tranquilidad escaseaba, al menos cerca del frente. El incesante bombardeo de las baterías artilleras (odiadas tanto por amigos como enemigos) y las mil incomodidades y horrores de la interminable guerra total llegaron a hacer caer a muchos soldados en el tan temido estrés postraumático. Algunos sacaban la mano fuera de la trinchera para que se la mutilara una bala enemiga. El alto mando fue siempre inflexible con esta y otras muchas indisciplinas, como la de gritar «retirada» en medio de un ataque (los alemanes habían aprendido la palabra en inglés y la utilizaban para causar confusión). En 1916, el soldado Harry Farr fue arrestado por debilidad nerviosa y fusilado un año después. En la Fuerza Expedicionaria Británica (BEF), y en Gallipoli especialmente, se fusiló a centinelas que abandonaron el puesto de guardia, al ser asaltados ellos mismos por las fiebres y diarrea.

Tasa de castigos en retaguardia (1914-1918)

Nación beligerante	N.º fusilados	Tasa de fusilamiento/N.º convictos
Imperio británico (investigación de 1922)	346 (Australia no permitió fusilamientos)	11,23 %
Bélgica	18	8,18 %
Francia (debatido)	700	35 %
Estados Unidos	35 (sólo 10 en Europa)	---
Alemania (debatido)	48	---
Italia	750 (117 tras la derrota de Caporetto)	18,62 %

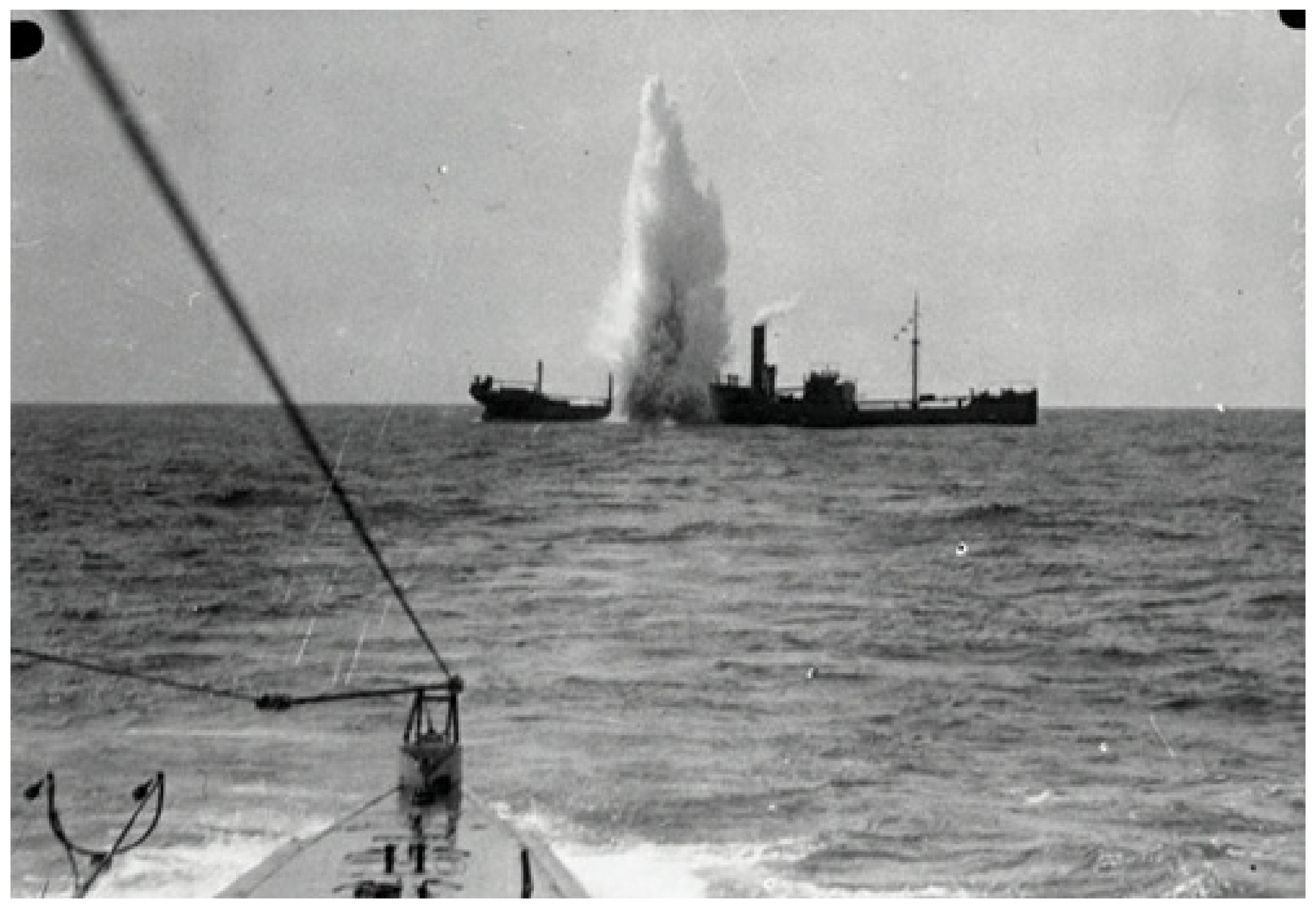
La revolución estratégica que antes comentábamos dio pie a introducir algunas máquinas infernales dignas de una novela de caballerías. Los tanques, que aplastaban trincheras y soldados. Los acorazados Dreadnought, que destriparon sus vientres de metal en la batalla de Jutlandia, y que mantuvieron un ilegal bloqueo sobre las potencias centrales que derivaría en terribles escenas de hambre (de 424.000 a 800.000 muertos). Los zepelines y aviones que bombardeaban las capitales; su uso finalmente no había sido limitado en las conferencias de la Haya 1899-1907, y el silbido de las bombas provocó el miedo de los estadistas al colapso industrial, y a la revolución social en

retaguardia.



Tanque alemán. La necesidad de romper el estancamiento de la Gran Guerra propició la aparición de armas novedosas. El tanque fue una de ellas, siglos después de que Leonardo da Vinci diseñara uno de sus primeros modelos.

Otro viejo amigo del siglo XX fue el submarino. Si el Reino Unido se lo había gastado casi todo en Dreadnoughts, Alemania había invertido también en submarinos. Los británicos mantuvieron su mohín de desprecio hasta que, en septiembre de 1914, un U-Boot mandó al fondo del mar a tres cruceros británicos seguidos. La tranquilidad dio paso a la histeria más absoluta, y a lluvias de cargas de profundidad a la más mínima alarma. Tras Jutlandia, el almirante Scheer decidiría montar una atroz campaña que atentara directamente contra los buques comerciantes del Atlántico. Esto tuvo el efecto indeseado de proveer a Estados Unidos con la excusa necesaria para entrar en guerra.



Submarino alemán torpedea al SS *Maplewood* durante la Gran Guerra. Los U-Boot del II Reich sembraron el terror entre los convoyes mercantes que surcaban las aguas del Atlántico. Los británicos no habían dado tanta importancia a la construcción de submarinos.

No todas las atrocidades estuvieron ligadas al progreso tecnológico, ni mucho menos. Si la Gran Guerra no trajo todavía el fenómeno partisano (que tantas bajas causa al invasor, y tantas represalias al invadido), muchos de sus ejércitos se comportaron, por otras razones, de la forma más brutal. Al entrar en Bélgica, los alemanes pasaron a cuchillo a 6.247 belgas, dándole a Gran Bretaña, entre otras cosas, una justificación humanitaria para defender a su antiguo aliado. Sin duda, el miedo alemán a los francotiradores (como los de 1870-1871) y el hecho de estarse retrasando la ofensiva sobre Francia hicieron resbalar muchos dedos sobre el gatillo.

Rusia y Turquía también mancharían sus enguantadas manos imperiales. Al retirarse en 1915, el ejército ruso deportó hacia el interior nada menos que a 300.000 lituanos, 250.000 letones, 350.000 judíos (que ya sufrían los pogromos, las matanzas rutinarias de distracción cada vez que el Gobierno tenía problemas) y 743.000 polacos. Los turcos, inmersos en un proceso de regeneración revolucionaria y nacionalista capitaneado por el movimiento de los «Jóvenes Turcos», consideraron a la minoría armenia como una molestia étnica y, en 1914-1915, asesinaron entre 800.000 y un millón de ellos. El propio Winston Churchill, dando una conferencia a comienzos de los años veinte, reflexionaba sobre la crueldad de las naciones durante la guerra: «El tamaño de los ejércitos no ha tenido ningún otro límite más que aquel de la población de los países correspondientes. [...] La tortura y el canibalismo son los únicos medios a los cuales los Estados civilizados, científicamente

desarrollados y cristianos, renunciaron; únicamente porque eran de una utilidad problemática».

Aurora roja: la violencia prosigue en Oriente

El once del once a las once horas, los soldados embarrados dejaron de matarse, y las calles de las naciones victoriosas se llenaron de viandantes dando piruetas de alegría. Tras la muy imprudente euforia de la guerra llegaba ahora la más sabia euforia de la paz. Cuatro años de acostarse con la muerte –sobre un lecho compartido con las ratas de la trinchera– habían dejado muy clara la lección. Y Europa muy posiblemente habría estado dispuesta a superar este oscuro capítulo de su historia si no fuera por un detalle que a muchos nos pasa desapercibido: en Oriente, la guerra estaba lejos de acabar.

«Oriente» no se refiere a la lejana China, o a Siria-Palestina. Oriente se refiere aquí a todo lo que se encontrara a la derecha de la frontera franco-alemana. Sólo Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos seguían siendo «Occidente»; como centro de toma de decisiones mundial. De Alemania hacia el este, los antiguos imperios habían caído, y todo se convertía en un mosaico de naciones jóvenes que, se creía, necesitaría padrinos de uno u otro signo.

Los primeros problemas se dieron en Rusia. Si las naciones democráticas lograron removilizar a su población en 1916-1917 (tras el *shock* de los primeros horrores bélicos), las dictaduras apenas pudieron evitar ser arrastradas por las protestas de una sociedad que no se consideraba tan partícipe de los errores de sus Gobiernos.

Rusia era, en general, una sociedad extremadamente rural basada en el orden caciquil y dotada de una violencia omnipresente, como probaban las frecuentes palizas a mujeres y criminales. El zarismo ya funcionaba casi como un Estado policial digno del siglo XX; principios indiscutibles, burocracia total (quien no participaba podía ser considerado sospechoso) y una Okhrana o policía secreta al margen de la ley. Para paliar los problemas internos, muchas veces se denunciaba a los judíos y se animaba a su exterminio (local y planificado) por medio de terribles y salvajes pogromos. Por su parte, existía una *intelligentsia* opositora, pero esta reaccionaba al duro orden ideológico del zarismo *a la rusa:* es decir, importaba ideas europeas pero las trataba como dogmas de fe en vez de como bases para la discusión. La oposición política, por lo demás, era oportunista y extremista, de lo aislada que estaba. Los Social Revolucionarios, por ejemplo, (partido consagrado al socialismo agrario) aceptaban el terrorismo de los antiguos «populistas» que habían emigrado a su seno; algo a lo que sus rivales bolcheviques se negaron.



Guardia Roja. En Rusia, una nación rural y violenta con una intelectualidad dogmática, estallaron dos revoluciones en 1917. La primera depuso al zar, pero no supo retirarse a tiempo de la guerra mundial. La segunda derivó en guerra civil y en el establecimiento de una dictadura socialista.

Así, Rusia se vino abajo con la Gran Guerra, cuando su Gobierno enhebró chapuza tras chapuza. Tuvo que ser a regañadientes que el Gobierno creara, en 1915, unos comités de abastos que ni siquiera contaban con la presencia de los obreros. El ferrocarril se sobresaturaba y los suministros aliados se hundían y pudrían en las playas. La prioridad del frente desabastecía las ciudades, que rabiaban contra el «especulador alemán y judío». Se imprimieron rublos causando inflación y los campesinos prefirieron acumular en vez de vender, acentuando aún más la crisis de subsistencias. El zar se había hecho responsable del frente –y de las innumerables derrotas– y el público percibía una amenaza en el monje reformista Rasputín, sin cuyo permiso ya nada se movía en la corte: en 1916, los rancios aristócratas rusos le asesinarían de manera salvaje. Ese mismo año, hasta un diputado liberal de la Duma (el Parlamento ruso, sostenido por un sufragio muy limitado) preguntaba si esta forma de dirigir la guerra se debía a la estupidez o directamente a la traición.

En esta situación, el general Brusilov llegó a recibir anónimos de los soldados amenazándole con la muerte si no se detenía la guerra. A comienzos de enero, una oleada de huelgas y manifestaciones en Petrogrado, capital, desbordaron el fuego de supresión de las fuerzas del régimen. El regimiento de guardias de Volynsky decidió crear el Soviet y tomar las riendas el 27 de febrero; se le pegó un tiro al comandante. La capital quedaba así bajo la autoridad dual de la Duma y el Soviet, y el zar acabó dimitiendo entre negativas. Su hermano dejó caer la corona y Rusia amaneció república.

Pero el nuevo Gobierno era demasiado reacio a la reforma inmediata y dependía además de las deudas de guerra aliadas: no podía cancelar su participación en la detestada Gran Guerra. Entre marzo y octubre de 1917, hasta un millón de soldados desertaron de sus puestos mientras el campo –donde las noticias llegaban siempre tarde– vivía su propia revolución y las comunas tradicionales llegaban a pelear entre sí. El príncipe Lvov, presidente del Gobierno provisional, dimitió en julio y le comentó a un amigo que «la única forma de salvar al país es cerrar el Soviet y disparar al pueblo. No puedo hacer esto. Pero Kerenski puede». Kerenski era el siguiente jefe de Gobierno, un laborista. Cuando el militar derechista Kornilov dio una intentona apoyada por oficiales y financieros (y frenada por los obreros armados por el Gobierno), la brecha entre el Gobierno, las masas y los militares se volvió insuperable. Muchos obreros se negaron a devolver las cuarenta mil armas que habían sido repartidas para la ocasión. Todo Petrogrado estaba listo para no mover un dedo cuando el *Octubre Rojo* vio a los bolcheviques de Lenin, que prometían tierra en Rusia y paz en Europa, tomar todos los resortes del poder constituido ante la mirada anémica de este. Apenas hicieron falta treinta mil milicianos para conquistar una ciudad que contaba con trescientos mil soldados y cuatrocientos mil trabajadores.

Lenin firmó una paz desastrosa con los alemanes. No podía ganar dos guerras a la vez y sus guardias rojos habían sido arrollados por los alemanes en el frente. Completado este duro trámite, los bolcheviques se concentraron en el problema interior. A la implantación de medidas revolucionarias le había acompañado una toma de control generalizada por parte de los comunistas que no había agradado precisamente a los socios izquierdistas que esperaban compartir el poder. Mientras tanto, las células armadas zaristas se recomponían con cierta lentitud. A estas fuerzas se habían de sumar destacamentos checos, alemanes, polacos, franceses, británicos, norteamericanos y japoneses que el mundo entero enviaba para reclamar sus deudas, y muy posiblemente para destruir el llamado «experimento socialista». Conservadores como Winston Churchill veían a los comunistas como «enemigos del género humano» y deseaban una segunda cruzada total contra esa «conjura mundial con vistas a derribar la civilización». Despuntaba la guerra civil rusa.

Y la guerra civil, suspiraba Trotsky, «no es una escuela de humanidad». De 1918 a 1921, los bolcheviques ahogaron su programa originario de libertades e igualdad en una férrea disciplina que les permitió –cruzando mares de sangre– imponerse sobre la tan difícil situación interna. Tanto fue así que la mítica comunista alemana Rosa Luxemburgo criticó que en Rusia no se aplicara la democracia del proletariado, sino que se suprimiera toda democracia. Este huracán de rigidez llegó a su punto álgido cuando se rebelaron los marineros del Kronstatd, previamente héroes de la revolución, para exigir demandas muy similares a las peticiones bolcheviques de 1917. A pesar de que Lenin cambió el rumbo de sus políticas en respuesta, los marineros fueron suprimidos a sangre y fuego.

Parte de la dureza bolchevique vino de la necesidad de abastecerse: poco duraron los privilegios concedidos al campesinado cuando este se negó a entregar comida. Comenzaron las requisas y los disparos. Justo cuando la victoria bolchevique parecía cierta, en 1920, muchos campesinos se organizaron por su cuenta como partisanos *verdes:* independientes y defensores de su tierra. Uno de ellos, un comandante anarquista llamado Makhnó, que frenaba las cargas del enemigo con un temible semicírculo de ametralladoras sobre carromatos, expresaba sus deseos de «degollar a los comisarios [rojos] y a los judíos». Esos mismos *rojos* habían llevado a un judío polaco a las negociaciones con Alemania, lo que provocó el atragantamiento de sus interlocutores. Y es que el

conservadurismo internacional llegó a convertir en sinónimos, muchas veces, judío y bolchevique. Así, el antisemitismo llegó a ser la marca referencial de los crueles ejércitos blancos (zaristas) y el general Wrangel organizó pogromos sistemáticos, donde perecieron entre 75.000 y 150.000 judíos.



Bandera de Néstor Makhnó, un comandante anarquista que contenía los avances de sus enemigos (blancos y rojos) con un formidable semicírculo de ametralladoras montadas en carromatos. Estos partisanos surgieron como respuesta al acoso por parte de ambos bandos.

Mientras tanto, la *cheka* (la policía política del nuevo Estado bolchevique) asesinó al zar, sagrado y prisionero, con toda su familia y sirvientes en 1918 y, solamente ese mismo año, ejecutó aproximadamente a unas diez mil personas. Con todo, la orgía de sangre no echó para atrás a muchos extranjeros que veían nacer en Rusia un proyecto digno de sus esfuerzos: los *rojos* tuvieron de su parte a cientos de combatientes chinos, coreanos, húngaros y hasta a presos alemanes de guerra. La necesidad de instrucción y experiencia hizo también que los bolcheviques incorporaran a sus filas

a no pocos de aquellos oficiales que habían servido bajo el zar. En 1919, sumaban 22.000; dos años más tarde, esta cifra alcanzaba los 75.000.

TODAS LAS GUERRAS DE LA POSGUERRA: EL COMUNISMO Y EL NACIONALISMO CRUZAN SUS ESPADAS

Mientras los tiros y las explosiones resonaban por las estepas rusas –y en los oídos de los cancilleres europeos–, la violencia sin límites se desató también en muchos otros países, más cercanos a la esfera europea. Alemania estaba entre ellos. La situación allí, en noviembre de 1918, era inaudita: habiéndose sublevado marineros y soldados organizados en consejos, el poder había pasado a manos de un Gobierno compuesto por tres políticos del SPD (socialdemócratas que apoyaron la guerra en 1914) y tres del USPD (socialistas de izquierda, que se opusieron). El mismísimo prefecto de la Policía de Berlín pertenecía al USPD; apoyaba los consejos y desautorizaba al Gobierno cuando lo veía necesario.

A pesar de todas las apariencias revolucionarias, los líderes del SPD eran descritos como los típicos opositores tradicionales, apoltronados y leales al poder (que no solían ostentar). El socialdemócrata Scheidemann, de hecho, había proclamado la república por su cuenta desde un balcón para aplauso de las masas y enfado del también socialista Erbert. La proclama no tenía legalidad alguna, pero servía para evitar que los espartaquistas (comunistas) se les adelantaran. Por su parte, Erbert había pactado con el nuevo jefe del Ejército que el Gobierno haría respetar la disciplina y los rangos frente a los nuevos consejos de soldados, y que ambos colaborarían para contener la revolución con violencia si fuera necesario. El militar, conmovido, escribió a su mujer, afirmando que Erbert era hombre honrado y decente, y que apoyándole se evitarían mayores deslizamientos hacia la izquierda, a la vez que recriminaba su pasividad a las clases medias.

El siguiente pacto se produjo entre el jefe de los sindicatos socialistas y el de la industria del carbón y el acero. Se concedió a los obreros la negociación colectiva, la jornada de ocho horas, el subsidio de desempleo y se liquidaron los sindicatos amarillos. El líder industrial reflexionaría sobre el trato: «Ahora lo que necesitamos es un respiro que nos permita proseguir nuestra labor; después, todo se arreglará por sí solo».

Esta voluntad de «normalización» encendió la chispa de los revolucionarios puros, que veían como su proyecto era secuestrado y moldeado a gusto de un burócrata reformista como Erbert. A finales de diciembre, el USPD se retiró del Gobierno. Sus líderes más moderados perdían fuerza, como le ocurría a Kautsky, un venerable socialista enfrentado a Lenin, que ocultaba su preocupación tras unas gafas redondas y una poblada barba. El Gobierno había convocado elecciones a la Asamblea Constituyente desde hacía un mes y, como les ocurriera a los bolcheviques, los revolucionarios lo vieron como una amenaza a sus conquistas: a fin de cuentas, en la Revolución francesa de 1848, la convocatoria de elecciones había supuesto un suicidio político.

El 5 de enero comenzó la insurrección. A pesar de lo que se dijera entonces, no era una revuelta realmente dirigida por los espartaquistas (que en esos momentos estaban organizando el partido comunista alemán desde el 1 de enero, junto con el USPD) pero su insistencia en el pistoletazo revolucionario les hizo aparecer como sus principales responsables. La reacción a esta intentona bolchevizante fue dura como jamás lo pudo ser el SPD. Su ministro de Interior, Noske, recurrió a cientos de miles de estudiantes, clases medias y soldados empapados de nacionalismo alemán, todos

ellos aterrados por la propaganda oficial. El peso de la represión recayó, sobre todo, en los grupos de mercenarios –o adictos a la guerra–, conocidos como Freikorps. Estos guerreros manejaban todo tipo de armas pesadas y eran, desde luego, más fiables que el Ejército a la hora de reprimir. Tenían, además, la ventaja añadida de no contar oficialmente como tropas a ojos de los aliados. Porque estos vigilaban de cerca cualquier tentativa de rearme tras el mismísimo armisticio. Para verano de 1919, se habrían unido entre doscientas mil y cuatrocientas mil de estas milicias de choque.

Los Freikorps no tenían ideales políticos. Necesitaban continuar como fuera la guerra en la que tanto habían destacado: las ideologías se despreciaban, como recordaba Von Salomon, uno de aquellos paramilitares. Otro brigadista, F. W. Heinz, evocó en sus memorias, escritas en 1930: «La gente nos decía que la guerra había acabado. Eso nos hizo reír. Nosotros *somos* la guerra. […] Marchamos sobre los campos de batalla del mundo de posguerra como lo habíamos hecho en el frente occidental: cantando con alegría de camino a la lucha, y siendo silenciosos, letales y despiadados en el combate».

Los paramilitares se dieron un banquete de crueldad y violencia en pleno centro de Berlín. «Rematamos hasta a los heridos […]. ¡Hay un entusiasmo inmenso! […]. Contra los franceses en el campo de batalla éramos mucho más humanos». Un centenar de comunistas fueron asesinados, en una represión que duró desde enero –cuando la revolución se apagó en cuestión de semanas– hasta mayo. Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, líderes espartaquistas que debatían aún si unirse o no a la revuelta durante el día 15 de enero, fueron localizados en el Hotel Londres, reventados a culatazos y luego acribillados a tiros en el suelo. Su asesinato horrorizó, aquella mañana, hasta a los berlineses más biempensantes.

El 19 de enero se celebraron las tan esperadas elecciones. El lector puede comprobar los resultados mirando el cuadro que mostramos a continuación. Pero la gran matanza alemana, digna más bien de una tragedia griega, estaba lejos de acabar. En Baviera, Gobiernos anarquistas y comunistas tomaban el poder, hasta que las bayonetas paramilitares redujeron a los insurrectos con brutalidad. Y en 1920, tras volver de su *tour* bélico por las guerras civiles en el este europeo, los Freikorps debían ser disueltos por mandato aliado. Quizá fue esto lo que los llevó a apoyar a Wolfgang Kapp, funcionario y periodista de la extrema derecha, cuando tomó el poder ese mismo año.

Elecciones 1919

Partido político	Escaños sobre 423	(%) de voto
SPD (socialdemócratas)	165	38
USPD (socialistas)	22	7,6
Zentrum Partei (católicos)	91	19,7
DDP (liberales)	75	18,5
DNVP (dcha. antisemita)	44	10,3

Los socialdemócratas huyeron, convocando antes una huelga general que paralizó la ciudad ante el Gobierno golpista. El Ejército se negó a combatir a los Freikorps, pero su deserción llegaba tarde.

Estos estaban hastiados por la moderación de Kapp (que quiso evitar ante todo las masacres), y acabaron por dejarle caer.

Al regresar al poder, el SPD se encontró con que hasta ochenta mil milicianos de diversas tendencias habían formado un ejército rojo en el Ruhr; primero para combatir a Kapp (no hizo falta) y luego para traer la revolución a la cuenca minera. Los Freikorps ya tenían tarea: en cinco días, ahogaron el Ruhr en sangre. El periodista Haffner escuchó en su juventud los recuerdos de uno de aquellos paramilitares, evocando a aquellos que habían sido «abatidos en la huida»:

> Eran la flor de la juventud obrera. […] No como en Múnich, en 1919. Aquellos eran granujas, judíos […], por ellos no sentí una pizca de lástima. Pero en 1920 […] la verdad es que lo sentí mucho por algunos. […] Cuando les queríamos dar una oportunidad y en el interrogatorio les preguntábamos: «Entonces, a vosotros simplemente os han engañado, ¿no es cierto?», ellos gritaban «¡No!» y «¡Abajo los asesinos del pueblo!». En fin, entonces no había nada que hacer y no teníamos más remedio que asesinarlos, siempre por docenas.

Habiendo cumplido su misión para el Gobierno, los Freikorps serían desbandados poco después. Fue entonces cuando se derrumbó su ideología exclusivamente militarista, comenzando a militar en la extrema derecha y en organizaciones subterráneas como *el Ejército Negro del Reich*.



Paramilitares Freikorps posando tras fusilar a jóvenes milicianos en el Ruhr, 1920. Inicialmente habían apoyado el golpe derechista de Kapp, pero el Gobierno socialista supo ganárselos de nuevo prometiéndoles acción y violencia: los Freikorps eran adictos a la guerra.

Y si el «Oriente» oriental (Rusia) y el «Oriente» occidental (Alemania) se hallaban inmersos en guerras civiles, ¿qué decir de todos los países encajonados entre aquellos dos frentes? Los propios Freikorps llegaron a desertar de las tediosas tareas de limpiar la retaguardia para unirse a las guerras civiles contra los *rojos* letones, fineses o rusos. En Finlandia, satélite ruso y tierra de auroras boreales, se enfrentaron los conservadores, nacionalistas frente a Rusia, contra los marxistas, amigos de Petrogrado y su revolución. Sus Guardias Rojas chocaron con las Guardias Blancas del nacionalismo. Finalmente, fueron los Freikorps de la «División de Hierro» de Goltz (que los aliados preferían enviar a contener el comunismo, antes que recurrir a sus propias tropas desmoralizadas) los que decidieron la batalla: Karl Mannerheim, comandante de las Guardias Blancas, entró triunfalmente en Helsinki a lomos de un caballo blanco el 16 de abril.

Aunque la situación política se normalizó rápidamente y las izquierdas volverían pronto al poder, la represión finesa fue brutal y mostró que el fantasma de la guerra civil soplaba con fuerza sobre la mitad oriental del continente. Aproximadamente, dos mil presos fueron asesinados en la retaguardia de cada bando. Los ejecutados por los blancos aumentaron a partir de finales de abril con la retirada roja y, para la primera semana después de acabada la guerra, se fusilaba a doscientas personas al día. La cifra total de ejecuciones por los blancos (legales y extralegales) acabó alcanzando los 8.380 muertos. A esto hay que sumarle que, de los 82.000 prisioneros que mantenían encerrados, 12.000 de ellos murieron de inanición, o enfermos. Esta «limpia» fue efectuada sobre una población de tan sólo 3.100.000 personas.

Churchill se refirió a estas guerras tardías como simples «riñas de pigmeos», pero el caso es que se trataba de un fenómeno mucho más terrible y mucho más extendido. Las cuchilladas étnicas, los pogromos, la contrarrevolución, las independencias, las invasiones y directamente la guerra fueron fenómenos que afectaron a Rusia, Ucrania, Finlandia, los Estados Bálticos, Polonia, Austria, Hungría, Alemania, Checoslovaquia, Anatolia, el Cáucaso e Irlanda. En todos estos lugares, la Gran Guerra degeneraba, lejos de apagarse.

En Gran Bretaña, la influencia del «espíritu oriental» alcanzó también a un pueblo que se creía indudablemente superior a la violenta moral del continente europeo. Fueron muchos los que temieron la «brutalización» de los soldados venidos del frente (sólo de los plebeyos, eso sí) cuando muchos de ellos se unieron a los disturbios que recorrieron el país en 1919, en una oleada general de protestas contra la inmigración, el pacifismo o directamente por saqueo. Mientras tanto, no pocos se escandalizaron cuando el general Dyer ametralló a una multitud en Amritsar (India) matando a 379 personas e hiriendo a 1.200. Aunque muchos conservadores apoyaron al militar y el diario ultraderechista *Morning Post* llegó a reunir veintiséis mil libras para su causa (felicitándole por «salvar la India»), la masacre regaló no pocos apoyos al movimiento de protesta que lideraba un hombre singular: Mahatma Gandhi.

Pero ni los disturbios ni la violencia colonial eran nada nuevo (aunque esta vez fueron casos extremos). No representaban el nuevo tipo de violencia. Donde esta sí se vio claramente fue en Irlanda. Allí, como en Alemania o Rusia, se desató el fantasma de la guerra sucia y el paramilitarismo. El conflicto con el Ejército de la República Irlandesa (IRA) (y los locales) comenzó en enero de 1919. Para el verano de 1920, el Gobierno de Lloyd George envió a los auxiliares, brutales veteranos del frente conocidos familiarmente como Black and Tans por los colores de su uniforme. Estos practicaron sistemáticamente el terrorismo de Estado, llegando a quemar la ciudad de Cork en 1920 como respuesta a dos ataques de la guerrilla. Las cenizas de Cork acabaron con la paciencia del

público. Si los parlamentarios más amigos del imperio habían querido ver que los auxiliares no eran otra cosa que «amables» con los prisioneros, «caballerosos» y quizá «demasiado tendentes a perdonar», ahora resonaban las palabras del diputado liberal Kenworthy, futuro laborista: «Son los alemanes los que han ganado la guerra, porque su espíritu de horror prusiano ha sido trasplantado a Irlanda».

Se dijo en una ocasión que el Concierto de Europa reposaba sobre dos equilibrios: uno basado en las relaciones de fuerza entre las grandes potencias (este se vio agitado con la Gran Guerra) y otro basado en un conjunto de valores encarnados por los Estados liberales. Si el primero pudo ser, más o menos, recuperado –y lo sería durante mediados de la década de los veinte–, el segundo no se recuperó. El pueblo de Europa estaba demasiado convencido de la inutilidad de la política representativa y de la necesidad de una intervención definitiva. Esta intervención dependía de la aplicación exitosa de la nueva medicina del siglo: la guerra civil.

3

Behemoth: la guerra civil

Hell is in truth seen too late.
[El infierno se atisba cuando ya es tarde.]

Thomas Hobbes

En 1944, los soldados de la Wehrmacht, el Ejército regular alemán, enviaron postales a sus mujeres y a sus familias desde el frente oriental. Las fotografías eran todo un suvenir: en ellas, se veía a partisanos o ciudadanos judíos siendo ejecutados. El propio oficial alemán Ernst Jünger, volviendo entonces del Cáucaso en misión, diría sin dudarlo que «el objetivo de la guerra en el este es el exterminio zoológico».

El lector bien podrá pensar que, al fin y al cabo, este fenómeno no era más que la conclusión lógica de la deshumanización tras cinco largos años de guerra. Pero si ese fuera el caso, le resultará difícil explicar el comportamiento y las palabras del general de las SS Rudolf von Alvensleben, cuando, en un momento mucho más cercano al comienzo de las hostilidades, llegó a ejecutar a miembros de su propia familia pertenecientes a la aristocracia polaca: «Si no los mataba ahora, tendría que enfrentarlos de nuevo en la próxima guerra». Lo cierto es que, mucho antes de 1939, las guerras en Europa habían adquirido ya las características de un tipo de enfrentamiento especialmente canino y brutal. Lo que muchos especialistas de la violencia denominan «guerra civil».



Alemanes fusilando judíos en la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. Las dinámicas de la «guerra civil» se fueron gestando desde 1914 y a lo largo de las entreguerras. Para 1939, cuando comenzó el segundo gran conflicto global, estaban firmemente asentadas.

Cuando se habla de «guerra civil» a pie de calle, se suele hablar de una guerra peleada entre habitantes de un mismo país. Eso es ciertamente así, pero hay mucho más. Las guerras civiles contienen una serie de características especiales, y que las hicieron particularmente propensas a estallar en los años que separaron una Guerra Mundial de la siguiente. A continuación, le describimos al lector las características de esta terrible cirugía bélica. Una medicina que dejó a más de una nación muerta sobre la mesa de operaciones.

1. La guerra civil se produce cuando chocan dos futuros distintos, destinados a un mismo presente: esto se da cuando se enfrentan dos o más visiones ideológicas, disputándose el *proyecto de futuro* del territorio en cuestión. La *chispa* que haga nacer el conflicto se producirá bien porque esas visiones sean mutuamente excluyentes (es decir, que la aplicación de una signifique automáticamente la negación de la otra) o bien porque se produzca una ofensa desde uno de los bandos al otro, que a su vez detone otra ofensa contraria, y esta a su vez otra, etc., en un círculo vicioso.

Que se produzca una concatenación de ofensas, por otra parte, no quiere decir que el estallido se vaya a producir obligatoriamente. España sufrió este tipo de violencia de atentados en zigzag durante la primavera de 1936, pero también ocurrió con la Francia de los años treinta y la Alemania de la primera mitad de los años veinte: ninguno de esos casos desembocó en guerra. El caso español se produjo más bien por la primera de las causas; el modelo de los rebeldes, tanto en lo político (autocracia) como en lo social (tradicionalismo y corporativismo) se daba de bruces con los mecanismos parlamentarios y sindicales que habían instaurado –desde hacía solamente seis años– los diversos gobiernos de la Segunda República. Para ellos (como para tantos militares prusianos o rusos de comienzos de siglo), el liberalismo en el poder no era sino el preludio de una gran revolución social capitaneada por oscuros personajes judaizantes y unas masas que, sin creencias únicas o mecanismos de control, arrasarían la civilización occidental.

Volviendo al círculo vicioso de acciones violentas, ambos bandos tratarán de justificar que son sus contrarios los que comenzaron con la primera ofensa, con el primer incidente justificador, de manera que son realmente los que cargan con la responsabilidad de la deseada –pero odiosa– guerra civil. Si volvemos a tomar el caso español como ejemplo, veremos que durante cuarenta años, la maquinaria de propaganda del dictador español Francisco Franco sostuvo que el general no tuvo más remedio que unirse a la conspiración militar (ya en marcha) tras el atentado que mató a Calvo Sotelo: este crimen –perpetrado por un socialista y varios compañeros de armas de un teniente de la Guardia de Asalto asesinado por los derechistas– acabó con la vida del jefe de la oposición reaccionaria en el peor de los momentos. Pero como todas las justificaciones de esta índole, la de Franco cojea cuando se enfrenta a datos precisos: para cuando el futuro dictador debía estar lamentando el innoble crimen y abandonando su lealtad aparentemente inquebrantable a la bandera, el *Dragon Rapide*, el avión que debía transportarle a la cabeza de sus tropas, ya hacía tiempo que estaba en curso. Su vuelo había sido organizado desde el día 5 de julio por el director del diario *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena, y su corresponsal en Londres, Luis Bolín.

2. La guerra civil es en sí una herramienta, y no sólo una consecuencia indirecta: muchos de los que han detonado guerras civiles han admitido su componente «necesario»; en otras palabras, que decidieron ponerlas en marcha para lograr el cambio político deseado.

   León Trotsky, reflexionando acerca de la guerra civil en 1930, señaló que la «necesidad de dictadura, tan característica de las revoluciones como de las contrarrevoluciones, proviene de las intolerables contradicciones de un doble poder [Cromwell-monarquía, Soviet-Gobierno de Kerensky, etc.]. El paso de una de estas formas a la otra se realiza por la vía de la guerra civil». El de Trotsky es uno de los ejemplos más claros, pero no precisamente el único.

3. No es un fenómeno exclusivamente contemporáneo: a pesar de que se convierte en un suceso corriente a partir de 1917, se dan numerosos ejemplos a lo largo de la historia en los que claramente se ponen en marcha las dinámicas de guerra civil que hemos descrito aquí. En la guerra del Peloponeso, cuando llegaron los atenienses a la isla de Córcira (Corfú) en el 427 a. C., se dieron verdaderas escenas de *guerra civil* entre los proaristócratas (pro-Esparta) y los prodemócratas (pro-Atenas). El historiador Tucídides relataba episodios tan salvajes como los que siguen: «Las leyes válidas en todas partes fueron abolidas [...]. El padre mataba al hijo, los suplicantes eran sacados a la fuerza de los santuarios o asesinados allí mismo [...]. Tal fue,



en efecto, el grado de crueldad que alcanzó la guerra civil».



Soldado bolchevique a punto de ser fusilado por los blancos durante la guerra civil rusa. Las guerras civiles son muchas veces una herramienta política que permite a los ganadores imponer su sistema al tiempo que destruyen físicamente a la facción opositora.

4. No es sólo cuestión de poder: aunque tampoco sea descartable como causa. El líder de la facción descontenta puede disfrutar de un alto estatus en el territorio contra cuyo gobierno se rebele pero, aun así, puede desear acceder a más poder o más recursos todavía. También puede pretender imponer su propia visión ideológica sobre los organismos que gestionan el país o combatir en defensa de una determinada etnia que sea –o que se sienta– atacada.
5. Su violencia es distinta a la del mundo colonial: a pesar de que algunos historiadores afirmen que la violencia colonial es modelo para la de la guerra civil, hay ciertas diferencias. En el caso de la colonial, se justifica porque sus víctimas son «inferiores», se «rebelan» o no aceptan la guía indudablemente «superior» de la potencia colonial. Aunque algunos de esos factores sí se producen cuando se ejerce la represión contrarrevolucionaria en una guerra civil, el modelo es distinto. Porque en este caso, es una violencia imperativa: el ejecutor no se enfrenta a la impertinencia de seres inferiores (caso colonial), sino a un bando perfectamente organizado que busca su eliminación total para poder pervivir él (en una guerra civil, no hay alternativas a la destrucción mutua).

La violencia derivada de la expansión colonial, no obstante, sí supuso un modelo a seguir cuando el mundo estalló en las guerras totales de 1914 y 1939. Hitler se mostraría meridianamente claro al respecto: «Rusia es nuestra África».



Soldado japonés se entrena con la bayoneta sobre un cadáver chino. En la Segunda Guerra Mundial, China sufrió una dura violencia de tipo colonial. En las guerras civiles, sin embargo, la violencia responde a patrones distintos a los del mundo colonial, si bien es igual de dura.

6. La guerra civil encuentra herramientas para introducirse en Europa a través de la III Internacional primeriza y de las dictaduras reaccionarias: algún historiador califica a la *Komintern*, no sin el apoyo de las propias palabras de Lenin, de «partido de la guerra civil mundial». No ocurre así con la socialdemocracia, que hace todo lo posible por evitarla (recordemos a los socialistas austriacos y alemanes rechazando golpes comunistas en 1919, o a Indalecio Prieto intentando en vano hacer de su partido un pilar de la presidencia de la Segunda República española en 1936): eso no la librará de que las dictaduras reaccionarias –cegadas por la ideología o por sus intereses económicos– no distingan entre socialdemócratas y bolcheviques. En ocasiones, incluso los partidos de derecha moderada deciden tirar la toalla y delegar en una dictadura reaccionaria, ya sea porque no tienen una cultura democrática de larga duración (la Confederación Española de Derechas Autónomas [CEDA], cuyas juventudes se pasaron masivamente a la Falange a partir de febrero de 1936), o porque deciden abandonar espontáneamente el proyecto de república parlamentaria (el Zentrum Partei alemán, del que hablaremos más adelante).
7. No busca sólo la derrota enemiga, sino su exterminio: la violencia sólo cesará cuando no queden miembros físicos o capacidad organizativa suficientes como para poder conformar ese «grupo» en el futuro. Esto se produce incluso si el «grupo» está desarticulado en el presente. En Navarra –que se suma a la rebelión de inmediato y donde la izquierda apenas existía– los insurrectos españoles de 1936 asesinan en torno a las 1.500-7.000 personas. En la provincia de Burgos, capital de la rebelión (y donde las izquierdas no habían tenido oportunidad de mostrar su minúscula fuerza), se ejecuta a 1.500 personas aproximadamente entre agosto y octubre de 1936.

   Esta crueldad predecible supone también que los combatientes saben de sobra el destino que les aguarda si ganan sus adversarios; eso los empuja a seguir luchando. Como bien lo resumió el especialista en violencia Enzo Traverso: «El temor, la inseguridad, el odio y la voluntad de eliminar al enemigo animan a los beligerantes insuflándoles la energía necesaria para combatir. En este tipo de guerra, todo principio humanitario está desterrado, de ambos lados».

   A esta violencia se habrán de añadir las venganzas por injurias pasadas que hemos calificado antes de círculo vicioso. Cuando la tecnología aumenta el número de muertos (en general debido a bombardeos aéreos), también aumenta el número de los caídos en venganza.



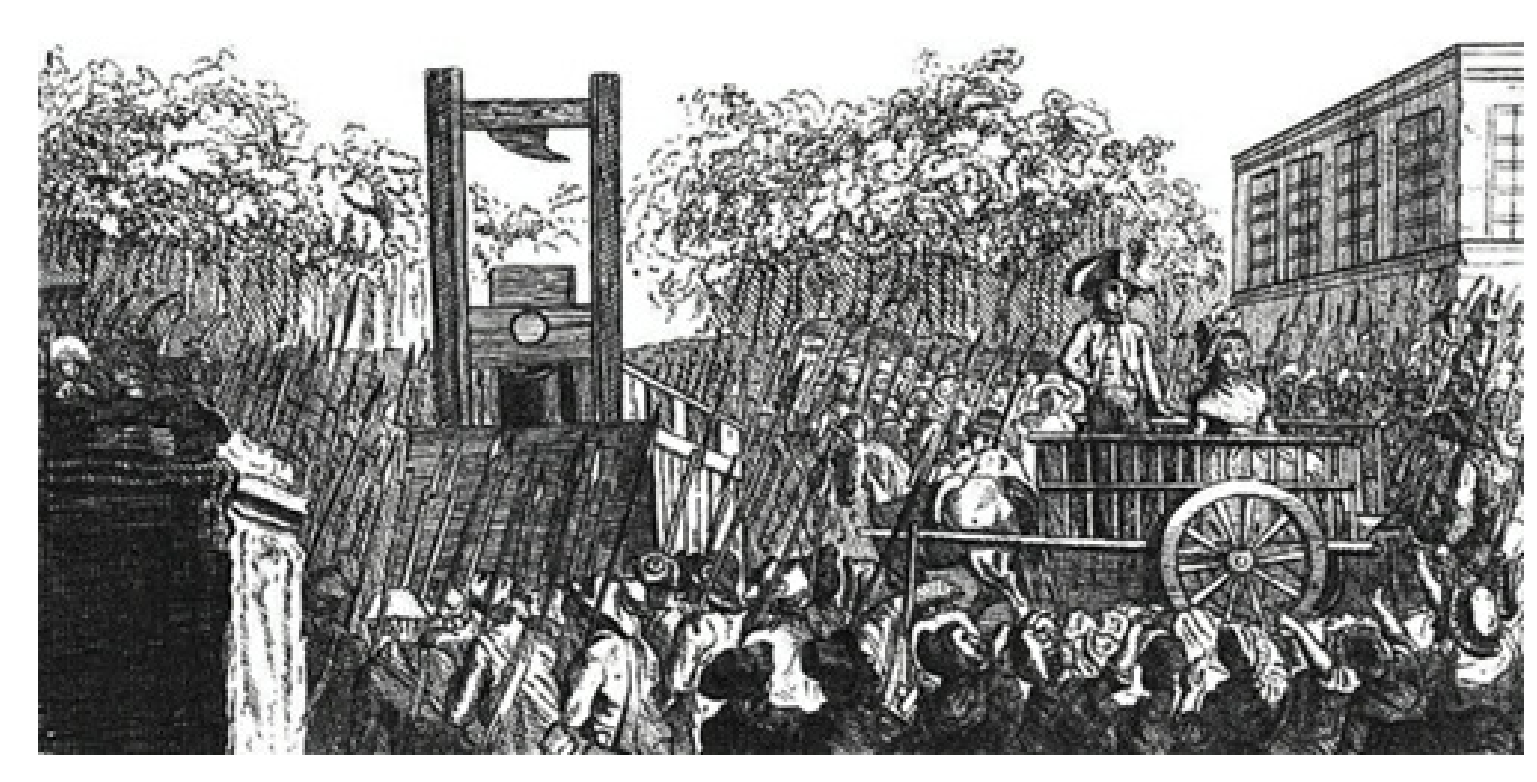
Cartel comunista que muestra, tras las masas revolucionarias, las pirámides de Egipto, la Torre Eiffel y Santa Sofía de Estambul: la «ciudad futura» de los comunistas. La III Internacional fue, de 1917 a 1923, un importante exportador de guerras civiles.

8. Se basa en la idea de «castigo»: un castigo que se aplica simplemente por pertenecer al bando ideológico del enemigo. Es por eso por lo que civiles que no han participado en la lucha también son liquidados. Los líderes izquierdistas Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht no impulsaron ni combatieron en la rebelión comunista alemana de 1919; la apoyaron de manera tardía. De igual manera, muchos alcaldes republicanos españoles en 1936 jamás habían visto una pistola a lo largo de sus cortas carreras. Pero la inocencia (o directamente, la falta de participación) no salvó a ninguno de ellos de la muerte.

   Esto se justifica porque la continua espiral de venganzas, de la que tanto hemos hablado, permite que la causa enemiga genere siempre un determinado número de crímenes. Estos se achacan en abstracto a la ideología enemiga (no a las personas concretas que los cometieran), ya sean las «hordas marxistas» o los fascistas «asesinos». Ambas expresiones aparecieron respectivamente en los titulares del diario republicano español *La Voz*, en junio de 1937, y en el reaccionario *ABC*, en junio de 1939.

   El resultado es que se imparte una teórica bendición expiatoria a quienes «venguen» esos crímenes, administrada con un hisopo que salpica de sangre la «conciencia culpable» del adversario. Sin embargo, lo más lógico es que estos mismos adversarios consideren el castigo que se les impone como otro crimen más, y el proceso se vuelve interminable. En todo caso, se hace caso omiso de aquella «hipocresía humanitaria», como bien recordara el crítico comunista belga Victor Sergé.
9. Se generan dos tipos de terror distintos: uno de ellos es espontáneo y caliente, el otro es oficial

y frío. La violencia caliente convierte el odio en actos y cuestiona el monopolio de la violencia por parte del Estado. Así, esta violencia no es sólo una herramienta eficiente de lucha, sino la expresión de un sentimiento: un carnaval irrespetuoso, loco y que arrastra con fuerza a aquellos que lo celebran (y a aquellos que no).



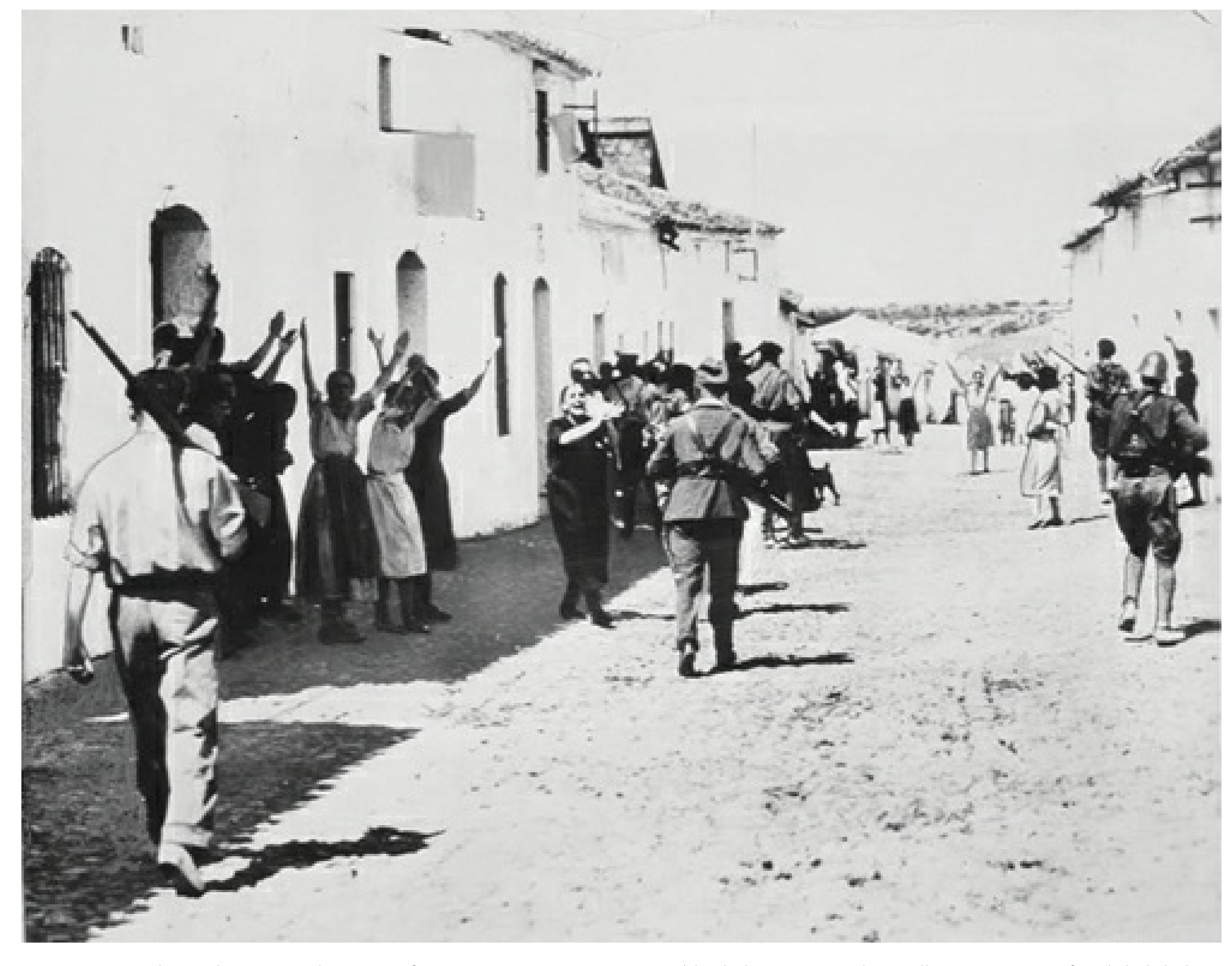
La asesina de Marat, un periodista famoso por sus llamamientos a la masacre durante la Revolución francesa, es conducida a la guillotina en 1793. Aunque las guerras civiles proliferaron en entreguerras, existieron desde mucho antes, como la guerra del Peloponeso en el siglo IV antes de Cristo.

Por otro lado, la violencia fría se presenta como una «masacre pasteurizada» (en palabras de otro especialista en el tema). Monopolizada por el Estado, es industrial, tecnológica, exhibe una administración racional y una división del trabajo, amén de un admirable autocontrol de las emociones. Separa físicamente a ejecutores y víctimas, de manera que los verdugos –tan sólo un eslabón intermedio– no se sientan responsables de sus actos; nace así la «obediencia debida». Esto ha forzado a algunos historiadores, tras analizar las violencias frías del siglo XX, a llegar a la terrible conclusión: «Civilización y barbarie no son términos opuestos».

Uno de los mejores ejemplos para comparar ambos tipos de terror es en la Francia de 1789 a 1794, un caso de guerra civil digno de manual. En ella, las milicias *enragées* (radicales) de la revolución –por ejemplo, las de los herbertistas– ladran y muerden como perros rabiosos; fusilan, linchan y clavan cabezas de aristócrata en sus picas. Para cuando Robespierre –en un verdadero *flashforward* histórico– instaura su régimen dictatorial y centralizado, sus matanzas, para las que se pasa lista en las prisiones y se exportan guillotinas a las provincias, chocan en seguida con la caótica ira *enragée*. Herbert y su banda fueron ejecutados por el propio Gobierno en 1794.

Aun así, no se puede pretender que la mayoría de la población participe de estos proyectos extremos de eliminación. Esta mayoría suele quedar sumergida en una «zona gris» muy difusa y flexible. Aunque muchos participan de una manera u otra desde esta zona (delatando, encubriendo…), en una guerra civil no es la zona gris, sino la minoría en armas, quien decide qué hacer.

Acabemos con un segundo ejemplo. En la Guerra Civil española, se producen numerosos episodios de terror que se achacan a violentos «descontrolados» de los que se dice que actúan sin ningún tipo de guía. Es cierto que cuando implota el orden público en la zona republicana, durante el mes de julio de 1936 (las fuerzas del orden se han pasado al enemigo o no se ven como fiables), se producen no pocas masacres en los primeros momentos de euforia resistente. Pero, hasta que el Estado se hace de nuevo con el monopolio del castigo (y en algunos sectores nunca llega a ello), partidos y facciones políticas como la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), sectores del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), el Partido Comunista de España (PCE) o el Partido Obrero Unificado Marxista (POUM) imponen persecuciones sistemáticas a sus enemigos ideológicos, acompañadas de un cierto grado de planificación. Por ejemplo, de todos los crímenes cometidos por el sanguinario Felipe Sandoval (el temido anarquista Doctor Muñiz), solamente dos de ellos no le fueron encomendados por la propia dirección de la CNT-Madrid. Estos crímenes finalmente llegaron a incluir a algunos anarquistas de los que la propia dirección sospechaba de sus lealtades.



Mujeres suplican clemencia a las tropas franquistas que ocupan un pueblo de la provincia de Sevilla, en 1936. La fragilidad de la retaguardia en guerra civil (que contiene siempre elementos enemigos) lleva a utilizar el terror para dominarla.

10. La pasión alcanza máximos, la ley alcanza mínimos: en otras palabras, hipertensión emocional, anemia jurídica (anomia, más bien). Esto ocurre cuando la causa sustituye a la ley como motor de la lucha: la vida propia o ajena, por cierto, avalan el trato. La base legal suele ser muy endeble. Uno de los contrincantes hace valer el derecho legal, el otro el derecho natural (algo absolutamente alegal). El primero concede un derecho a la sumisión, el segundo un derecho a la oposición. Así, los guerreros tienen permiso para actuar según sus pasiones si ganan, pero si pierden, están expuestos a la crueldad del vencedor.

Esta dependencia de la propia voluntad hace que se junte lo mejor con lo peor del ser humano. La joven filósofa Simone Weil, que acompañó las columnas anarquistas salidas de Barcelona en 1936, lo recuerda bien: «Se admitía a cualquiera, y [...] se codeaban la inmoralidad, el cinismo, el fanatismo y la crueldad, pero también el amor, el espíritu de fraternidad y sobre todo, la reivindicación del honor, tan bella en los hombres humillados».

Otro ejemplo, mucho más lejano. En uno de los primeros casos conocidos de guerra civil, en la guerra del Peloponeso (que enfrentó en cada una de las ciudades del mundo griego a proaristócratas apoyados por Esparta y prodemócratas sostenidos por Atenas), el historiador del siglo v a. C. Tucídides explicaba los cambios que se produjeron en la mentalidad del

personal: el odio aparece en unas proporciones absolutamente desconocidas en tiempos de paz, y la audacia irreflexiva ahora es vista como entrega valerosa. Correspondientemente, la prudencia se entiende como mera cobardía disfrazada.



Brigadistas internacionales muestran su apoyo a la Segunda República, en la Guerra Civil española. Las guerras civiles suelen aumentar la fricción internacional, por enfrentamientos entre cuerpos expedicionarios extranjeros, o porque el conflicto desborde las propias fronteras.

Tal mezcla de calor sentimental y de frío legal ha producido, sin duda, verdaderos estremecimientos de humanidad a lo largo de los siglos. Pero en ninguno más que en el XX.

11. La guerra civil tiene retaguardias débiles: débiles porque no están tan reforzadas como las fronteras de un país, y son mucho más vulnerables al avance implacable de las pistolas del contrario. Y débiles también por su heterogeneidad: las zonas controladas por un bando claramente incluyen habitantes que apoyan al bando contrario. Sabiendo estos que la línea de frente puede cambiar con mayor facilidad que en una guerra convencional, tenderán a agitarse o a realizar actividades de quinta columna. El terror se convierte entonces en la herramienta del poder dominante para calmar su retaguardia. En la Guerra Civil española, y a pesar de los consejos de los asesores rusos (acostumbrados a una lucha de estepa en estepa) la República decidió suspender sus actividades de guerrilla por la magnitud de las represalias desatadas contra la población civil cooperante. La quinta columna franquista, por el otro bando, nunca acusó tanto los duros golpes del tardío contraespionaje republicano como para tener que suspender sus actividades, que resultaron más bien exitosas.
12. La guerra civil aumenta la fricción internacional: esto ocurre por diversos motivos, ya sean los

apoyos externos a las distintas facciones (España, 1936 o Yemen, 1962) o porque se produzca la muerte, más o menos involuntaria, de civiles extranjeros bajo el fuego de un cuerpo expedicionario, también extranjero. Otra posibilidad es que el conflicto interno pueda desbordar la propia frontera y resultar en tensiones con el vecino molesto.

Por otra parte, el jurista Jean Bodin –desde el siglo XVI, aunque bien nos vale para todos– llegaba a alabar la guerra internacional como forma útil de prevenir la guerra civil.

13. La guerra civil suele afectar particularmente a alguna clase social: esto se produce porque en muchos casos –no todos– una clase social es concebida como la gran enemiga. Esto se produce cuando una de las partes se decanta por la reforma social o la revolución, y la otra trata de castigarlo. Unos detestan a la clase dirigente y los otros a las masas impertinentes. Según Trotsky, la guerra civil es «la forma culminante de la guerra de clases».
14. Existen ciertos factores que afectan a la probabilidad de que ocurra y a su durabilidad: los sociólogos han analizado cientos de muestras de guerras civiles desde 1816 a 1990, y han concretado los factores que aumentan las posibilidades de que estalle una, o de que se prolongue. Así, el coeficiente intelectual medio de la población aumenta, de hecho, las posibilidades de que estalle una guerra civil, mientras que la circunstancia de que exista un sistema democrático no tiene efectos sobre su frecuencia. Una fuerte creencia musulmana a nivel nacional, sin embargo, sí contribuye a frenarla (como creencia unitaria). Del mismo modo, el tamaño del país aumenta las probabilidades de duración de la guerra civil, pero los años que lleve vigente el sistema político, por ejemplo, o la existencia de riñas políticas previas entre sus habitantes sorprendentemente no influyen tanto.
15. La guerra civil genera una experiencia común de camaradería: esta puede ser real o imaginaria, (construida *a posteriori*, una vez la guerra haya acabado) y sólo se da con fuerza en uno de los dos bandos, el vencedor. El contrario es desarticulado de manera que jamás pueda reivindicar una memoria colectiva de todo aquello. Su «grupo» ha sido desmenuzado; su memoria es prohibida mientras que, en las escuelas, se enseña la visión distorsionada de los que ganaron. En una guerra convencional, sin embargo, el veterano derrotado puede volver al bar de su pueblo y comentar los «viejos tiempos» a voz en cuello.
16. Toda guerra civil tiende a la dictadura: a pesar de existir algunos ejemplos en los que el régimen político logra retroceder hasta épocas más democráticas una vez se logra la paz (ejemplo de Lincoln), todo bando combatiente de una guerra civil se endurece y tiende al totalitarismo de pensamiento y acción. Esto, por cierto, no es privativo de las guerras civiles y puede comprobarse fácilmente en la Francia de la Primera Guerra Mundial o en las deportaciones masivas efectuadas por los aliados durante la Segunda.

El célebre escritor George Orwell veía que la Segunda República española degeneraba en un régimen considerablemente más autoritario de lo que lo era a comienzos de julio de 1936, aunque sus simpatías anarquizantes muy probablemente influyeron en su visión. En la guerra civil rusa, por otra parte, tanto rojos como blancos acabaron endureciéndose hasta lo indecible.

Por lo demás, no hay que caer en la trampa –pregonada por tantas dictaduras– de que la dictadura evita la guerra civil. En ocasiones, sus excesos también la provocan: el caso de Siria, hace unos años, es evidente, cuando las fuerzas de la oposición, tiroteadas a diario por las fuerzas de orden del régimen, decidieron militarizarse a la desesperada. Por lo general, la una

lleva a la otra y viceversa, hasta que surge una facción lo suficientemente fuerte como para contener el ciclo. En otras palabras, Leviatán puede detener a Behemoth, pero siempre vendrán otros Behemoth.

17. La guerra civil genera el fenómeno partisano: este fenómeno (donde un cuerpo paramilitar se dedicar a operar como fuerza de perturbación en la retaguardia enemiga; muchas veces, su propia región natal) se generaliza cuando acaba la Gran Guerra, a través de las guerras civiles extendidas por Europa central y oriental.

    Para la Segunda Guerra Mundial, combatirán cientos de miles de partisanos, llegando en ciertos casos a aterrorizar a las poblaciones civiles pero sufriendo a su vez un trato inhumano por parte de las autoridades. En 1907, en teoría, la Convención de la Haya dictaba que los paramilitares y los civiles locales que se resistían a las fuerzas regulares habían de ser tratados con las mismas normas de humanidad que las fuerzas regulares; siempre que contaran con un jefe, llevaran signos distintivos, no ocultaran sus armas y se comportaran de acuerdo «con las leyes y costumbres de la guerra». Esta norma fue inmediatamente incumplida. Habría obligado, por ejemplo, a tratar humanamente a los milicianos capturados en la Guerra Civil española. También los rusos lo sufrieron a manos de los alemanes en los años cuarenta, y por eso mismo se comportaron salvajemente con las milicias de defensa del Reich (Volksturm) durante la última fase de la Segunda Guerra Mundial.

    En términos generales, el partisano sufre lo peor y, en consecuencia, ejerce lo peor. Su existencia encallecida le lleva a ello. En los años cuarenta, los países nazificados o fascistas los llamaron «terroristas». La España de Franco los calificaba, en sus partes militares, de «bandoleros» a fin de intentar alejarlos del apoyo local. También envió a sus fuerzas del orden disfrazados de partisanos para sembrar el terror en lo que se conocía como «contrapartidas»; más de un campesino aragonés pagó caro el saludarlos con el puño en alto a destiempo. Los italianos de Mussolini, por su parte, prefirieron el nombre *bastardi* para presentarlos como un elemento externo a la patria. El objetivo siempre era denunciarlos como amigos del desorden, el robo y la violencia, a fin de apartar a la población civil de cualquier tentación de apoyo.

    Pero el partisano no trae solamente la violencia y el caos. Simone Weil, de quien ya hemos hablado, denunció las atrocidades de las milicias republicanas españolas, pero reconocía que «robo y violación, en las columnas anarquistas, eran motivo de pena de muerte». El partisano, en suma, necesita imponer un orden alternativo y eficiente si quiere legitimar su propia existencia.

18. La guerra civil no es lo mismo que la guerra total. Una vez definida la guerra civil, quizá sea conveniente que familiaricemos al lector con otro término que suele aparecer mucho en el debate sobre la guerra y que no pocas veces genera confusión: la guerra total.

    El término ya estaba en uso para 1915. Guerras totales son las dos guerras mundiales, pero también conflictos como la guerra entre la Francia revolucionaria (y luego napoleónica) y el resto de Europa. A fin de que el lector aprenda a distinguir entre guerra civil y guerra total con rapidez, definimos aquí la segunda a través de sus tres puntos principales.

19. La guerra total es hija de la Revolución Industrial. La guerra se industrializa y tecnologiza: aumenta el peso que carga el soldado, y las figuras de reposición de material (por ejemplo, de aviones o tanques) pueden llegar a ser formidables. Triunfa, por tanto, el que posee la mejor y mayor industria, como fue el caso de la Unión Soviética durante la contienda rusa de 1941-

1945, o Estados Unidos durante la guerra contra Japón, esos mismos cuatro años.



Bombarderos aliados arrasan Hamburgo en medio del fuego antiaéreo, 1943, matando a 37.000 personas. La prensa británica titularía «Hamburgo ha sido hamburguesada». La guerra total organiza masacres de tipo industrial, sin distinguir combatientes de civiles.

- La guerra total no distingue «combatiente» de «civil». Especialmente si ese civil ha auxiliado (aunque sea a la fuerza) al enemigo. O si ese civil vive en zona controlada por el Ejército contra el que se combate. Ejemplos sean la lluvia de obuses japoneses que sufrió Shanghái en 1932 o los bombardeos franquistas sobre Madrid, noche tras noche, desde 1936 hasta 1939. Otros ejemplos contundentes son el Blitzkrieg alemán sobre Gran Bretaña entre 1940-1945 (60.595 muertos), los bombardeos norteamericanos sobre Japón entre 1944-1945 (393.000 muertos) o la campaña aérea aliada sobre Alemania entre 1940-1945 (300.000 muertos).

No son los únicos ejemplos, desde luego. Lo que llama la atención es que los perpetradores de tanta barbarie no buscaran ocultar sus acciones, sino que las airearan con euforia. La prensa británica celebró la masacre aérea de Hamburgo en otoño de 1943 titulando con júbilo «Hamburgo ha sido hamburguesada». El capellán de *sir* Arthur Harris,

brutal comandante del RAF Bomber Command (apodado «Bomber Harris» por los diarios), acabó comentándole al militar, en cierta ocasión, que sería mejor sustituir el título de su conferencia «La ética de los bombardeos» por «El bombardeo de la ética».

- La guerra total afecta a la estructura de clases. En primer lugar, las naciones beligerantes se cuidan de forjar un nuevo capitalismo dirigido. En una economía planificada de guerra, incluso las clases económicas dominantes han de someterse al control de la élite política, invirtiendo así las tornas en muchos casos. La propiedad privada puede mantenerse, pero su uso será controlado. La lógica de la preparación total transforma al capitalista en funcionario del Gobierno. La cultura, la economía, los cines y los medios, los trabajadores, la política: todo se aparta del *laissez faire* liberal y se transforma en una pieza de la maquinaria de defensa del Estado.

  Por otra parte, el conflicto suele resultar en un aumento de poder de los obreros industriales sindicados. Los sindicatos suelen haber contribuido a la guerra, guiando a sus bases para que la acepten (Francia, 1914) y tolerando sin protestar las innegables durezas en la fábrica, el frente y la retaguardia. A cambio, también sabrán negociar futuras concesiones.

Una vez explicada la espina dorsal de este tipo de guerra, hay que señalar que tanto la Primera Guerra Mundial como la segunda fueron guerras totales. Pero sólo la Segunda Guerra Mundial cumplió las condiciones de una guerra civil, hasta el momento mismo en que –tras la rendición de Alemania y Japón– los líderes militares de las potencias perdedoras fueron ahorcados. Sin piedad, y dentro de una muy forzada legalidad internacional.

Sí es cierto que en la Primera Guerra Mundial se dieron ejemplos lamentables de la moralidad de guerra propia de una guerra civil. Por ejemplo, Churchill aseguró en una entrevista que «existen al menos setenta millones de alemanes malignos, de los cuales algunos son curables, y el resto *matables*», pero sólo en la Segunda Guerra Mundial se pudieron ver realmente ejemplos de inhumanidad institucionalizada. Recurro a un par de ellos, pertenecientes al bando aliado, por variar de los ejemplos tradicionales. El primero, Stalin y el general Zhukov firmando las órdenes de agosto de 1941 y de julio de 1942, respectivamente la n.º 270 y la n.º 227, en las que se ordenaba tratar a los oficiales capturados por el enemigo como si fueran desertores (es decir, juicio corto, soga larga). El segundo, el general Patton arengando a sus tropas en la campaña de Sicilia de julio de 1943, animándolos a asesinar sin piedad incluso a los enemigos que se rindieran.

Conociendo ya el set de reglas macabras que conforman la guerra civil –aquel monstruoso *Behemoth* del que hablara el sabio Hobbes en sus tratados del XVII–, el lector está preparado para enfrentarse al leviatán, el segundo y más poderoso monstruo de todos: la dictadura. Y también para analizar dos de los casos que, aun a día de hoy, suscitan los debates más emotivos y en muchos casos mal informados: los gobiernos de hierro de Benito Mussolini en Italia, y de Adolf Hitler en Alemania.

4

Leviatán: la dictadura

¡Pon sobre él tu mano / piensa ya en el castigo,
no volverás a hacerlo!.

Job 40, 32

El dato es conocido. En 1920, dos años después de que las flores volvieran a brotar en Verdún, veintiséis de los veintiocho países europeos disfrutaban de un sistema democrático. De mejor o peor calidad. Las dos excepciones eran la Rusia furibunda de Lenin, y la Hungría arrogante del mariscal Horthy. Para 1939, más de la mitad se habían convertido en dictaduras absolutas.

Guante de seda, puño de hierro: ¿qué tipos de dictadura hay?

Las razones de esta transformación europea son variadas, pero se pueden trazar algunos patrones. Para empezar, siempre será difícil crear democracias de la nada, *ex novo*, si previamente un poder monárquico se ha sostenido desde hace décadas sobre las espaldas corruptas de unas élites acostumbradas al inmovilismo (España, Italia, Rusia…). Pero el paso a la dictadura implica algo más que solucionar los problemas de una democracia; es la solución a la democracia en sí, que una parte de esas élites considera un problema, o un obstáculo para sus intereses.

En todo caso, no existe un solo tipo de dictadura. Se pueden distinguir, por ejemplo, entre las que cumplen un papel de «comisario» (es decir, le hacen el trabajo sucio a un jefe del Estado débil, como la dictadura de Primo de Rivera en 1923) y las que juegan un rol mucho más fuerte, con capacidad soberana para modelar un nuevo tipo de país o sociedad. Aquí entrarían los rusos bolcheviques, con sus consignas de colectivización forzosa y sus movilizaciones totales, o los franquistas que, a lo largo de su primera década en el poder, obligaban a asistir a misa y saludar a la romana en los cines de barrio, e impedían que una mujer tuviera una cuenta bancaria sin permiso firmado del marido.

Las dictaduras también pueden tener alma liberticida, cuando sólo secuestran libertades, homicida, si justifican la muerte de terceros, y finalmente genocida, si necesitan desembarazarse físicamente de todo un sector de la población (ej.: campesinos ricos, «rojos», judíos, etc.) para poder alcanzar su programa prometido. La dictadura genocida hereda su moral de una maestra algo encarnizada: la guerra civil.

Una rápida evolución: de los años veinte a los años treinta

Con el paso de la década, el fenómeno dictatorial sufrió serios cambios. Quizá, entre otras muchas causas, porque los experimentos de los veinte sirvieron para comprobar que las dictaduras de derechas eran factibles y –para muchos– cada vez más deseables. La muerte de Lenin y la liquidación de su Gobierno inicial facilitaron el mismo fenómeno en la Unión Soviética, cediendo el testigo al brutal Stalin y sus cohortes bañadas de sangre y obediencia.

Estos cambios incluyeron el cambio en las preferencias: si en los veinte predominaba la dictadura liberticida o la homicida en su caso más extremo, en los treinta muchas fuerzas políticas autocráticas se lanzaron con furia a constituir dictaduras genocidas. Las ridículas gorrillas de sargento dieron paso a las temibles boinas del partido único: las pulsiones eran ahora indudablemente totalitarias, y no habría aspecto de la vida individual o colectiva que no fuera «operado» por el bisturí del Estado ni moldeado por sus rudas manos de artesano social. Aparte, y como ya hemos podido ver al comienzo del capítulo, el número de dictaduras aumentó de manera alarmante.

Una de las razones principales para esta siniestra *metástasis política* fue que, tras 1929 y la crisis económica, se produjo generalmente un ascenso en la popularidad de los partidos comunista y fascista en Europa. En Alemania, por ejemplo, la actitud de los parados fue notable: engrosaron en grandes números las filas del Patido Comunista de Alemania (KPD). Esto asustó sin duda a la derecha parlamentaria conservadora, que facilitó la transferencia de poder a los fascistas como muro de contención. El fascismo pudo no ser la espada consciente del capitalismo amenazado –como tronaban los comunistas de todo el continente–, pero accedió al poder logrando la confianza de este sector en el papel de su sicario.



Iosif Stalin durante un discurso. Las caras de sus rivales, tras caer en desgracia, han sido tachadas de la imagen. El paso de los años veinte a los treinta hizo que las dictaduras se volvieran más totalitarias. En el caso ruso, supuso la liquidación de todo el antiguo equipo de Gobierno.

Por otra parte, la sociedad de los años treinta era una sociedad de masas, no como la de los veinte. Si se producía un golpe reaccionario, o simplemente la aplicación de unas medidas contrarias al trabajador, existía la posibilidad de una oposición de masas. Ya lo vio con claridad el general Mola cuando redactó las instrucciones para su golpe de Estado en España y se las presentó a los demás conspiradores el 5 de marzo de 1936: era necesario un movimiento de bisturí rápido e implacable, contra la población opositora y contra aquellos en el propio Ejército que no se sumaran de inmediato («A los compañeros que no son compañeros, el paredón»). En suma, para poder pasar por encima de esta oposición de masas, vuelve a ser necesario el uso extendido del terror.

Por último, la visión mesiánica y «sanitaria» de las dictaduras genocidas en los años treinta aumentó tanto el alcance de sus acciones (afectarían a toda la sociedad en vez de a unos pocos desviados) como el tiempo que sus líderes creían que debía mantenerse la dictadura: Hitler, por ejemplo, preveía un «Reich de mil años» al tiempo que Ribbentropp, su ministro nazi de Exteriores, aseguraba que establecería una «paz de mil años». El conde Ciano, su homólogo italiano, más dado a los placeres carnales de los años veinte, le replicó escuetamente: «A mí me bastaría con cien».

La nueva visión de las dictaduras trentistas (su totalitarismo y su ansia de eternidad) contenía

fines muy ambiciosos. Tanto un Adolf Hitler como un Francisco Franco –al contrario que Mussolini– no tenían suficiente con fusilar a sus enemigos, tenían que quemar los libros que consideraban perniciosos para las mentes de sus gobernados, incluidas las obras de Freud, Marx, Sabino Arana, el poeta decimonónico liberal Lamartine o Rousseau y Voltaire; en España, las piras ardieron el 30 de abril de 1939 en la propia Universidad Complutense. Y si aumentaban los fines, habían de aumentar también los medios: estas dictaduras tuvieron el dudoso privilegio de inaugurar la aplicación sistemática del control planificado de la opinión pública, del terror, de la mentira sin tapujos en las relaciones internacionales y de las peores prácticas genocidas, para poder llegar a alcanzar la sociedad utópica que deseaban sus líderes… y gran parte de las bases; la ensangrentada «Ciudad futura», a la que se refiriera el comunista belga Victor Sergé.

La originalidad italiana: cómo llegó Mussolini al poder

Hay dos dictaduras cuya historia inicial debe ser estudiada a fondo si se quiere comprender el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial (esto, dejando a un lado la revolución leninista y el Japón imperial). Los ascensos de Mussolini y Hitler, los dos hermanos inseparables del eje fascista europeo entre 1936 y 1945, instauraron dos modelos a seguir y dos líderes a obedecer; el resto de dictaduras en el continente fueron meros mayordomos.

De 1860 a 1900, Italia había sufrido a no menos de veintidós Gobiernos (es decir, una media de 1,8 años cada uno), y de 1900 a 1914, a nueve más (1,6 años de media). De 1914 a 1922, las cifras ascienden a siete gobiernos (1,1 años de media). Dado que los partidos no estaban definidos claramente, había que depender de negociaciones personales; a esta denostada práctica se la conocía como *trasformismo*. El liberal Giolitti había buscado apoyos a comienzos de siglo entre católicos y socialistas, introduciendo el sufragio universal en 1912. El electorado permitido, no obstante, no llegaba a poco más de 8,6 millones de italianos.

El cambio de opinión fundamental en el joven Mussolini, que habría de marcar la historia de Italia años más tarde, ocurrió entre dos fracasos electorales; 1913 y 1919. En 1913, el futuro dictador no era más que un editor, socialista radical, del diario *Avanti*, elegido por los propios militantes del partido. Las elecciones no le concedieron el escaño soñado.

El radicalismo de Mussolini le hizo oponerse a la guerra de 1914 como ya lo había hecho a la de 1912. En el año 1915, sin embargo, su visión de la guerra cambió hasta lograr verla como algo positivo, ya que sería la guerra –según él– la que catapultaría la revolución, «una idea que ha encontrado bayonetas». Desde los titulares de su nuevo diario *Il Popolo d'Italia* [El Pueblo de Italia], sentenció: «El que tiene acero, tiene pan». Su ardor belicista le había costado ser expulsado tanto de la jefatura de su antiguo diario como del Partido Socialista. Pero sus medios no se resintieron. *Il Popolo d'Italia* recibía financiación regular y generosa, precisamente, de aquellos industrialistas que buscaban lucrarse con la contienda.

Mussolini sintió entonces la urgencia de alistarse, como no podía ser de otra manera. Le tocó un servicio de dos años, hasta que en 1917 una granada rompió la monotonía del frente aterrizando en su trinchera y mandándole herido de vuelta a casa. Ese mismo año, el desastre de Caporetto vio como 275.000 hombres eran hechos prisioneros y otros 350.000 desertaban. Su comandante, el general Cadorno, los había lanzado una y otra vez en ataques suicidas, y reaccionaba al desastre

culpando a los soldados del sur, a los periodistas, o haciendo fusilar a un hombre de cada diez. La última semblanza del honor militar italiano sólo se pudo salvar por la victoria de Vittorio Veneto (1918), un simple avance aliterativo frente al derrumbe interno del Imperio austrohúngaro.

Si sumáramos todo lo que gastó cada Gobierno italiano desde 1861 a 1913, y luego duplicáramos esa cifra, no sería suficiente para llegar a la cantidad que le costó a Italia su participación en ese último y mortífero *waltz* europeo: 148.000 millones de liras en su valor de 1918. A esto se añadiría la política de déficit comercial seguida por los liberales, responsable de que, en 1919, las exportaciones italianas apenas cubrieran el treinta y seis por ciento de las importaciones solicitadas.

Por otro lado, la maquinaria industrial se había puesto al servicio de las necesidades de la guerra en tal medida que la Italia pacífica de la posguerra no pudo sostenerla: sumado a la desmovilización general ocurrida tras el armisticio, esta riada humana desembocó en un mar de dos millones de parados para finales de 1919. La inflación se aseguró de que el coste de la vida de 1919 triplicara al de 1913.

Los nubarrones de Milán presidieron, junto con Mussolini, el mitin que fundó el Fascio di Combattimento: camisas negras seguidoras de la simbología romana y sus *fasces*, manojos de astas que indicaban la unión de todos los sectores de la nación. Pero en las elecciones de 1919 no consiguieron un solo escaño, y los socialistas quemaron una efigie de Mussolini en Milán como parodia. Este no se arredró: preparó a fondo su segundo *round.* En 1921, montó, no sin esfuerzo, el Partito Nazionale Fascista (PNF) y comenzó a jugar en el terreno parlamentario.

En muy poco tiempo, el fascismo se expandió a un máximo aproximado de setenta ciudades, actuando como fuerza política local. Su programa incluía una larga lista de enemigos. Por orden, estos eran: los sindicatos, el partido socialista, el gran capitalismo, la monarquía y la Iglesia. Su principal apoyo social eran tenderos y oficinistas, que esperaban que la pequeña burguesía pudiera algún día levantar cabeza tanto contra las corporaciones como contra los socialistas.

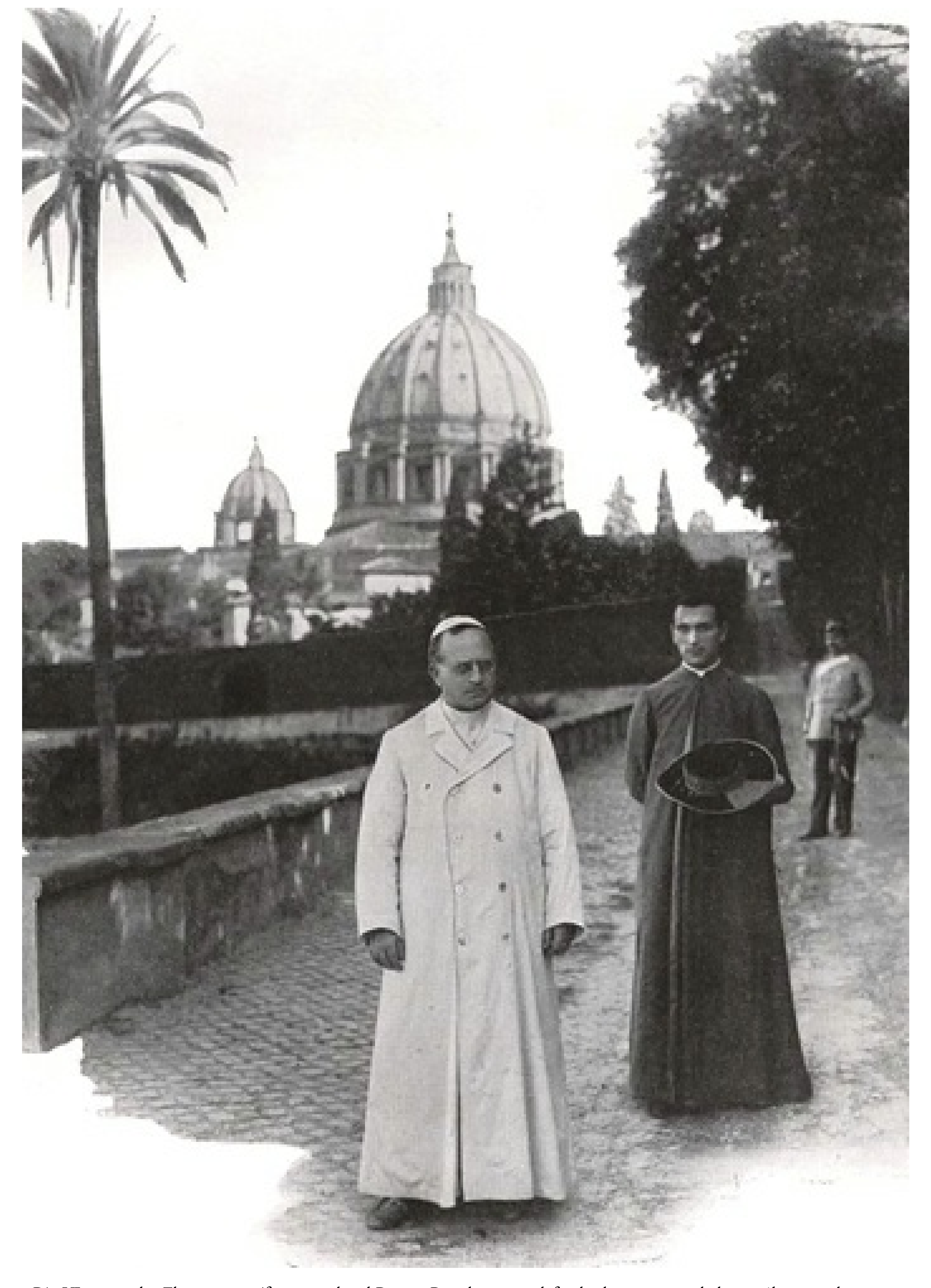
Los terratenientes aportaron gustosamente dinero y trabajo para la causa del *fascio*, así que el partido decidió centrarse en perseguir a sus enemigos comunes más inmediatos, los rojos. Lo hacían oportunamente en una época en que los grandes terratenientes italianos contaban con la pasividad del Gobierno en su guerra sucia contra los sindicatos campesinos, tanto socialistas, como anarquistas o católicos, y contra los Gobiernos locales de izquierda que proliferaban desde las elecciones de 1919. Los camisas negras hicieron de tropas de choque y se mancharon las manos de sangre. Bajo la atenta mirada del primer ministro liberal, sólo durante la primera mitad de 1921, los fascistas tomaron al asalto ciento diecinueve cámaras sindicales, ciento siete cooperativas y ochenta y tres oficinas de ligas campesinas. El mapa electoral muestra cómo los asaltos de los camisas negras se produjeron con mayor virulencia allí donde más votos había sacado el socialismo italiano.

Por su parte, aunque el primer ministro Giolitti había sido un político prosindical, no podía permitirse el lujo romano de abandonar a sus bases, y a bastantes caudillos del liberalismo, en su amistad con los fascistas. De hecho, es altamente dudoso que los *carabinieri* hubieran frenado a los camisas negras si se hubiese llegado a emitir la orden. Italia rondaba un clima de preguerra civil. Oponerse al *fascio* y sus amigos habría sido un suicidio político. Al fin y al cabo, el número de ataques fascistas en zona liberal era indeciblemente menor que en zona de mayorías socialistas. En otoño de 1920, el ilustre senador Marchese Tenari, diputado por los liberales, le escribía en una carta al primer ministro: «Me pregunto a mí mismo si no deberíamos enrolarnos en los *fasci.* Son violentos e impulsivos, pero también idealistas, y traen el aire fresco. Y si ha de estallar una guerra

civil, yo, a mi edad, lucharé a su lado».

Otro diputado, un liberal florentino, se encargó de organizar un consorcio financiero que subsidió las iniciativas del fascismo en la provincia por valor de cientos de miles de liras (en su valor de entonces). El diario socialista *Avanti!* recogió el clima de temor vivido en las elecciones de 1921; los camisas negras registraban a los que iban a votar en el campo o cargaban, como ganado, a los obreros de Ferrara en camiones para ir a votar –amenazas mediante– al Bloque Nacional (una coalición de liberales, nacionalistas y fascistas). Otras fuentes, no socialistas, lo confirman. Las palizas de las porras del *fascio* causaron docenas de muertes el día mismo de las elecciones, y en grandes zonas del territorio era ya imposible repartir un solo panfleto izquierdista.

Italo Balbo, líder fascista cuya barbita cinematográfica denotaba un héroe de opereta, lanzó sus huestes en camiones a conquistar, de manos de los Gobiernos socialistas, Ferrara y parte de la Romaña. Era mayo de 1922. Los obreros sindicados respondieron con una huelga general, pero eso le proporcionó a Mussolini la oportunidad que había buscado para destruirla ruidosamente ante la mirada anonadada de las clases medias. En octubre de 1922, dos meses antes de la llegada del *Duce* al poder, los camisas negras comenzaron a lanzar «expediciones de castigo» por las provincias. En 26 de ellas, de las 69 que había, tomaron el gobierno de la provincia y conformaron pequeñas tiranías agrarias.



El papa Pío XI paseando. El sumo pontífice apoyaba al Partito Popolare para defender los intereses de los católicos en democracia, pero pronto lo sustituyó por el PNF fascista. Cuando el líder de los *popolari* se negó a secundarle en 1921, fue rápidamente destituido y el partido disuelto.

Estas razias contaron con la pasividad –o incluso, la colaboración activa– de muchos militares de bajo rango, que proveyeron armas. Sus mandos intentaban imponer disciplina, pero simpatizaban al mismo tiempo. De julio a septiembre de 1922, cientos de oficiales solicitaron el carnet, participaron en ceremonias o enviaron telegramas de apoyo a Mussolini. Sus nombres están debidamente laureados y publicados en *Il Popolo d'Italia*, el diario de los fascistas. En cuanto a los vistosos *carabinieri*, también podían llegar a unirse a la orgía de violenta gobernación. En Florencia, los obreros se vieron atacados por una patrulla de los Guardias Reales, un batallón entero de infantería, unidades de los *carabinieri*, dos vehículos acorazados, bombardeos de artillería pesada y tanques suministrados por el propio Ejército.

Los grandes industriales italianos supieron captar en seguida la utilidad laboral del fascismo, y lo financiaron con algunas de sus clásicas grandes cifras: fue este el caso de Alberto Pirelli (magnate del neumático) o Giovanni Agnelli, de la FIAT. Mientras tanto, Mussolini había aprovechado la espontánea violencia de los camisas negras para presentarse ante el Parlamento como un estabilizador de la situación, un árbitro moderado.

Pero ni toda la fuerza del mundo hizo que el partido sacara en 1921 más de treinta y cinco escaños. Esa cifra permitía, a lo sumo, poder pedir prestado algún ministerio que otro a los liberales. Por otro lado, el partido seguía ganando apoyos progresivamente. Por ejemplo, entre algunos obreros: damnificados por la división entre socialistas y comunistas (el Partido Comunista Italiano [PCI] nació en 1921) y por la creciente descentralización socialista; ya no había quien diera una respuesta coordinada a los paramilitares de camisa negra. Otra razón era la atracción ejercida por los sindicatos fascistas, que a veces venía acompañada de una orden de afiliación por parte del mismo terrateniente que redactaba los nuevos contratos de trabajo. También se acercaron los aristócratas, que aplaudían la eventual aceptación mussoliniana de la monarquía, y la Iglesia católica, por motivos parecidos. Cuando, ya desde 1921, el líder de los católicos, Sturzo, se negó a acompañar a la gran coalición ultranacionalista, el Vaticano llamó al orden al religioso, destituyéndole, y disolviendo poco después el que hasta entonces era el Partido del Papado. Otros italianos simplemente se dejaron seducir por unas formas de acción que eran claramente diferentes a las de cualquier otro político del país.

El doble rasero de los jueces italianos
(noviembre 1920-mayo 1921)

Ubicación	Socialistas arrestados	Fascistas arrestados
Todo el territorio	1.421	396
Alessandria (21 incidentes)	174	12
Bari (30 incidentes)	137	9
Ferrara (49 incidentes)	110	33

Mientras tanto, las élites liberales tradicionales de Italia se desangraron políticamente en una riada de primeros ministros, intentando contener la fortaleza parlamentaria de la izquierda, y recurriendo cada vez más al apoyo de los minoritarios fascistas. Les salió caro. En octubre de 1922, de camino al congreso del PNF celebrado en Nápoles, Mussolini decidió parar en Roma y exigir la

entrega de cinco ministerios. Ya en Nápoles, se dedicó a organizar una «marcha sobre Roma», a modo de un inoportuno César cruzando el Rubicón, si no se cumplía lo deseado.



Mussolini marcha sobre Roma en 1922 junto a los principales jerarcas del fascismo. A pesar de la leyenda generada en torno a este evento, lo cierto es que la marcha sólo se produjo una vez el rey se negó a desplegar las tropas, prefiriendo en cambio ofrecer el gobierno a Mussolini.

El primer ministro Facta pidió al rey que declarase la ley marcial. Vittorio Emanuele III se negó. A la monarquía sólo le quedaba hacer lo que hizo: Mussolini fue invitado a participar en un gobierno de concentración. Pero el fascista se sentía en condiciones de exigir todo o nada. El 29 de octubre, el Estado liberal le entronizaba como su nuevo líder.

Sólo entonces se atrevió Mussolini a autorizar la Marcha sobre Roma, cuando la posible respuesta liberal fue neutralizada mediante la alianza. El Ejército italiano estaba en perfectas condiciones de haber rechazado el asalto y, en su lugar, los fascistas desfilaron por las calles, matando a trece personas en su parada triunfal. Esta escena de farsa revolucionaria era necesaria para templar los ímpetus de unos caudillos que amenazaban con haberla comenzado por libre: Italo Balbo, supuestamente, le había advertido a Mussolini: «Vamos a ir. Contigo o sin ti».

El *Duce* tardó poco en reformar la ley electoral, fortificando políticamente al vencedor de

cualquier elección. Una elección que ganaría sin duda el que pudiera aterrorizar a los votantes del adversario; cosa que consiguió el *listone*, una lista electoral de viejos liberales, conservadores e industriales, a los que la musculatura política del fascismo les garantizó escasez de oposición. Uno de los mayores críticos de esta ley, un elocuente diputado socialista llamado Mateotti, fue asesinado en 1924 a puñaladas. Por un momento, pareció como si los viejos escrúpulos liberales fueran a reaccionar de alguna manera, pero el rey nuevamente decidió no pedir la dimisión, y Mussolini resolvió la crisis de la única manera que sabía: acumulando aún más poder.

De 1925 a 1928, se estableció la dictadura como tal. 1926 vería las huelgas prohibidas y, en 1928, el líder comunista Gramsci daría con sus huesos en el calabozo. Mientras, los sindicatos fascistas –que ya eran un engorro– fueron diluidos en un *sbloccamento* y Mussolini fue escorándose cada vez más hacia el control total de la raída bota italiana.

Mussolini, no obstante, no fue el semidios que siempre pretendió ser. Utilizaba trucos aprendidos en los periódicos que dirigió para dar la impresión de ejercer un poder que no ostentaba necesariamente. Nunca fue, además, el caudillo fascista indiscutido. De manera paralela, los italianos siguieron profesando una segunda lealtad: a la monarquía –ahora dictatorial y «revolucionaria»– de Vittorio Emanuele III. Esa segunda lealtad sería a la que muchos se acogerían cuando la amistad hitleriana se cobrara un precio demasiado excesivo: la invasión de 1943 y la guerra civil. El régimen, por otra parte, no se apoyó solamente en sus atronadoras proclamas. Los grandes barones industriales le cortejaron desde un principio y se vieron recompensados: de 1912 a 1938, el crecimiento fue pronunciado en la Italia industrial del norte (que no en la agraria del sur).

La perfección alemana: cómo Hitler llegó al poder

La República de Weimar se dotó de una potente constitución, si bien los aliados se asegurarían de que las cláusulas de Versalles fueran superiores por ley a cualquier artículo que pudiera contradecirlas. La Constitución, publicada en agosto de 1919, se basaba en el modelo británico, francés y estadounidense. Como república, instituía a un jefe del Estado, que sería elegido cada siete años. La mayoría de sus presidentes, no obstante, morirían en el cargo. Tanto el presidente como las fuerzas políticas dominantes en el Reichstag (el Parlamento) serían elegidos por sufragio universal. Este presidente a su vez elegiría a un canciller como jefe del Gobierno (necesitaba ser apoyado por una mayoría del Reichstag) y, en caso de emergencia nacional, tenía garantizados poderes especiales bajo el artículo 48 con vistas a restaurar la normalidad.

El lector ya conoce los primeros y sangrientos años de la República de Weimar. A comienzos de los años veinte, el reguero de cadáveres continuó, con dos añadidos a la lista dignos de renombre: el ministro Erzberger en 1921 y el ministro de Exteriores que firmara el Pacto de Rapallo con la Unión Soviética –Walther Rathenau– en 1922. Aquel año, y el siguiente, parecían el último capítulo de una guerra para acabar con todas las guerras que no se cerraba nunca. Los franceses invadieron el Ruhr como protesta por la lentitud en los pagos de compensación (las temidas reparaciones del Tratado de Versalles), y de paso ayudaron a organizar movimientos separatistas en la zona de Renania. La moneda alemana –y la sociedad– se deshicieron en una erupción de billetes hiperinflacionaria.

Quizás fue bajo la era de Stresemann cuando se ordenó y normalizó la vida pública, aunque las memorias de violencia de un pasado demasiado reciente eran difíciles de borrar. Bajo la égida de este

brillante canciller (de agosto a noviembre de 1923) y ministro de Exteriores (1923-1929), la economía se recuperó y metamorfoseó al completo. Las reparaciones se negociaron con éxito y se abrió la puerta al crédito extranjero, fundamentalmente al crédito americano. A pesar de todas sus reducciones, la industria logró recuperar los niveles de producción de 1913. Mientras tanto, Alemania podía permitirse, como paria, seguir siendo amiga de la Rusia soviética al tiempo que, como respetable miembro del nuevo club diplomático liberal, se le permitía ingresar en la Sociedad de Naciones en 1926. Los Pactos de Locarno, de defensa colectiva, habían sido firmados un año antes. Aseguraban las fronteras de Alemania por el oeste frente a posibles tentaciones de Berlín, pero Stresemann se guardó de prometer nada similar respecto de Polonia. El astuto ministro lograba que Francia retrocediera «de trinchera en trinchera» de manera –según le confesó al general Von Schoch en 1925– «que ya no pudiera lanzar otro ataque frontal».

La vida política de la Alemania de los años veinte se mantuvo estable gracias a la formación de gobiernos de coalición, favorecidos siempre por el sistema electoral. Todo hombre o mujer mayor de veinte años podía votar, adjudicándose cada escaño a cada sesenta mil votos. En un principio fue fácil: se coaligaron el SPD (los duros socialistas), el Partido Democrático Alemán (DDP) (centro-izquierda) y el Zentrum Partei (derecha católica). En 1919, sumaban el 76 % de los votos y el 78 % de los escaños. En 1920, sin embargo, sólo sumaban el 48 %. Stresemann llegó a tiempo, arrastrando a la causa republicana a parte del Partido Popular Alemán (DVP) de centro-derecha. Pero el SPD se pasaría a la oposición al Gobierno de 1923 a 1928 y, para compensar el agujero, hubo que negociar hasta con diputados de la derecha dura del Partido Nacional del Pueblo Alemán, DNVP, ofreciéndoles cargos hasta en dos Gobiernos. La base del Gobierno se ampliaba hacia la derecha y maniobrar en medio de la crisis económica se le comenzaba a hacer difícil.

Mientras tanto, de todos los grupos que surgieron al calor del antirrepublicanismo tradicional y racista, destacó el modesto Partido de los Trabajadores de Alemania (DAP) del cerrajero Anthon Drexler, fundado en Múnich en 1919 y que vería, ese mismo año, como se unía un tal Adolf Hitler, fracasado estudiante de arte vienés, herido de guerra y condecorado con una Cruz de Hierro.



Milicias Freikorps de la Brigada Erhardt dan un golpe en Berlín, 1920. Muchos llevaban esvásticas pintadas en sus cascos, pero ninguno ostentaba ideas nazis; tan sólo eran adictos a la guerra. El NSDAP se apropiaría de este símbolo poco después.

Enemigo mortal de unos políticos republicanos que creía habían apuñalado al Ejército por la

espalda, Hitler pronto se vio a cargo de la propaganda del partido y se convirtió en un hábil orador. Ayudó a redactar el programa electoral en 1920, uno nacionalista, corporativista, socialista y racista. Su nombre cambió a NSDAP (apodado «nazi» por comodidad) y se hizo con el periódico *Völkischer Beobachter*. Así comenzó su progresiva expansión. En 1921, Hitler logró desplazar a Drexler. Habían tenido sus primeros encontronazos.

El NSDAP centralizó sus actividades en Múnich (el centro de la restauración y el auge nacionalistas tras la breve experiencia de la República Soviética de Múnich), y se dotó, en julio, de una fuerza paramilitar, los Sturmabteilung (SA) o camisas pardas. Tanto la centralización del aparato de poder como sus milicias se convirtieron en símbolos diferenciales frente a las demás formaciones. Aquellos que sí tenían milicias propias, los socialdemócratas y los comunistas, veían como las SA se lanzaban a combatir con ellos a pie de calle.

El *Völkischer Beobachter* había publicado que «la historia no hace a los hombres, sino los hombres a la historia». Influido por la supuesta Marcha sobre Roma del fascismo italiano, Hitler decidió conquistar Múnich como si fuera un caudillo italiano. El Partido Nazi se lanzó así a lo que más tarde se conocería como «el *pütsch* de la cervecería».

El 9 de noviembre al mediodía, el humo se disipó sobre la Odeonsplatz de Múnich. En el suelo yacían Hitler, su hombro dislocado; Göring, con una bala en la pierna, y Scheubner-Richter (el enlace de Hitler con las clases altas), con el pecho pasado por un tiro. Otros quince nazis yacían muertos. El *pütsch* había sido un fracaso. Los nazis habían logrado rodear al Gobierno bávaro en una cervecería, hacerse con los espectadores, contar con el apoyo del antiguo gerifalte Lundendorff, tomar los cuarteles de la policía y reunir a dos mil efectivos. Pero el apoyo de aquellos gobernantes, convencidos a punta de pistola, duró bien poco. Bastó una emboscada de la soldadesca leal y un encontronazo con un cinturón policial en la Odeonsplatz para sembrar la «revolución» de mártires y no de héroes. Los nazis tenían ahora sus muertos para glorificar, sí, pero tanto el golpe como el partido habían quedado tan dislocados como el hombro de su líder. Para este, mientras tanto, había llegado la hora de la justicia.

La justicia en la Alemania de Weimar (1919-1923)

	Asesinatos cometidos por la extrema izquierda	Asesinatos cometidos por la extrema derecha
N.º de asesinatos	22	354
N.º de asesinatos que son condenados por los jueces	38	24
Sentencia media de prisión	15 años	4 meses
N.º de criminales ejecutados	10	0



Paramilitares nazis toman la Odeonsplatz de Múnich en 1923, durante el «Golpe de la cervecería». El golpe fracasó y Hitler se dio cuenta de que sería más útil intentar conquistar el poder mediante procedimientos democráticos.

Tras un ruidoso juicio, Hitler fue solamente condenado a cinco años en el castillo de Landsberg, cumpliendo finalmente uno, con gran comodidad, mientras escribía el primer volumen de *Mein Kampf*. Al volver al partido, en 1924, este se había deshecho en facciones rivales, lo cual le causó la alegría de quien se sabe imprescindible.

Hitler lo reconstruyó, aprovechándose del mito generado en torno a él mientras cumplía sentencia, un mito hijo en gran medida del trabajo del político nazi Hermann Essler. Sólo le quedó apoyar, cual Maquiavelo, la inútil candidatura de Lundendorff a la presidencia de la República contra su antiguo compañero de gobierno Hindenburg. Los resultados (predeciblemente malos) de Lundendorff le anularon políticamente. La estrategia de Hitler había surtido efecto.

El NSDAP se convirtió firmemente al parlamentarismo, pero para usar este como su medio, no como su fin: el período 1925-1929 vio un intento de conquistar las ciudades clave. Esos fueron también los años en los que Hitler logró imponerse, por fuerza de su retórica, a sus principales rivales. Gregor Strasser, de posiciones mucho más «rojas», y Josef Goebbels, eterno crítico que había pedido recientemente la expulsión del partido de «ese pequeño burgués, Adolf Hitler». El partido fue estructurado en unidades bajo el mando de jefecillos, leales al austriaco. El control hitleriano era ahora total.

La estabilidad política conseguida por la república durante esa segunda mitad de la década no significó buenas noticias para los extremistas. Las elecciones de 1924 dieron sólo catorce escaños al NSDAP y en las de 1928, se perdieron otros dos, quedando solamente un 2,6 % de voto. No hay que dejarse engañar, sin embargo, por los malos resultados electorales. El partido acumulaba fuerzas

logrando aglutinar e imponerse sobre los grupos de derecha antisemita y *völkisch.* Aparte, las prohibiciones impuestas sobre el NSDAP se ablandaron al verse, por sus resultados, que todavía les quedaba recorrido para convertirse en una amenaza.

El *Völkischer Beobachter* había sugerido en mayo de ese mismo año que el partido se concentrara en las zonas rurales, más eficientes en términos de campaña y de apoyos recogidos. A eso le siguió una flexible campaña de propaganda que «derechizaba» el partido y lo hacía digno del gusto de las clases medias. Para finales de la década, sólo los fieles votantes católicos del Zentrum Partei y los obreros sindicados eran capaces de mostrarse totalmente inmunes a la tentación del voto fascista. De hecho, antes incluso de que la crisis mundial azotara al país, el voto nazi comenzaba ya a recuperarse desde finales de 1928 y en las elecciones locales de 1929.

Alemania sufrió la Gran Depresión como ninguna. El proceso de absorción de las derechas alemanas fue posible por el impacto de la crisis, que causó una radicalización del mensaje en general: esto facilitó que los vociferantes nazis fagocitaran a sus socios derechistas. En 1928, la industria alemana recibía en inversiones extranjeras (generalmente préstamos a corto plazo) un total de cinco mil millones de marcos al año. Con la depresión, los préstamos viajaron de vuelta al otro lado del Atlántico, y el sistema bancario se desplomó en 1931. El número de parados alcanzó los 2 millones en 1929, los 3,5 millones en 1930, 4,4 millones en 1931 y unos exorbitantes 6 millones un año más tarde. Esto desencantaba a los granjeros y a las clases medias con la república, y los partidos de derecha intransigente se multiplicaban. Los nazis los fagocitarían con facilidad en alianzas construidas contra los «marxistas».

Hasta el verano de 1932, el NSDAP proseguiría este proceso de captura del voto derechista: este aumento de votos se nutrió, en un tercio, de votantes del nacionalista DNVP y del centro-izquierda DDP, en otro tercio, de jóvenes y en un último tercio, de antiguos abstencionistas.

Marzo de 1930 vio como el Gobierno Müller perdía los apoyos de su coalición en el Reichstag al querer recortar los subsidios de paro. Mientras tanto, el presidente Von Hindenburg, un militar autócrata y monárquico –uno de los bigotudos que había dirigido la férrea Alemania de la Gran Guerra de 1916 a 1918– había sido elegido presidente de la república en 1925 tras la muerte del anterior presidente, el socialista Erbert. Hindenburg decidió aprovecharse de este momento de ingobernabilidad para imponer sus ideas personales, siempre más autoritarias. Colocó a dedo al canciller Brüning –el líder de los diputados del Partido Católico– por consejo de su influyente asesor personal, el intrigante general Schleicher.

Esto supuso el comienzo de un largo jaque mate al parlamentarismo. El Reichstag rechazó inmediatamente el presupuesto de Brüning, lleno de recortes sociales no consultados, pero Hindenburg recurrió al artículo 48 para aprobarlo. Nuevamente, los diputados protestaron y Brüning intentó convocar elecciones para legitimarse; los resultados le fueron adversos. El artículo 48, entonces, se convirtió cada vez más en una herramienta sólida de gobierno mientras el Parlamento iba espaciando más y más sus reuniones. Si en 1930 se reunió 94 veces y se recurrió a cinco decretos leyes, en 1931 eran 41 reuniones y 44 decretos leyes. Para 1932, apenas se celebraron 13 reuniones pero se firmaron 60 decretos leyes. Para entonces, la democracia parlamentaria alemana había muerto.

El pequeño e histriónico Hitler estaba exultante. Su programa atacaba sin tregua a esta república en crisis, mientras su abusiva propaganda, sus altavoces móviles y sus sobrecogedores desfiles reclutaban cada vez a más miembros. Al mismo tiempo, los matones de las SA, los camisas pardas,

continuaban enzarzándose en una violencia callejera que el propio Hitler llegó a reconocer como excesiva de cara a recoger el apoyo (más bien asequible) de las clases altas. Tras los buenos resultados conseguidos en 1930, Hitler cocinó definitivamente un entendimiento con los militares, con los industrialistas como Thyssen, con los sectores agrarios y con la derecha tradicional, el DNVP. En octubre de 1931, el llamado Frente de Harzburg reuniría a muchas de estas fuerzas derechistas en una breve coalición de un año. Y en enero de 1932, Hitler pronunciaría un discurso en Düsseldorf, apelando a los industrialistas, denunciando la democracia parlamentaria y advirtiendo de la «amenaza bolchevique». Ese mismo año, en el cénit de su fortaleza política, decidiría competir contra el mismísimo Hindenburg por la presidencia. La derrota no se hizo esperar, y a Hitler no le quedó más que una brecha por la que asaltar el sistema democrático de Weimar: la Cancillería.

El canciller Brüning cayó en mayo del 32. Perdió los apoyos de Schleicher y del presidente al prohibir las SA, los desfiles uniformados, y al sugerir entregar las tierras de los *Junker* [‘aristócratas’] en bancarrota para su distribución entre los campesinos sin tierra. Hindenburg le derribó sin muchas ceremonias y colocó en su lugar al católico noble Von Papen. Von Papen pertenecía a la rama ultraconservadora del Zentrum Partei y sustituir a su propio líder le costó la expulsión de este.

Tanto Von Papen como Schleicher estaban tratando de eliminar cualquier posibilidad de regreso a la soberanía parlamentaria: Hitler les garantizó su apoyo a cambio de retirar la prohibición sobre los camisas pardas y de convocar nuevas elecciones. Los resultados beneficiaron a ambos extremos del espectro. Von Papen ofreció entonces un puesto en el Gobierno al líder nazi, pero Hitler exigió –como Mussolini, once años antes– la Cancillería. Hitler sabía bien que participar del poder, sin lograr capturarlo, le dañaría electoralmente. Esto ya había ocurrido con la entrada del NSDAP en las coaliciones conservadoras regionales, alentadas desde hacía algún tiempo por Brüning. De hecho, Von Papen también supo ver esta debilidad, y convocó más elecciones para debilitar al Partido Nazi. Lo logró: aunque sus porcentajes de voto seguían siendo estratosféricos, habían comenzado a disminuir. El voto nazi tocaba techo.

Evolución del voto nazi 1930-1932

Año	Escaños	Porcentaje de voto (%)
Mayo 1928	12	2,6
Septiembre 1930	107	18,2
Julio 1932	230	37,3
Noviembre 1932	196	33,1

El Gobierno de Von Papen restringió –aún más, si cabe– las libertades civiles. En julio de 1932, había liderado un golpe policial contra el Gobierno izquierdista de Prusia. Pero el eterno Schleicher convenció a Hindenburg de que, si fuera él quien dirigiera el Gobierno, lograría atraer a los peligrosos lobos del NSDAP con algo más de éxito. Al presidente le gustó la idea; Von Papen cayó, y Schleicher fue el nuevo canciller. Pero su estratagema fracasó ya que, de entre los nazis, sólo Strasser accedió a participar, y fue expulsado del partido de manera fulminante.

Von Papen entonces intrigó sin tregua contra su rival Schleicher, convenciendo a Hindenburg, el eterno director pasivo, de que la solución ideal sería formar un Gobierno de coalición entre

nacionalistas y nazis, con dos ministros del NSDAP (Interior y Prusia), Hitler de canciller (el único puesto que aceptaría) y él mismo como vicecanciller, a modo de vigilante de las buenas costumbres. Cuando Schleicher pidió poderes de emergencia, Hindenburg se decantó por la «alternativa Hitler». El 30 de enero, el líder del Partido Nazi era confirmado en su nuevo cargo. Se cumplía así la profecía que enunciaría uno de los jerarcas nazis en 1928: «Llegamos al Parlamento, el arsenal de la democracia, para abastecernos de sus propias armas. Nos hemos hecho diputados para paralizar al Estado con su propia ayuda. Si la democracia es tan estúpida de darnos entrada libre y de pagarnos, es asunto suyo… ¡Llegamos como enemigos! Llegamos igual que llega el lobo a una manada de ovejas».

Lo cierto es que el ascenso de Hitler estuvo precedido por la implosión de la República de Weimar, gobernada desde 1930 por personas opuestas a sus principios fundacionales y sacudida por la Gran Depresión; la segunda fase de una crisis económica que –ya desde los tiempos de la inflación en los veinte– había vuelto más inestable al votante. En segundo lugar, fue necesario el proceso mediante el cual surgió una nueva (y amplia) derecha alemana, que acabó siendo fagocitada por los nazis. Contra ellos, los comunistas decidieron no cooperar con otras izquierdas; pensando que, llegado el momento, sería fácil pasar de la opresión hitleriana a la revolución, y por ello no tenían por qué retrasar en ningún momento su ascenso. El SPD, por su parte, desconfiaba del KPD, y permitió que Von Papen se hiciera con Prusia sin luchar siquiera, temeroso de que eso favoreciera a los comunistas.

El trabajo de organización que realizó la maquinaria del NSDAP fue digna de admiración; mucho más efectiva que la labor de su Gobierno en el poder. Hitler apostó fuerte por la propaganda. Según él, «la función de la propaganda es atraer simpatizantes; la de la organización, atraer miembros», a lo que añadía otro sabio aforismo: «el primer objetivo de la propaganda es ganar personas para la organización subsiguiente; el primer objetivo de la organización es ganar hombres para la continuación de la propaganda». El famoso arquitecto nazi Albert Speer siempre reconoció que su jefe hizo un uso excelente de las nuevas tecnologías en sus campañas –como la radio– aunque sin perder su preferencia indiscutida por el discurso hablado y vociferante. Calculador y oportunista, Hitler nunca perdió al mismo tiempo una firme convicción en su propia misión mesiánica. A esto le empujaba su salud, que él mismo confesó no duraría mucho; no pocos discursos fueron pronunciados bajo los efectos de las potentes inyecciones caseras del doctor Morell.

Para el político nazi, las masas eran de una receptividad e inteligencia limitadas. A fin de permear sus duras molleras, había que generar mensajes simples y repetitivos, al tiempo que se hacía sentir al individuo que estaba inmerso en una masa homogénea; enfrentada a un enemigo igualmente simplificado. El NSDAP encontró ese enemigo en el comunismo y los judíos, pero también aprovechó mucho la política exterior de la república: criticó la puñalada en la espalda al Ejército por parte de los criminales de noviembre (los padres fundadores, que se vieron obligados a firmar Versalles) y cargó contra la *détente* y la caótica política internacionalista de Stresemann. Toda esta hiel se concentró en el simple lema de la «república judía».

A todo esto se unió la adaptación del programa económico del partido a los gustos y sustos del público: Hitler le espetó a su asesor económico, en 1927, que «los objetivos económicos del programa original eran inútiles». Derechizándose, el caudillo aseguró, un año más tarde, que las tan cacareadas expropiaciones sólo afectarían al capital judío.

Esta increíble capacidad para la táctica y la flexibilidad electoral sin duda encontró sus apoyos.

Los resultados se dejaron sentir, especialmente, a partir de 1930 y el hundimiento de las soluciones tradicionales. Las clases medias *(Mittelstand)* se lanzaron a respaldar el nazismo; ahora bien, con diferencias. La vieja *Mittelstand* –granjeros, artesanos y minoristas– los apoyó, en ocasiones, desde antes incluso de 1929. La nueva *Mittelstand* –funcionarios, trabajadores no manuales y los profesores de primaria– los apoyó fundamentalmente entre 1930 y 1932, ayudando así a que el voto nazi pasara de 810.000 en 1928 a 13,5 millones en 1932. Para ello, hubieron de retirar su apoyo a otros partidos, en particular al DDP (centro-izquierda) y al DVP (centro-derecha). La *Mittelstand* había sido mimada y respetada durante el II Reich, un régimen protestante, militarista, burgués y nacionalista. La República de Weimar amenazaba su posición desde una política más católica o más socialista. La crisis, por otro lado, amenazaba con hacerlos caer al nivel del pueblo llano, y aplastarlos en la pinza entre capital y trabajo. Hitler lo supo ver y, por ejemplo, prometió acabar con los desahucios de granjas, reducir intereses en las deudas agrícolas o controlar el daño que las grandes cadenas comerciales pudieran hacer sobre la pequeña empresa.

El papel de las demás clases sociales en el triunfo nazi ha estado tradicionalmente mucho menos claro. El proletariado, por ejemplo, nunca entusiasmó a Hitler (una de sus pocas constantes ideológicas) y, por lo general, tanto socialistas como comunistas le ganaron por la mano a la hora de reclutarlos. Sin duda, porque dirigían los sindicatos, tan necesarios para la época. En general, los centros urbanos, las masas sindicadas y los católicos de partido se mantuvieron inexpugnables a la influencia nazi. El efecto que tuvo la depresión en muchos socialistas no fue precisamente el de pasarlos a las filas del NSDAP, sino el de reconvertirlos en comunistas.



El incendio, accidental o provocado, del Reichstag en 1933 dio a los nazis la oportunidad de suprimir los derechos civiles. El Reichstag, sin embargo, había perdido su utilidad desde que los conservadores anularan legalmente su poder en 1930.

Sin embargo, el partido no abandonó del todo a los obreros. De 1929 a 1933, el 63 % de los camisas pardas fueron reclutados de entre la clase trabajadora y hasta el 60 % de estas SA eran parados de forma permanente. Sin duda agradecían los cuarteles y albergues que la SA ofrecía a sus hombres. El partido puso en marcha una amplia red de apoyo social, familiar, de amistad, ocupación y creencias religiosas para sus miembros; el Winterhilfe sería tan sólo uno de los ejemplos. En esto, copiaban las redes de apoyo comunistas, católicas y, sobre todo, socialistas.

Por lo que toca a las clases medias-altas, su voto se mantuvo moderado. Y, aunque no pocos empresarios y terratenientes apoyaron fuertemente la cruzada anticomunista de Hitler, la mayoría dejó sentir su voto en marzo de 1933, después de su ascenso al poder. La mayoría de los grandes empresarios que apoyaron al nazismo (que no fueron tantos) lo hicieron algo antes, tras las elecciones de 1930. Industriales y financieros como Hjalmar Schacht, Alfred Hugenberg o Fritz Thyssen aplaudieron los objetivos nazis de combatir el comunismo o rearmar a la patria. Este último admitió en sus memorias: «Yo, personalmente, he dado un millón de marcos al Partido Nacional Socialista». En la página 134 de estas, se puede leer una frase estremecedora: «La suma que la industria pesada dio a los nazis puede estimarse en unos dos millones de marcos al año».

¿Qué hicieron las mujeres? Tradicionalmente, votaron más a la derecha durante la etapa republicana, pero fueron los hombres los que más votaron al NSDAP. Tras la subida al poder de Hitler, sin embargo, el voto femenino se vio seducido por las políticas de apoyo a la familia y los porcentajes se igualaron. En cuanto a los jóvenes, votaron y participaron a su favor mucho más que los demás. Al fin y al cabo, el nazismo apelaba a ellos en gran medida. Por último, serían los protestantes los que les dieran su apoyo en mayor cantidad que los católicos, por las razones citadas antes, y porque no tenían –como era el Zentrum Partei– un partido propio que atrapara sus votos.

El NSDAP fue sin duda el partido más heterogéneo de toda la última etapa de Weimar. Es curioso, no obstante, que no fuera capaz de mantener enganchados a sus miembros durante mucho tiempo, salvo a aquellos que formaron parte de la burocracia una vez se alcanzó el poder. De los 239.000 miembros que se unieron antes del 14 de septiembre de 1930, sólo el cuarenta y cuatro por ciento seguía allí para comienzos del año 1935.

Cierto historiador dijo en una ocasión que «rara vez ha estado un partido tan poco preparado para asumir el poder como lo estaba el NSDAP el 30 de enero de 1933». Quizás es por esa misma razón por la que la obra de los nazis –el único fascismo que ha logrado dominar todos los resortes del Estado y la sociedad casi al completo– produzca el mayor de los asombros. A pesar del necesario caos competitivo que implicaba el organizar una nación bajo los principios de la burocracia totalitaria, para 1934 no había partido, organización de cualquier índole, persona o grupo que no hubieran sido subsumidos en las estructuras nazis creadas para la ocasión.

Y con el poder, llegó la eliminación de los antiguos aliados. Tanto los líderes de los camisas pardas como viejos socios católicos, protestantes o nacionalistas fueron ametrallados sin piedad en una noche de terror y arrestos: la Noche de los Cuchillos Largos. Cayeron Schleicher y los socios de Von Papen, Ernst Röhm (el jefe de las SA y un viejo amigo de Hitler), el radical Strasser y el político derechista Kahr, cuya «traición» durante el *Pütsch* de Múnich fue recompensada a machetazos en un bosque. De todo lo demás se encargó la policía adicta, la temible Gestapo y los jueces sumisos. Más que levantarse de su pasado, Alemania había caído en un futuro innombrable.

5

Entreacto: en un lejano Oriente

Después de la victoria,
ata con fuerza las cuerdas de tu casco.

Viejo dicho samurái

1880-1912: ENTERRANDO AL FANTASMA DE UNA ÉPOCA

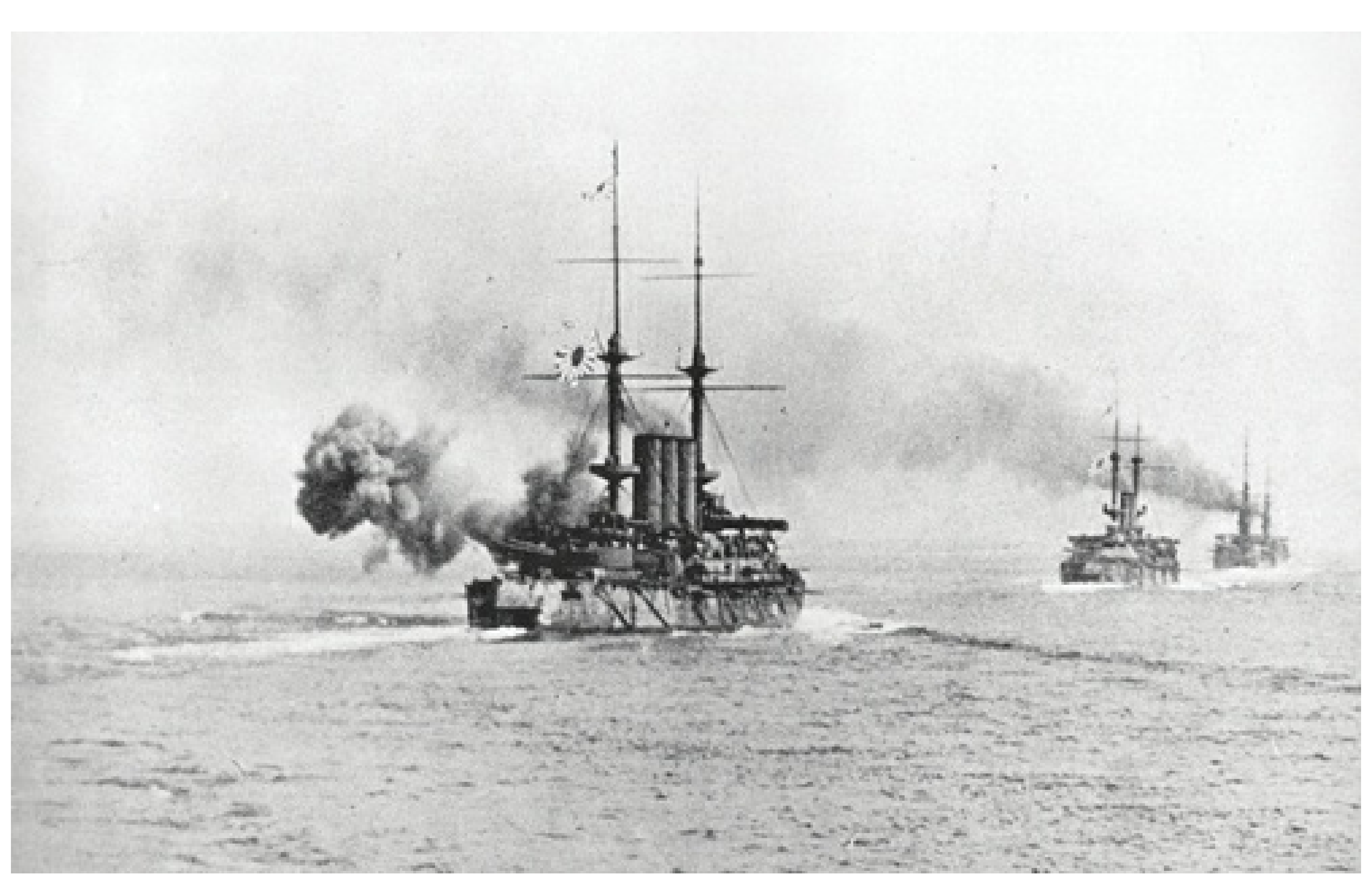
En 1912, el emperador Meiji, el hombre de barba negra y rostro cansado que durante cuarenta y cinco años había reinado sobre el Japón, exhalaba su último suspiro. La nación se contrajo de angustia. Sus restos fueron transportados en fastuosa ceremonia hasta las márgenes del río Uji, y enterrados entre las ruinas manchadas de historia y sangre del grandioso castillo de Fushimi. Con él, moría una era. La Era Meiji.

El emperador había sido un símbolo viviente. Y no sólo porque su retrato, divinizado, hubiera coronado cualquier ceremonia oficial, o el altar hogareño de incluso las familias más humildes. Meiji significó la construcción del poder político y estatal japonés, así como la de su poderosa burocracia. Meiji también trajo las máquinas y la industria a un Japón que pasó de la catana a la ametralladora, del caballo al ferrocarril. En la década de 1880, el columnista Totukomi predicaba: «Nos convertiremos en un gran puerto en el Pacífico, en una gran ciudad de Oriente». Profético, añadió: «Miles de chimeneas oscurecerán con su humo el sol naciente».

El orden Meiji fue siempre oligárquico. Un grupo de siete hombres asumieron y dirigieron el poder, parapetados tras el trono imperial. Esto derivó en una suerte de Gobierno continuado por parte de la *Sat-Chô hanbatsu*, una cohorte de oligarcas provenientes de los dominios de Satsuma y Chôshû; sus esfuerzos por restaurar la monarquía en 1868 reportaban ahora su recompensa política, apoyados también por los dominios de Tosa y Hizen. Pese a su indiscutido control sobre el poder local, les fue posible a sus opositores –leales al emperador y de origen samurái bajo o medio– organizarse a través de partidos políticos, y pedir un Gobierno representativo al más puro estilo inglés, a lo largo de las décadas de 1870 y 1880.

La presión dio sus frutos. En 1881, los oligarcas anunciaron cambios: la Constitución Meiji se promulgó en 1889 –una sábana de papel que envolvía el poder ineludible de la plutocracia nipona– y la Dieta (el Parlamento a través del cual los partidos podrían oponerse al Gobierno bloqueando los presupuestos) nacería en 1889. El sufragio sería masculino y censitario; limitado a aquellos votantes

poseedores de cierta cantidad de propiedad privada. El objetivo, quizás algo optimista, era ganarse las simpatías de los terratenientes y comerciantes, cuyos impuestos serían clave para el desarrollo del nuevo y potente Estado industrial, a través del representante político de turno.



Barcos de guerra japoneses combatiendo durante la guerra ruso-japonesa (1904-1905). Este enfrentamiento reforzó a Japón frente a su vecino y, cuando el zarismo ruso se hundió en las aguas de la revolución, Tokio se convirtió en la potencia dominante de Asia.

Los oligarcas mantuvieron, no obstante, un gran poder. De hecho, mantuvieron el poder. Actuaban como *genrô*, sabios viejos que recomendaban al que debería ser primer ministro. De ese modo, y hasta la fecha de 1901, los oligarcas se recomendaron unos a otros para el cargo. Cuando la presión de los políticos aumentó, escogieron a hombres fuera del círculo de poder, pero que fueran manipulables al mismo tiempo. Esta estrategia acabó pervirtiéndose cuando el oligarca Îto se unió al partido político Seiyûkai para cultivar sus propios apoyos, y cuando Katsura –la marioneta política de su rival, el oligarca Yamagata (que continuaba oponiéndose firmemente a los partidos)– se rebeló y formó el partido Minseitô en 1913. Entre el Seiyûkai y el Minseitô, nacía de manera sorpresiva un eje político bipartidista que preparaba a Japón para avanzar políticamente por el temprano siglo XX.

Llegados a este punto, conviene recordar que los historiadores occidentales, tradicionalmente, han visto en los oligarcas una especie de Gobierno de sabios tecnócratas; obrando en armonía, siempre en aras de la construcción nacional. Convendría revisar tales certidumbres. Lo cierto es que la «concesión» de los oligarcas a la política parlamentaria (equilibrada entre una Cámara Baja y una Cámara Alta, más conservadora) acabó minando su propio poder. Es cierto que se construyó una burocracia fuerte y rigurosa como espina dorsal del Japón moderno, pero el pretendido apoliticismo

de esta burocracia se comenzó a diluir con el ascenso de los políticos, y no serían pocos los burócratas que se unirían a un Gobierno u otro en los años veinte o treinta. Por otra parte, las burocracias de los distintos ministerios y, particularmente, del Ejército, comenzaron a obrar de manera excesivamente independiente respecto del dedo índice gubernamental, algo que sin duda traería desgracias en las décadas por venir.

Por otra parte, los oligarcas jamás se coordinaron en un frente unido, y sus desconfianzas mutuas se dejaron ver claramente en la Constitución de 1889: el poder se repartía –bajo el aura teórica del emperador– entre una serie de instituciones que se equilibraban (en teoría) entre ellas. Cámaras Alta y Baja, el Consejo del Reino, el Gobierno, la burocracia, el Estado Mayor de Tierra y el de Aire. Al no haber líder previsto que controlara todos estos «brazos» del emperador, no hubo tampoco nadie que pudiera poner orden en el momento en que la rama militar comenzara a actuar por su cuenta. El futuro sería inestable, y llegaría en medio de la peor situación internacional: las entreguerras.

Ambición y expansión: Japón, de nuevo en guerra

Pero las entreguerras no se pueden entender sin analizar la actitud japonesa hacia el mundo previa a la Primera Guerra Mundial. Antes de 1914, Japón y Occidente mantenían un cierto tira y afloja diplomático. Elihu Root, secretario de Estado de Estados Unidos, había conciliado con Japón de manera exitosa tras las desavenencias surgidas con el Tratado de Portsmouth (punto final americano a la guerra ruso-japonesa) o la legislación antiinmigración de California. Las fricciones, aun así, estaban lejos de cerrarse. Japón tenía sus ojos rasgados puestos sobre Manchuria, en el noreste de China. Gran Bretaña o Rusia parecían aceptar mejor este hecho consumado, pero Estados Unidos no lo tenía tan claro, y cometió la torpeza de intentar que rusos y nipones pasaran su parte del ferrocarril Transmanchuriano a un consorcio de catorce bancos norteamericanos. No dio resultado: tanto los japoneses como el Foreign Office británico se opusieron a la intromisión.

El robusto samurái japonés no perdía de vista al enfermo mandarín chino, y desde luego deseaba tomar las riendas. Si bien mucho disidente chino se había educado en Japón (el legendario nacionalista Sun Yat Sen, por ejemplo) y ambos pueblos compartían una visión contraria a la invasión occidental, lo cierto es que sus ideales, temperamento e historia eran muy diferentes. El confucianismo nipón no respetaba los estatus o la igualdad internacional, y muchos japoneses se creían racialmente superiores. Incluso aquellos más empapados de sentimiento humanitario difícilmente podían esquivar una sensación de paternalismo hacia sus desdichados vecinos.



Soldados británicos llegan a Tsingtao, 1914, para combatir al lado de los japoneses durante la Gran Guerra. Su actitud relajada, sin embargo, provocó el desdén de sus aliados nipones. La Revolución rusa acabó por convencer a estos de que Occidente se hundía.

Al tronar los cañones sobre Europa, su eco apenas llegó a retumbar en las islas del Pacífico. Pero Estados Unidos, China y Gran Bretaña (a pesar de la alianza anglo-nipona firmada en 1902) temían que Japón entrara en guerra por la facilidad con la que podría comerse las propiedades alemanas en esos mares: las islas Carolinas, las Marshall y el Shantung chino. Dentro del propio Japón, las opiniones se dividían: el Ejército admiraba la fortaleza alemana, y la Armada, la fortaleza británica. Las ambiciones territoriales decidieron sobre esta ambigüedad y, tras exigir una retirada de las islas, Japón le declaró la guerra a Alemania el 23 de agosto de 1914.

Durante la contienda, la actitud de galeses y *sikhs*, así como las primeras derrotas navales inglesas, minaron la reputación británica frente a sus aliados japoneses, que lo comentaban en voz baja con disgusto. Los australianos no supieron aprovechar su ventaja estratégica. Pensaron que Japón respetaría su ventaja (Australia había entrado en guerra tres semanas antes) pero lo cierto es que las bayonetas niponas ocuparon las posesiones alemanas sin pensárselo un segundo.

Mientras duró la guerra, las presiones sobre China se redoblaron, tal y como habían temido los aliados. Hasta entonces, la política del Gobierno solía ser la de favorecer a líderes chinos moderados, siempre más sobornables y manipulables, mientras que los nacionalistas nipones preferían a revolucionarios nacionalistas como Sun Yat Sen.

Japón redactó en secreto las Veintiuna Demandas (dieciséis demandas y cinco «deseos») que convertían a China en un protectorado desde cualquier punto de vista. Al ser revelado este *diktat*, los boicots antijaponeses, la alarma occidental y la conspiración de los propios oligarcas contra el ministro de Exteriores (dependía de un Gobierno de políticos, al que los oligarcas no tenían mucha simpatía) hicieron caer los cinco «deseos», quedando no obstante las dieciséis demandas en vigor.

En todo caso, el susto internacional había sido profundo y había mostrado el radicalismo de los nacionalistas japoneses respecto de su vecino. Esto lo pudo comprobar en persona el predecesor del ministro que redactó las Veintiuna Demandas, cuando un patriota le asesinó en su propio despacho y luego procedió a abrirse el vientre sobre un mapa de China. La sangre de este haraquiri nacionalista claramente marcaba el camino a seguir.

Cuando los disparos cesaron y los vencedores se sentaron en la Conferencia de París a fin de poder repartirse los laureles, los objetivos japoneses eran dos y estaban bien claros: lograr una igualdad internacional para sus inmigrantes y mantener lo conquistado a los alemanes en Oriente (las islas y el territorio chino); esa misma ocupación provocó que China se negara a firmar el Tratado de Versalles. Lo primero, la igualdad racial internacional, resultó imposible, dadas las reticencias australianas y la tradición de políticas migratorias estadounidenses, que causarían más de un suicidio frente a la embajada de Washington en Tokio. En cuanto a lo segundo, el Gobierno japonés había presionado a China a base de préstamos (una forma diplomática de soborno, al fin y al cabo) con vistas a lograr su complicidad. Pero al salir estos a la luz, Pekín hubo de posicionarse finalmente en el bando de su propio país.

Al final, Francia, Italia y Gran Bretaña (que había recibido apoyo japonés en Malta, 1917) tuvieron que honrar sus compromisos, y Japón pudo quedarse con sus nuevas posesiones por el momento. Sólo Lansing, el representante americano, se mantuvo firmemente prochino. Unos chinos, por cierto, que habían recibido un tratamiento atroz por parte de los japoneses ya durante la misma Gran Guerra. Con todo, Tokio interpretó con cierto optimismo la postura de Washington respecto a su propia expansión por el continente asiático.

Así, la Primera Guerra Mundial puso en el mapa a Japón, al eliminar (por implosión) a su rival, Rusia. De hecho, la Unión Soviética seguía siendo el principal enemigo de Occidente en la zona, y la isla podía permitirse mantener sus desafíos a la paz regional, siempre y cuando se dignara a canalizarlos a través de acuerdos con los aliados como el que vendría en 1921.



Cadáveres en Nikolayevsk, 1920, durante la Guerra Civil rusa. La ciudad estaba defendida por los japoneses y sufrió una sangrienta ocupación por parte de un comandante anarquista, que ordenaría masacrar a todos sus habitantes al retirarse. Sería ejecutado por el Gobierno soviético.

No en vano, a Japón se le habían pedido unas siete mil tropas para combatir al Ejército Rojo en Siberia (aunque sus enemigos acabaran siendo solamente partisanos antizaristas). El Gobierno nipón, finalmente, prefirió movilizar a 75.000 soldados, una proporción mucho mayor que la de los demás participantes extranjeros, quedándose además a «vigilar» la zona hasta el año 1922. A pesar de que nunca llegaron a combatir a los bolcheviques como tales, se dedicaron a financiar y armar a los brutales cosacos, cuya crueldad causó una enorme impresión sobre los americanos también destacados en la zona. En general, la aventura siberiana fue impopular: los oficiales de permiso se quitaban el uniforme en Tokio u Osaka, y el número de reclutas que escapó a la «mili» en aquellas tierras congeladas ascendió a la histórica cifra de mil en un solo año.

No sólo se protegía Siberia de las hordas rojas, sino también de las fuerzas expedicionarias americanas, que llegaban a modo de inoportunos *sheriffs* para combatir el desorden, y cuyos intereses económicos en la región rivalizaban con los de los japoneses. La espantada de trenes en retirada que atravesó la estación de Vladivostok –controlada por la infantería del Sol Naciente– hizo ver a muchos militares japoneses el caos impensable en el que se estaban sumiendo sus antiguos vecinos europeizantes.

Por lo demás, Japón se había beneficiado de los pedidos que le hicieron los aliados durante la guerra y del hecho de que muchos puertos se abrieran a su comercio, al no poder confiar en las

naciones enfangadas en la carnicería europea. Quedaban asentadas de este modo las bases de su industrialismo posterior. Pudo haber aldeas japonesas del interior en las que no se enteraran de la existencia de la guerra, dado que no se había llamado a filas a sus habitantes varones (de hecho, un oficial británico que se lo explicó fue recibido con incredulidad), pero lo cierto es que la lucha en el continente había logrado que Tokio contara ahora con especial fuerza dentro del nuevo orden mundial.

Pero volvamos a 1918, poco antes de la firma del armisticio. El eterno oligarca Yamagata se había rendido a la evidencia, y Hara Kei, un político líder del mayoritario partido Seiyûkai, se convertía así en primer ministro. El sufragio, para entonces, había crecido de cuatrocientos cincuenta mil a ocho millones de votantes. Eso sólo sumaba, no obstante, al cinco por ciento de la población. Los dirigentes japoneses, ese mismo año, se habían visto sorprendidos –y aterrados– por uno de los mayores estallidos sociales del siglo: las Revueltas del Arroz.

Esta explosión de ira oriental había visto como los japoneses depauperados –por culpa de un explosivo cóctel de paro, necesidad de viviendas e inflación debida a la guerra– se alzaban finalmente y mostraban al poder la destrucción y el desorden de los que eran capaces. Durante dos meses, se produjeron 526 incidentes, con millones de implicados. Se saquearon o destrozaron tiendas de comida o sake, como en la ciudad portuaria isleña de Kobe, donde la masa arrambló con el setenta por ciento de los productos de los almacenes. Un obrero portuario de esa misma localidad arengó: «El arroz es caro porque los malvados especuladores del arroz inflan el precio. […] ¡Deberíamos exterminarlos!».

En total, se desplegaron por Japón cien mil soldados, se arrestó a ocho mil personas, cinco mil fueron castigadas, entre treinta y cien murieron en los tiroteos, y decenas fueron heridas. Líderes y comerciantes locales, sintiendo la amenaza estallar ante ellos, distribuyeron alimentos entre los necesitados. Tras los disturbios, el Gobierno central reforzó la política social, aunque esta reacción vino acompañada de la yugulación absoluta de todo movimiento socialista en el país.

Paradójicamente, la opinión pública hasta 1915, aproximadamente, se había mostrado claramente antiizquierdista tras el intento de asesinato en 1911 del venerable emperador Meiji. Pero en 1918, la pobreza y la desigualdad habían incubado el huevo de la serpiente. Unido todo esto al impacto del experimento bolchevique, y a la caída del Imperio alemán en los fuegos de la revolución política, los líderes nipones claramente no estaban dispuestos a conceder alegremente a la masa poderes de opinión y menos aún de voto.

LOS AÑOS VEINTE: INYECTANDO UNA DEMOCRACIA BAJO CONTROL

La década de los veinte se estrenó con cambios. La guadaña de la muerte se encargó de renovar las filas de la élite política del país, con más o menos sentido de la oportunidad: en 1921, el primer ministro Hara Kei se encontraba en la estación de trenes de Tokio cuando un obrero ferroviario de ultraderecha le asestó una puñalada mortal. El emperador se apagaba por segunda vez en menos de dos décadas, muriendo en 1926. Los oligarcas fallecían poco a poco. Yamagata en 1922, Masayoshi en 1924… La mayoría ya había muerto antes: Îto, el padre del constitucionalismo Meiji, había viajado a Manchuria en 1909 para reunirse con los rusos. Un nacionalista coreano se vengó aquel día de la tutela japonesa sobre su tierra vaciándole su revólver en el pecho.

Pero las dagas voladoras no causaron un daño real comparado con lo que desencadenaron las fuerzas de la naturaleza en 1923. En un terremoto de apenas diez minutos, gran parte del Japón antiguo, muchas de sus construcciones y miles de personas fueron enterradas entre escombros con olor a cadaverina.

Cuando el suelo dejó de agrietarse y los fuegos se apagaron, la lluvia de muerte aún estaba lejos de escampar. Los temores, difundidos por muchos funcionarios del Gobierno, de que los estudiantes coreanos nacionalistas aprovecharían para desestabilizar el orden interno, o de que los «sucios y apáticos» trabajadores de ese mismo país se lanzarían al saqueo y la perturbación, hicieron que los grupos ciudadanos de vigilantes –formados para patrullar lo que quedaba de la nación– asesinaran en sus expediciones a un número de coreanos estimado entre los cuatrocientos y los seis mil.



El terremoto de Kanto de 1923 duró entre cuatro y diez minutos, y cubrió el suelo de Japón con un manto de cadáveres. La ayuda humanitaria no tardó en llegar y el Gobierno japonés daría prioridad a la reconstrucción local antes que al expansionismo militar.

Fue en 1925, al calmarse los ánimos, cuando se aprobó la ansiada ley de sufragio masculino universal, aumentando entonces el número de votantes hasta los trece millones. Esta democracia, no obstante, tenía serios defectos de fondo (no tan distintos de los que acontecen en algunas democracias mediterráneas actuales): en primer lugar, existían lazos demasiado fuertes entre los partidos y los *zaibatsu* (conglomerados financieros o industriales), que regularmente les financiaban

las campañas electorales y les hacían caer en la trampa de la corrupción. Esto, unido a la mano dura policial y a la rígida mentalidad de la burocracia, ha provocado que algunos historiadores hayan calificado la época de «semidemocracia».



Comisaría ardiendo tras el terremoto de 1923. El caos que siguió permitió que muchos japoneses formaran patrullas ciudadanas armados con cuchillos y catanas. Desconfiando de los inmigrantes coreanos que abundaban en el país, asesinarían a 400-6.000 de ellos.

Y es que, con los dulces, llegaron también los palos, y el mismo año de 1925 se promulgó una draconiana Ley de Preservación de la Paz que –en palabras de un comprensivo diputado– «castigaba, por primera vez, el pensamiento si este se veía envuelto en la creación de organizaciones, reuniones o agitación». La ley castigaba cualquier intento de «cambiar el sistema de Gobierno o negar la propiedad privada». En 1928, semanas después de las primeras elecciones celebradas mediante sufragio universal, la policía se lanzó a la caza de «comunistas» (el Partido Comunista como tal había sido fundado en 1922) y arrestó a 3.400 personas, cifra que para el año siguiente había aumentado hasta las 8.368, sobresaturando los juzgados. El activismo radical de izquierdas caía atravesado por la catana imperial, y jamás volvería a levantar cabeza desde entonces.

Los políticos de los años veinte intentaron también frenar el poderío del Ejército; los uniformes

militares suponían una amenaza al nuevo sistema político no menos peligroso que las horcas y cuchillos de los descastados. Se eliminó la ley que obligaba a los ministros de Marina y Tierra a ser oficiales en servicio activo. La disposición venía de 1900, ideada por el oligarca militarista Yamagata, y amenazaba con hacer caer un Gobierno entero si así lo deseaba el ministro solamente con dimitir: era constitucionalmente imposible que el Gobierno funcionara sin esos dos ministros militares. (Y sería precisamente eso lo que ocurriría cuando la ley de Yamagata se reintrodujera en 1936).

Pero si los militares de la década siguiente se pudieron dedicar a proyectos de expansión descontrolada, sólo fue porque el crecimiento económico de los años veinte se lo permitió. Japón se industrializaba, y reforzaba sus corazones urbanos. Si en 1914 la población era de cincuenta y un millones, en 1940 superaba los setenta. A ello habría que sumarle el millón de inmigrantes coreanos, ya fueran voluntarios o forzados. La época también trajo sus primeros sustos financieros, preludios desatendidos del desastre de 1929. En 1927, un pánico bancario hundió los bonos oportunamente llamados «sísmicos», llegando a quebrar hasta treinta y siete bancos (entre ellos, el Banco de Taiwán) y haciendo caer, de paso, al Gobierno.

Durante todos esos años, la sociedad japonesa creció, burbujeó y se asentó como la levadura. Llegaba el hedonismo y el mito social de las camareras libertinas, ante las cuales tantos intelectuales –de uno u otro signo– fruncían el ceño. Surgía finalmente la sociedad de masas, la cultura de consumo, la clase media, la llegada de los estilos occidentales y la de los medios de comunicación, como lo fue el desembarco de la radio en 1925. Japón se sumaba con fuerza al carro del progreso, pero también al del ocio, el nivel de vida, el intelecto y la investigación científica: precisamente, fueron científicos austriacos y japoneses los que descubrieron, en 1929, las complicadas relaciones entre menstruación y ovulación. Este método para calcular el período de fertilidad de las mujeres pronto se convirtió en el único método anticonceptivo tolerado por el Papado, de fiabilidad tan memorable que pronto fue bautizado como «ruleta vaticana».

Pero con los avances crecieron también los problemas y, para comienzos de la década siguiente, estaba muy claro que el Ejército del Sol Naciente no confiaba en la lenta posibilidad de reforma o en el calmado pactismo de sus políticos. Muchos oficiales apretaban los puños con rabia, soñando para su país un destino de gloria que su Gobierno no sabía darle. Un destino de espadas relucientes y conquistas lejanas. Un destino que estaba a la vuelta de la esquina.

Los años treinta y cuarenta: la redención de las catanas

A finales del siglo XIX, el joven niño Giichi Tanaka era un educado alumno japonés instruido día tras día en la supremacía de un Japón que debería gobernar Asia primero, y el mundo después. Un mal día, fue expulsado de la escuela. Su padre le puso un cuchillo en la mano, y le dijo, muy serio, que se hiciera el haraquiri. Tan sólo la intervención de la madre salvó al niño a tiempo.

Medio siglo después, Tanaka era primer ministro. Una de las causas que permitieron la evolución política del Japón de los años veinte –más dependiente de partidos y líderes políticos– al Japón de los años treinta –basado en la autoridad militar y su interferencia directa o indirecta en la política– fue que en ningún momento se produjo una barrera de pensamiento liberal que intentara reforzar el planteamiento democrático. Los propios liberales, asqueados por los asesinatos y problemas del reino, pedían ellos también un mayor control estatista de la situación. Poco sabían

ellos que, en menos de veinte años, sus mejores jóvenes estrellarían aviones contra la cubierta de portaaviones americanos, en un intento de servir fielmente al *Kokutai*, el cuerpo sagrado del Estado. Un período, de 1931 a 1940, que los historiadores japoneses llaman el Valle Oscuro.

La depresión mundial de 1929 en adelante, unida al cierre comercial de tantos países asustados, hirió profundamente a la economía nipona. Para más inri, la exportación de seda –que proporcionaba un pequeño dinero extra a los habitantes de la isla que cultivaban gusanos– se había dirigido en un noventa por ciento hacia Estados Unidos: el *crash* acabó con esa salida. En otoño de 1930, el Ministerio de Guerra organizó una conferencia en la agreste región del Tohoku: en ella, se promocionó la emigración a Manchuria, y se criticó la falta de acción del Gobierno contra el Kuomintang chino que amenazaba a los colonos, cosa que los soviéticos ya habían demostrado era posible. El patrocinador de la conferencia se vio envuelto poco después en un complot militar abortado. Fue juzgado con indulgencia.

Exactamente un año después, cuando fallaron las cosechas, ni siquiera la ayuda humanitaria pudo evitar la hambruna. En 1934, se repetiría el desastre. Las tesis de adentrarse en China para huir de la pobreza cobraron fuerza. Para mediados de la década, el coronel Hashimoto (militar extremista y envuelto en numerosos intentos de golpe) cavilaba:

> Sólo hay tres vías de escape para Japón de su población sobrante. La primera puerta, la emigración, ha sido cerrada por las políticas migratorias de otros países. La segunda, el avance en los mercados mundiales, se está cerrando con aranceles y con la derogación de los tratados comerciales. Es natural que Japón se lance hacia la última y tercera puerta.

A pesar de ello, Hashimoto y sus correligionarios nunca apoyaron medidas anticonceptivas, así que sus tesis sobre la «población sobrante» eran más una oportunidad política para la expansión antes que una creencia firme.

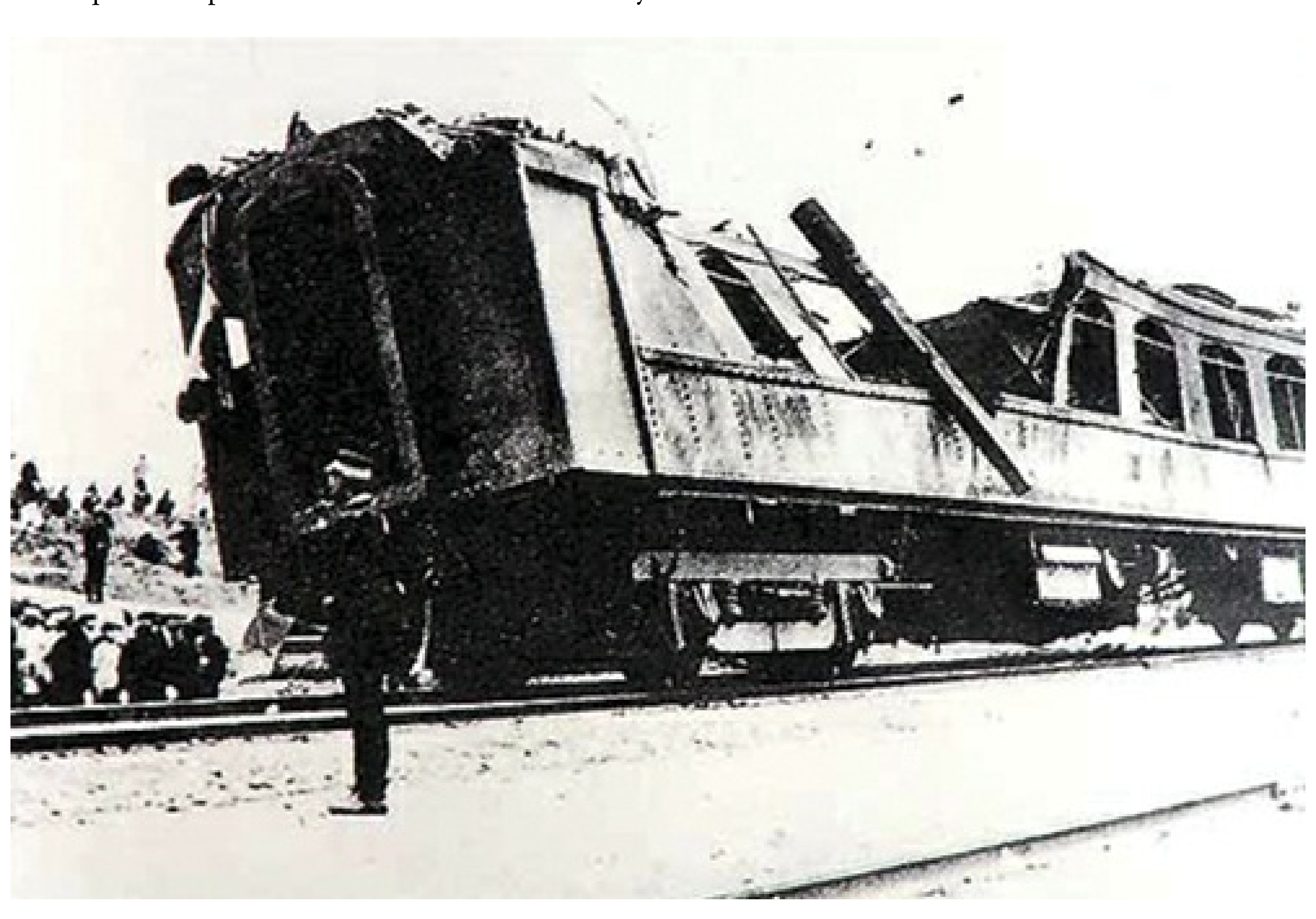
Por una razón o por otra, los años treinta llevaron a todo el mundo político, incluidos los socialdemócratas y el movimiento sindicalista, a agrandar la parcela de poder de los militares: las supuestas amenazas exteriores en una época de tensión internacional llevaban a ello. Los militares se aprovecharían de todo esto sin problemas, particularmente a finales de los treinta, cuando provocarían o directamente iniciarían ellos mismos las hostilidades con China por la región de Manchuria.

Así, Japón se convertía ahora en una nación que había transformado su culto al emperador (que databa de los Meiji) en una ideología agresiva y nacionalista, basada en la superioridad racial de sus miembros y consagrada a «liberar» Asia del imperialismo occidental y el comunismo internacional. Los críticos a estas ideas eran acusados de antipatriotas, incluso si llegaban a ser diputados de la propia Dieta. El profesor Minobe, constitucionalista y amigo personal del emperador, vio como cualquier posible aliado agachaba la cabeza cuando fue acusado en 1935 de blasfemo, por haber calificado al sumo dirigente de «órgano supremo del Estado» en un escrito de 1912. Perdió sus cargos políticos y sus libros fueron prohibidos.

Todo este proceso de apoyo y de concesión de poder a los militares se vio empañado por la sangre de numerosos atentados, cometidos en casi todos los casos por soldados y mandos intermedios que actuaban por su cuenta (o, en ocasiones, por algún nacionalista exaltado). En los juicios que les seguían, los espadones del régimen preferían mostrarse siempre poco severos, y el proceso se acababa convirtiendo en un alegato panfletario en contra de políticos traidores y *zaibatsu* egoístas. Políticos como Hara Kei o Hamaguchi fueron eliminados con una facilidad admirable, en

medio de esta vorágine continuada de *vendetta* nacionalista.

Los uniformados nipones tenían una larga tradición de asesinar gente por su cuenta y riesgo. En otoño de 1895, organizados por la autoridad japonesa en Corea, un grupo de asesinos irrumpió en el patio del Palacio de la Emperatriz de aquel país, episodio atroz que describió en su diario un ruso subcontratado que trabajaba en el edificio. Disfrazados con túnicas y portando sables, acabaron con la escasa guardia real, entraron en los aposentos y –sin saber casi nadie cómo era la emperatriz, dado que rara vez se dejaba ver– arrastraron por el pelo a algunas cortesanas hasta el patio, donde las acuchillaban al más puro estilo de un complot califal. Caerían tres de ellas en aquel baño de sangre, hasta que la emperatriz fue finalmente localizada y asesinada.



El vagón del caudillo chino Zhang Zuolin, en 1928, después de que una bomba japonesa acabara con su vida. Durante los años treinta, el Ejército nipón organizaría cada vez más acciones autónomas en los territorios chinos que controlaban.

A comienzos de los años treinta aproximadamente, aquella furia ninja resurgió con fuerza. El señor de la guerra chino Zhang Zuolin había decidido retirarse en 1928 a Mukden (Manchuria), a petición japonesa: el general Tanaka, ministro de Exteriores de 1927 a 1929, veía en él casi a un hermano pequeño, tras la captura del chino en una operación contra partisanos durante la guerra ruso-japonesa. Cuando el tren de Zhang Zuolin entraba en la zona controlada por el Ejército del Kwantung, una explosión voló por los aires el vagón del caudillo. Su muerte causó tanta rabia en Tokio como secretismo. Los terroristas con uniforme (pues fueron ellos los causantes) apenas si fueron transferidos de zona, y no hubo mayor castigo para los perpetradores.

El Ejército del Kwantung organizaría, cada vez más, acciones independientes de los dictados de Tokio. En 1931, pensó en dinamitar la vía transmanchuriana y acusar a los chinos de un incidente de Mukden que justificaría la invasión. El Ministerio de Guerra interceptó los planes de los golpistas, y envió a uno de sus hombres a evitar el baño de sangre que se avecinaba. El agente, un coronel, se puso del lado de los rebeldes y quedó de brazos cruzados mientras las vías del tren saltaban por los aires, y comenzaba el chisporroteo de los fusiles.

Las acciones que enfrentaron a los elementos más radicales del Ejército con el propio Gobierno o con el alto mando, en memorables episodios de desobediencia o terrorismo, fueron cada vez más comunes. Mientras tanto, las fuerzas en Manchuria se dedicaban a librar una guerra atroz que estaba ya fuera de todo control gubernamental. En febrero de 1932, una liga de militares radicales abatió a tiros a un exministro y al industrial Baron Dan. El 15 de mayo del mismo año, cadetes navales se abrieron paso a disparos a través de la residencia del anciano primer ministro Inukai, y le acribillaron a balazos en su propio hogar. Su hijo y su huésped, Charlie Chaplin, salvaron sus vidas al encontrarse en aquellos momentos en un campeonato de sumo.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar. El 26 de febrero de 1936, no menos de 1.400 soldados salidos de los barracones de Tokio lanzaron una intentona y cubrieron la ciudad de cadáveres políticos, entre ellos dos ex primeros ministros y un general. Baño de sangre aparte, los insurrectos tomaron posiciones y estuvieron a punto de asegurar el Palacio Imperial. El emperador, furioso, y los altos mandos militares no los apoyaron, y esta vez el grupo terrorista acabaría siendo purgado dentro del Ejército.

Los radicales de ultraderecha japonesa favorecían una Restauración Shôwa. Detestaban el egoísmo y la corrupción de sus gobernantes, burocracia y grandes empresarios, y buscaban imponer su propia línea en la política exterior: mientras que la Armada favorecía avanzar contra el sur, contra China y Gran Bretaña (para asegurar petróleo, estaño y caucho, y para imponer definitivamente las Veintiuna Demandas de 1915), muchos nacional-socialistas dentro del Ejército veían mejor un avance antirruso por Mongolia Interior, para evitar futuros ataques de la Unión Soviética.



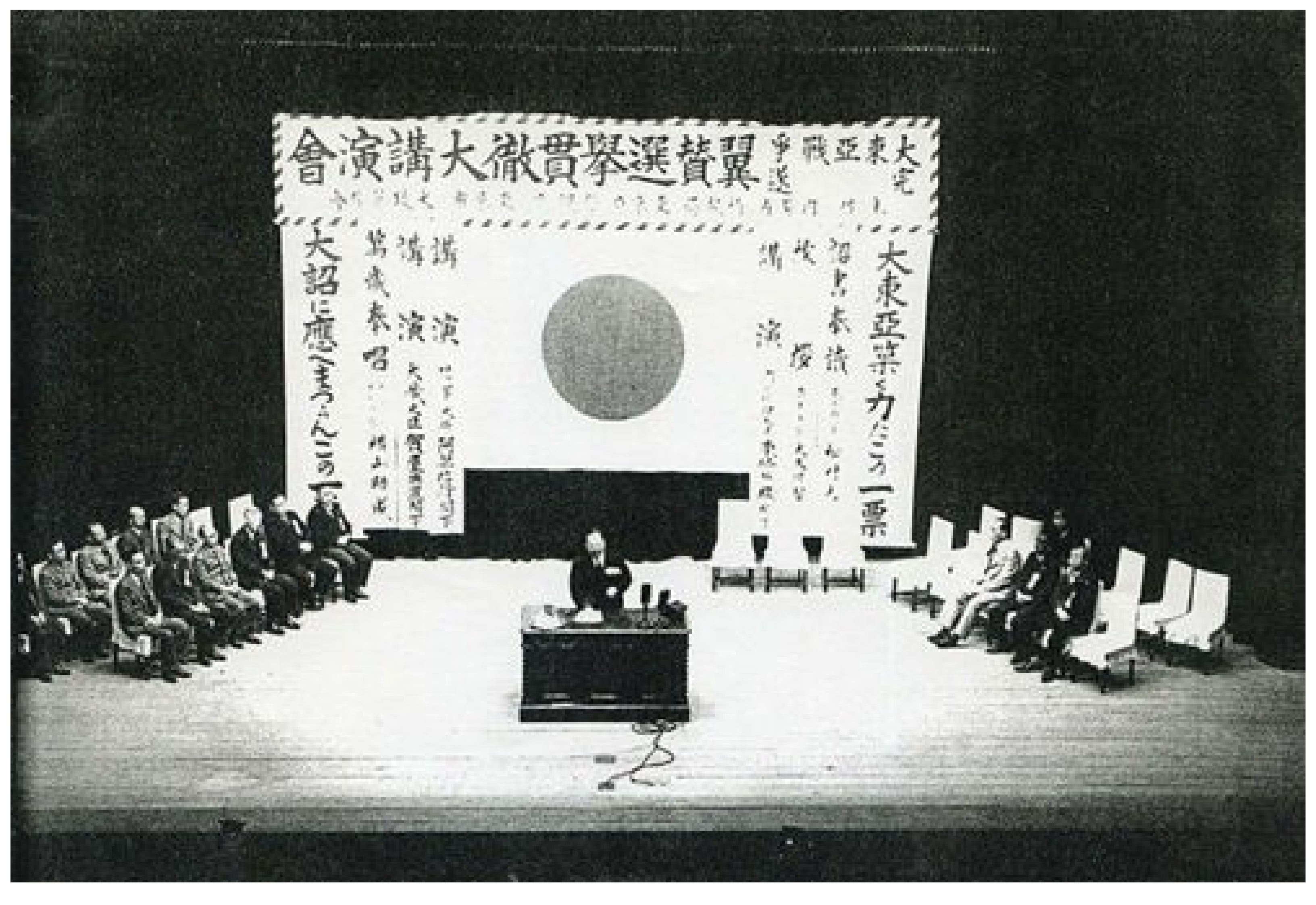
Soldado rebelde en Tokio durante la intentona de febrero de 1936. Los atentados nacionalistas en el Japón de los años treinta eran un fenómeno corriente, pero la sangría de 1936 convenció finalmente a los mandos militares para que reaccionaran contra el terrorismo.

En todo caso, el intento de golpe de los cuarteleros de 1936 puso punto y final a la violencia

militar desde abajo. El emperador rabió contra los «amotinados» al ver lo cerca que había estado el Gobierno de tambalearse. Pero aun con todo y con eso, al tiempo que cercenaron las violentas actividades de estos *Ronin*, de estos samuráis sin señor, los militares japoneses construyeron un verdadero régimen de autocracia nacionalista, que podía rivalizar sin problemas con las dictaduras de hierro de los países europeos.

Si el lector quiere hacerse una idea del ambiente político reinante, sólo tiene que saber que, a finales de los años treinta, algunos de los principales cabezas militares y políticos de la nación se habían visto obligados a dar explicaciones en los medios públicos para demostrar a sus bases que ellos «no eran fascistas». Lo que les repugnaba del mote, sin embargo, no era su dureza o la supresión de las libertades. Las propias ideas de la élite en parlamentos y cuarteles rivalizaban con la doctrina fascista. Pero es que incluso el origen, indiscutiblemente occidental, de esta nueva ideología de hierro bastaba para que los nacionalistas japoneses no quisieran tener nada que ver con su emblema.

En 1940, el príncipe Konoe Fumimaro inauguró el «Nuevo Orden». Todos los partidos quedaban así subsumidos en la Asociación de Asistencia al Régimen Imperial (AARI), un gran «megapartido» que pretendía sustituir todo movimiento político. El paso previo a esto había sido la creación de «superagencias» de Gobierno en 1934 y 1935. Todas las organizaciones, incluidas las sindicales, quedaban fusionadas en frentes patrióticos controlados por el Gobierno. Konoye Fumimaro, instigado por los militares, adoptaría también la Ley General Nacional de Movilización, *Kokka Sodoin Ho*: daba la luz verde para comenzar a construir una economía de guerra y hacer de cada japonés un fiel apéndice del *Kokutai*.



Discurso inaugural de la Asociación de Asistencia al Régimen Imperial, el nuevo partido seudofascista de Japón. Los militares impusieron este duro régimen político con la excusa de contener el terrorismo castrense, y pronto prepararían a la nación para la guerra total.

Todo ese tiempo, la Policía del Pensamiento *(Tokubetsu kôtô keisatsu)* y la Policía Militar habían ido cazando progresivamente, durante los años treinta, al número creciente de disidentes políticos. Un manual de policía de 1930 recordaba que «un asesino puede matar a unos cuantos, mientras que un criminal de pensamiento puede amenazar la vida de la nación entera». Las botas de la represión ideológica pisarían más fuerte que nunca.

Por su parte, la economía era reorganizada desde mediados de la década sobre líneas de planificación central y de industria bélica. Japón llevaba preparándose desde hacía años para poder convertirse en un totalitarismo ultranacionalista y expansivo. Ahora, había llegado su momento.

II

Una extraña partida de ajedrez



6

El tiempo de los cirujanos 1919-1923

El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer.
Y en ese claroscuro surgen los monstruos.

Antonio Gramsci

Cuando el día once del mes once, a las once horas, las balas dejaron de silbar por encima de los parapetos, eran cuatro los vencedores de Europa. La guerra, el hambre, la peste y la muerte. Diez millones de seres humanos yacían en zanjas embarradas. El bloqueo marítimo de los aliados (que llegó a durar hasta 1919) había supuesto tales hambrunas en Centroeuropa que, en Viena, sus encargados de cobrar indemnizaciones se tuvieron que convertir en una improvisada comisión humanitaria. La llamada «gripe española», mientras tanto, mataba en dos años al doble de víctimas que la Gran Guerra.

Si las cuatro naciones que habían conquistado el triunfo militar querían poder gestionar su victoria con la tranquilidad que creían merecer, deberían pedir permiso a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Lo que sigue aquí es la historia de cómo lo intentaron.

San Jorge y el dragón: exorcizando al demonio comunista

Otro espectro, que en este caso no era medieval sino que venía del siglo XIX, había hecho también su aparición en escena: muchas décadas después de que Carlos Marx lo predijera con cierto optimismo, el fantasma del comunismo sobrevolaba finalmente la vieja Europa. Quizás una de las principales preocupaciones de los aliados, una vez derrotado el II Reich, fue la de hacer frente a aquella contagiosa epidemia política. Basada en un sistema mezcla de justicia y venganza social, y liderado por vanguardias de la disciplina y la organización, la ideología comunista situaba un tercer y amplio ejército repartido por las montañas y llanuras de Europa.

Esta nueva armada no tenía base nacional ni territorial. Su base era la clase social, pero sus adversarios ni siquiera podían confiar en las élites para que todos sus miembros se opusieran a ella. Muchos de los directores de este nuevo movimiento venían de la clase media ilustrada o incluso de la aristocracia venida a menos, como el propio Lenin. El general zarista Brusilov, por ejemplo, decidió que si el pueblo apoyaba a los comunistas en la guerra civil, sería su deber seguirlos también.

Incluso cuando muchos no apoyaron directamente la causa comunista –repelidos por su dura militarización de la sociedad– fueron fascinados no obstante por sus logros, un atractivo callado que

la hacía aún más peligrosa para sus enemigos. El socialista español Fernández de los Ríos se escandalizó cuando, al preguntarle a Lenin por la ausencia de libertades en su república soviética, el nuevo *prémier* replicó mordaz: «¿Libertad? ¿Para qué?». Pero su compañero, también socialista, volvió a España con una impresión muy positiva de aquel nuevo experimento.

Lo cierto es que, incluso en sus versiones más benignas y primerizas, los revolucionarios marxistas tendían hacia el autoritarismo y el paramilitarismo como único medio de implantar sus reformas radicales. Su teoría lo justificaba, pues para ellos los viejos regímenes no habían sido otra cosa que dictaduras de la minoría. Llegaba ahora el turno de una «dictadura del proletariado». Por otra parte, el continuo asalto que sufrieron las nuevas naciones sovietizadas las arrastraría con fuerza hacia el centralismo y la ausencia de democracia popular.

Los comunistas contaron con dificultades, desde luego, pero su triunfo lo permitió el hundimiento simultáneo –causado por aquella Gran Guerra que iba a traer gloria a sus emperadores– de los tres Imperios que dominaban la Europa central y oriental: el ruso, el alemán y el austrohúngaro.

En el caso de este último, el imperio arrastraba ya problemas étnicos y políticos (aunque hacía gala también de unos sólidos servicios sociales). Sus dirigentes vieron en la guerra una oportunidad para evitar el derrumbe. Esta, sin embargo, fue fatal para el régimen. Antes de su estallido, el propio jefe del Estado Mayor le había confesado a su amante que «es una lucha sin esperanza» pero «una monarquía antigua [...] no debe perecer sin gloria». A finales de 1914, se había perdido en aquella sopa de cadáveres al cincuenta por ciento de las tropas, y las tensiones nacionalistas se disparaban. La escasez cercaba al imperio y, cuando Italia se sumó a la lucha, toda esperanza pasó a depender de Alemania. En 1916, el primer ministro caía en el comedor de un hotel vienés, acribillado a tiros por Friedrich Adler, opositor socialista. El emperador, ese mismo año, moría de una neumonía. Su sucesor intentó reformar el sistema, pero logró enfadarlos a todos; Hungría rompió el pacto con Austria, un pliego viejo que databa de 1867. Para 1918, ondeaba ya la tricolor republicana.

Austria mantuvo en general un cierto orden conservador, sobre todo rural, pero Viena se convirtió en el nuevo bastión de los populares socialdemócratas, que impidieron un golpe comunista en dos ocasiones. Las ciudades gobernadas por sóviets se mantuvieron siempre bajo control y las elecciones de 1919 arrojaron resultados que reforzaron esta moderación.

En Hungría, sin embargo, el sóviet de Budapest declaró en marzo de 1919 una dictadura del proletariado administrada por anarquistas, poetas y economistas liberales, y gobernada por el comunista Bela Kun. Su nacionalización de la industria amenazaba a los poderosos, su negativa a nacionalizar la tierra decepcionaba al campesinado. Se esperó en vano la llegada del Ejército Rojo ruso, pero Lenin no podía permitirse aún constituir una política exterior. Llegaron, en cambio, las bayonetas desde Rumanía y Checoslovaquia, que aplastaron a la débil república de poetas y milicianos. El golpe del mariscal Horthy (apoyado por Occidente) aseguraría la estabilidad en los años por venir, aunque su nacionalismo consagraría a Hungría como potencia siempre descontenta, algo que sus vecinos temerían constantemente.



El comunista Bela Kun proclama en 1919 la República Soviética de Hungría ante la expectación popular. La amenaza del expansionismo comunista hizo que las potencias liberales apoyaran a caudillos reaccionarios en el este, a modo de una Guerra Fría primitiva.

El caso alemán ya se ha tratado (v. «Oriente Rojo Oriente Negro»): queda decir que los aliados influyeron poco. Deseosos de demostrar que eran los interlocutores idóneos, los burócratas del SPD alemán ahogaron a los radicales en su propia sangre para demostrar su fuerte apuesta por el parlamentarismo y el liberalismo económico. Como hizo Bismarck contra la Comuna de París en 1871, los ganadores permitieron a las milicias y soldados alemanes irse a luchar contra los comunistas fineses. Autoproclamados «lansquenetes», como los mercenarios germánicos de Carlos V, estas tropas cumplieron a la perfección su encargo, pero luego siguieron peleando contra letonios y lituanos. «Las potencias que ocho meses atrás habían conquistado el mundo –exclamaba lord Balfour en julio de 1919– no eran en aquel momento capaces de imponer su voluntad a un ejército de ciento veinte mil hombres».

La razón de que los aliados adoptaran esta política de barrera contra los comunistas (aunque supusiera apoyar a dictadores y autócratas) era la misma que explicaba los estallidos que se sucedían por media Europa: desde 1917, el infierno se había desatado por las estepas rusas. Los bolcheviques y, en particular, sus líderes Lenin y Trotsky, despreciaban la política exterior de los Estados capitalistas. Eso fue lo que les hizo publicar, en 1917, todos los tratados secretos que había firmado el Gobierno zarista, para gran horror de todas las partes implicadas. La visión leninista no distinguía

entre los contendientes de la Gran Guerra: para ellos, todo aquello era la lógica conclusión del imperialismo, la fase más terminal y agresiva del capitalismo. Debido a esto, no es de extrañar que los líderes soviéticos creyeran que era el momento perfecto para golpear a un enemigo vulnerable. O el capitalismo caía entonces o sería casi imposible mantener el nuevo sistema en un solo país. Con este objetivo, los bolcheviques crearían en 1919 la III Internacional –*Komintern*– que llevaría la subversión a las puertas de cada cancillería europea.

La principal disputa entre los bolcheviques y los aliados vino a cuenta del transcurso de la guerra: Lenin decidió acabar con la serie de derrotas que tanto le costaban a Rusia y centrarse en la guerra interna. Rompiendo la pinza antialemana con Francia, concluyó una humillante paz por separado con Alemania en Brest-Litovsk, que le valió gritos a la cara de «¡Traidor!» y «¡Judas!» por parte de sus socios más izquierdistas. El escaso amor por la diplomacia tradicional de Lenin y Trotsky quedó de manifiesto cuando, en medio de las negociaciones, incitaron a la tropa alemana al motín y se dedicaron a bostezar ruidosamente en presencia de sus interlocutores mientras intentaban prolongar las discusiones el tiempo suficiente para que estallara una revolución en Berlín.

Ya era tarde para que el II Reich aprovechara su ventaja estratégica, pero los aliados le guardaban aun así rencor a Lenin, temían su sistema y reaccionaron violentamente ante su último desafío: Rusia cancelaba sus deudas de guerra al desligarse del sistema capitalista. Occidente –tras una fallida mediación británica con los rojos que París sabotearía de inmediato– no tardó en enviar tropas a partir de 1918, y la estepa eslava se llenó de ingleses, franceses, americanos, japoneses y checos. Sin embargo, la moral de las tropas era baja, los partidos de izquierda nacional se negaban a apoyar esta nueva cruzada y, aunque conservadores como Churchill la habrían prolongado hasta su sangriento final, las tropas aliadas hubieron de abandonar Rusia, en su mayoría, para finales de 1920. La posibilidad de que una victoria de los blancos resucitara las aspiraciones imperiales rusas y algunas señales de alarma tan visibles como el motín de la flota francesa en Odessa, en 1919, acabaron por decidir la cuestión.

Si acaso, los aliados proporcionarían armas a polacos, rumanos y demás intermediarios. No era para menos, ya que en 1920, el comunismo pretendía extenderse tanto por la vía militar como por la vía de la subversión interna a través de una red coordinada de revolucionarios en cada nación. Un preludio, mucho más violento, de la posterior Guerra Fría.

Protagonistas de una época

Algo más lejos de los vaivenes de ese Oriente feroz, el lector puede sentirse algo desconcertado porque todavía no conoce bien a los actores de todas estas maniobras internacionales. Pasemos, pues, a sacarle de dudas y a presentarle con todas las formalidades a los protagonistas de una época.

Gran Bretaña se había implicado en el continente por primera vez desde la guerra de Crimea. Dividida entre deudas debidas y deudas prestadas, el Gobierno liberal de Lloyd George no tuvo mucho problema en aceptar que Europa se desintegraba a un ritmo preocupante, y buscó acomodarse al nuevo mapamundi (salvo, quizás, con la Turquía de Ataturk). A ello ayudaba que en 1919 el país se viera envuelto en una ola de disturbios y que la Irlanda nacionalista se mostrara cada vez más insumisa.

Estados Unidos, por su parte, había sido la nación que saliera más reforzada de la guerra. No

había sufrido ningún tipo de destrucción sobre su territorio y los flujos de deuda de guerra europeos le beneficiaban indudablemente. Quedaba por ver qué nuevo rol asumiría en la construcción del mundo de posguerra. Por el momento, su presidente Woodrow Wilson parecía querer capitanear todo el proceso.

Si metemos a Francia en tercer lugar, es porque fue el menos victorioso de los vencedores. Uno con amargos recuerdos que iban más allá de su propia debilidad. Sus cuencas hulleras habían sido destrozadas por el avance alemán (cuarenta por ciento de la producción en 1913), y entre muertos, heridos, prisioneros, desaparecidos y fallecidos por enfermedad, sus bajas alcanzaban los 3.844.300 de personas. La potencia que fuera hegemónica en Europa desde los tiempos de Napoleón hasta la guerra franco-prusiana se negaba a aceptar su propia vulnerabilidad, mientras la evidenciaba forzando una política de seguridad nacional canina, muy peligrosa para la reconstrucción de las relaciones internacionales durante todo el período.

Italia fue otro vencedor muy descontento, y con muchos problemas. El año 1919 pronto sería calificado de «paz mutilada». El Tratado secreto de Londres, por el que la patria de Rossini se había adherido al bando aliado durante la Gran Guerra, causó tantos incumplimientos como problemas. Se le cedieron los prometidos territorios en Austria pero no los de Yugoslavia, que había apostado por la causa aliada. Las cesiones coloniales en África quedaron en casi nada, y lo poco que se logró en ese campo se hizo tarde y mal, y pudo ser presentado como triunfo por Mussolini. El tratado también permitía a Italia dirigir la política exterior de Albania, nación independiente desde 1913 y que había caído en el caos en medio de la guerra. En 1918, las tropas italianas ocuparían, sufriendo ya roces con los locales, la práctica totalidad del país. Saldrían de este dos años después, pero la pretensión de «padrinazgo» se mantendría durante todas las entreguerras.

Polonia fue la resurrección de un Estado que había existido del siglo X al XVIII: permitida por el hundimiento simultáneo de los tres imperios que se la habían repartido a partir de entonces. A pesar de los treinta millones de habitantes y de sus abundantes recursos naturales que la colocaban a la altura de una gran potencia, el veinticinco por ciento de su población no era polaca y podía tener lealtades previas alemanas o rusas. El campesinado ruteno de la Galicia Oriental odiaba a sus terratenientes polacos y no tardó en desencadenar una sangrienta guerrilla de clase. Por lo demás, el nacionalismo exacerbado del nuevo régimen buscó la guerra con sus vecinos desde el principio y, de cara a Ginebra, su voto siempre acompañó religiosamente al de Francia y Bélgica.

(Para ver Japón, hemos de pedirle aquí al lector que vuelva las páginas y ojee de nuevo el capítulo «Entreacto: En un lejano Oriente»).

Checoslovaquia fue siempre un estado dividido en dos. Por un lado, los checos provenían de la parte austriaca del malogrado Imperio austrohúngaro. La modernidad hacía tiempo que les había llegado, con sus clases medias y su proletariado industrial. Los eslovacos, sin embargo, venían de la parte húngara y eran en muchos casos campesinos iletrados. Con la mayoría de intelectuales eslovacos en el exilio, los cargos políticos recayeron fundamentalmente sobre los checos. Sintiéndose menospreciado, el principal partido eslovaco pediría la «autonomía nacional» para Eslovaquia.

A pesar de cobijar a un Gobierno que se apoyaba en el sólido músculo industrial checoslovaco (y que había aprobado a tiempo una acertada reforma agraria), Praga estaba tan sólo a horas de marcha de cualquier ejército invasor que entrara desde la frontera alemana. Y de sus catorce millones de habitantes, sólo seis millones y medio eran checos, dos millones eran eslovacos, tres millones alemanes y el resto húngaros, polacos o rutenos. Todo esto le pesaría a este poderoso estado en las

décadas por venir.

Rumanía fue un país con suerte. Principalmente, porque cambió dos veces de bando en la Primera Guerra Mundial. Su última deserción fue la acertada, y los aliados le premiaron entregándole Transilvania (de los húngaros) y Besarabia (de los soviéticos): su población pasaba así de los siete a los diecisiete millones, y no había minorías importantes que pudieran causarle problemas; quedaban grupos de judíos, húngaros y rusos. El grano y el petróleo (era el segundo productor de oro negro del mundo) eran fuente de riqueza, y sus gobernantes tuvieron la buena cabeza de llevar a cabo una reforma agraria como la checoslovaca. No obstante, la administración era corrupta y el Ejército, realmente deplorable.

En cuanto a Yugoslavia, contenía dentro de sus fronteras a serbios (buenos guerreros, pero considerados bárbaros por las demás etnias), croatas (cuyas peticiones de autonomía llevaron a muchos a la cárcel o al exilio) y eslovenos. Sus riquezas minerales y sus productivos campesinos le daban fuerza, pero, como un conocido historiador dijo en una ocasión, «los yugoslavos eran buenos odiando» y su enemistad con Italia por el dominio del Adriático llegó a ser una de las más duraderas.

Estos tres estados, Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, formarían lo que se acabaría conociendo como «La Pequeña Entente»: una alianza contra el país, gobernado por un déspota descontento y revisionista, que creían amenazaba sus fronteras; Hungría.

De la trinchera a la tribuna: afinando la orquesta política mundial

Una explosión de humo y vísceras como la que había estallado de 1914 a 1918 fue suficiente para convencer de la necesidad de reinventarlo todo. Desde 1919 en adelante, las potencias ganadoras buscaron regular las relaciones internacionales de modo que no se repitieran fácilmente horrores como el de 1914. Lo harían a través de un parlamento mundial: la Sociedad de Naciones.

Bajo la SDN, las grandes potencias siguieron trabajando por sus intereses, pero al mismo tiempo se pudo llegar a arbitrar sus disputas por medio de parlamentos y votaciones. El modelo fue hijo del pensamiento británico y norteamericano; los proyectos francés e italiano apenas fueron tenidos en cuenta.

Órganos de la SDN	Función
El Consejo	Pequeño grupo de miembros permanentes (Gran Bretaña, Italia, Francia y Japón) que se reúne cinco veces al año o en caso de emergencia. Cada miembro tiene veto. El Consejo puede aprobar condenas morales, sanciones económicas o el uso de la fuerza.
La Asamblea	Se reúne una vez por año. Todo miembro de la SDN tiene ahí su representante. Sus decisiones han de ser tomadas por consenso. Decide sobre la admisión de nuevos miembros a la SDN, la elección de miembros no permanentes del Consejo y el presupuesto. Discute las decisiones del Consejo.
El Secretariado	Funcionariado permanente. Sus agencias cubren la labor de la SDN con refugiados, salud mundial, esclavitud, mandatos, etc.
El Tribunal Permanente de Justicia Internacional (TPJI)	Juzga disputas internacionales desde La Haya. Da consejo a la SDN. No tiene manera de aplicar su jurisdicción.

En el cuadro se pueden ver los diferentes órganos de gobierno de la SDN y sus funciones. El corazón novedoso de este experimento plasmado en una carta de veintiséis artículos eran los eficientes funcionarios del Secretariado, independiente y dedicado a combatir causas a lo largo y ancho del mundo. Posición de poder en la que muchos políticos intentaron colocar a «topos» nacionales entre sus filas.

Pero la Sociedad de Naciones pronto quedaría huérfana, perdiendo a uno de sus dos padres: el Senado de Estados Unidos se negó a ratificar el ingreso del país, con la mayoría de sus políticos presos de un optimismo imperialista que sentían que Europa no debía coartar. Wilson era profeta en Europa, pero no en su propia casa. Ambas cámaras habían caído en manos de los republicanos desde 1918, y Wilson no había intentado buscar apoyos entre sus adversarios. El viejo y enfermo presidente comenzó una gira por el país que nadie quiso escuchar, lanzando al aire palabras de esperanza y cooperación internacional. En Denver, un infarto le frenó en seco. El Partido Republicano arrasó en las siguientes elecciones (salvo en el «sólido sur», feudo de los demócratas) y América se adormeció en el aislacionismo y los valores tradicionales.

Durante los años veinte, la Sociedad de Naciones tuvo trabajo: se tuvo que enfrentar a una multitud de disputas fronterizas, en su mayoría menores. Por ejemplo, la tregua entre Lituania y Polonia se vio algo comprometida cuando un batallón de paramilitares polacos, con el apoyo tácito de su Gobierno, ocupó la ciudad de Vilna.

Más grave fue el resurgir del turco. Durante décadas, Gran Bretaña, Francia, Rusia y Alemania habían convertido el Imperio otomano en una colonia comercial. Se nutrían de su deuda externa, sobornaban continuamente a funcionarios del Gobierno y exigían ser juzgados en casa. Todo cambió cuando el caudillo Ataturk (Mustafá Kemal para los amigos) se rebeló contra este orden de cosas y, tras no lograr entenderse con el sultán-califa, barrió a los poderes políticos del país sobre una ola de revolución victoriosa.



«Aquí tienes tu ramita de olivo. Ahora, a trabajar». Viñeta de la revista británica *Punch*. La Sociedad de Naciones pudo atenuar muchos conflictos en los años que siguieron, pero nunca tuvo la fuerza necesaria para acabar con la *realpolitik* de las grandes potencias.

Barrió también una absurda invasión griega de última hora (cortesía de un Gobierno que se hundía en Atenas). Los británicos, las únicas fuerzas internacionales que no salieron corriendo del país, tuvieron que renegociar la paz turca con los nuevos vencedores. Tras eso, se estableció una república estatista y positivista, que logró esquivar tanto la influencia religiosa del Islam como los intentos infantiles del comunismo ruso por infiltrar el movimiento.

Taconazo en la Cancillería: cerrando pactos, firmando garantías

El cambio en el equilibrio de poderes del lejano Oriente (con la derrota rusa en 1905 y su hundimiento total en 1917) intranquilizó a Washington, que convocó en 1921 una conferencia para limitar el poderío naval japonés en el ya no tan lejano océano Pacífico. Participaron Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia e Italia (las grandes potencias), China, Países Bajos y Portugal (los países con intereses) y una magullada Bélgica.

En la conferencia no se firmó un tratado, sino tres. El primero, el Tratado de las Cuatro Potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia), formaba un pequeño comité a lo SDN para tratar peleas internas o agresiones externas. Entre otras cosas, sustituía y finiquitaba la impopular alianza anglo-japonesa de 1902. El segundo, el Tratado de las Cinco Potencias (se sumaba Italia) acordaba porcentajes de desarme naval. Japón sólo tendría un sesenta por ciento de la Armada de Estados Unidos o Gran Bretaña. Francia e Italia, un treinta y cinco por ciento. Desgraciadamente, lo acordado no se aplicaba a cruceros ligeros, destructores o submarinos. El último, el Tratado de las Nueve Potencias (se sumaban Bélgica, Holanda, Portugal y China) mantenía un equilibrio paradójico: por una parte, los firmantes se comprometían a respetar la independencia de China, pero también a no perjudicar los intereses aliados en la región al mismo tiempo.



Un submarino durante la Gran Guerra. Asustado por el poderío japonés, Occidente recurrió a la Conferencia de 1921 para resolver disputas en el este y limitar cuotas navales. Pero lo acordado no se aplicaba a cruceros ligeros, destructores o submarinos.

Aparte de estos tres acuerdos, se firmó un documento, bajo la atenta mirada de Londres y Washington, para que Japón devolviera a China sus territorios conquistados a los alemanes. Resumiendo, la Conferencia fue todo un éxito, precisamente en un momento de la inmediata posguerra en el que parecía que los tan cacareados avances diplomáticos no acababan de materializarse para poner fin a las rivalidades heredadas de comienzos de siglo. La Conferencia de 1921 planteó un sólido frente anglo-americano y limitó el poderío japonés en Levante: los mandatarios nipones, presionados por la opinión pública mundial y las potencias firmantes, habían acordado reducir su cuota de tonelaje naval del setenta al sesenta por ciento. Pero la aceptación japonesa reveló una debilidad más que una fortaleza: el acuerdo dependía realmente de la buena voluntad de Tokio.

Al mismo tiempo, los aliados buscaron reforzar las costuras de una Europa que se veía amenazada por un desbordamiento desde el este. El continente parecía empeñado en adelantar cien años de historia en un solo lustro. Era necesario un cordón sanitario que protegiera a la Europa parlamentaria y pro-Versalles.

De Carelia al Danubio, se construyó (o se pretendió construir) una espléndida barrera de alianzas frente a los Estados revisionistas y al comunismo contagioso. Los primeros años veinte vieron pequeñas «bodas» entre Francia y Bélgica y Francia y Polonia, y considerables aportaciones de armamento y apoyo militar contra los comunistas. El Gobierno británico también lo intentó, pero cuando los sindicatos le amenazaron con una huelga general, decidió que la ocasión no merecía tanto la pena.

La Pequeña Entente (PE) sería el nombre con el que se conocería popularmente una alianza entre Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia, destinada a protegerse de una Hungría nacionalista que posiblemente se revolvería contra ellos. Esta amistad de potencias modestas se fraguó entre 1920 y 1921, después de ser espoleada por filtraciones sobre posibles contactos entre el almirante Horthy y ciertos sectores del Ejército alemán con el fin de estudiar las reconquistas de Austria y Checoslovaquia.



Firma del Tratado de Versalles en el salón de los Espejos. El tratado buscó contener a Alemania en términos muy duros, y sus condiciones acabarían deslegitimando a la nueva República de Weimar, paralizando su economía y aventando el nacionalismo alemán.

Francia no tardaría en querer hacer buenas migas con la PE, y le ofreció acuerdos económicos y militares para mediados de los veinte. Para París, esto significaba algo más que defender lo pactado en Versalles: significaba tomar parte en las rivalidades regionales de Europa. A Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía las apoyaba contra Hungría, y a Yugoslavia frente a Italia (que por su parte pactaba con Rumanía y Checoslovaquia). Con su Ejército a punto, y su impresionante *stock* de munición y material, Francia podía permitirse el lujo de creerse el poder continental dominante, y construir su propia versión –algo anacrónica– de la Santa Alianza de 1815.

Polonia, por su parte, intentó un ambicioso Proyecto Prometeo. El objetivo sería reunir a los hijos escindidos de la Unión Soviética en un frente antisoviético. Según el presidente Pilsudski, las nacionalidades prometeicas (rebeldes) eran muchas; lo malo es que la mayoría de esos territorios (salvo Finlandia y los países bálticos) ya habían sido absorbidos por el manto rojo de Rusia. Un último y vano intento de asegurar el flanco vino con una tentativa de alianza báltica entre polacos, fineses y Estados bálticos. Pero Lituania, con Vilna ocupada a traición, no estaba por la labor, y la Unión Soviética acabó por hacer sentir su peso diplomático en la región para mediados de los veinte, por encima de cualquier alianza internacional.

Y es que los soviéticos comenzaban a debutar con cierto éxito en el cuadrilátero internacional. La Unión Soviética empezó desde 1920 a firmar tratados con sus pequeños vecinos, escindidos del antiguo Imperio ruso gracias al principio de autodeterminación promulgado por el Kremlin: Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, con quien se firmó la paz en 1921 tras una demostración mutua de la fortaleza asesina de ambos Ejércitos; la posible sucesión de Lenin enfrió los ánimos de incluso los rusos más beligerantes. También se firmaron tratados en 1921 con Turquía, Persia y Afganistán, y muchos temieron otra Guerra Fría en sus montañas como la que sostuvieran hacía un siglo el Imperio británico y los zares: una que Rudyard Kipling llamó «el Gran Juego».

A pesar del serio problema para el entendimiento que suponía el hecho de que la Unión Soviética se negara a pagar las deudas de guerra (eso provocó que los franceses y sus aliados sabotearan cualquier intento de pacto), Italia prefirió acercarse de nuevo a los mercados rusos e incluso el Japón anticomunista reconoció a los sóviets en 1925. La capacidad de los británicos para aceptar hechos consumados fue siempre digna de admiración. En 1921, una misión comercial británica firmó en Moscú un intercambio, si no de simpatías, sí al menos de bienes de mercado: a cambio, la Unión Soviética se olvidaba de la Revolución británica. La *Komintern*, por su parte, no prometió nada.

Habiendo limado asperezas, la Unión Soviética fue invitada a la Conferencia Económica de Génova en abril de 1922, junto con la Alemania perdedora. Las negociaciones con Occidente resultaron infructuosas gracias a la postura francesa, pero los cafés y pasillos de Génova le sirvieron a Rusia para concluir una nueva amistad con el otro estado paria: Alemania. Firmaron, entre toses de conspiradores, el Tratado de Rapallo, en el que aparte de cooperar entre ellos, se firmaba en secreto que Alemania utilizaría el suelo ruso para entrenar soldados y ensayar armamento prohibido.

En Gran Bretaña, las relaciones con la Unión Soviética acabaron fluctuando según quién conquistara el poder. Lloyd George cayó con los liberales, por ser demasiado permisivo con los rusos y demasiado intransigente con los turcos. Al llegar los conservadores al número 10 de Downing Street, las relaciones con Moscú se endurecieron, pero cuando los laboristas subieron al poder, reconocieron a la Unión Soviética en 1926.

CRIMEN Y CASTIGO: TRATADOS CONTRA NACIONES PERDEDORAS

Cuando las últimas tropas alemanas, marchando cansadas y con las botas y los cascos cubiertos por el barro de la derrota, desfilaron bajo el majestuoso arco de la Puerta de Brandemburgo, el primer ministro Erbert las saludó al grito de: «Nadie os ha vencido. [...] Habéis protegido el suelo patrio de la invasión enemiga».

No era cierto ni lo uno ni lo otro. La última ofensiva aliada había roto las líneas, y el «suelo patrio» estaba a punto de sufrir no sólo una invasión permanente, sino uno de los castigos más duros soportados por Alemania hasta la fecha. Y es que alcanzar una paz moderada y conciliadora habría sido difícil dadas las circunstancias. La dureza contra Alemania se convirtió en la mejor consigna electoral del momento: Lloyd George, que se revelaría luego como un negociador pragmático y ciertamente flexible, ganó las primeras elecciones celebradas en 1918 prometiendo forzar a los alemanes a pagar hasta el último céntimo de lo destruido en Europa.

A su vez, saltando de un lado a otro del Atlántico, llegó a Europa el presidente americano Wilson, que seguía las ideas de un liberal británico de tiempos pasados –William Gladstone– y clamaba en sus discursos buscar una «victoria sin victoria» basada en sus famosos 14 Puntos. Su objetivo era liquidar el poder de las autocracias europeas, reformar la diplomacia, y destruir las barreras entre las distintas economías, algo que indudablemente beneficiaría a su nación de mercaderes transoceánicos. Sus catorce Puntos eran:

1. Cartas de paz, y diplomacia pública y transparente, no secreta.
2. Libertad de los mares en guerra o paz, salvo por acuerdo internacional.
3. Libertad de comercio entre las naciones en paz.
4. El armamento nacional será reducido a su cantidad mínima, dentro de las necesidades de la seguridad nacional.
5. Reajuste de las cuestiones coloniales teniendo en cuenta los intereses de las poblaciones, así como de los Gobiernos coloniales implicados.
6. Evacuación del territorio ruso y colaboración para permitir su desarrollo político independiente.
7. Bélgica será evacuada y su soberanía restaurada.
8. Francia ha de ser desocupada y Alsacia-Lorena (problema para la paz desde 1871) devuelta al Gobierno francés.
9. Reajuste de las fronteras italianas para incluir nacionales italianos.
10. El pueblo de Austria-Hungría podrá desarrollarse de manera autónoma.
11. Rumanía, Serbia y Montenegro han de ser desocupadas. Serbia ha de tener acceso al mar. Las relaciones entre los Estados balcánicos, su independencia económica y su integridad nacional han de ser estudiadas.
12. La parte turca del Imperio otomano tendrá asegurada su soberanía. Los demás pueblos podrán desarrollarse de manera autónoma. Los Dardanelos permanecerán abiertos bajo garantía internacional.
13. Se creará un Estado polaco independiente, habitado por poblaciones polacas, que tendrá asegurado el acceso al mar y su independencia política y económica, por Carta internacional.
14. Una asociación general de las naciones se formará bajo una Carta específica para proteger las garantías de independencia política e integridad territorial de todos los Estados, pequeños y grandes.

Conviene aclarar que el tan idílico punto referido a la «autodeterminación» fue interpretado al gusto y conveniencia de los vencedores. Hasta Wilson se sorprendió del número de etnias que exigieron este nuevo derecho. Al final, amparando a unas etnias, desprotegieron a otras, que se convirtieron así en las nuevas minorías. La SDN intentó parchear el problema con sus tratados de protección de minorías, pero ¿quién obligaría a cumplirlos?

Todo este tiempo, el nuevo Gobierno alemán suspiraba aliviado con grandes dosis de ingenuidad, pensando que las negociaciones serían menos dañinas tras haberse deshecho del II Reich, con el que Wilson siempre se negó a negociar por considerarlo «un poder arbitrario». Lo cierto es que los aliados ni siquiera consideraban aceptables las condiciones wilsonianas por blandas. Lloyd George, molesto, llegó a preguntar «¿No deberíamos dejar bien claro ante el Gobierno alemán que no estamos de acuerdo con los Catorce Puntos de Wilson, que ellos proponen para la paz?».

Francia e Italia estaban con él, pero el coronel House, consejero y confidente de Wilson, amagó con llegar a una *pax* americana por separado si se despreciaban los Catorce Puntos. Los astutos británicos accedieron, a cambio de un mayor poder en el resto de las negociaciones.

Sobre lo que vino a continuación, se han dado numerosas opiniones encontradas. El economista Keynes, testigo siempre certero, estuvo presente en las Conferencias de Paz de París y dijo que Versalles era «una paz cartaginesa». Otros historiadores lo ven hoy como un tratado de limitación bastante lógico. Otros tratados, firmados con las demás naciones perdedoras, llegaron a ser mucho peores. El propio Wilson, no obstante, reconoció que «la justicia se había mostrado muy severa con Alemania».



Soldados franceses ocupan la orilla occidental del Rin. Las naciones aliadas arrebataron numerosos territorios a la derrotada Alemania. Los nacionalistas alemanes sabrían aprovechar el resentimiento de estas minorías desterradas.

Los desengañados alemanes lo tuvieron claro: cuando Clemenceau dio quince días a los alemanes para que dieran su opinión, estos no dudaron en expresar su decepción e ira. Los británicos se atragantaron, sorprendidos. Al fin y al cabo, no habían sido pocas las concesiones que habían logrado –frente a Francia– para la Alemania rendida.

Los franceses tampoco apreciaron demasiado la sinceridad berlinesa: el mando aliado dio siete días para aceptar las condiciones o el armisticio se anularía el 23 de junio a las siete de la tarde. El mariscal Foch fue autorizado a cortar Alemania en dos con sus fuerzas el mismo instante en que eso ocurriera. Tras varios patéticos intentos de contraoferta, el canciller alemán estalló: «Quien se atreva a firmar este acuerdo, merece que su mano sea cortada». Las declaraciones le costaron el cargo. Berlín accedió con orejas gachas y muela rechinante. Si el entusiasmo por la democracia había recorrido el

país en 1918, ahora los responsables de la república lo serían también de una rendición implacable. Para mayor desprestigio, se les obligaría a derogar cualquier artículo de su Constitución que entrara en conflicto con lo acordado en Versalles. Las izquierdas de Weimar pagaban ahora por los errores pasados de su káiser. Por parte aliada, estas condiciones causaron también opiniones muy encontradas entre sus líderes. Lógico, si lo único que unía a británicos, norteamericanos, franceses e italianos era la posición antialemana mantenida durante la guerra.

Todo tratado de paz es impuesto por el que gana sobre el que pierde, pero lo que distinguió este caso es que los signatarios alemanes no tuvieron poder de respuesta alguno, siendo escoltados dentro de la sala como criminales sólo para asistir al terrible momento de estampar sus firmas en aquel papel. Lo que sigue fue aquello a lo que se vieron obligados a acceder:

Pago de reparaciones: Alemania pagará el coste de ocupar su territorio y esperará a que se dicten los pagos que habrá de efectuar como indemnización de guerra.

Lloyd George, y los Ministerios de Comercio y del Tesoro británicos no deseaban que Alemania pagara mucho: buscaban compensar los daños a la flota, principalmente, y temían que Alemania se vería obligada a exportar mucho para poder pagar, cosa que dañaría a su gran competidor en ese área; Gran Bretaña. Pero la opinión pública forzó a subir la cantidad destinada a Londres de tres a seis millones de libras esterlinas. Francia, por su parte, estaba poco comprensiva: necesitaba pagar numerosas deudas de guerra (Alemania no tenía ninguna) y durante algunos de los primeros años de la posguerra, París gastaba el cincuenta por ciento de su presupuesto solamente en reconstrucción y pensiones de guerra.

Berlín jamás habría contemplado tener que pagar tanto, al menos sin retener a cambio algunas colonias. Lloyd George, preocupado por la probable competición alemana en el sector de las exportaciones, hizo entonces todo lo posible porque los pagos se pudieran realizar en dinero, mano de obra, materias primas o cualquier cosa que fuera factible. El total de reparaciones acabaría alcanzando los 6.600.000.000 de libras esterlinas y Berlín sólo lo aceptaría, en 1921, tras la amenaza francesa de ocupar su militarmente su cuenca industrial, el Ruhr.

Culpa de la guerra: Alemania reconoce ser culpable de la Gran Guerra, pagará por su destrucción y entregará a un tribunal Inter-Aliado una lista de novecientos criminales de guerra, así como al káiser, que será jugado «por suprema ofensa contra la moralidad internacional y la santidad de los tratados».

La «delincuencia moral» de Alemania en forma de guerra submarina, bombardeos aéreos, violación de la neutralidad belga y destrucción de los territorios ocupados fue muy subrayada por la propaganda e hizo que la cláusula de culpabilidad deviniera muy popular en Francia y Gran Bretaña. Finalmente, dado que –por falta de tiempo– no se había podido concretar la cantidad exacta de reparaciones en el tratado, este apéndice moral daba a los aliados poco menos que un cheque en blanco a la hora de exigir retribuciones.

Por su parte, Holanda se negaría a entregar a un refugiado político como era el exkáiser y de ese modo se evitó convertir al monarca destronado en un sacrificado mártir del Reich. En cuanto a la lista de infractores alemanes, el revuelo fue demasiado grande sólo al publicarla como para intentar llevar a cabo el proyecto sin que los alemanes estallaran de nuevo. Entre los nombres se hallaban algunos tan prominentes como podía serlo el del príncipe heredero. Por otra parte, los aliados no habían hecho ningún esfuerzo por perseguir a sus propios criminales de guerra. Este asunto se fue dilatando hasta que en Leipzig se juzgó en 1921 a doce de los «buscados» –con los aliados actuando

de fiscales– y se encarceló a seis de ellos. Como el lector podrá imaginar, la opinión nacionalista alemana enrojeció de la rabia una vez más.

Desarme de Alemania: el Ejército no excederá los cien mil soldados y la Armada se reducirá a seis barcos de batalla. Quedan abolidos el Estado Mayor, la fuerza aérea y el reclutamiento obligatorio. Se destruirá gran parte del material de guerra alemán. Se demolerán todas las fortificaciones en la frontera occidental, dejando toda Renania como zona desmilitarizada y ocupando los aliados de forma temporal la orilla occidental del Rin, quedando esta bajo la autoridad de la Alta Comisión Inter-Aliada para Renania.

Respecto del desarme alemán, cabe decir muchas cosas; ni el Gobierno de Berlín ni sus militares cesaron en todo momento de intentar esquivar sus prohibiciones. El lector podrá leerlo en el capítulo siguiente, «El tiempo de los diplomáticos».

Cambios territoriales: las poblaciones de cada región serán consultadas a la hora de mover fronteras. Alemania pierde Alsacia-Lorena (a Francia), Eupen y Malmédy (a Bélgica), una franja de territorio sur (a Checoslovaquia), Posen y gran parte de Prusia Occidental (a Polonia, quedando aislada Prusia Oriental del resto) y Memel (a Lituania). Alemania renuncia a su unión aduanera con Luxemburgo y a la unificación *(anschluss)* con Austria salvo consenso del Consejo de la SDN. El Sarre será gobernado por la SDN durante quince años, tras lo cual se celebrará un plebiscito. Sus minas serán explotadas mientras tanto por Francia. Danzig pasará a ser una ciudad libre regida por la SDN. Marienwerder, Allenstein y Silesia del Norte celebrarán plebiscitos para decidir a qué país pertenecen.

Clemenceau tenía la idea inicial de crear un «Estado colchón» entre Francia y Alemania, pero la abandonó (para gran disgusto de Foch y su presidente Poincaré) a cambio de una triple promesa angloamericana: auxiliar a Francia si era atacada por Alemania, desmilitarizar en cierta medida las orillas del Rin, y colocar cabezas de puente temporales en la orilla occidental. Este pacto se logró gracias a la oportuna ausencia de Lloyd George de las negociaciones (él se oponía a dar todas estas garantías), acordándose el asunto entre los líderes americano y francés. A la señal de este último, la prensa francesa –hasta entonces una enemiga encarnizada del «blando» presidente americano– dejó de atacar a Wilson.

Lloyd George, por otra parte, no parecía muy convencido con los reajustes territoriales. Se llegó a preguntar «si el Consejo proponía delimitar las fronteras de Alemania basándose en los testimonios de una de las partes en litigio [la polaca], dado que a la otra no se la podía oír». Se trataba, según él, de dar prioridad al establecimiento de las bases de una paz duradera en Europa. Los británicos lograron finalmente matizar el texto logrando que Danzig fuera ciudad libre bajo los auspicios de la SDN (y no polaca, como se pretendía en un principio). También consiguieron que Marienwerder, Allenstein y Silesia se adjudicaran mediante plebiscitos. Las tres votaciones le dieron el triunfo a Alemania, pero en Silesia (40 %-60 % a favor de este país) los resultados provocaron la insurrección del polaco Korfanty y sus paramilitares, y la región tuvo que ser dividida equitativamente, sin dejar por ello a nadie contento.

Francia, capataz: una historia de intrigas a destiempo en 1923

En 1923, las ambiciones, los nervios y en general la política exterior francesa respecto de Alemania

lograron que la frágil y dudosa paz construida en 1919 saltara finalmente por los aires. Las agresiones se produjeron, sorprendentemente, en exclusiva por parte francesa. Los alemanes, todavía guiados bajo la batuta de un Erbert precavido y poco brillante, apenas habían logrado articular una verdadera resistencia a sus castigos cuando las bayonetas de la república decidieron aprovecharse de la debilidad de su antiguo enemigo.

Los pagos de reparaciones por parte de Alemania no estaban yendo precisamente de acuerdo al calendario previsto. En agosto de 1921, Berlín pagó su primera cuota de cincuenta millones de libras esterlinas. A partir de entonces, el progresivo desplome de su moneda (v. cuadro) le hizo protestar por la precaria situación económica en la que se estaba hundiendo. Gran Bretaña, ansiosa por recuperar un potente socio comercial (antes de la guerra, Alemania absorbía hasta el veinticinco por ciento de exportaciones británicas), presionó para una moratoria, pero Poincaré no estaba por la labor. En cambio, el Gobierno francés recordaba la amenaza de 1921 de ocupar el Ruhr y la idea no le disgustaba como solución preventiva.

Hiperinflación en Alemania de Weimar

Año	Valor del marco (en libras esterlinas)
1920 (primera mitad)	1 £ - 20 marcos
1920 (segunda mitad)	1 £ - 250 marcos
1921 noviembre	1 £ - 1.000 marcos
1923 enero	1 £ - 35.000 marcos
1923 noviembre	1 £ - 14 billones de marcos
1923 diciembre	1 £ - 50 billones de marcos



Niños alemanes juegan con fajos de marcos desvalorizados durante la hiperinflación de 1923. Si en 1920 un dólar equivalía a 20 marcos, en 1923 ese mismo dólar llegaría a valer 50 billones de marcos. En Berlín, mientras tanto, un café con bollo costaba 104.000 marcos.

La región del Ruhr suponía el ochenta por ciento de la producción de carbón, hierro y acero; era el corazón latente de la metalurgia alemana. Ocupar el Ruhr daría la seguridad que no dieron los malogrados pactos proyectados con Gran Bretaña y sería la oportunidad para cobrarse los pagos en especie, las llamadas «garantías productivas».

Esa oportunidad llegaría en diciembre de 1922, cuando Alemania no cumplió por poco la cuota de pago en especie: había pagado un número de postes de telégrafo inferior al acordado. La Comisión Aliada la declaró «en incumplimiento voluntario», por encima del voto británico. Esto

permitía tomar las medidas que los Gobiernos aliados consideraran necesarias. Un mes después, los votos francés y belga legitimaron una vez más las intenciones de los políticos parisinos. A pesar de las negativas de Gran Bretaña y Estados Unidos, Francia se había cansado del poco ímpetu de sus aliados a la hora de garantizarle su seguridad, y decidió actuar unilateralmente. Las tropas franco-belgas entraban en el Ruhr en enero de 1923.

El Gobierno alemán reaccionó frontalmente. Las reparaciones cesaron, así como cualquier tipo de cooperación. Se pagó la huelga a los obreros y el parón industrial a los empresarios, en cierto olor de corruptela. Un americano llegaría a comentar con sarcasmo: «Sólo dos personas han sido las únicas capaces de lograr la unidad alemana. Bismarck y Poincaré».

La respuesta francesa fue, cuando menos, brutal. Encarceló con duras condenas a los que protestaron, e impuso multas y confiscaciones de la propiedad igualmente duras. Entre ciento cuarenta mil y ciento cincuenta mil alemanes llegaron a ser deportados. La violencia se cobraría las vidas de veinte soldados aliados y setenta civiles alemanes. Leo Schlageter, ultraderechista, fue ejecutado por sabotaje, actividad en la que participaban frecuentemente los obreros de la región. Los nazis inmediatamente le consagrarían como mártir. Mientras tanto, los escolares afeitaban la cabeza a mujeres sospechosas de «confraternizar» con los ocupantes y la derecha alemana hacía circular octavillas semipornográficas en las que los legionarios africanos de Francia arrastraban por los pelos a vulnerables e inmaculadas mujeres alemanas.

La situación sumió la moneda alemana directamente en una espiral de hiperinflación, mientras el Gobierno se desentendía con la satisfacción de quien se ve incapaz de efectuar un pago forzado. Para el 9 de octubre de 1923, ir al cine, merendar después y tomar el transporte público de vuelta salía, en total, a ciento cuatro millones de marcos. Las fotografías de la época muestran a niños jugando con bloques hechos de billetes y a sus madres encendiendo el fogón con fajos por valor de miles de marcos. Durante las últimas etapas de la hiperinflación, hubo que recurrir a la impresión masiva de billetes para cubrir las necesidades del Tesoro, algo que sólo pudo agravar la situación: treinta fábricas de papel trabajaron a destajo para suministrar material a tiempo, y ciento cincuenta imprentas hicieron humear sus dos mil prensas de impresión en un vano intento por mantener aquella situación.

La ocupación del Ruhr tuvo otros efectos nefastos, esta vez, políticos. Para empezar, lo extraído de la invasión no daba ni para cubrir los costes de esta. Ni los nacionalistas más radicales en la Francia de 1924 podían evitar darse cuenta de que esa solución no había funcionado. Por otra parte, la brecha en la Alta Comisión era ya evidente; todas las decisiones se tomaban contra el voto británico. Estos, a su vez, se negaron a aplicarlas en sus zonas de ocupación si provenían del Ruhr. Para noviembre de 1924, con otros Gobiernos subiendo al poder en Francia, otros proyectos y otra mentalidad impregnando el ambiente general, el triste episodio de la ocupación sería terminado.

El segundo y particular episodio de este salto a la acción correspondió a una absurda intriga palaciega, digna de otros tiempos, y con un sangriento final que recordaba a las tragedias romanas de Shakespeare. Este símil teatral difícilmente evitó que el Gobierno británico arrugara la nariz con disgusto. Ellos, al fin y al cabo, habían sido siempre unos maestros de la manipulación diplomática, y lo que París intentaba era poco más que una chapuza atroz.

Si recordamos, Francia había fracasado en su intento por arrebatar Renania a Alemania, creando un Estado separado que haría las veces del tan ansiado colchón antialemán. Tras este revés, su siguiente proyecto fue el de importar o buscar separatistas en la región, una tierra perteneciente a

Prusia desde hacía un siglo y sin movimientos secesionistas importantes. Hecho esto, les pagó y apoyó para que dieran un golpe de fuerza que ella sostendría entre bambalinas.

A modo de un *pütsch* como los descritos en las ficticias repúblicas romanas del teatro isabelino, el otoño de 1923 vio cómo los separatistas proclamaban el Gobierno independiente. El ladino representante francés en la Alta Comisión se apresuró a reconocerlo: en enero del año siguiente, sería la Alta Comisión en sí la que legitimaría el golpe, al votar los representantes francés y belga contra su sufrido homólogo británico.

Durante unos meses escasos, la nueva república renana aguantó, liderada por un bigotudo de aires decimonónicos, Franz Josef Heinz, o por el editor de periódicos separatistas Josef Friedrich Matthes, embutido en un traje de tweed con boina y pajarita. Pero los británicos ya habían tenido suficiente. Presionaron al Gobierno francés como sólo ellos sabían, y este no tuvo más remedio que dejar caer los hilos de sus tristes marionetas.



Un soldado francés se encara con un civil alemán durante la ocupación del Ruhr en 1923. París decidió invadir la cuenca para cobrarse deudas de guerra, pero la maniobra resultó demasiado costosa y provocó sangrientos incidentes con la población local.

El movimiento de gobierno independiente se colapsó de inmediato. Heinz se encontraba en el comedor del hotel Wittelsbacher Hof cuando una tropa de nacionalistas alemanes entró súbitamente

y abrió fuego. El tiroteo dejó el *hall* sembrado de cadáveres, entre ellos el del malogrado político. Mientras tanto, las turbas nacionalistas atrapaban a un puñado de separatistas en un edificio. Antes de que los aliados pudieran intervenir, habían pegado fuego al inmueble y los habían linchado cuando intentaban huir: eran la pulpa sanguinolenta de un plan francés, tan desastroso como irresponsable, para saltarse las reglas que ellos mismos pactaron en Versalles.

Después de febrero de 1924, nada más se volvió a saber del separatismo renano. Entre ambos episodios, el del apoyo a los subversivos y el de la invasión directa del Ruhr, Francia quemó gran parte de su capital político como guardiana del orden de Versalles. Sus acciones desataron a los extremistas alemanes y hundieron aún más a las clases medias de este país, que se vieron estancadas a la altura de los obreros (a los que despreciaban) y que odiaron a los judíos y extranjeros (a los que creían beneficiarios de la situación). Las filas del partido nazi se alimentarían de este resentimiento con el tiempo.

Los asesinatos políticos volvieron con fuerza a las calles de Alemania y los militantes de uno y otro bando comenzaron a desaparecer de la noche a la mañana. Por todos lados tronaban los redentores de la patria, los misioneros, los folcloristas… Y con la devaluación, apareció un nuevo tipo de ciudadano: el joven que se lanzaba a la compra de acciones, especulaba, mantenía a sus padres y se daba al amor y la fiesta: 1923 fue el año del caos.

El fracaso francés había sido rotundo. La indignación anglo-americana no podía ser más evidente. Sus propias finanzas maltrechas liquidarían al Gobierno de Poincaré en las elecciones de 1924. Ascendía el radical Herriot a lomos de su cartel de las izquierdas. Junto con el moderado Stresemann, que acaba de tomar el poder en Alemania de manos de un exhausto y desacreditado Gobierno socialista, ambos se enfrentaban –ahora o nunca– a poner remedio a los males de una paz que amenazaba con prolongar la guerra entre las dos naciones hasta el final de los tiempos. Si lo lograron o no, es ya algo que veremos en el capítulo siguiente.

7

El tiempo de los diplomáticos (1924-1929)

¡Es la economía, estúpido!

Eslogan de Bill Clinton (1992)

Era pleno verano, agosto de 1923, y el general Tellini junto con tres de sus hombres se hallaba recorriendo en coche la frontera entre Grecia y Albania. La Sociedad de Naciones le había hecho presidente de una comisión aliada que estudiaba los posibles problemas fronterizos entre las dos naciones, y que aconsejaría cómo trazar la línea de separación. Al llegar el equipo cerca de la ciudad griega de Yanina, un árbol caído bloqueaba su camino. Fue detener el vehículo, y una lluvia de disparos se abatió sobre ellos.

Cuando la noticia del asesinato de Tellini y sus hombres llegó a oídos de Roma, la furia de Mussolini –y su aguda visión política– no tuvo límites. Si bien lo más probable era que los autores del atentado fuesen bandidos albanos, la prensa italiana y la propia Albania cargaban contra el país vecino: Mussolini debió de ver en ello una excelente oportunidad para dejar clara su esfera de influencia mediterránea. Cuando Grecia rechazó su exigencia de disculpas e indemnización, la flota italiana descargó una lluvia de obuses sobre Corfú y la ocupó; el bombardeó mató a dieciséis personas, alcanzando un orfanato y un campo de refugiados. Las grandes potencias acabarían obligando al *Duce* a retirarse, pero sus intrigas ante la Conferencia de Embajadores lograron cambiar los dictados de la SDN a su favor, e Italia percibió unos cincuenta millones de liras como irónica compensación.

Los eventos que siguieron a la muerte de Tellini dieron la impresión de que la Sociedad de Naciones era poco más que un testigo inoperante (y en ocasiones, injusto) cuando el aludido resultaba ser una importante potencia regional. Pero, al mismo tiempo, Corfú fue el final de una mala racha para la SDN –aunque para Italia supusiera el inicio de un largo *crescendo*–, pues a partir de comienzos del año siguiente, el sistema internacional liberal lograría acometer con fuerza sus peores problemas, aquellos que amenazaban con convertirse en los conflictos estrella de la década: los pagos de reparaciones alemanas y las intrincadas redes de la deuda, comprada durante la guerra, que tanto ataban a los Gobiernos aliados.

Este período supuso, desde luego, un impulso para la paz mucho más sólido que el que se dio en los años inmediatamente posteriores a la guerra, tan cargados de tratados ultrajantes, guerras de paramilitares y pobreza extrema. Entre 1924 y 1929 fue muy diferente. Si la obra estuvo bien dirigida –y desde luego fue así–, sería injusto no aplaudir a quienes, entre las bambalinas de luz pública y la madera de nogal de los arduos comités ginebrinos, la hicieron posible. Los héroes de esta

época lograron un objetivo más ambicioso y eficaz que aquel de los héroes de la anterior; Wilson y Lloyd George. En esta ocasión, brillaron el socialista británico MacDonald (que tomó el poder brevemente antes de que un complot del MI6 acabara con su coalición de gobierno), y el ministro de Exteriores del siguiente Gabinete: Austen Chamberlain, hijo conservador de un político liberal, y portador de un sempiterno monóculo con levita.

Finalmente, no se puede evitar hacer mención de todos los que participaron de los acuerdos que serían reconocidos como uno de los méritos más clamorosos de la década. Gustav Stresemann, que recondujo la actitud alemana (sin por ello replantearse sus objetivos expansivos en materia internacional). También los secretarios de Exteriores de Estados Unidos Hughes y Kellogg, que escogieron coordinarse con Europa (se trataba, desgraciadamente, de una excepción en la política exterior de Estados Unidos). Y, finalmente, el presidente norteamericano Herbert Hoover, hombre republicano y pacato, que también deseó revigorizar y racionalizar la diplomacia. Llegó demasiado tarde, en 1929. Poco importó que coincidiera con el entusiasta MacDonald (que había vuelto al poder); porque su patética gestión de la crisis financiera en Estados Unidos le convirtió inmediatamente en parte del problema internacional (en este caso, el económico).

Pero lo cierto es que la *Pax Europea* aún quedaba lejos en 1923, y Occidente se enfrentaba a un desafío belicoso perpetrado por uno de los principales socios del club. Francia, adicta siempre a una recuperación económica de riesgo, había ocupado con sus tropas el Ruhr, y las bayonetas legionarias desfilaban por las calles tiznadas de humo de la cuenca industrial. En Berlín, un café con bollo costaba ciento cuatro mil marcos. La paz yacía hecha añicos y era hora de reaccionar.



Tropas francesas de ocupación en Essen, 1923. Desgastada por la hiperinflación, Alemania accedió a reformar su economía y pagar sus deudas, a cambio de que los franceses se retiraran. París se alegró de acabar con una ocupación onerosa e impopular.

El dinero hace amigos: el Plan Dawes

Los aliados tenían, al menos, un ejemplo al que aferrarse en su desastrado mundo de posguerra. Se trataba de Austria, cuyas continuas votaciones extraoficiales a favor de la anexión a Alemania le habían granjeado los «cariños preventivos» de las naciones que ganaron la Gran Guerra. Cuando el hambre asolaba Viena, la Comisión de Reparaciones se había convertido prácticamente en agencia humanitaria y, de 1919 a 1921, la antigua y emplumada nación que escuchara los valses de Strauss se convirtió en una república famélica que llegó a recibir de Gran Bretaña, Francia, Italia y Checoslovaquia un total de veinticinco millones de libras en bonos de socorro.

Mientras las ayudas aliadas le apartaban de sus oscuras tentaciones pangermánicas y tapaban las goteras de su terrible situación financiera, los problemas de Austria pasaron a ser una patata caliente en manos de la Comisión Financiera de la SDN. Fue allí, tras el intenso trabajo colegiado de políticos y financieros, donde se cocinó el primer y más exitoso experimento de recuperación económica que engendraría la Sociedad de Naciones. Uno que marcaría la pauta a seguir y, por cierto, derivaría en

un sinfín de excesos que se pagarían caros en menos de un lustro.

El primer paso fue ofrecer al inversor internacional un jugoso préstamo destinado a Austria. La cantidad serían treinta millones de libras. La garantía, los principales Gobiernos de la SDN, amén de algunos Gobiernos neutrales.



El oro americano llega a Alemania a finales de 1924, destinado al Reichsbank. Independizar a esta institución del Gobierno y cambiar la moneda nacional habían sido dos de las condiciones impuestas por el Comité Dawes para arreglar la maltrecha economía alemana.

Años más tarde, en 1924, el éxito austriaco se presentó como un brillante ejemplo a seguir. Los franceses, ahora bajo un nuevo Gobierno de izquierda, estaban agotados por una ocupación militar que costaba dinero y presiones internacionales. Por su parte, las urnas británicas habían elegido a Ramsay MacDonald, que capitaneaba con firme intención el primer Gobierno laborista de su historia. En Alemania, para completar el triángulo de cambios, había caído el ya inútil Gobierno socialdemócrata y ahora gobernaba el burócrata Stresemann, perteneciente al partido de centro-derecha republicana DVP. Para facilitar la situación, este político con fama de honrado y eficaz, que acostumbraba a darse paseos sin escolta, era al tiempo canciller y ministro de Exteriores.

Así, el llamado Comité Dawes, compuesto por representantes británico, francés, belga, italiano y el banquero americano Dawes como presidente, se puso manos a la obra en enero de 1924. Entre otras cosas, se trataba de redirigir la política económica alemana. El comité aplaudió la creación –por parte del Gobierno Stresemann– del *Rentenmark*, una nueva moneda (la anterior se había devaluado hasta la irrelevancia), aunque pronto la sustituyeron por el más sólido *Reichsmark*. La anarquía y la

hiperinflación, recordaba un periodista alemán, desaparecieron mágicamente, y los alemanes sustituyeron, en un par de años, la afición al asesinato político por la pasión por el deporte.

Hecho esto, Alemania podía volver a pagar reparaciones de manera progresiva. Primero cincuenta millones de libras anuales, hasta llegar a los ciento veinticinco millones por año. No era casual que un banquero americano liderara todo este proceso: se había logrado desengrasar la máquina alemana de hacer dinero, un dinero que ahora fluiría por los mercados internacionales, sin que el asunto siguiera sujeto a la política exterior franco-alemana.

Dos condiciones, eso sí, fueron impuestas para poder hacer posible este milagro económico. Los alemanes insistieron en que las tropas francesas debían sacar sus rudas botas militares del Ruhr para siempre, a no ser que se diera el caso de un impago deliberado a gran escala. París supo ver la oportunidad; en noviembre, las bayonetas de la Legión desfilaban de vuelta a Francia.

La segunda condición fue precisamente aquello que se ensayó con tanto éxito en la Austria de 1921. Se coordinó un gran préstamo (por valor de cuarenta millones de libras) para apoyar el Reichsmark, que logró despertar un fuerte apoyo internacional. Hay que tener en cuenta que más del cincuenta por ciento de este fue abonado por banqueros estadounidenses y más del veinticinco por ciento desde Gran Bretaña, aunque Francia, Bélgica, Italia, Suiza y Suecia también lo secundaron de un modo u otro.

Los logros de este Plan Dawes no fueron siempre positivos. Para empezar, nadie se atrevió a bajar el total de la deuda de Alemania, lo que desincentivó su crecimiento económico (este habría sido beneficioso para su estabilidad política y para el comercio internacional). Lógico, pues no interesaba aumentar el producto interior bruto alemán si el resultado iba a ser trasladarlo directamente a los bolsillos sin fondo de la tesorería francesa.

La segunda consecuencia negativa fue la avalancha especulativa que desató este primer préstamo. Dio comienzo una verdadera cultura del préstamo –no tan diferente a la que entrampa hoy en día a diversas naciones mediterráneas– en la que toda ciudad o empresa alemana de cierta categoría se lanzó a pedir créditos norteamericanos (a veces británicos), haciendo inflarse en Alemania una burbuja de prosperidad que dependería de algo tan poco fiable como podían serlo las fluctuaciones de Wall Street.

El año 1929 se encargaría de proporcionar la dura moraleja que acompaña a toda fábula.

SE INSTITUYE LA DEPENDENCIA: DEUDAS ENTRE NACIONES ALIADAS

La Gran Guerra trajo consigo una gran deuda: para cubrir los costes de cuatro años de conflicto mundial, los países aliados tuvieron que prestarse dinero entre sí y confiar, primero, en ganar el conflicto y, segundo, en poder cobrarlo después. Los gráficos son claros: Estados Unidos aparece como el principal acreedor del Continente, siendo exclusivamente acreedor. Por el contrario, Gran Bretaña había prestado y tomado prestado (de Estados Unidos) al mismo tiempo que dejaba dinero a otros (como Italia). El resto de países, en general, simplemente habían pedido a crédito.

Al acabarse la gran matanza europea, el fantasma de la deuda rondó las cabezas de los ministros del Tesoro y no pocas cancillerías. Fue precisamente la excusa –o directamente la razón– para que los aliados enviaran una variada e inefectiva tropa a combatir a los bolcheviques rusos. También fue una de las razones de la cabezonería francesa en todo lo concerniente a las «obligaciones» de pago de

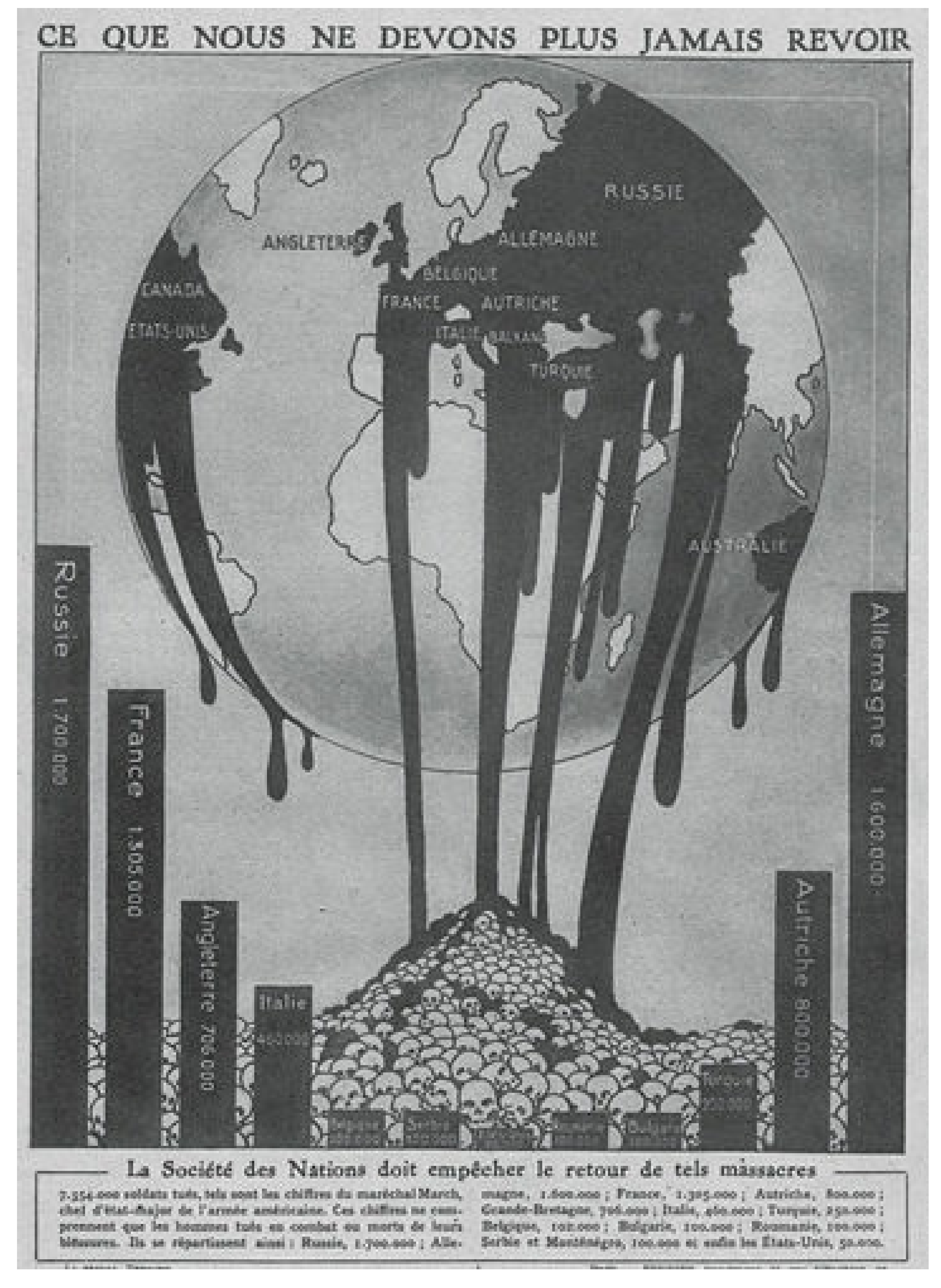
Alemania; París tenía sus propias deudas que pagar.

Fue en 1922 cuando los Estados Unidos (gobernados desde 1921 por un republicano fuertemente proteccionista que se negó a utilizar el superávit del país para condonar deudas) se decidieron finalmente a dar un toque de atención a sus calmados deudores. Ante sus presiones, Francia se encogió de hombros, y alegó que no pagaría hasta que no recibiera ese dinero de Alemania; nación que no había sido deudora de nadie.

Gran Bretaña intentó jugar la carta de la astucia una vez más. Por su parte, habría preferido cancelar todas las deudas, propias y norteamericanas, pero esa era una postura excesivamente conveniente que las barras y estrellas al otro lado del Atlántico difícilmente querrían aceptar. De esa manera, en agosto de 1922, el venerable secretario británico de Exteriores, lord Balfour, tuvo el honor de redactar la segunda de las escandalosas notas que llevarían su firma en menos de cinco años (siendo la primera la que prometía a los judíos la cesión de una Palestina que también había sido prometida a los árabes). En ella, informaba a sus aliados europeos que Gran Bretaña tendría la cortesía de cobrarles únicamente lo que Estados Unidos le intentara cobrar a ella. Tal maniobra hizo enrojecer de ira los mofletes de banqueros y políticos norteamericanos, y la estrategia fracasó inmediatamente.

Así las cosas, el Tesoro británico tuvo que «rascarse el bolsillo»: para diciembre del mismo año, habían acordado pagar toda la deuda más los intereses. Se produjeron al mismo tiempo importantes quitas de deuda –decididamente, algo más que calderilla– como la de Estados Unidos, que rebajó la cuantía a Londres en un treinta por ciento. Pero Gran Bretaña se la rebajó a su vez en un ochenta por ciento a Italia, y en más de un sesenta por ciento a según qué aliados, lo que quiere decir que todo el dinero que cobró de ellos fue a parar automáticamente a la tesorería norteamericana.

Quizás lo más curioso de este ajuste de cuentas es que las naciones involucradas pudieron pagar a Gran Bretaña gracias a más préstamos y créditos norteamericanos. Estados Unidos acabó siendo así el banquero de Europa, y fue la misma SDN la que le facilitó los trámites: entre los años 1924 y 1928, la Sociedad de Naciones contribuyó a organizar préstamos (fundamentalmente norteamericanos, con alguno británico) a Grecia, Estonia, Bulgaria y a la Ciudad Libre de Danzig. De esta manera, las naciones aliadas pagaron lo debido a Estados Unidos o al Imperio británico. Se incentivaba la deuda, al tiempo que se demostraba el principio que la justificaba: que pudiera ser pagada.



Cartel pacifista de la Sociedad de Naciones. Los horrores de la Gran Guerra propiciaron el debate sobre el desarme. Para Alemania, fue obligatorio, aunque puso todas las trabas que pudo. Las conferencias europeas, mientras tanto, se desinflaron casi sin excepción.

¿Desarmarse por la paz o rearmarse por la paz?: el gran dilema

El lector recordará que la Alemania derrotada fue forzada a desarmarse de manera inaudita (aunque no ilógica), ya desde el primer momento del armisticio. Pero la reacción de Berlín a esta imposición fue de resistencia pasiva, y poco a poco el Gobierno de Weimar comenzó a esquivar todas las obligaciones armamentísticas que pudo.

El propio general Von Seeckt, el brillante militar prusiano encargado del desarme, comenzó a dar contraórdenes a los altos mandos para sabotearlo ya desde 1920. Ese mismo año, cuando quedó claro que los ganadores no serían flexibles en ese ámbito, Von Seeckt emuló a los prusianos que sufrieron la prohibición napoleónica en 1806 y comenzó un proceso alternativo de reclutamiento.

Se trataría de voluntarios, que servirían doce años de servicio tal y como estipulaba el artículo 174 del Tratado de Versalles, formando un Ejército Negro al que se sumarían varios grupos paramilitares (los Arbeitskommandos, por ejemplo), violando en este caso el artículo 177. A ello se sumó una también ilegal militarización de la policía.

Por otra parte, cualquier fisura del tratado se explotó hábilmente. El tratado reducía los oficiales a cuatro mil pero nunca dictó nada sobre suboficiales, así que estos se expandieron desproporcionadamente, a fin de crear así la necesaria élite militar. Se formó también un Estado Mayor en la sombra (prohibido por el art. 160) y se planearon tanto la reconstrucción de la fuerza aérea (en violación del art. 198) como una posible movilización general (violación del art. 178). Los soldados aprendían maniobras con cañones de cartón piedra o tanques de juguete. Von Seeckt aclaró –de manera poco tranquilizadora– que «guerrero no es aquel que imita la guerra, sino el que la prepara».

La Comisión Aliada de Desarme vivió un verdadero calvario. Ningún alemán quiso colaborar con una labor que se le suponía de castigo. Incluso cuando la Comisión se retiró con optimismo, en 1927, dejó caer las siguientes palabras: «Hemos tenido que enfrentarnos, en el Gobierno alemán, con un adversario diligente e informado frente al cual no se tenían medios coercitivos».

Von Seeckt aplicó una vez más su inteligencia, y prefirió no acumular armamento anticuado (cosa que también se hizo; en depósitos cuidadosamente alejados de la ruta de los inspectores aliados). Prefirió, en cambio, pactar con el canciller Wirth y el magnate de armamentos Krupp para –según lo firmado el 25 de enero de 1922– «eludir conjuntamente [...] las prohibiciones del Tratado de Versalles». Tres años después, Krupp ya controlaba las fábricas de armas de Bofors en Suecia, y proyectaba cañones y tanques pesados.

Aunque jamás se intentaría ya recuperar la flota del káiser, se construyeron submarinos, entrenando a sus tripulaciones en España, Holanda y Finlandia. Incluso antes del pacto germano-soviético de Rapallo en 1922, ya se habían comenzado a fabricar tanques, gases y bombarderos en territorio de la Unión Soviética. Wirth y Von Seeckt siempre pensaron apoyarse en Rusia contra la Polonia arrogante y expansionista. Pero no sólo ellos; cuando el moderado Stresemann subió al poder, él también mantuvo esa alianza. Confiaba en recuperar los territorios arrebatados en Versalles.

A pesar de todo esto, para 1924 el desarme alemán había logrado entrar en los libros de historia como el más duro (y completo) de todo el período contemporáneo. El siguiente objetivo era ahora lograr un desarme comunitario, para hacer de la guerra un instrumento político demasiado difícil, inmoral y caro como para querer llevarse a la práctica. La SDN llevaba ya proponiendo el desarme desde 1921. Pero Francia exigía primero seguridad para ella y sus aliados, y los británicos,

considerando irritantes las exigencias de este vencedor humillado, se habían desentendido desde 1922.

En 1923, se volvió, de nuevo, a intentar desarmar Europa. Francia necesitaba que Londres le sujetara los brazos al paciente europeo (es decir, le diera garantías antialemanas) mientras la SDN le inoculaba a este la medicina experimental del desarme. Pero el Imperio británico, Holanda y Escandinavia ni siquiera aceptaron el borrador de tratado. Para Francia, el rechazo británico constituía ya una segunda traición; prueba, quizá, de que todavía no habían entendido su posición de fuerza real en Europa, o las prioridades británicas. Londres podía permitirse actuar como hacía un siglo y ejercer de árbitro y comerciante del continente. Francia, sin embargo, no podía ya jugar a Napoleón.

En cuanto al novedoso Protocolo de Ginebra (1925), regulaba las atrocidades de la guerra y cerraba alguno de los huecos originarios de la Carta de la SDN. Pero los dominios británicos no lograron ponerse de acuerdo y, si ya en Gran Bretaña la idea de imponer sanciones o arbitrajes externos no estaba muy bien vista, con la caída del Gabinete Baldwin y de Austen Chamberlain como ministro de Exteriores, el protocolo se quedó sin la firma de Londres. Decididamente, Francia no estaba contenta con su socio en esta aventura entre cancillerías.

La gran boda europea y el entierro del espíritu de 1919: Locarno

En 1923, el Gobierno alemán ya había ofrecido a París, Londres (y Bélgica) entrar en un pacto de no agresión garantizado por Estados Unidos. Pero estando a punto de invadir el Ruhr, Francia lo despreció con un seco ademán. Dos años más tarde, en 1925, la propuesta alemana se mantenía en vigor, y la postura francesa había ido corrigiendo el tiro. Gran Bretaña –contra la opinión de sus *dominions*, que dejaron claro que no la auxiliarían si se desatara la guerra– se mostraba esta vez dispuesta a garantizar las fronteras de Francia contra Alemania (y quizá las de Alemania contra Francia). La ausencia de Estados Unidos ya no importaba: Estados Unidos ya no contaba en los asuntos internos de Europa más allá de lo económico. Italia, por su parte, se sumaba como garante.

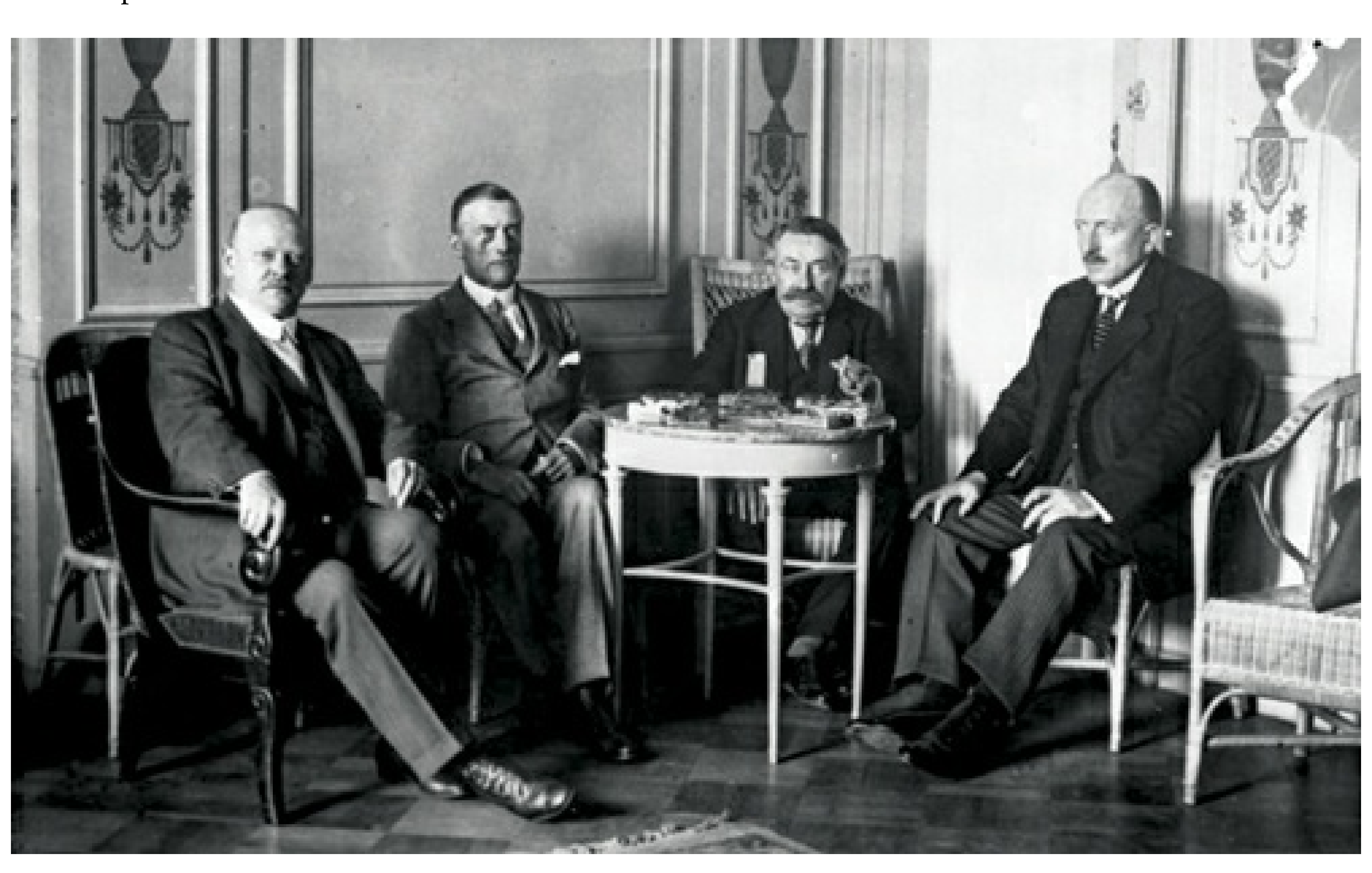
Los Acuerdos de Locarno buscaron que Alemania garantizara a los directores de Versalles su intención de respetar sus fronteras occidentales (no sólo la francesa; también la belga, de atroz memoria). Pero incluso este simple pacto ofrecería sus problemas.

El primero, porque Berlín nunca se comprometió del todo a aceptar sus fronteras orientales, o al menos no tanto como las occidentales. Locarno sugirió lo que Gran Bretaña ya había dejado claro: que las potencias occidentales no garantizarían las fronteras marcadas por Versalles en lugares demasiado lejanos de sus respectivas patrias. Francia quiso amartillar el seguro de este nuevo proceso de paz firmando tratados de garantías por separado con Polonia y Checoslovaquia. En total, Alemania firmó tratados, respectivamente, con Francia, Bélgica, Checoslovaquia y Polonia. La armadura diplomática europea, a un lado y al otro de la frontera alemana, quedaba así lista.

El segundo problema fue el de la travesura diplomática alemana. Como Estados parias que eran, Alemania mantenía una amistad con la Unión Soviética desde la firma, en 1922, del Tratado de Rapallo. Los demás Estados fruncían el ceño ante esto. Al firmarse la paz eterna entre burgueses de Locarno, Berlín temió que estas potencias pudieran requerir su ayuda para aplastar militarmente a la Unión Soviética basándose en el famoso artículo 16. Pero la Carta de la SDN especificaba que cada

nación habría de aportar ayuda militar «según sus recursos»: eso significaba que Alemania, como Estado supuestamente desmilitarizado, no podría luchar. Ironías de la historia, su amistad con los soviéticos de Lenin le permitía recuperar músculo militar, mientras que para evitar cualquier conflicto con su nuevo amigo, se amparaba en el desarme para no cooperar. De este modo, Berlín pudo renovar el Tratado de Rapallo en 1926. En él, volvió a dejar bien clara la neutralidad mutua en caso de conflicto.

Pero cuando todas las reticencias fueron vencidas o negociadas entre pasillos, comisiones, despachos y cafeterías, sonaron las campanas de boda de los años veinte. El 1 de diciembre de 1925 se firmarían los acuerdos. Con ellos llegó el «espíritu de Locarno», que Austen Chamberlain (y no pocos historiadores) presentarían como «la verdadera línea divisoria entre los años de guerra y los años de paz».



De izquierda a derecha, Stresemann (Alemania), Chamberlain (Gran Bretaña) y Briand (Francia), en 1926. Estos políticos supieron aprovechar su buena relación personal para cerrar los Acuerdos de Locarno y asegurar la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones.

Si los acuerdos financieros de 1924 habían dejado claro que la economía era más importante que el rencor, Locarno construyó el marco político que los asegurara. Alemania se alejaba de invadir territorios al paso de la oca, y Francia de ser el dogo guardián del Tratado de Versalles. Si Locarno fracasó, cuatro años después, no fue por la enemistad franco-alemana ni por la amenaza bolchevique (que, después de 1923, era puro humo). Lo que lo acabó hundiendo fue su propia debilidad y la falta de iniciativas similares en los años que siguieron. Para cuando se quisieron coser los rotos, el calendario marcaba 1929. Y para entonces, ya era tarde.

La Sociedad de Naciones: sus problemas, sus soluciones

El impulso internacionalista del izquierdista francés Herriot y el socialista MacDonald surtió efecto. Cuando ambos aparecieron por primera vez en la Asamblea de la SDN (1924), el hecho de que un ministro de Exteriores atendiera este tipo de actos constituía un acontecimiento más bien raro. Para 1929, sin embargo, casi no había ministro de Exteriores que se perdiera una asamblea. La Sociedad de Naciones se había vuelto popular, y esto se apresuraron a demostrarlo las nuevas adhesiones (o intentos de adhesión).

En el otoño septembrino de 1926, Alemania entró triunfalmente en la SDN, ocupando, nada menos, uno de los asientos permanentes del Consejo. La patriótica revista británica *Punch* la dibujó como una niña mala redimida. La SDN ya no era sólo un club de vencedores.

Mientras tanto, la presión de las pequeñas potencias forzó a elevar el número de asientos no permanentes de cuatro, en 1919, a seis para 1922 (en 1936, llegarían a los once). Todo ese tiempo, España, Brasil y Polonia husmeaban como lobos hambrientos la posibilidad de ocupar uno de esos sillones, oportunidad que vieron al alcance de la mano cuando se invitó a Berlín a unirse al club. Por otra parte, la propia Alemania se oponía lógicamente a la inclusión de Polonia (sería, al fin y al cabo, un voto profrancés), pero Francia acabó apoyando a Varsovia, particularmente después de que Londres decidiera apoyar, por su cuenta y riesgo, la candidatura española.

Este embrollo se solucionó aumentando el número de asientos no permanentes en el Consejo de seis a nueve, en 1926, y haciéndolos reelegibles por las dos terceras partes del voto de la asamblea. Polonia confiaba en lograr estos porcentajes de apoyo, y aceptó. Los otros dos competidores, menos seguros de sí mismos, prefirieron abandonar la SDN con un mohín de orgullo herido. Era mejor desertar que causar escándalo votando en contra de la histórica inclusión de Alemania en la liga.

La SDN se encontró entonces en su punto más fuerte. Sólo Turquía, Estados Unidos, Brasil, Argentina y la URSS se resistían a unirse (España volvió rápidamente tras la pataleta, en 1928). Pero incluso los ausentes Estados Unidos y Brasil formaban parte de la Organización Internacional del Trabajo (ILO), que organizaba reuniones anuales para tratar cuestiones laborales. La existencia de un Tribunal Permanente de Justicia Internacional mostraba asimismo hasta qué punto llegarían los horizontes idealistas del proyecto liberal. Así como sus límites: Estados Unidos, por ejemplo, jamás se dignaría aceptar la jurisdicción del tribunal.



Funeral de Lenin en 1924. Con el líder bolchevique, también fue enterrada su política exterior. A pesar de la retórica comunista, Rusia dejaría de perseguir la revolución mundial y se centraría muy pronto en volver a proteger sus propias fronteras.

La Unión Soviética, mientras tanto, veía como mejoraban, tras la muerte de Lenin y su sustitución por Stalin, las relaciones con Francia e Italia. Su política exterior desechaba finalmente la revolución universal y se decantaba en cambio por el ya tradicional estado de paranoia ruso (la protección de las fronteras a toda costa). Sin embargo, hasta ella cooperaba, desde 1927, con las agencias humanitarias de la SDN. Los británicos, en cambio, se dejaron escandalizar en 1924 por la Carta de Zinoviev: una turbia fabricación del MI6 que falsificaba instrucciones soviéticas dirigidas al socialismo británico[1]. Esto forzaba al Partido Liberal a retirar su apoyo parlamentario al laborismo gobernante, dejándolo caer. Dos años después, los británicos se indignaron también por el apoyo soviético a la huelga general. En 1927, la policía echó abajo la puerta de la organización soviética de comercio y encontró documentos que demostraban intrigas contra el imperio. Ese año se rompieron tanto las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética como el tratado de comercio firmado con los liberales en 1921.

Las aguas del período 1924-1929 se agitaron aunque no hubiera tormenta, y la joven SDN atendió una gran variedad de casos. En general, tuvo éxito, aunque ya comenzaba a entreverse una cierta desigualdad. Si Italia bombardeaba Corfú, no ocurría nada. Sin embargo, cuando unos bandidos macedonios acribillaron a tiros a dos militares griegos en una garita de la frontera con Bulgaria, y los griegos enviaron un pequeño contingente de castigo a cruzarla, la SDN no tuvo problema en cobrarle reparaciones a Grecia. Sólo se mediaba si se trataba de dos Estados débiles. Si se trataba de uno fuerte y otro débil, entonces la SDN facilitaba, más bien, una salida honrosa que no acabara en una masacre por honor. Se arbitraba –pero no se interfería– entre las distintas potencias.



Reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones. A pesar de sus obvias limitaciones, la SDN devino muy popular como forma de fluidificar las relaciones internacionales, y la labor de sus agencias humanitarias alcanzó grandes éxitos.

Por lo demás, ¿tuvo la SDN sus lagunas? Las tuvo, y fueron muchas. En 1926, Nicaragua pidió mediación contra las intrigas mexicanas: Estados Unidos despachó barcos a la zona y la SDN se lavó las manos. En el sangrante caso chino, los privilegios de las potencias sobre este maltrecho país no se debatirían jamás en la SDN; y en el caso egipcio (a pesar de ser una nación teóricamente independiente para 1922), sus cuitas con Gran Bretaña solamente podían solucionarse por mediación bilateral; sin que Ginebra interviniera en el proceso.

Fue quizás en el caso de la Comisión de Mandatos donde la SDN demostró que apenas constituía un barniz inefectivo: se limitaba a lanzar recomendaciones bienintencionadas que no evitaron que Gran Bretaña y Francia aplastaran militarmente sus respectivas revueltas en Irak y Siria. La Comisión de Minorías tampoco actuó con mayor energía, algo peligroso en un continente lleno a rebosar de etnias maltratadas. Un fallo que Hitler explotaría hábilmente cuando se presentara a sí

mismo como un Moisés con pistola; los alemanes expatriados aclamarían con fe digna del Antiguo Testamento a su nuevo salvador pangermánico.

UN MUNDO FELIZ: EL ÚLTIMO ESPEJISMO DE LOS AÑOS VEINTE

Importante para los estadistas del momento, y popular para los europeos, fue también el pacto Briand-Kellogg para renunciar a la guerra como instrumento político. Basado en un precedente que lograron aprobar los polacos en la SDN en 1927, el primer ministro francés Briand se lo propuso a Estados Unidos con la intención de convertirse en su aliado político en el continente (la perspectiva de guerra Estados Unidos-Francia era más bien remota). Quizás fue por eso por lo que Estados Unidos prefirió ampliarlo a todo el que lo deseara: nada menos que sesenta y cinco países (entre ellos Alemania, Italia, Japón y la Unión Soviética) en un pacto por primera vez «universal». El pacto se aprobó justo cuando los franceses completaban la construcción de sus formidables fortificaciones en la Línea Maginot. Y aprovechando que no se renunciaba a la guerra de autodefensa, Washington logró «colar» su dominio sobre Sudamérica (Doctrina Monroe) y Gran Bretaña el suyo sobre las colonias. Por lo demás, el pacto no tenía mecanismos para forzar el cumplimiento de esta paz mundial. En once años, todos los firmantes habrían roto su promesa.

No adelantemos acontecimientos. En 1926, los ministros de Exteriores Chamberlain, Briand y Stresemann discutían felizmente, cerca de Ginebra, sobre la conveniencia de retirar las tropas francesas a cambio de un «chute» definitivo de reparaciones. Entonces era aún demasiado pronto, pero ya entre 1926 y 1928 se decidió acelerar el proceso: la ocupación era impopular en Alemania, Gran Bretaña y hasta en Francia (se veía como un gasto oneroso), país que, no obstante, trató a cambio de acelerar el tema de las reparaciones, que por el momento fluían sin problema.

Claramente, la ayuda a la siempre enfermiza economía francesa era su principal moneda de cambio frente al hecho de tener que hacer concesiones políticas a Alemania. Se instauró así otro comité con una intención similar a la del Comité Dawes de 1924. De sus cuatro representantes, dos eran americanos (de nuevo, uno de ellos era un empresario, Owen D. Young, que daría nombre a la comisión), aunque el Gobierno americano negó haberlos designado oficialmente.

El asunto de los pagos alemanes se cerró de manera algo más generosa que la aprobada por el Comité Dawes: Alemania pagaría treinta y siete lotes anuales, de cien millones de libras cada uno, y luego veintidós más, algo menores, que servirían para alcanzar a cubrir las deudas de guerra a Estados Unidos y Gran Bretaña. Los pagos finalizarían en 1988. El Gobierno británico, aún liderado por los conservadores (con Austen Chamberlain en Exteriores), quiso mimar al aliado francés ofreciendo aumentarle los porcentajes que le tocaban –acordados en 1920– pero el propio canciller del Exchequer, el laborista Snowden, lo peleó hasta que obtuvo un trato más justo; con ello, el amor del pueblo británico y el odio de la prensa nacionalista francesa. Para redondear el trato, se acordó retirar las tropas de Renania para 1930. Alemania, salvo por el gobernador del Reichsbank, Hjalmar Shacht, que más adelante sería ministro con los nazis, decidió que estaba lista para pagar lo que le tocaba.



Caballería árabe durante la Gran Guerra. Cuando, tras el fin del conflicto, los británicos y franceses traicionaron sus promesas de independencia al mundo árabe, no tardarían en desatarse revueltas que fueron aplastadas con brutalidad.

En términos generales, el esfuerzo que se hizo durante esta época para blindar cualquier posible tipo de paz europea fue magnífico, en tanto que tapó muchas de las goteras sanguinolentas que Versalles había dejado. Sin embargo, el resultado final fue poco efectivo. Los acuerdos de 1924-1925 no fueron reforzados jamás, logrando una paz incompleta que no lograría cuajar antes del fin de la década.

Y es que, mientras los zapatos abrillantados de los ministros se apresuraban por los pasillos de Bruselas, otro tipo de dandi venido a más, el especulador, comenzaba a hacerse un lugar al sol. En Wall Street, Nueva York, una masa de caballeros ruidosos y engominados compraba y vendía acciones a voz en grito en cuanto sonaba la campana que señalizaba la apertura de la bolsa. Día tras día, sonaban exclamaciones de júbilo y expresiones airadas.

Hasta que el lunes 28 de octubre de 1929 todo eso cambió. Una gran marea humana se agolpó alrededor de las titánicas columnas del corazón financiero del mundo. Las caras de todos ellos estaban pintadas con los colores del miedo.

El mercado comenzaba a caer en picado.

[1] Cualquier lector puede consultarlo en la edición digital de *The Guardian* tecleando «Zinoviev letter was dirty trick by MI6» (1999).

8

El tiempo de los asesinos (1929-1939)

Things fall apart; the centre cannot hold;
mere anarchy is loosed upon the world.

[Todo se derrumba; el centro no se sostiene;
y la mera anarquía se desata sobre el mundo.]

The Second Coming
W. B. Yeats

Los últimos diez años de paz que conoció Europa fueron empleados en deshacer todo lo hecho anteriormente. Las naciones volvieron a sus reacciones instintivas. Alemania, al nacionalismo agresivo, Francia, al nacionalismo vulnerable y Gran Bretaña, a la preocupación por sus territorios coloniales en Asia y a un frío y distante arbitraje de los asuntos europeos. Italia regresaba al oportunismo, si es que alguna vez lo había abandonado.

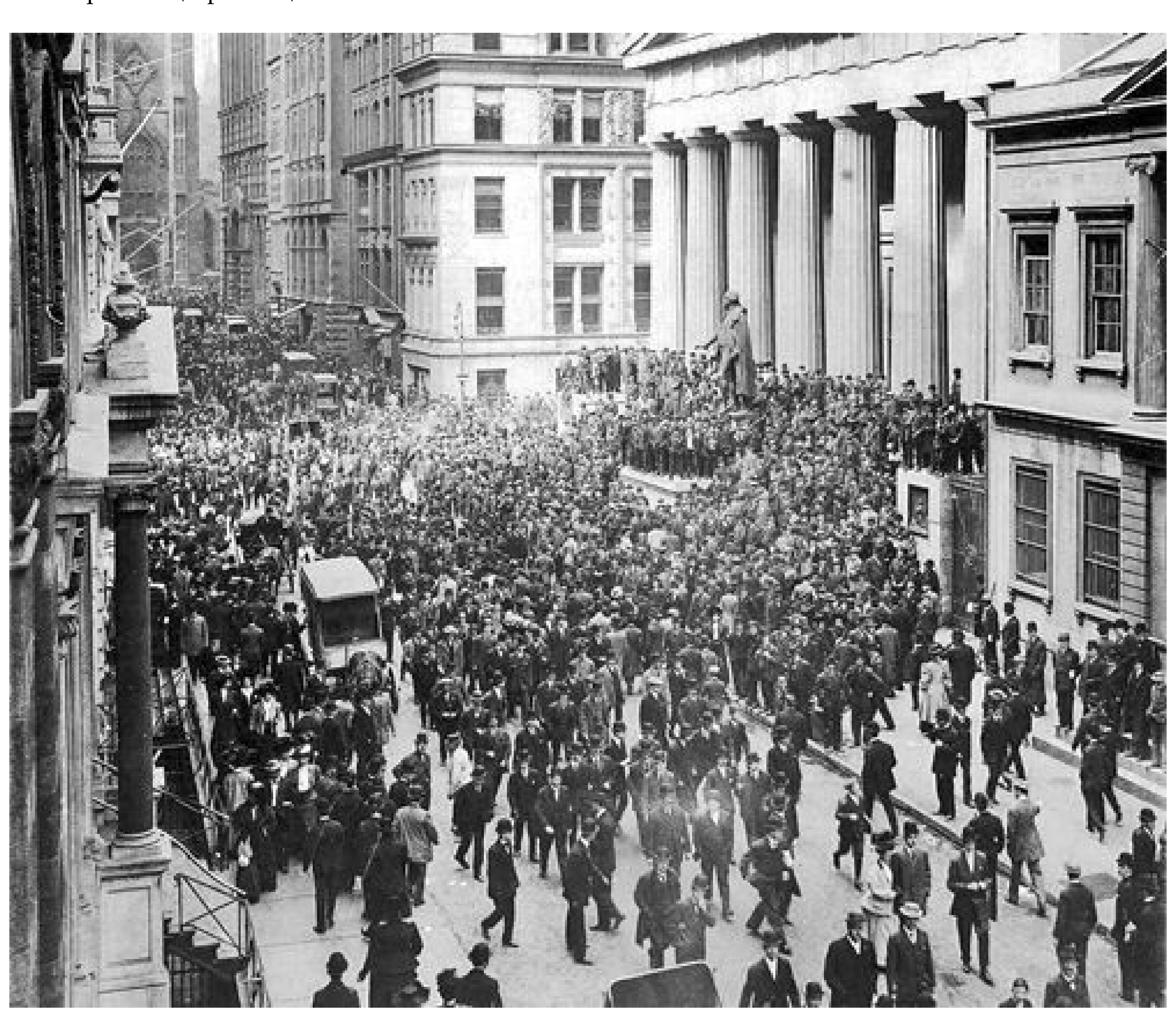
La burbuja se pincha: la crisis económica se vuelve política

El año 1929 trajo un poderoso eco: el del estallido de la burbuja especulativa financiera, cuando el precio de las acciones en Estados Unidos se arrojó al vacío junto con varios ejecutivos de Wall Street. Pero fueron los siguientes dos o tres años los que vieron cómo una crisis financiera se transformaba en una gran crisis primero de la deuda, luego de la banca y finalmente de la economía real; llegaba así la Gran Depresión.

Si la economía de tantos países se había basado en deslizarse sobre una ola de deuda constante, en el momento de romper la ola, los flujos de capital quedaron paralizados. Los Estados por lo general tiraban de deuda para pagar sus préstamos, y esto ya no podía ser. También podían pagarla en oro, pero el impacto de este tipo de pagos en la economía mundial (concentrando una peligrosa cantidad de oro en Estados Unidos, y un déficit en los países deudores) desbarató el propio sistema-oro en cuestión de pocos años. Lo peor de todo, las conferencias económicas que se convocaron sólo dejaron patente una cosa: la solidaridad de las naciones no iba más allá de una reacción confusa y egoísta a su propia debacle.

En Alemania, que había recibido tantos préstamos que no sólo había pagado a placer sus odiadas cuotas anuales de reparaciones sino que se había gastado el sobrante en programas de

construcción públicos y privados, el corte de capital sentó como un jarro de agua fría sobre empresas y gobiernos. Quedó marcada por un gran déficit, y soportando la misma deuda en reparaciones que antes. Su industria estaba famélica. Peor aún, 1923 había hecho desaparecer sus ahorros, y nadie había querido (o podido) reconstruirlos.



El pánico financiero de octubre de 1929 se convertiría en una profunda crisis económica y social. Sin embargo, no era la primera vez que Estados Unidos sufría un pánico bursátil: esta imagen muestra la reacción popular al *crash* de 1907.

Al retomar, en 1930, la idea de Unión Europea propuesta por el francés Briand, se produjo un desplazamiento de la discusión internacional hacia la tan necesaria cooperación económica. La sorpresa llegó cuando –tras mucha conversación secreta– Austria y Alemania anunciaron el 21 de marzo de 1931 que firmaban una unión aduanera, e invitaban a otros países a unirse.

A Gran Bretaña le venía bien, pero el asunto amenazaba con detonar una guerra europea. Francia y la Pequeña Entente temían que Alemania dominaría claramente esa unión aduanera. Checoslovaquia, además, no podía permitirse quedarse fuera de ella (la mayoría de sus mercados se

encontraban en esos dos países), y así Alemania amenazaba con controlar económicamente toda la cuenca del Danubio.

Lo más grave de todo, la independencia de Austria se veía amenazada más de lo habitual, y esta vez por parte alemana. De hecho, la unión aduanera se veía obstaculizada por una serie de impedimentos legales, tanto en los tratados de independencia de la propia república austriaca como en las condiciones estipuladas para el exitoso préstamo de 1922.

Finalmente, se refirió el asunto al TPJI, quien lo tumbó por influencia de los jueces franceses y de sus aliados. Era innecesario: el abandono del proyecto, que no habría venido mal a Europa, ya se había conseguido –por parte de Francia– el día 3 de septiembre.

EL DRAGÓN SE DESPIERTA, MOLESTO, Y RUGE: LA IMPARABLE EXPANSIÓN JAPONESA

A pesar de la sobria «politización» de la década de los veinte, lo cierto es que el poder ejecutivo de Japón hacía cada vez más concesiones a los zarpazos, en muchas ocasiones autónomos y descontrolados, del estamento militar. Desde luego, las cúpulas castrenses jamás se dignaron, hasta la intentona de 1936, a poner verdadero coto a la iniciativa de sus patriotas; una iniciativa tantas veces terrorista.

Desde 1921, Tokio había logrado integrarse en las redes de seguridad occidentales. Tras la conferencia de Washington, llegó el atroz terremoto de 1923, que –aparte de alejar a los japoneses de cualquier aventurismo militar– invocó la ayuda humanitaria de Estados Unidos. Sin embargo, el dúo Tokio-Washington mantuvo sus roces. El Congreso impulsó en 1924 una ley propuesta desde California (donde el miedo al amarillo era permanente) y se votó a favor de excluir a los japoneses del nuevo sistema de cuotas migratorias. La rabia patriótica nipona se dejó sentir en Tokio cuando un nacionalista se abrió el vientre con su puñal enfrente de la embajada de Estados Unidos. El Gobierno, sin embargo, prefería primar las relaciones comerciales sobre los arrebatos suicidas y aceptó las disculpas ofrecidas por el Departamento de Estado (que nada había tenido que ver con la votación en el Congreso).

Mientras tanto, ¿qué ocurría en China? Para 1922, ardía la guerra civil entre los *Tu-Chuns*, los gobernadores provinciales. En el norte, se alzaba Zhang Zuolin. En el centro, Wu Pei-fu. En el sur, entrenándose en sus bases de Cantón, las fuerzas combinadas del Kuomintang (KMT, nacionalistas revolucionarios) y el comunismo chino.

Esta fuerza revolucionaria conjunta –diseñada por el líder del KMT Sun Yat-Sen y el asesor ruso Borodin– consideraba vergonzosos los llamados Tratados Desiguales, que impedían a China subir la tarifa sobre importaciones y exportaciones extranjeras más de un cinco por ciento. Además, concedían jurisdicción extraterritorial a las potencias instaladas allí (es decir, que por crímenes en China podían ser juzgados en sus países de origen) y les daba numerosos puertos y concesiones independientes. La caída del zar y el káiser reflejaron aún más lo absurdo e injusto de la situación.

Por otra parte, los rusos, cuyo flanco derecho estaba demasiado expuesto a este Oriente turbulento, inflamaron todo lo que pudieron el sentimiento antibritánico, algo que se pudo ver en los violentos incidentes de mayo de 1925, en Pekín y Cantón. Los británicos comenzaron a conspirar contra la influencia rusa en la zona, sin dignarse a negociar los odiosos tratados: al fin y al cabo, la guerra civil no permitía que se diera un único interlocutor legitimado que pudiera ofrecerles

contrapartidas.

Al menos, así fue hasta que el KMT se adelantó a la historia y subió por su cuenta la famosa tarifa del cinco por ciento. Los británicos, entonces, tuvieron su hecho consumado: llevaban tiempo deseando una China unida con la que poder comerciar. En enero de 1927, el KMT trasladó su base a Hankow: allí, la masa arrolló con furia la concesión británica. Londres, nuevamente, se encogería de hombros y se la cedería al KMT, reconociéndole así como su nuevo interlocutor.

Estaba claro que el apoyo británico rivalizaba con el apoyo ruso por influir sobre el KMT, y el cambio de apoyos transformó el movimiento nacionalista. Mientras Hankow seguía siendo la base de un KMT procomunista, en Nanking se agrupó la facción más derechista en torno al comandante Chiang Khai-Shek (sucesor de Sun Yat-Sen). Este, de simpatías probritánicas, lograría expulsar a Borodin y los rusos, y acabaría con la amistad comunista en un horrendo baño de sangre perpetrado en julio de 1927.

El nuevo KMT comenzó a avanzar hacia el norte y Japón temió por su Manchuria, que entraba dentro de la esfera de influencia de Tokio. De hecho, el general Tanaka (Exteriores, 1927-1929) simpatizaba con el KMT, pero se trataba de una cuestión nacional: en 1927, los japoneses lanzaron tres ataques contra Shantung para asegurar su posición. Revertían así su política de no-intervención firmada en 1921. China respondió con un boicot comercial (esto afectaba al veinticinco por ciento de exportaciones japonesas) sustituyendo su odio antibritánico por un comprensible sentimiento antijaponés.



Tropas acorazadas japonesas vuelan la puerta de Nanking en 1937, justo antes de asaltar la ciudad y masacrar a no pocos de sus habitantes. La peligrosa expansión de Japón a costa de China centró la atención de los británicos y los volvió más ambiguos e inseguros en asuntos europeos.

La caída del general Tanaka, en 1929, abrió el último período en el que el liberalismo nipón intentara liderar la política exterior. La Conferencia Naval de 1930 (patrocinada por Washington y Londres) volvió a enfrentar a Gobierno y militares con funestas consecuencias. Un día de ese mismo año, el primer ministro Hamaguchi se encontraba en la estación de trenes de Tokio, donde nueve años antes fuera asesinado el también primer ministro Hara Kei, cuando un patriota decidió repetir la escena disparando sobre él. El desafortunado político no tardó en morir.

Para 1931, la situación era bien diferente. Japón estaba sumido en una dura crisis económica, y sus círculos militares más radicales buscaban justificar una expansión colonial por Asia. El Ejército se

desligaba de las políticas oficiales y sus distintos rangos actuaban, en ocasiones, a placer. Un rumor –casi un chiste– contaba que, en una ocasión (ya durante la guerra sino-japonesa), Chiang Khai-Shek se había quejado de que no sabía con qué intermediario negociar; no existía una única autoridad. Su asesor le replicó con ironía, diciéndole que acertaría si su interlocutor era solamente un coronel, un mayor o un capitán.

Y la rabia nacional estaba a flor de piel, azuzada por lo que se consideraban provocaciones chinas. En el verano de 1931, un oficial japonés que viajaba de incógnito –posiblemente en misión secreta– fue arrestado junto con su guía y su traductor por las tropas del señor de la guerra Zhang Xueliang (veintisiete años, hijo y sucesor en Manchuria del asesinado Zhang Zuolin). Acusados de poseer armas y drogas, fueron juzgados sumarísimamente y fusilados contra un paredón chino.

En la noche del 18 al 19 de septiembre de 1931, un destacamento del Ejército de Kwantung dijo haber descubierto a soldados chinos intentando hacer volar por los aires la vía férrea del Transmanchuriano. El incidente estaba preparado por el propio –y cada vez más autónomo– Ejército del Kwantung. Sirvió para justificar una «acción policial» contra los chinos de la zona, deponer a Zhang Xueliang y comenzar una expansión imparable. Tokio intentó detener aquella locura, pero ni las tropas del Kwantung ni aquellas que se apresuraron a reforzarlas parecían responder ya a su control directo. No quedaba otro remedio que plegarse, y seguir la corriente de sangre.

Esta acción pilló desprevenida a la SDN donde, sólo diez días antes, en un arranque de aguda clarividencia, lord Cecil of Chelwood había declarado que «nunca ha habido un período en la historia del mundo en el que la guerra pareciera menos probable que en el presente». El KMT reaccionó inmediatamente a la invasión y fue, desde luego, mejor diplomático en la SDN que guerrero en su propio país. Sin embargo, resultaba desconcertante ver como los diplomáticos nipones (de la escuela liberal de Shidehara) prometían algo que luego era incumplido por los militares. Entre otras cosas, los políticos japoneses pedían a Ginebra que no diera munición a los radicales domésticos con sus decisiones, y la SDN prefirió no apresurarse demasiado.

En enero de 1931, las tropas japonesas alcanzaron los imponentes muros de la Gran Muralla china. La conquista de Manchuria –un territorio tan grande como Francia, los Países Bajos y la península Ibérica combinados– se había completado con éxito. Desesperado, el gabinete Shidehara había dimitido, y con él moría el liberalismo político japonés. El prestigio del Ejército, deteriorado en los años veinte, volvía así a recuperarse.

Pero en Ginebra ya estaban más que espantados: la invasión rompía tanto el Tratado de las Nueve Potencias como el de Kellogg-Briand. Incluso Estados Unidos llegó a amagar con comprometerse, aunque el activismo de Washington se apagó en un mes, asustado por la fuerza del aislacionismo en su propia opinión pública.



Tropas japonesas frente a un prisionero chino en Guangzhou, 1938. A pesar de que Japón trató a los chinos con brutalidad ya desde la Gran Guerra, europeos y americanos nunca reaccionaron con la suficiente fuerza: lo cierto es que el balance de fuerzas no les beneficiaba en el este.

Hasta diciembre de 1932, la SDN se aferró a la mera discusión parlamentaria. Pero tras el asesinato de unos monjes nipones en Shanghái, los japoneses tomaron también esta ciudad, y masacraron a los valerosos soldados del XIX Cuerpo de Ejército Chino y a muchos de sus habitantes en una espectacular tormenta de bombardeos aéreos y navales. Tanta resistencia y matanzas habían impactado sobre la opinión estadounidense y británica. Ese mismo año, en febrero, se montó un Estado independiente que aseguraba la zona de Manchuria, teóricamente a petición de las etnias locales: el Manchukuo. Estaba gobernado por el emperador (de veintiséis años) Pu-Yi, y asesorado de cerca por los japoneses, que no tardaron ni siete meses en reconocerlo oficialmente.

En la SDN, se nombró tardíamente una comisión de investigación presidida por lord Lytton para ir a visitar la zona. Lo cierto es que los franceses no deseaban una China fuerte y unida, preocupados por su propio control colonial sobre Indochina. Y en Gran Bretaña se vivió una verdadera esquizofrenia. Por una parte, muchos creían en la causa china, la seguridad colectiva y la eventual implicación de Estados Unidos. Por la otra, muchos en el Partido Conservador (que tenía una mayoría gigante en Westminster) simpatizaban con Japón desde la difunta alianza de 1902. En cuanto a Estados Unidos, no hizo más que recurrir a la política de «no reconocimiento» contra el Manchukuo, con pésimas consecuencias para China y para el propio Estados Unidos en el futuro.

Al regresar Lytton de Oriente, su veredicto no fue capaz de culpar exclusivamente a Japón. Aun así, la votación de la asamblea aprobó el informe por abrumadora mayoría y la delegación japonesa, capitaneada por el vicepresidente de la Compañía de Ferrocarril de Manchuria del Sur, abandonó la sala –y la Sociedad de las Naciones– en cuanto esta terminó. Era marzo de 1933. Después de aquello, se intentó en vano prohibir el tráfico de armas en la zona y no reconocer al Manchukuo, pero el Estado-marioneta contó con amplios contactos (aunque estos no fueran oficiales). La Sociedad de Naciones cojeaba y Japón daba un portazo. Su guerra contra China, ya fuera de todo control gubernamental, continuaría a lo largo de la década e intranquilizaría al Gobierno británico, que se volvió extremadamente cauto en todo lo tocante a Europa. Poco a poco, el lejano Oriente cambiaba de manos.

EL DESARME, DESARMADO: VIDA Y MUERTE DE SUS ÚLTIMAS CONFERENCIAS

Con la firma de Locarno, ya no había motivos para retrasar el entierro de las hachas de guerra europeas; pero sus protagonistas se dedicaron a caracolear en torno a sus propios intereses. Las posturas chocaban. Francia quería limitar el número de hombres en activo (ya que podía tirar de su reserva); Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania, limitar todos los hombres con entrenamiento militar. Francia e Italia deseaban limitar el tonelaje total de las flotas. Gran Bretaña y Estados Unidos, capitanes de mar antes que de tierra, buscaban diferentes medidas para cada tipo de barco. Alemania quería que todos sufrieran las limitaciones que ella había conocido e igualar los Ejércitos. Francia quería ver recortado el gasto militar, único límite que no se le había impuesto a Alemania en 1919.

Tras mucho intento fallido, el primer ministro laborista MacDonald (un socialista británico de vigorosa política internacional) y el presidente americano Hoover, un político tenue e incapaz en su propia casa, pero valiente de cara al exterior, convocaron en 1930 la Conferencia Naval de Londres para tratar los tipos de navío que 1921 había dejado sin regular. Participaron Japón, Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia y Francia, algo atemorizada por la posibilidad de llegar a un acuerdo sobre las flotas por separado; últimamente, tenía necesidad de palancas de negociación. Esta actitud saboteó muchos acuerdos, mientras que las demandas japonesas acabarían logrando poder construir un sesenta por ciento de los grandes cruceros americanos y británicos, un setenta por ciento de sus pequeños cruceros y destructores, y alcanzar la paridad absoluta en submarinos.

Alemania siguió insistiendo en el desarme (que, en realidad, le permitiría rearmarse si maniobraba adecuadamente) y la tan esperada conferencia para tratarlo acabó convocándose para febrero de 1932. A ella se apuntaron no menos de sesenta y una naciones, cinco de las cuales no pertenecían al club de la SDN. La conferencia se convirtió en una carrera de obstáculos. Cada uno intentó arrastrar el resultado a su campo. El imperio viejo (el británico) y el imperio joven (el estadounidense) le arrugaron el ceño a las propuestas francesas y no veían razón para recortar más las flotas. Alemania, por su parte, veía como recortable todo lo que se le hubiera prohibido en el Tratado de Versalles, pero no la aviación civil, olvidada en el tratado de 1919.

Se aprobó por unanimidad dejar de fabricar gases tóxicos, pero eso ya lo había logrado un ingenuo acuerdo de 1925. La Conferencia de Lausana sobre Reparaciones, mientras tanto, contribuía a desviar el interés y Japón arrasaba de manera preocupante Manchuria y Shanghái. Alemania decidió dar un portazo, espoleada por las consignas nacionalistas que resonaban cada vez

más en los pasillos de la Cancillería de Von Papen y la Presidencia. El último intento se produjo en 1933 merced a un detallado Plan MacDonald, obra del socialista británico, que especificaba en detalle las cifras de desarme para cada nación. El tímido resultado sólo pudo provocar que Adolf Hitler, el nuevo y prometedor canciller de Alemania, decidiera que aquello era suficiente para tirar la toalla y abandonar el club liberal del todo. Alemania se retiró de la Sociedad de las Naciones en octubre de 1933. La conferencia agonizaría durante un año más. Al desaparecer del todo, en 1935, moriría con ella su sufrido presidente el laborista *sir* Arthur Henderson.

Resulta inútil, llegados a este punto, informar al lector de que la Conferencia para la Liquidación Final de la Guerra y el Comité para la Liquidación del Pasado, ambos convocados para 1929, no obtuvieron mayores éxitos.

El taimado lagarto italiano: Mussolini descubre al fin su política exterior

El estallido de la revolución diplomática nazi tuvo un efecto sobre la política exterior italiana tan brutal y determinante como lo pudo tener la soviética. Mussolini tomó la decisión de lanzarse de cabeza a un proyecto de diplomacia «fascista» que llevaría a su país al límite, y que con el tiempo le costaría la cabeza. El *Duce* gobernaba directamente su política exterior, ya fuera como ministro del ramo o como una vociferante influencia en la sombra. Su régimen, por otra parte, no implicó una purga sistemática del cuerpo diplomático, algo que sí acabaría ocurriendo en 1938 con la Alemania hitleriana cuando esta comenzó a posicionarse contra Occidente además de contra la Unión Soviética.

Hacía mucho que Italia perseguía, en su política exterior, la paridad con Francia, la otra (gran) potencia mediterránea. Como miembro victorioso de una «paz mutilada», también buscaba revertir parte del orden de Versalles, y para eso, y a pesar de no pocos roces, la restauración de una Alemania fuerte y nacionalista como poder europeo le venía a Mussolini a las mil maravillas. Esta actitud revisionista tampoco era nueva. A fin de debilitar a la Pequeña Entente, fiel a Versalles, Mussolini había apoyado desde hacía ya tiempo a Hungría y a Bulgaria: otros dos peligrosos derrotados descontentos.

Cuando en 1933, el primer ministro británico le visitó en Roma, tras su paso por Ginebra para discutir de vanos desarmes, el fatuo dictador le presentó un borrador para un tratado que cambiaría la escala de importancia europea.

Este borrador –un tratado de las cuatro potencias– había sido presentado simultáneamente a Francia y Alemania y pretendía que los cuatro posibles firmantes coordinaran su política europea y colonial, convirtiéndose en los nuevos directores del mundo. Los aliados de Francia se veían debilitados de este modo, cosa que reforzó el tratado proponiendo asimismo revisar los tratados de 1919. Sorprendentemente, fue la torpe Francia –y no una cauta Inglaterra– quien acordó revisar el texto hasta hacerlo aceptable. Sería firmado en junio de 1933.

Si el Tratado de las Cuatro Potencias garantizaba algo, era que París no contaba con sus aliados centroeuropeos en absoluto. Polonia había mantenido una tensa relación con Alemania (sus Gobiernos se disputaban la ciudad de Danzig y las minorías alemanas de Polonia habían sido las que más denuncias elevaran a la SDN), pero ahora veía deseable llegar a un pacto con ella. Su madrina tradicional, Francia, la había relegado a un segundo plano ya desde la firma de Locarno. Polonia,

además, estaba rodeada de enemigos que ella misma se había creado. De hecho, había hecho desembarcar a doscientos soldados en Danzig en vísperas del ascenso de Hitler al poder.

Alemania, por su parte, asesinaba comunistas por deporte ideológico, y no podía permitirse el apoyo soviético que conquistara la república de Weimar. Asimismo, planeaba expandirse hacia el sur, para lo que tendría que aliarse por ahora con el este. Así, en 1934, se firmaba una paz por diez años (la ironía histórica es bien evidente) y se yugulaba la agresiva propaganda existente entre los dos nuevos socios. El pacto hacía que ambas potencias encontraran un aliado frente a la Unión Soviética y, al minimizar la amenaza de guerra, atraía inversiones hacia la zona.

La Unión Soviética, durante todo ese tiempo, se encontraba inmersa en sus titánicos planes quinquenales. Stalin buscaba apaciguar a Occidente mientras tanto; le beneficiaba más que la URSS se convirtiera en un duro capullo en gestación. El tiempo de la mariposa socialista ya llegaría en un futuro, si es que llegaba. Sus primeros pasos consistieron en firmar pactos de no-agresión con Francia e Italia en 1932. Un año después, se logró dar un gran paso: tras visitar Washington y prometer ciertas dosis de moderación, Moscú logró que Estados Unidos (tan temerosos de Japón como la propia URSS) reconocieran finalmente a la Unión Soviética.

Francia y la URSS siguieron acercándose desde el verano de 1933. Pero, antes de firmar un pacto (a modo de un noviazgo respetable), París quería ver a Moscú ingresar en la SDN. Logró que los británicos presionaran, a partir de julio de 1934, a los demás países para lograr la admisión. A fin de no firmar sólo con comunistas, se extendió la oferta –irónicamente– a Berlín. Hitler debió de atragantarse brevemente; rechazó de inmediato. El camino estaba libre para que se firmara, en mayo de 1935, el primer pacto de defensa franco-soviético. Una cierta resurrección tardía de la alianza franco-rusa previa a la Primera Guerra Mundial.

Lo siguiente que vivió Europa fue el susto austriaco. El deseo de los austriacos de apuntarse al *anschluss* prohibido era evidente, al menos de 1919 a 1931. Su impedimento (establecido en Versalles) violaba claramente el principio de autodeterminación. Por otra parte, los socialistas, los judíos, que eran muchos e influyentes en Viena, y la Iglesia católica no veían con buenos ojos el régimen hitleriano y no deseaban importarlo. El canciller alemán había ordenado lanzar octavillas desde aviones, había impuesto una tarifa exagerada para cualquier viajero alemán a Austria y hacía campaña continuamente contra su Gobierno. Viena respondió disolviendo a los subversivos nazis austriacos en junio de 1933. Ayudó que los actores internacionales estuvieran fuertemente de su parte, logrando en agosto un préstamo garantizado por Londres, París y Roma, entre otros.

Italia decidió afianzar su control: le aterrorizaba la idea de un gran Estado teutónico en su frontera norte. Comenzó a subsidiar a la Heimwehr, milicia fascista-católica, y a cambio exigió la implantación del *fascismo alla italiana*. Febrero de 1934 vio como el canciller Dollfuss encarcelaba a los socialistas y enviaba a las tropas para aplastar a sus milicias, que resistieron durante una larga semana.

El golpe restó simpatías en Londres, pero aún más en Berlín. El 25 de julio de ese mismo año, comandos nazis austriacos entraron a tiro limpio en el edificio de la Cancillería y acribillaron a Dollfuss. Si bien habían esperado ganarse a algunos viejos socialistas y detonar una insurrección (la dictadura clerical era bien impopular), lo cierto es que esto jamás se produjo. Se debate si Hitler dio la orden personalmente, pero las culpas cayeron sobre él en aquel momento de todas formas. Mussolini estalló contra ese «horrible degenerado sexual» y envió cuatro divisiones a la frontera.

Hitler quedó impresionado y forzó a los nazis austriacos a moderarse. El astuto y muy católico

Von Papen fue enviado como embajador a Viena, (1934-1938), aprovechando que él mismo había escapado por poco de ser asesinado en la Noche de los Cuchillos Largos. El nuevo canciller austriaco desde luego podría empatizar con él, y Hitler lograba alejarlo de Berlín. A esto se añadieron las propias garantías de Hitler, negando tener designios sobre Austria.

Italia y Francia se habían llevado tradicionalmente mal, pero el susto austriaco de 1934 les hizo repensarse su relación. El problema era que, para llegar a cualquier acuerdo, cada una tenía que lidiar con clientes distintos y antagónicos. En cuanto a la Pequeña Entente (que desconfiaba ya de Francia), Checoslovaquia prefería que Viena se mantuviera bajo control italiano o quedaría rodeada de un Estado germánico demasiado poderoso, pero Yugoslavia, enemiga de Italia, la prefería alemana. Así estaban las cosas cuando, en octubre de 1934, el rey Alexander I de Yugoslavia tuvo la mala idea de visitar Marsella. Le recibió el ministro de Exteriores, Barthou, y cuando se alejaban en coche del puerto, un terrorista croata se interpuso en su camino y vació su revólver contra ellos. Alexander recibió el tiro fatal en el asiento. Barthou fue herido pero, en medio de la confusión, fue abandonado hasta desangrarse en la acera.

Yugoslavia enrojeció de ira; sabía que tanto Italia como Hungría financiaban el terrorismo croata para poder desestabilizar un día el país. Pero Francia e Italia no permitirían que un regicidio se interpusiera en su nueva amistad. París presionó a Yugoslavia para que sólo denunciara a Hungría, nación a la que Italia se encargó de persuadir. La SDN no hizo más que lanzar un puñado de advertencias y conferencias contra Horthy y, en enero de 1935, Laval (sucesor de Barthou) firmó en Roma el fin de la enemistad con Italia. Este pacto fue el último de los cambios diplomáticos abruptos que trajo el nazismo.

En los años treinta, precisamente, se intentó forjar una frágil Entente de los Balcanes, al modo de las alianzas de los veinte. Yugoslavia, Rumanía, Grecia y Turquía, la odiada enemiga de esta última, temían el revisionismo búlgaro. Pero en 1930 los turcos firmaban la paz con Grecia y, dos años después, Ankara ingresaba tranquilamente en la SDN. En 1934, los cuatro firmaron un pacto más bien endeble, garantizándose mutuamente las fronteras para gran disgusto de Bulgaria.

Llegó enero de 1935, y con él, el tan esperado plebiscito del Sarre, que fue organizado y vigilado por una fuerza internacional capitaneada por los británicos. Las opciones a elegir eran: la unión con Alemania (noventa por ciento de los votos), permanecer bajo la SDN (menos del nueve por ciento de los votos) o unirse a Francia (el exiguo resto). Curioso, dado que la mayoría de sus habitantes eran católicos y socialistas, poco amigos de importar el nazismo: fue el nacionalismo pangermano quien obró el milagro. Hitler comentó tras el plebiscito que allí acababan sus ambiciones en el oeste.

Según avanzaba el año, se comenzó a sugerir que Alemania se sumara a alguno de los pactos proyectados para la década. Pero fue precisamente entonces cuando Hitler aprovechó el debate sobre rearme en los Parlamentos británico y francés para anunciar que abandonaba Versalles, elevando su Ejército, por levas, hasta 36 divisiones con 555.000 hombres. Londres, entonces, vio más lógico pactar cuotas de armamento que establecer prohibiciones frágiles (que, por otra parte, alimentaban al nacionalismo alemán): firmó un acuerdo en junio de 1935. Francia desesperó, y Hitler, por su parte, pensó erróneamente que Gran Bretaña estaba lista para cambiar de bloque.

Abisinia era el último estado africano independiente, aparte de Liberia. Para ello, había tenido que derrotar a una avergonzada Italia en la última década del siglo XIX. Su interior inexplorado contenía, en teoría, ricos minerales, amén de una presa aún más codiciada por Roma: el orgullo herido del pueblo italiano, una «cicatriz vergonzosa» en palabras del propio Mussolini. Diciembre de

1934 presenció un tiroteo entre abisinios e italianos (dejando cadáver a algunos de estos últimos) a orillas del oasis Wal-Wal. Aparentemente, el asunto no sería demasiado grave. Desde 1906, Italia, Francia y Gran Bretaña habían acordado apoyar a Abisinia y negociar cualquier conflicto con ella.

Pero mientras los italianos aseguraron desde la SDN que todo se solucionaría pronto y pacíficamente, su Gobierno aprovechó para trasladar una cantidad ingente de tropas a la frontera del Estado africano. El británico Eden visitó Roma e intentó negociar canjes de territorios, en vano. Ese y otros intentos de negociar quitaron seriedad al tardío ultimátum de Hoare, ministro de Exteriores inglés. El 2 de octubre comenzaba la invasión italiana, tan brutal como cacareada.

La Sociedad de Naciones reaccionó rápido (al menos, comparado con el caso de Manchuria) y aprobó sanciones –en préstamos y material bélico– por primera y última vez en su historia. Sólo evitaron firmar Austria, Hungría y Albania, todos clientes italianos. Francia hubo de cargar a regañadientes contra su aliado más reciente.

La guerra fue atroz. Las tribus etíopes se negaron a librar un guerra de guerrillas –tal y como les ordenó su emperador–, se lanzaron en valientes cargas suicidas y fueron masacrados por las ametralladoras italianas y sus nubes de gas venenoso. El mariscal Graziani bromeó: «El *Duce* tendrá Etiopía con los etíopes o sin ellos. Como él prefiera». El gas, que no era un arma nueva en el mundo colonial, como bien sabían los españoles o los propios italianos en Libia 1928, anegó pueblos enteros, quemó cosechas y mató al ganado. El jerarca fascista De Bono dejó caer una burla cruel: «¿Acaso esperan que les lancemos confeti?». París y Londres decidieron almacenar gas, ellos también, impresionados por la brutalidad italiana.

A pesar de su innegable superioridad y truculencia, los inicios de la guerra fueron demasiado lentos y penosos para Italia, que necesitaba avanzar antes de la estación lluviosa. Francia no quería en ningún caso que Mussolini se debilitara en Austria frente al nazismo y Gran Bretaña temía ataques italianos por haber impulsado las sanciones. El rey Jorge V le suplicó a su ministro de Exteriores: «He pasado por una guerra mundial. ¿Cómo puedo pasar por otra? Si voy a continuar, debe usted mantenernos fuera de una guerra».

En este estado de cosas, Hoare visitó en diciembre al primer ministro francés, Laval, y entre los dos cocinaron una gran cesión de terreno abisinio para convencer a Mussolini de que desistiera en su sangrienta aventura africana. Abisinia recibiría a cambio un modesto corredor al mar. Pero el trato saltó a las portadas de los diarios, y ambos hubieron de dimitir en medio del escándalo.

Para mayo, el orden interno de Abisinia se desintegraba, y cayó su emperador. Las tropas italianas coronaron su obra tomando la capital. Desde el año 1936, su avance había sido ya imparable. Quedaba por solucionar ahora el espinoso tema de las sanciones; estas no habían frenado a un Mussolini que era aclamado en la victoria casi como un dios, pero habían drenado las reservas italianas de oro y paralizado su comercio. Dado que esto tampoco hizo ningún bien a la economía británica, Londres propuso abandonarlas en julio, y así se hizo. Un patético documento interno de la SDN sugirió a sus miembros que pensaran en formas de mejorar el cumplimiento de la Carta. Mientras tanto, el papa Pío XI se felicitaba por la «felicidad triunfal de un pueblo grande y bueno».

Coincidiendo con el final de esta ópera bufa entre diplomáticos, Alemania volvió a agitarse. En marzo de 1936 denunció que el pacto francosoviético invalidaba Locarno. En consecuencia, y en un arriesgado farol, las tropas alemanas ocuparon la Renania desmilitarizada. El Gobierno francés no supo reaccionar (cuando el balance de fuerzas, realmente, le beneficiaba en gran medida). Londres se dejó seducir por la batería de propuestas bienintencionadas que Hitler lanzó al aire; se trataba de una

medida de distracción. Condenas y reuniones aparte, el ruido de sables de Abisinia fue suficiente para tapar este nuevo desafío.

La paz de Locarno ya no valía lo que costaba un marco en 1923. En octubre de 1936, Bélgica anunciaba que renunciaba a su pacto con Francia de 1920 y se declaró neutral. Para marzo de 1937, Neville Chamberlain (por entonces a cargo de la Tesorería, más tarde primer ministro) notificó que Londres tendría que recurrir a préstamos internacionales para seguir rearmándose. Esos mismos meses, Alemania construía una imponente Línea Sigfrido, opuesta a la francesa Línea Maginot, y que permitiría aguantar en caso de guerra por el frente occidental. Sonaban lejanos tambores.

De España, al mundo: ensayo de la guerra total

España había tenido el dudoso honor de apoyarse durante siete años (de 1923 a 1930) en la dictadura liberticida del sincero, pomposo y frustrado Miguel Primo de Rivera. Con su caída, cayó también el rey que lo apoyaba, y España se despertó república. No le dio tiempo ni a bostezar, cuando ya se estaba lanzando por vez primera a una experiencia democrática, sin las trampas y cartones del turnismo entre partidos caciquiles que llevaba sufriendo el país desde 1876 hasta 1923.

Pero las iniciativas del nuevo Gobierno reformista (capitaneado por los republicanos de izquierda y los socialistas no revolucionarios) no gustaron precisamente a todo el mundo: los monárquicos dieron alguna que otra intentona y el mapa de la península se vio salpicado de insurrecciones esporádicas de anarquistas, para los que la república no era sino otra forma más de opresión estatal.

La lentitud de estas reformas, por otra parte, dio lugar a un cambio de Gobierno hacia la derecha agraria, corrupta y partidaria –al menos en la teoría– del corporativismo autoritario y católico de Austria. Temerosos de repetir las experiencias alemana o austriaca, sectores de la izquierda se lanzaron a la huelga y la revolución en 1934, llenándose los valles de Asturias de ruinas y cadáveres.



Milicianos jóvenes, una mujer entre ellos, avanzan por Guadarrama durante la Guerra Civil española. La rebelión de un sector del Ejército y de las milicias tradicionalistas y fascistas contra el régimen parlamentario puso al Gobierno en manos de las organizaciones obreras.

Se soltó la correa de los siervos coloniales (el mando no confiaba en los soldados regulares para reprimir a sus compatriotas), y los mercenarios marroquíes y tropas legionarias se dieron a la carnicería. El malogrado general Severo Ochoa recordó la noche en que estos últimos se llevaron al monte a veintisiete presos del hospital asturiano de Sama y, tras fusilar al tercero de ellos, asustados de que el ruido alertara a las guerrillas, decidieron ahorcar y decapitar al resto. En todo caso, la experiencia de 1934 fue suficiente para que los moderados y los demócratas lograran imponerse otra vez dentro de las maltrechas filas izquierdistas, que decidieron aunarse en 1935, en un Frente Popular similar al que luego triunfaría en Francia. Este consiguió ganar las elecciones en 1936 y retomó su programa de reforma agraria y laboralismo obrerista. La resurrección de las reformas, las huelgas y las ocupaciones de tierras sin roturar resultaron un plato demasiado indigesto para las élites económicas (el banquero Juan March), los políticos de la derecha más extrema (Calvo Sotelo) y una parte de las clases medias que, como ya venía siendo costumbre en Europa desde los años veinte, temían vivamente por su estatus. El 18 de julio de 1936, un sector del ejército –apoyado por

paramilitares tradicionalistas y milicias fascistas locales– intentó dar un golpe, que se estancó de inmediato.

Al dudar –o desertar– gran parte de los cuerpos de seguridad del Estado, la zona leal quedó repentinamente en un estado de vacío de poder (como Francia en 1789) que aguantó gracias a una experiencia similar a la de 1808: las fuerzas progresistas o revolucionarias se organizaron de manera autónoma y aguantaron y se coordinaron en la medida de lo posible. De este estado de autoridad atenuada se saldría reforzando el orden y la disciplina a partir de mediados de 1937. Fue una burbuja de desorden temporal, como todas ellas, pero de tremendo efecto internacional gracias a las portadas de la prensa conservadora mundial.

Mientras tanto, se cometieron los peores excesos. Las liquidaciones en zona leal, especialmente concentradas en los primeros meses del conflicto –cuando la autoridad la ejercían las bocas negras de los fusiles– alcanzaron a no menos de 6.852 religiosos. El total de fusilados en retaguardia llegó a cincuenta mil. En ocasiones, el Gobierno protegió a los perseguidos; en otras, aceleró su condena. En la mayoría de casos, sin embargo, no tuvo oportunidad de dar su opinión. La Cataluña anarquista sufrió la furia vengadora y anticlerical de aquellos que no creían en la cárcel. El Madrid tomado por los sindicatos vio como estos competían por realizar arrestos en la ya clásica carrera por ganar afiliados. Los bombardeos de los rebeldes, por otro lado, llamaban a la venganza, y Pablo Neruda recitaba, «de cada niño muerto sale un fusil con ojos».

En la zona rebelde, por su parte, las instrucciones para el golpe fueron obedecidas sin tacha: hasta cien mil personas fueron ejecutadas por los franquistas, a las que hay que añadir otras cincuenta mil en la posguerra enfermiza. España, un país que no había sufrido la Gran Guerra, absorbía sin embargo los efluvios seductores de la guerra civil: una vez más, la década de los treinta moldeaba a su antojo la intensidad de las ideologías.

La rebelión de los militares y su extraña cruzada, mezcla de catolicismo mediterráneo y fascismo bávaro, produjo cuatro graves consecuencias sobre el tan alarmado mundo europeo: en primer lugar, la ruptura del bloque antifascista (de Frente Popular) hispanofrancés. En segundo, el refuerzo de las pulsiones belicistas del músculo fascista alemán, que se aprovechó de la guerra española (como antes, de la de Abisinia) para maniobrar en torno a sus presas europeas. En tercer lugar, el debilitamiento del esfuerzo de guerra italiano: inyectó una dosis demasiado alta de acero y carne para reforzar a los franquistas, y ella misma se quedó sin refuerzos de cara a 1939. Por último, la oportunidad de enfrentar a la derecha y a la izquierda europeas de manera directa y sin compasión, por primera vez, en el cuadrilátero español.

Resumamos brevemente el papel de las distintas potencias en España. Fueron Alemania e Italia quienes permitieron que la revuelta no fuera aplastada. Ciano, el embajador de Mussolini, se mostró muy claro en sus escritos: «Queremos que la España nacionalista, que ha sido salvada virtualmente por la ayuda italiana y alemana, permanezca estrechamente asociada con nuestra política». Y fue la Unión Soviética, justo después, quien permitió que la república no fuera destruida una vez las tropas coloniales habían accedido a la península y hacían derrumbarse las columnas milicianas del interior.

Alemania tenía buena relación con Madrid, por lo que –en un principio– estuvo en la larga lista de países a los que la República pidió ayuda en un primer momento. Berlín contaba con España para sus proyectos de rearme, alejados del ojo todopoderoso de la SDN. Pero Hitler contradijo a sus militares y diplomáticos y el 24 de julio de 1936 tomó la decisión de auxiliar a los rebeldes: debilitar la retaguardia de Francia y bloquear su acceso a la tropa africana eran, de por sí, premios demasiado

tentadores. Su decisión se vio refrendada por los hechos cuando los nazis comenzaron a extraer grandes cantidades de pirita y wolframio españoles para la construcción de tanques. Así, la alemana Legión Cóndor participó en todas y cada una de las batallas importantes de la guerra, arrojando veintiún millones de toneladas de bombas sobre la península. Hitler le comentaría a Ciano, en septiembre de 1940: «Sin la ayuda de ambos países, no existiría Franco hoy».

Italia encontró en España otra nueva aventura a la que sumarse; también con el ánimo de debilitar a su eterna enemiga francesa (el anticomunismo era una mera excusa frente a la *realpolitik*). Mussolini, al contrario que Hitler, no se atrevió a ordenar la ayuda a los rebeldes hasta el 27 de julio, a pesar de haber apoyado previamente a conspiradores antirrepublicanos desde marzo de 1934. Probablemente, Mussolini supuso que los rebeldes necesitarían un *empujoncito* militar, pero la contienda acabó durando tres años e Italia desangró su economía. Su Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV), la uve de «voluntarios» esperaba de ese modo esquivar las prohibiciones internacionales, contó con muchos más efectivos que la alemana. También Portugal ayudó al bando rebelde de varias maneras, y sumó a sus diez mil *viriatos* a la lucha; la república había intentado colaborar con izquierdistas portugueses en el pasado y ahora era el momento de cerrar esa posibilidad para siempre.



Personal de la Legión Cóndor alemana carga obuses en un Heinkel-111. Por razones de geoestrategia y a fin de debilitar la retaguardia francesa, Italia y Alemania atacaron de manera extraoficial a la república española durante la Guerra Civil. Percibiendo esta amenaza, la URSS se decidió por defenderla.

Más oscuras fueron las posturas de Francia e Inglaterra. La primera comenzó a autorizar dosis de ayuda desde el 19 de julio, pero los miembros derechistas de su gabinete (que era también de Frente Popular) y el embajador británico frenaron esto en seco. Inglaterra organizó desde agosto la cuidadosa farsa de una No Intervención general: al margen de la SDN y burlando ciertos aspectos del derecho internacional, amén de un acuerdo militar secreto París-Madrid. Los británicos habían sido previamente objeto de una campaña de intoxicación por parte de los golpistas. El embajador *sir* Henry Chilton se había empapado de tal manera que llegó a resumir la guerra en la expresión «Rebeldes *vs.* Chusma». El Foreign Office interceptaba las transmisiones de los golpistas desde hacía tiempo y se cuidó mucho de avisar al Gobierno republicano. También leía las comunicaciones entre Moscú y el PCE; sabían de sobra que no existía tentativa alguna de golpe comunista aunque, una vez hundido el orden público en julio de 1936, la élite británica educada en «Ox-bridge» no dudó en resucitar la leyenda negra y temer una apasionada revolución ibérica digna del siglo XIX.

Es innegable que la influencia de Madrid sobre el sistema internacional era mínima, a lo que se sumó la deserción de muchos conservadores y tradicionalistas del cuerpo diplomático (el ministro Álvarez del Vayo calcularía el porcentaje en un aterrador noventa por ciento). La Unión Soviética y el lejano México se convirtieron así en los últimos aliados de la república. Moscú recibió las reservas de oro republicanas a fin de abrirle a su Gobierno caras líneas de crédito en bancos soviéticos: la república había comenzado a enviar el oro a Francia en un principio, pero Londres y París amenazaban con congelar las cuentas. Stalin acabó de decidirse a aportar aviones, tanques y donaciones (en el mayor esfuerzo pecuniario jamás dedicado a España) tras larga deliberación, y por las mismas razones que Hitler o Mussolini, sólo que esperando conseguir el resultado opuesto. Francia, en aquel momento, era una pieza clave del puzle de seguridad antialemán de los soviéticos. Aun así, la ayuda rusa se detuvo entre 1937 y 1938: el *prémier* soviético daba preferencia al conflicto sino-japonés, que amenazaba sus fronteras desde una posición bastante más cercana.

Por otro lado, e indudablemente con aprobación previa de Stalin, el 18 de septiembre de 1936 la *Komintern* comenzó a organizar brigadas de voluntarios para luchar por la causa española. Las Brigadas Internacionales contaron con treinta y cinco mil miembros aunque sólo tuvieron a veinte mil efectivos luchando a la vez. Guerreando bajo estricta disciplina comunista, las brigadas perdieron a diez mil hombres, y otros siete mil fueron dados por desaparecidos. Contando también a los voluntarios que lucharon del lado de Franco (entre cien y mil quinientos torpes fascistas irlandeses, trescientos franceses del Batallón Juana de Arco y algunos antiguos rusos blancos y antisemitas europeos), España se convirtió, en cuestión de meses, en un campo de batalla donde diferentes ideologías, y diferentes potencias, ensayaban sus maniobras políticas y militares de cara a reforzarse ante el próximo conflicto del siglo.

La gotera nazi: Europa se empapa de Alemania

La idea primigenia de que Hitler tenía un plan minucioso para la conquista de Europa –o del mundo– se ha empezado a poner en cuestión desde hace ya décadas. El dictador del bigote y la corbata había anunciado su decisión de aplastar el Tratado de Versalles desde *Mein Kampf* pero, como todo buen fascista, era de esperar que se despojara de sus dogmas más firmes una vez alcanzara el poder. La reversión de Versalles no era algo novedoso; la idea contaba con el apoyo de casi todo el

pueblo alemán y hasta de sus estadistas más moderados (por ejemplo, Stresemann, muerto en 1929). Los conservadores, por su parte, también apoyaban todo lo que tuviera que ver con el desmembramiento de la izquierda, con la expansión hacia (contra) el este o con el debate sobre la pureza racial, también común en Francia, Estados Unidos o Inglaterra.

Hitler comenzó a mostrar músculo diplomático entre 1935 y 1936, el período en el que ganó cada vez más libertad de acción mientras Mussolini –enfangado en África y España– la perdía. Hitler decidió probar la capacidad de respuesta de la Europa occidental. La invasión de Renania le permitió atisbar el resultado. El primer ministro británico Baldwin lloró mientras informaba a París de que no podía ayudarlos en esos momentos. Los aliados belga y polaco se mostraron ambiguos. La solidaridad del soviético Litvinov fue despreciada. Renania impulsó a Hitler en sus convicciones. El resto del año también le fue beneficioso: su apoyo al general Franco erosionó la retaguardia francesa, las Olimpiadas de Berlín alcanzaron gran renombre y el Plan Cuatrienal preparaba a Alemania para un futuro de gloria militar teutona.

Por si fuera poco, Hitler pactaría con Mussolini, en julio de 1936, montar un protectorado dual sobre Austria, y la Heimwehr (a la que el italiano ya no podía financiar) sería desbandada. El *Führer* no había sido ajeno al proceso de ruina italiana: llevaba tiempo financiando a los resistentes abisinios hasta su caída, sabiendo que debilitar al *Duce* era fortalecerse a sí mismo. En noviembre de 1937, Italia –que finalmente había comprendido su sitio en la jerarquía fascista tras agotarse en vanas cruzadas– decidió unirse al pacto Antikomintern, formado por Japón y Alemania desde 1936 (una segunda versión, en 1941, ya contaría con todas las naciones fascistizantes desde España hasta Finlandia). Los líderes alemán e italiano se visitaron respectivamente con gran pompa y boato. Los británicos escogieron el peor momento para intentar alejar a Roma de Berlín: se cesó al combativo ministro Eden y el canciller Chamberlain pudo reiniciar las negociaciones con Italia. A cambio de que esta sacara sus tropas de España en 1938 (tan sólo retiró el veinticinco por ciento de estas, mientras que las Brigadas Internacionales se retiraron en su totalidad), el Gobierno británico le hizo el favor de reconocer la brutal conquista de Abisinia.



El famoso zepelín *Hindenburg* estalla en llamas justo antes de tocar tierra en 1937, calcinando a aquellos que no pueden saltar a tiempo. Aunque habían sido formidables bombarderos en la Gran Guerra, los zepelines acabaron siendo abandonados por su gran vulnerabilidad.

Ese mismo año, Hitler nazificó totalmente su política exterior, que no por ello perdió las dosis

de astucia y oportunismo más bien propias de un liberal criado en Balliol College. Ribbentropp se hizo cargo del Ministerio de Exteriores, de forma tan fanática como inepta, y se sustituyó al ministro de Guerra y a los embajadores, especialmente en Roma, Tokio y Londres. A los conservadores les había molestado antagonizar ahora con Francia o Gran Bretaña, en vez de hacerlo solamente con la Rusia soviética.

El austriaco Schuschnigg se vio en una difícil situación. La dictadura católica apoyada por Mussolini era decididamente menos popular que una posible unión con Alemania: en febrero de 1937, el público vienés lanzó basura y botellas contra la selección nacional de fútbol italiano. Londres y París pensaban igual, y no iban a ir a la guerra porque Viena cambiase de manos. Schuschnigg intentó apaciguar a Hitler comprometiéndose a nombrar al líder de los nazis austriacos, Seyss-Inquart, nuevo ministro de Interior, y por otra parte organizó un referéndum para elegir entre la unión a Alemania o la permanencia como «república […] alemana, independiente, social, cristiana y unida». Pero alterar a su favor la edad de voto fue ir un paso demasiado lejos, y el 12 de marzo de 1938 las tropas del Reich cruzaban la frontera, ocupaban el país, y se saludaban ceremoniosamente con los guardias italianos, brazo en alto, en el paso de Brenner. Hitler le enviaría un emotivo mensaje a Mussolini: «Nunca olvidaré esto, nunca, nunca, pase lo que pase…». Efectivamente, cuando años más tarde, en 1943, el *Duce* cayera preso en su propio país, Hitler encargaría a sus comandos en la zona que restauraran a su viejo amigo en el poder.



Tropas alemanas reunifican Austria con el III Reich alemán en 1938. Italia había sido el garante de la independencia austriaca, pero, debilitado por las guerras en Abisinia y España, decidió ceder el testigo a su nuevo aliado preferente: Adolf Hitler.

El *Anschluss* le había resultado a Hitler considerablemente «barato». Lord Halifax le había asegurado, el 19 de noviembre de 1937, que no se interpondría si la expansión alemana se realizara mediante medios pacíficos. Schuschnigg había llegado a pedir apoyo a Londres, en vano. Francia se hallaba en plena crisis de gobierno cuando la bota nazi tomó Austria. E Italia, por su parte, era ya dependiente económicamente de Alemania.

Una vez completada la ocupación, el canciller alemán no perdió la ocasión de asegurarle al embajador de Checoslovaquia que su país no corría peligro alguno.

Checoslovaquia era el único país con política y economía estables en la región. Aun así, sus expectativas no eran muy halagüeñas: su frontera alemana (por los Cárpatos) estaba debidamente fortificada, pero la parte que tocaba a Austria (ahora ocupada) quedaba expuesta. A esto se le añadían los 3,5 millones de alemanes de los Sudetes (veintidós por ciento de la población), que no eran particularmente fiables y, al sur, en la zona del Danubio, un millón de magiares deseosos de volver a su Hungría natal. Polonia exigía la tierra minera de Teschen, perteneciente a Checoslovaquia desde 1920. Y Eslovaquia se agitaba en temblores febriles de autonomía.

A cambio, Checoslovaquia tenía amigos. Ella sola podía aguantar cualquier desorden interno y

asegurar sus fronteras pero, además, había firmado pactos con Francia y con la Unión Soviética, a quien por cierto se percibía débil tras las purgas de 1937 en el Ejército Rojo. Además, Praga sólo se atrevía a pedir la ayuda soviética si a la vez se la prestaba Francia, no fuera a ser que esto irritara a los rígidos diplomáticos londinenses. Pero el 24 de marzo de 1938, el propio Neville Chamberlain había admitido que un conflicto checo muy posiblemente le arrastraría a la guerra. Y a pesar de contar con la enemistad enconada de Polonia, Checoslovaquia seguía siendo miembro de la Pequeña Entente.

En el mes de noviembre, Hitler dio órdenes a los nazis checoslovacos de Henlein (un antiguo profesor de gimnasia) para que escalaran las demandas de la minoría alemana hasta puntos inasumibles durante toda la crisis que siguió. El 12 de septiembre de 1938, Hitler arengó a sus seguidores en un discurso en Núremberg. Desde allí, apeló a los sufridos alemanes de los Sudetes, conminándolos a que solicitaran su ingreso en el Reich, garantizando que las tropas alemanas se encargarían de hacer cumplir su voluntad.

Desde el día 15, Chamberlain viajó dos veces a Berlín. En el ínterin, pactó a la desesperada con el francés Daladier la entrega de parte de los Sudetes a Alemania. Pero en su segundo viaje a Berlín, Chamberlain se encontró con más demandas, esta vez inasumibles. En Londres se comenzaron a cavar trincheras y construir defensas antiaéreas.

Pero Chamberlain había llegado demasiado lejos como para pasarle el testigo al Ejército y contactó con Mussolini para que este organizara una conferencia. Este es el germen del infame acuerdo de Múnich del 29 de septiembre, en el que Hitler logró que Occidente le entregara los Sudetes a través de una farsa que pretendió achacarle todos los méritos al dictador italiano. Ni Checoslovaquia ni la Unión Soviética fueron invitadas. Chamberlain, a su regreso a Londres, daría una gran frase para la posteridad al decir que había logrado «paz en nuestro tiempo». El Gobierno checo, mientras tanto, dimitía, dejando su sitio al veterano de la guerra civil rusa Syrovy. Praga ya no se resistiría ante Berlín. Hitler, entonces, aseguró al *prémier* inglés que Alemania no tenía más reivindicaciones étnicas y lo confirmó en un discurso del 26 de septiembre en el Sportpalast de Berlín: «Alemania no tiene más problemas territoriales en Europa [...]. No queremos ya más checos».

Al caer los Sudetes, pareció que todo el mundo viera la oportunidad para expandirse a costa de Checoslovaquia. Las tropas alemanas ocuparon el territorio acordado con gran liberalidad, absorbiendo pueblos checos así como las célebres industrias Skoda. Eslovaquia exigía la autonomía, siempre bajo la influencia de los celos y la labor de los agitadores del Reich. Polonia y Hungría exigieron, bajo amenaza, sus territorios anhelados, a lo que las ametralladoras checas respondieron con contundencia.

Hitler se mostró «preocupado» por el cuarto de millón de alemanes que quedaba en el país, y el 15 de marzo de 1939 convocó al primer ministro checo, Hacha, a Berlín. Allí le hizo acceder a la ocupación de Bohemia y Moravia; la verdad era que, en esos mismos momentos, estaban ya siendo invadidas por el Ejército alemán.

La situación había cambiado demasiado en diez años. Ahora, Rumanía, Yugoslavia y Hungría veían al Reich como fuerza dominante en la zona, y descubrían que no era mala idea tenerlo como principal socio comercial. Polonia ya se llevaba bien con Berlín, aunque ahora comenzara a temer ser la nueva víctima del proyecto nazi europeo. En cuanto a Gran Bretaña, se había convertido en el

nuevo mediador de Hitler, y Francia había abandonado (traicionado, más bien) su idea original de formar un bloque antialemán en el este. Con la toma de Checoslovaquia, Alemania se hacía –ahora sí– con toda la cuenca económica y bancaria de Europa Central.

Polonia había desoído los consejos de Francia e Inglaterra durante la crisis checoslovaca, y mantenía su amistad berlinesa desde 1934, pero la ausencia de una invitación a la Conferencia de Múnich le hizo darse cuenta de que Hitler la veía como satélite, no como socio. Por otra parte, su sentimiento proalemán amainó cuando el Gobierno salido de las elecciones de 1938 advirtiera de que Polonia, con su minoría alemana, podía ser la siguiente. Por si fuera poco, el 21 de marzo, Alemania había tomado la ciudad de Memel y su distrito circundante de manos de Lituania. El ejército polaco, además, estaba a años luz de la moderna Checoslovaquia, y contaba con sólo doscientas cincuenta viejas carcasas volantes, y un único batallón de tanques. Es por ello por lo que Polonia decidió –en caso de tensión– adoptar la misma estrategia de Hitler: presionando con faroles a fin de forzar al contrario a retirarse.

Los disgustos prosiguieron tras la caída de Checoslovaquia. Ese mismo mes, Chamberlain se enteró por los diarios que Alemania había forzado a Rumanía a coordinar su política exterior (accediendo a su petróleo y burlando por tanto cualquier posible bloqueo) y que había presentado un ultimátum a Varsovia por la ciudad de Danzig. Hitler no parecía reaccionar a la obvia moraleja del acuerdo de Múnich; que la diplomacia era más beneficiosa que las armas.



Tropas alemanas entran en Checoslovaquia ante la ira popular, 1939. Tras la cesión de los Sudetes checoslovacos a Hitler, un año antes, la joven nación quedó desprotegida ante sus enemigos. Al invadirla entera, Alemania dominaba así la cuenca económica y bancaria de Europa Central.

Todavía en marzo, Chamberlain intentó formar un nuevo bloque oriental con Rumanía, Polonia y la Unión Soviética, pero era demasiado tarde. Los dos primeros se creían preparados para lidiar con ella. Sabían que Londres no se comprometería militarmente y la inclusión de la URSS enojaría al poderoso vecino alemán. Polonia prefirió un acuerdo bilateral, menos enfadoso, y Londres aceptó, comprometiéndose a defender tanto la seguridad polaca como la ciudad libre de Danzig, aunque careciera aún de la capacidad militar para ello.

Ribbentropp siguió presionando a Varsovia, ahora para conectar Prusia oriental con el Reich, cortando para ello el territorio polaco. Polonia rehusó y las tropas alemanas comenzaron a maniobrar en su frontera, como ya lo hicieran en Checoslovaquia. Chamberlain comprendió finalmente la diplomacia de la esvástica: dijo –también en nombre de Francia– que si Polonia fuera atacada, ellos responderían en su defensa. Polonia, altiva, replicó que ella les prometía garantías similares.

Italia no quiso quedarse atrás, y escogió precisamente ese momento para atacar los puertos de Albania y adueñarse del país. Londres y París extendieron sus garantías a los Balcanes. El panorama se enturbiaba. El 20 de abril Londres introducía el entrenamiento militar obligatorio. Berlín detectó, escandalizada, una clara voluntad de guerra (¡nada menos!) y aprovechó para denunciar el reciente acuerdo naval entre ambos.

La protección de Occidente a Grecia precipitó la consumación de una alianza entre las dos águilas del fascismo, la pescadora (Italia) y la imperial (Alemania). El 7 de mayo de 1939 se firmaría el Pacto de Acero, en el que cada una de las naciones se comprometía a participar en la guerra, ya fuera esta de agresión o no. El ministro de Exteriores italiano Ciano, ebrio de fiestas y mujeres, ni siquiera leyó bien el documento. Le comentó a su homólogo Ribbentropp que Italia no estaría preparada para la guerra hasta 1942. Ribbentropp asintió. Pero le había mentido; Hitler había proyectado ya un posible ataque a Polonia desde el día 11 de abril.

Aunque Francia o Inglaterra no pudieran acceder a Polonia con sus tropas de manera directa, la Unión Soviética sí que podía. Pero el intento de coordinarse fue inútil. Rusia quería acceso para sus tanques a través de Polonia y Rumanía. Varsovia no quería saber nada de ello y, desde Londres y París, que aún creían en una guerra de posiciones fijas resuelta por un eventual bloqueo naval contra la Alemania rodeada, estos avances mecanizados suponían oscuras maniobras bolcheviques para adueñarse de más territorio o humillar a los polacos. Además, Stalin perseguía, al mismo tiempo, «garantías de integridad» para los países bálticos y estos temieron por su independencia.

En agosto, los propios temores de Stalin a un probable ataque nazi se resolvieron en una decisión sorprendente: era necesario que Rusia cambiara de aliado, aunque fuera temporalmente. La amistad franco-británica parecía gafada y no impresionaba a los hombres como Hitler. Moscú no había logrado que los occidentales se comprometieran a nada, así que cambió de bando. No se sabe si por casualidad o espionaje, Hitler envió a Moscú una propuesta de pacto alrededor del 14 de agosto. Los soviéticos dudaron algo, pero reconocieron la oportunidad de cerrar una tregua hasta estar en condiciones de luchar en solitario. Hitler insistió en firmar antes de una semana, lo cual indica que no tenía tanto la intención de contar con las fuerzas soviéticas en una guerra antipolaca (esta estaba preparada oficialmente para el 1 de septiembre y habría habido tiempo de sobra para coordinarse), sino que deseaba asustar a las potencias occidentales con su nuevo e inverosímil pacto, para luego poder contar con su respaldo –o su silencio– cuando llegara el turno de presionar a Polonia por Danzig. De hecho, es posible que a esas alturas Hitler estuviera buscando mediante amenazas otro pacto de Múnich, esta vez a costa de Polonia, en vez de querer atacar directamente a Varsovia que

bien podría auxiliarle en su futura expansión antisoviética.

El 23 de agosto se firmó el pacto nazi-soviético. La posibilidad de un bloqueo naval aliado se diluía con esto. Sin embargo, la estrategia de utilizar la alianza con Rusia para asustar a Inglaterra tampoco funcionó. Londres, recogiendo penosamente la cosecha de su propia ineptitud, no podía hacer otra cosa que amenazar nuevamente con la guerra. Pero Hitler no temía a la guerra, aunque probablemente hubiera preferido obtener Danzig mediante negociación. Beck, el reticente ministro polaco de Exteriores, se encargaba siempre de mantener la ciudad en disputa entre Berlín y Varsovia. Los acontecimientos no podían mantenerse así mucho más tiempo.

El 1 de septiembre de 1939, las botas de la Wehrmacht desfilaron al paso de la oca a través de la frontera polaca. En las cancillerías de Francia e Inglaterra, los políticos tuvieron un minuto para mirarse al espejo y palparse las ojeras. Después, declararon la guerra a Berlín, tras un ultimátum, el 3 de septiembre.

Lo que vendría a continuación convertiría la Gran Guerra en una anécdota para olvidar. La riada de sangre que la época había propiciado, y el enfrentamiento total entre potencias que se acabaron disputando medio mundo, convirtieron los siguientes seis años en la aproximación más cercana al infierno que jamás conoció la humanidad.

Pero eso es ya otra historia, y habrá de ser contada en otro momento.

9

Conclusiones

Men marched asleep. Many had lost their boots
but limped on, blood-shod. All went lame; all blind.

[Los hombres marchaban dormidos.
Muchos habían perdido sus botas
pero avanzaban renqueantes con los pies ensangrentados.
Todos iban cojos; todos ciegos]

Wilfred Owen

En algún momento del año, ya remoto, de 1916, un joven J. R. Tolkien cargaba, pistola en mano, a través de un inmenso lodazal del que sobresalían tocones calcinados, ruedas rotas de carro, enredaderas de alambres de espino y manos, botas, pies y partes variadas de un sinfín de cadáveres. Ese campo de juego macabro no era otro que el Somme, y aquellos que cargaban, en una suerte de formación desesperada de *rugby*, recibían un fuego graneado en forma de balas siseantes y cortinas de artillería. La juventud del siglo XX no había aprendido a hacerse un hombre. La juventud del siglo XX había aprendido lo que era el horror.

Tolkien dejaría ver esto, con el paso del tiempo. Su trilogía de fantasía *El señor de los anillos* ensalzaba a un tipo de hombre modesto y valiente, simple y rural, que tenía la oportunidad de conocer el infierno. Este infierno se llamaba, en la novela, Mordor, pero bien podría haberse tratado de los campos de la Francia en guerra: una tierra gris y requemada de la que nadie espera volver.

El despertar de muchos jóvenes europeos bien pudo haber sido así. Del medio tradicional, fueron trasladados al más real de los infiernos y aprendieron a convertirse en asesinos en serie. El patriotismo bien podía justificar todo esto, pero razonar una matanza en nombre de una bandera acabaría siendo una consigna de la que no pocos se arrepentirían según transcurriera el siglo.

Del hastío a la bandera y sus muertos, surgió –precisamente– la antibandera. Roja. Imbuida de un impulso frenético después de haber visto cómo los imperios se hacían trizas entre ellos por el cadáver de un archiduque. O por unos cuantos kilómetros cuadrados de suelo colonial. Porque en 1914, muchos se esperaron Sadowa, unos pocos Sedán, pero nadie estaba preparado para encontrarse, durante cuatro largos años, con Sebastopol.

Afortunadamente, para el final de la guerra (si es que aquello fue una guerra, según la concebían en las cancillerías en 1900), llegó el progreso. El progreso, en forma de un sistema que mantuvo la paz en una Europa que ya conocía la hecatombe, al menos, durante veinte años. Veinte años de

turbulencias, pero también de paz. No volvió a darse la guerra total hasta 1939; la Sociedad de Naciones la evitó, como la había evitado el Congreso de Viena en 1815. Las entreguerras fueron también una época a reivindicar: en ellas se basó la ONU actual, y es justo reconocer que si esta no ha logrado demasiado, peor habría sido que hubiera logrado mucho menos.

Pero el progreso, en fin, trajo también ideas variadas: las versiones caninas y furiosas de pasadas ideologías. Los socialistas se volvían comunistas y enseñaban ahora los colmillos, incluso cuando estos quedaron romos. Los románticos reaccionarios, como en su día el malogrado Boulanger, se hicieron a las masas, y las bandas de redentores fascistas se formaron de nación en nación, esperando el momento en que un Gobierno débil los llamara de su lado. En general, el público tendió a apuntarse al bando de una determinada clase social (perteneciera a ella o no), y tras blindarla con una armadura dictatorial, se preparó para la batalla que creía inevitable.

Al final, en 1939, el horror llegó de nuevo, pero fue de la mano de rencillas territoriales entre los aliados y Alemania, de quien decía Mirabeau que «no era un país que tuviera un Ejército, sino un Ejército que tenía un país». Las nuevas ideas del siglo no pesaron tanto como la ya clásica competición entre potencias por magras franjas de territorio. El nacionalismo alemán no era nada nuevo, y las guerras rusas de salvación nacional, tampoco.

Sin embargo, la violencia que formó la espina dorsal de aquella segunda guerra –una violencia que ejecutaba adolescentes contra las paredes, gaseaba familias enteras o torturaba de manera inhumana a prisioneros en los cuarteles de la Gestapo en Lyon– fue una nueva enfermedad, gestada ya desde el final de la Gran Guerra. Una guerra que no acabó con todas las guerras ni mucho menos, sino que contribuyó a que toda guerra de ahí en adelante fuera diferente. Y atroz.

Europa había atravesado la «primavera» (comparativa) de la *Belle Époque*, y le había tocado enfrentarse al resto de estaciones. Primero, un verano caliente de amenazas. Luego, un otoño donde todas las hojas murieron y cayeron del árbol, formando un manto cadavérico y anónimo en las tierras embarradas del norte europeo. Finalmente, la paz. Y con ella, el invierno paramilitar.

Fue en ese «invierno» donde todo el mundo decidió apelar a milicias de diverso cuño. Desde los polacos de Zeligowsky a los *camice nere*, a los guardias rojos o a los *Freikorps*. Estos últimos, que disfrutaron de un tour de la violencia privilegiado por las tierras del este, importaron (ya de vuelta en Alemania) un nuevo tipo de cultura violenta que todos habían creído propio de las naciones bárbaras e incivilizadas. Los británicos se creyeron superiores al «Huno»; no fue así. La salvaje guerra irlandesa les demostró lo contrario.

Los años veinte trajeron la apariencia de un bello futuro. No había razón para dudar de ello. La política entre las naciones se aclaraba la garganta de vez en cuando, pero presentaba por lo demás una salud de hierro. Se cerraron préstamos y acuerdos de paz entre antiguos enemigos, y se habló de desarme y Unión Europea. En aquellos momentos, el enemigo era –si acaso– el sistema internacional comunista, y este ya había demostrado una encomiable tendencia hacia la debilidad, la dilación y el suicidio.

Algo menos seguro se volvió el panorama cuando aparecieron violentos Prometeos, hijos descastados de un liberalismo que –no obstante– les siguió proveyendo de dinero y de poder cuando así lo creyó necesario: Los fascismos se fortalecieron durante los años treinta, y aquello se notó en que tiraron hacia sí de las fuerzas de la derecha moderada. En el otro extremo, los intelectuales del centro-izquierda intentaron contar con los comunistas en sus filas para formar un frente unido y contrario, pero tan sólo contribuyeron a aguar aún más la escasa belicosidad revolucionaria de estos últimos. La

retórica comunista daba alas a sus enemigos, pero sus actos (escasos, constreñidos y torpes) les proporcionaban la victoria. La breve alianza del antifascismo (progresistas y revolucionarios contra conservadores y autócratas) recordaba las inverosímiles asociaciones entre aliadófilos contra germanófilos durante la primera de las guerras europeas.

Por otra parte, el nacionalismo volvió a dejar clara su fuerza sobre cualquier proceso revolucionario de la década. Hitler asesinó a Rohm y Stalin hizo lo propio con Trotsky. Lo social, la revolución de la igualdad, podía esperar. Esa bien pudo haber sido la moraleja de entreguerras.

El fascismo le prometía un futuro nuevo a las clases medias pero –salvo por los caballeros mutilados españoles de 1939– no les supo dar verdaderos privilegios, a excepción, quizá, del de pertenecer a una burocracia de partido. Lo que sí supo construir el fascismo (y para esto debieron esperar hasta mediados/finales de los años treinta) fue una sólida red de acción internacional, basada en pocos países, que no pretendía representar a ninguna mayoría, que controlaba su retórica cuando era necesario y que se ganaba el respeto del prójimo a base de alcanzar sus conquistas en la realidad, y no sólo en la utopía.

No era para menos. Si Mussolini quiso jugar a César, Hitler prefirió creerse Napoleón y –como el general francés– basar sus apoyos internos en los logros conseguidos en el exterior. Recurrir a la política exterior, por cierto, no había sido nada nuevo en la Alemania desde 1919 a 1939. Pero Hitler supo dejar de vender excusas, y vender –a la par– justicias y venganzas. Cuando Japón se unió al club, un eje de tres voluntades fuertes fue puesto en marcha. Los esquemas raciales tuvieron poco que ver (si Japón los aguaba, también lo hacían los italianos, a quienes Hitler despreciaba). Bastó con que Tokio tuviera también una misión imperial que cumplir.

En cuanto a Roma, su papel fue principalmente el de un diplomático del fascismo, seductor y sibilino. Militarmente, no era, sin embargo, gran cosa. El factor terror lo proporcionaban mejor Hitler o Tojo. Dada la tradición de clamorosas derrotas italianas desde tiempos de la Independencia, provocar a Roma en 1939 resultaba sólo ligeramente más peligroso que meterse, en 1900, con una *sufragette* británica.

Por otra parte, los triunfos del sistema fascista sobre los otros dos no tienen por qué oscurecer el fracaso de todos ellos respecto de sus objetivos originarios. El sistema liberal no logró arbitrar o castigar más allá de los intereses de sus miembros mejor alimentados. El sistema comunista convirtió la revolución mundial en una oscura oficina de burócratas tan paranoides como conservadores. Cuando sus objetivos cambiaron (de la revolución internacional, a la defensa de la Unión Soviética), su papel no es que fuera excesivamente brillante: muchos rusos pudieron corroborar esto, personalmente, en 1941. En cuanto al sistema fascista, quizá falló en el cumplimiento de sus promesas iniciales, pero quizá sea una característica inherente al fascismo el que tenga que traicionar sus ambiciosas ideas de conquista en solitario para pactar con el resto de jugadores una victoria rápida e indolora. Cuando esto falló –justo es admitirlo– los fascistas supieron luchar.

Pero no fue una ideología particular la que hizo que los seis años de 1939 a 1945 se llenaran de civiles muertos. No; fue un sentimiento. Un cambio de mentalidad, ocurrido ya a comienzos de los años veinte –y que los acuerdos galantes entre políticos no pudieron erradicar–, que determinó que las reglas del siglo eran otras. Eran reglas de guerra civil, de violencia continua y burbujeante. Europa y el mundo habían descubierto que jugar al ajedrez era más rápido si no se seguían las reglas. Podía ser más arriesgado, pero también era más efectivo. Y mediante revoluciones, mediante golpes, guerras civiles, mediante asesinatos, palizas, maniobras, mentiras o masacres, los hombres de 1919 a 1939

buscaron resolver, de una vez por todas, la problemática realidad que los rodeaba.

En 1945, amanecía un mundo nuevo. Pero la guerra brutal que le precedió fue fraguada, año a año, por la mentes dislocadas de tantos ciudadanos que encontraron en las entreguerras su momento más vital.

Veinte años después; la guerra, la peste, el hambre y la muerte seguían gobernando Europa. Ninguna revolución había sido tan fuerte como para privar a los cuatro jinetes de su triunfo eterno.

Bibliografía

ABC, 8 de junio de 1939.

Adamson, Walter. «Gramsci's interpretation of fascism». En: *Journal of the History of Ideas*, 1980; 41(4): 615-633.

Alpert, Michael. *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la Guerra Civil española.* Madrid: Akal, 1998.

Ashworth, A. E. «The Sociology of Trench Warfare 1914-18». En: *The British Journal of Sociology*, 1968; 19(4): 407-423.

Arendt, Hannah. *Eichmann in Jerusalem. A report on the banality of evil* [1963]. Estados Unidos: Penguin Books, 2006.

Atkin, Muriel. «Taline Ter Minnassian. Colporteurs du Komintern: L'Union soviétique et les minorités au Moyen-Orient». En: *The American Historical Review*, 1999; 104(1): 281.

Bach-Lindsay, Dylan y Enterline, Andrew. «Killing time: The world politics of civil war duration, 1820-1992». En: *International Studies Quarterly*, 2000; 44, 4: 615-642.

—, «Third-party intervention and the civil war process». En: *Journal of Peace Research, 2008; 45(3): 345-363.*

Baldwin, Peter. «Social interpretations of nazism: renewing a tradition». En: *Journal of Contemporary History*, 1990; 25(1): 5-37.

Barret, David. «The role of Hu Hanmin in the First United Front: *1922-1927*». En: *The China Quarterly*, 1982; 89: 34-64.

Beevor, Antony. *The Spanish Civil War [1982].* Londres: Cassel, 2004.

Belogurova, Anna. «The civic world of international communism: Taiwanese communists and the Comintern (1921-1931)». En: Modern Asian Studies, 2012; 46(6): 1.602-1.632.

Bennett, Fay. «Youth and peace». En: *Journal of Educational Sociology*, 1939; 12(7): 399-409.

Bergen, Doris. «Nazism and christianity: partners and rivals? A response to Richard Steigmann-Gall, the Holy Reich. Nazi conceptions of christianity, 1919-1945». En: *Journal of Contemporary History*, 2007; 42(1): 25-33.

Biddle, Tami. «The strategic revolution». En: Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 391-406.

Biesanz, John. «Nazi influence on German youth hostels». En: *Social Forces*, 1941; 19(4): 554-559.

Bing, Dov. «Sneevliet and the early years of the CCP». En: *The China Quarterly*, 1971; 48: 677-697.

—, «Was there a Sneevlietian strategy?». En: *The China Quarterly,* 1973; 54: 345-353.

Babel, Isaak. *Caballería roja.* Barcelona: Bruguera, 1982.

Baker, Mark. «The war and the revolution». En: Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 243-258.

Blattman, Christopher y Miguel, Edward. «Civil war». En: *Journal of Economic Literature*, 2010; 48(1): 3-57.

Blinkhorn, Martin. «The fascist challenge». En: Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 309-325.

Blom, Philippe. *Vertigo years. Europe, 1900-1914.* Nueva York: Basic Books, 2008.

Bond, Brian. Reseña de: Trench Warfare 1914-1918: The Live and Let Live System, de Ashworth, Tony. En: *The English Historical Review*, 1983; 98(387): 455-456.

Bowler, Anne. «Politics as art: Italian futurism and fascism». En: *Theory and Society*, 1991; 20(6): 763-794.

Boyce, Robert. «Why International Finances Mattered: 1919-1939». En: Martel, Gordon. *A companion to international history* 1900-2001. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 181-194.

Brierly, James L. «La Sociedad de Naciones». En: Mowat, Charles Loch. *Historia del Mundo Moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 187-205.

Brockett, Gavin. «The challenge to Empire in the Middle East and Asia». En: Martel, Gordon. *A companion to international history* 1900-2001. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 207-219.

Brogan, Denis. «Los Estados Unidos de América». En: Mowat, Charles Loch. *Historia del Mundo Moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 414-435.

Brower, Daniel. Reseña de: The Komintern: the origins of the tactics of the United Proletarian Front, de Molchanov. En: *The American Historical Review*, 1971; 76(1): 176.

BUTLER, Rohan. «El tratado de paz de Versalles, 1918-1933». En: MOWAT, Charles Loch. *Historia del Mundo Moderno XII. Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 162-186.

CALLAGHAN, John y MORGAN, Kevin: «The open conspiracy of the communist party and the case of W. N. Ewer, communist and anti-communist». En: *The Historical Journal*, 2006; 49(2): 549-564.

CARR, Edward. *The twenty years crisis 1919-1939* [1939]. London: Macmillan, 1951.

—, *International relations between the two world wars.* [1950] Basignstoke/Nueva York: Palgrave, 2002.

—, *La Revolución Bolchevique (1917-1923)* (VOLS.1-3) [1953]. Madrid: Alianza Editorial, 1974.

CARR, Raymond. *España 1808-1975 [1966].* Barcelona: Ariel, 2007.

CARR, William. «National socialism. Foreign Policy and Werhmacht». En: LAQUEUR, Walter. *Fascism: a reader's guide. Analyses, interpretations, bibliography* [1976]. Aldershot: Wildwood House, 1988. p. 151-178.

CASANOVA, Julián. *Europa contra Europa (1914-1945).* Barcelona: Crítica, 2011.

CÈLINE, Louis-Ferdinand. *Viaje al fin de la noche* [1952]. Barcelona: Edasa, 1995.

CHAN, Adrian y BING, Dov. «Chinese evidence on the Sneevlietian strategy». En: *The China Quarterly*, 1973; 56: 749-761.

CHASE, William. *Enemies within the gates?: the Comintern and the stalinist repression, 1934-1939.* New Haven: Yale University Press, 2001.

—, «The socialist experiment». En: MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 292-308.

COHEN, Gidon. «Propensity-score methods and the Lenin School». En: *The Journal of Interdisciplinary History*, 2005; 36(2): 209-232.

COHRS, Patrick. *The unfinished peace after World War I. America, Britain and the stabilisation of Europe 1919-1932* [2006]. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.

COLLCUTT, Martin; JANSEN, Marius; KUMAKURA, Isao. *Japón, el imperio del sol naciente.* Barcelona: Ediciones Folio, 1990.

COLLIER, Paul y HOEFFLER, Anke. *«On economic causes of civil war».* En: *Oxford Economic Papers*, 1998; 50(4): 563-573.

Cox, Geoffrey. *Defence of Madrid.* Londres: Victor Gollanz, 1937.

Crowley, James. «Japanese Army factionalism in the early 1930's». En: *The Journal of Asian Studies*, 1962; 21(3): 309-326.

Cullen, Stephen. «The development of the ideas and policy of the British Union of Fascists, 1932-1940». En: *Journal of Contemporary History*, 1987; 22(1): 115-136.

Darch, Colin. «Catalyst, stake, pretext, symbol, mask: on the history of relations between the Comintern, the Soviet Union and Southern Africa». Reseña de: South Africa and the Communist International: a documentary history y The formation of domestic African studies, 1920s to Early 1960s». De: Davidson, Apollon. *The Communist International and Africa: documents*. De: Gorodnov, Valentin. En: *Journal of Southern African Studies*, 2005; 1(4): 883-893.

Diehl, James. «Demobilization and discontent». En Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB), Blackwell, 2006. p. 277-291.

Doyle, Bob. *Brigadista. An Irishman's fight against fascism*. Dublín: Currach Press, 2006.

Elazar, Dahlia Sabina. «Class, state, and counter-revolution: the fascist seizure of power in Italy, 1919-1922». En: *European Sociological Review*, 2000; 16(3): 301-321.

—, «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of fascism in Italy, 1920-21». En: *The British Journal of Sociology,* 2000; 51(3): 461-488.

Elleman, Bruce. «Soviet diplomacy and the First United Front in China». En: *Modern China*, 1995; 21(4): 450-480.

Elorza, Antonio. *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona: Anagrama, 1984.

Evans, Richard. *La llegada del Tercer Reich* [2003]. Barcelona: Península, 2012.

Fainsod, Merle. «The Komsomols – A study of youth under dictatorship». En: *The American Political Science Review*, 1951; 45(1): 18-40.

Farley, Miriam. «Japan between Two Wars». En: *Far Eastern Survey*, 1939; 8(21): 243-248.

Ferrel, Robert. «The Mukden Incident: September 18-19, 1931». En: *The Journal of Modern History*, 1995; 27(1): 66-72.

Fitzpatrick, Sheila. «Sex and revolution: an examination of literary and statistical data on the mores of Soviet students in the 1920s». En: *The Journal of Modern History*, 1978; 50(2): 252-278.

FLORINSKY, Michael. «World revolution and Soviet foreign policy». En: *Political Science Quarterly*, 1932; 47(2): 204-233.

FLOY, Harriette. «The Arcos Raid and the rupture of Anglo-Soviet relations, 1927». En: *Journal of Contemporary History*, 1977; 12(4): 707-723.

FRITZ, Stephen. «The NSDAP as Volkspartei? A look at the social basis of the nazi voter». En: *The History Teacher*, 1987; 20(3): 379-399.

FRITZSCHE, Peter. *Vida y muerte en el Tercer Reich* [2008]. Barcelona: Crítica, 2010.

FULDA, Berhnhard. *Press and politics in the Weimar Republic*. Oxford: Oxford University Press, 2009.

GADDIS, John. *El paisaje de la historia. Como los historiadores representan el pasado*. Barcelona: Anagrama, D. L., 2004.

GANKIN, Olga. «The Bolsheviks and the founding of the Third International». En: *Slavonic Year-Book. American Series*, 1941; 1: 88-101.

GARCÍA ALÍX, Carlos. *El honor de las injurias: busca y captura de Felipe Sandoval (vídeo)*. Madrid: T Ediciones, 2007.

GEARY, Dick. «The Nazi New Society». En MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945*. Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 359-374.

GERWARTH, Robert y HORNE, John. «Vectors of violence: paramilitarism in Europe after the Great War, 1917-1923». En: *The Journal of Modern History*, 2011; 83(3): 489-512.

GIL PECHARROMÁN, Juan. *Europa centrooriental contemporánea (siglos XIX-XX)*. Madrid: UNED, 2010.

GLEDITSCH, Kristian; SALEHYAN, Idean; SCHULTZ, Kenneth. «Fighting at home, Fighting abroad: How civil wars lead to international disputes». En: *The Journal of Conflict Resolution*, 2008; 52(4): 479-506.

GOLDSTEIN, Erik. «The Versalles System». En: MARTEL, Gordon. *A companion to international history 1900-2001*. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 154-156.

GORSUCH, Anne. «A woman is not a man: the culture of gender and generation in soviet Russia, 1921-1928». En: *Slavic Review*, 1996; 55(3): 636-660.

GOULD, Julius. «The Komsomol and the Hitler Jugend». En: *The British Journal of Sociology*, 1951; 2(4): 305-314.

GRAHAM, Helen. *Breve historia de la guerra civil*. Madrid: Espasa Calpe, 2006.

GREY, Paul; MCALEAVY, Tony y LITTLE, Rosemary. *Modern World History. Combined edition* [2001]. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.

GRUBER, Helmut. «Willi Münzenberg's German communist propaganda empire 1921-1933». En: *The Journal of Modern History*, 1966; 38(3): 278-297.

HAFFNER, Sebastian. *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*. Barcelona: Destino, 2001.

HAJEK, Milos. *Historia de la Tercera Internacional: la política de frente único (1921-1935).* Barcelona: Crítica, 1984.

HALL, Leslie. «Sexuality and the psyche». En: MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 82-97.

HANNAM, June. «Feminism: women, work, and politics». En: MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 35-49.

HANNEGAN, Mary. «Dissent from within: Hasegawa Nyozekan, liberal critic of fascism». En: *Monumenta Nipponica*, 1997; 52(1): 35-58.

HARVEY, Elizabeth. «The cult of youth». En MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 66-81.

HEATH, John. Reseña de: Fifty Years of International Socialism, de BEER, Max. En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1931-1939), 1936; 15(1): 133-134.

HILL, Alexander. «Stalin and the west». En: MARTEL, Gordon. *A companion to international history* 1900-2001. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 257-269.

HINCKS, Darron. «Support for the opposition in Moscow in the party discussion of 1923-1924». En: *Soviet Studies*, 1992; 44(1): 137-151.

HINTON, Alex. «Why did the nazis kill?: Anthropology, genocide and the Goldhagen controversy». En: *Anthropology Today*, 1998; 14(5): 9-15.

HOLCOMBE, Arthur. «Trench Warfare». En: *The American Political Science Review*, 1931; 25(4): 914-925.

HOPKIN, Deian. «Domestic censorship in First World War». En: *Journal of Contemporary History*, 1970; 4: 151-156.

HORN, Daniel. «The Hitler youth and educational decline in the Third Reich». En: *History of Education Quarterly*, 1976; 16(4): 425-447.

INGELHART, Louis Edward. *Press and speech freedoms in the world, from Antiquity until 1998: a chronology.* Estados Unidos: Greenwood Publishing Group, 1998.

JACKSON, Gabriel. *La república española y la guerra civil.* [1965] Barcelona: Crítica, 2008.

—, «The Spanish Popular Front». En: *Journal of Contemporary History,* 1970; 5(3): 21-35.

JACKSON, George. Reseña de: «Komintern: Pervye desiat' let» de VATLIN, A. I. En: *Russian Review*, 1995; 54(3): 473.

JACOBS, Dan. «Recent Russian material on Soviet advisers in China: 1923-1927». En: *The China Quarterly*, 1970; 41: 103-112.

JACOBSON, John. «Strategies of French Foreign Policy after World War I». En: *The Journal of Modern History*, 1983; 55(1): 78-95.

JONES, Edgard. «The psychology of killing: the combat experience of British soldiers during the First World War». En: *Journal of Contemporary History*, 2006; 41(2): 229-246.

JORDAN, Nicole. «The reorientation of French diplomacy in the mid-1920s: the role of Jacques Seydoux». En: *The English Historical Review*, 2002; 117(473): 867-888.

KANAZAWA, Satoshi. «Evolutionary psychological foundations of Civil Wars». En: *The Journal of Politics*, 2009; 71(1): 25-34.

KARPAT, Kemal. «La revolución turca». En: DE LA TORRE, Rosario; SOLÉ MARIÑO, José María; KEOGH, Dermott y MARTÍNEZ CARRERAS, José. *Los problemas de la paz. El nuevo mapa de Europa*. Madrid: Temas de Hoy, 1997.

KAYSER, Jacques. «France and the international situation». En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1931-1939), 1936; 15(4): 506-524.

KERSHAW, Ian. «War and political violence in twentieth-century Europe». En: *Contemporary European History*, 2005; 14(1): 107-123.

—, «Reply to Smith». En: *Contemporary European History,* 2005; 14(1): 131-134.

KIRTY, David. «International socialism and the question of peace: the Stockholm Conference of 1917». En: *The Historical Journal*, 1982; 25(3): 709-716.

KITAOTA, Shin'ichi. «The Army as a bureaucracy: Japanese militarism revisited». En: *The Journal of Military History*, 1993; 57(5). Special Issue: Proceedings of the Symposium on «The History of War as Part of General History» at the Institute for Advanced Studies, Princeton, New Jersey: 67-86.

KOCHO-WILLIAMS, Alastair. «The Soviet diplomatic vorps and Stalin's purges». En: *The Slavonic and East European Review*, 2008; 86(1): 90-110.

KOENKER, Diane. «Fathers against sons/Sons against fathers: the problem of generations in the early soviet workplace». En: *The Journal of Modern History*, 2001; 73(4): 781-810.

KOZLOV, Nicholas; WEITZ, Eric. «Reflections on the origins of the "Third Period": Bukharin, the Comintern, and the political economy of Weimar Germany». En: *Journal of Contemporary History*, 1989; 24(3): 387-410.

KRAMMER, Arnold. «Germans against Hitler: The Thaelmann Brigade». En: *Journal of Contemporary History*, 1969; 4(2): 65-83.

KRISTJÁNSDÓTTIR, Ragnheitur. «Communists and the national question in Scotland and Iceland, c. 1930 to c. 1940». En: *The Historical Journal*, 2002; 45(3): 601-618.

KUHN, Raymond. *The media in France*. Abingdon: Routledge, 2006.

KUROMIYA, Hiroaki. *The ghost of the executed engineer: technology and the fall of the Soviet Union,* de GRAHAM, Loren. En: The American Historical Review, 1995; 100(1): 196.

LANGHORNE, Richard. Reseña de: War and the 20th century: the impact of war on the modern consciousness, de COKER, Christopher. En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1944-), 1995; 71(3): 591-592.

LARGE, Stephen. «Oligarchy, democracy and fascism». En: TSUTSUI, William. *A companion to Japanese history*. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB): William Blackwell, 2009. p. 156-171.

LAWRENCE, Jon. «Forging a peaceable kingdom: war, violence, and fear of brutalization in post-First World War Britain». En: *The Journal of Modern History*, 2003; 75(3): 557-589.

LEE, Stephen. *The European dictatorships* [1987]. Londres: Routledge, 1987.

LEITZ, Christian. *Nazi foreign policy, 1933-1941. The road to global War.* Londres: Routledge, 2004.

LITTLE, Douglas. «Antibolshevism and American foreign policy, 1919-1939: the diplomacy of Self-Delusion». En: *American Quarterly*, 1983; 35(4): 376-390.

LIZ, Antonio. *Octubre 1934: insurrecciones y revolución.* Sevilla: Espuelas de Plata, 2009.

LOZANO, Álvaro. *Mussolini y el fascismo italiano.* Madrid: Marcial Pons, 2012.

MAIER, Charles. «Consigning the twentieth century to history: alternative narratives for the Modern Era». En: *The American Historical Review*, 2000; 105(3): 807-831.

MALAPARTE, Curzio. *Técnica del golpe de Estado* [1931]. Buenos Aires: Plaza y Janés, 1965.

MARCO, Jorge. «Genocidio y Genocide Studies. Definiciones y debates». En: *Hispanianova. Revista de Historia Contemporánea*, 2012; 10. Disponible en: http://hispanianova.rediris.es.

MAZOWER, Mark. «Violence and the State in the twentieth century». En: *The American Historical Review*, 2002; 107(4): 1158-1178.

MCCLELLAN, Woodford. «Africans and black Americans in the Comintern schools, 1925-1934». En: *The International Journal of African Historical Studies*, 1993; 26(2): 371-390.

MCDERMOTT, Kevin. «Stalinist terror in the Comintern: new perspectives». En: *Journal of Contemporary History*, 1995; 30(1): 111-130.

MCNEIL, Elton. *The military mind versus the civilian mind. Total War and Cold War*, de COLES, Harry. En: *The Journal of Conflict Resolution*, sept. 1962; 6(3); Case Studies in Conflict: 277-281.

MESCHKAT, Klaus. «Helpful intervention? The impact of the Comintern on early Colombian communism». En: *Latin American Perspectives*, 2008; 35(2); Reassessing the History of LatinAmerican Communism: 39-56.

MICEWSKI, Andrzej. «Polish youth in the thirties». En: *Journal of Contemporary History*, 1969; 4(3): 155-167.

MILESTON, Lewis. *All quiet on the Western Front (vídeo).* EE. UU.: Universal Pictures, 1930.

MILLER, James. «Youth in the dictatorships». En: *The American Political Science Review*, 1938; 32(5): 965-970.

MOMMSEN, Hans. «National socialism. Continuity and change». En: LAQUEUR, Walter. *Fascism: a reader's guide. Analyses, interpretations, bibliography.* [1976] Aldershot: Wildwood House, 1988. p. 179-210.

MOORE, Harriet. «The Soviet press and Japan's war on China». En: *Pacific Affairs*, 1938; 11(1): 44-51.

MORRIS, James. «The Polish terror: spy mania and ethnic cleansing in the great terror». En: *Europe-Asia Studies*, 2004; 56(5): 751-766.

MOSSE, George. «Two World Wars and the myth of the war experience». En: *Journal of Contemporary History*, 1986; 21(4): 491-513.

MOWAT, Charles Lock. «Introducción, problemas y límites de la historia contemporánea». En: MOWAT, Charles Lock. *Historia del mundo moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 1-7.

NEILSON, Keith. «Total war: total history». En: *Military Affairs*, 1987; 51(1): 17-21.

NELIS, Jan. «The clerical response to a totalitarian political religion: La Civiltà Cattolica and Italian fascism». En: *Journal of Contemporary History*, 2011; 46(2): 245-270.

NORMAN, E. Herbert. «Militarists in the Japanese State». En: *Pacific Affairs*, 1943; 16(4): 475-481.

ORTEGA Y GASSET, José. *La rebelión de las masas [1930].* Madrid: Ed. Thomas Mermall, Castalia, 2004.

OVERY, Richard. *The bombing war. Europe 1939-1945*. Londres: Penguin, 2014.

OZOLS, Charles. «Russia, Germany, and the Baltic States». En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1931-1939), 1934; 13(4): 558-560.

PAGÈS I BLANC, Pelai. «Marty, Vidal, Kleber y el Komintern. Informes y confidencias de la dirección política de las Brigadas Internacionales». En: *Ebre 38*, 2003; 1: 11-26.

PANIAGUA FUENTES, Javier. *Anarquistas y socialistas.* Madrid: Cambio 16, 1989.

PARK, Young. *Korea and the imperialists: in search of a national identity.* Bloomington (EE. UU.): AuthorHouse, 2009. p. 41-42.

PAYNE, Stanley G. «Political violence during the Spanish Second Republic». En: *Journal of Contemporary History*, 1990; 25(2/3): 269-288.

PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos. *Historia de las Relaciones Internacionales.* Barcelona: Ariel, 2009.

PIKE, David: «Franco and the Axis Stigma». En: *Journal of Contemporary History,* 1982; 17(3): 369-407.

PRAZMOWSKA, Anita. «Hitler and the origins of World War Two». En: MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 407-422.

PRESTON, Paul. «Spain's October Revolution and the rightist grasp for power». En: *Journal of Contemporary History*, 1975; 10(4): 555-578.

—, *La Guerra Civil española.* Barcelona: Debolsillo, 2003.

—, *We saw Spain die. Foreign correspondents in the Spanish Civil War.* Londres: Constable, 2008.

PROCACCI, Giovanna. «Italy: from interventionism to fascism, 1917-1919». En: *Journal of Contemporary History*, 1968; 3(4): 153-176.

PROCACCI, Giulano. *Historia general del siglo XX.* Barcelona: Crítica, 2001.

Quint, Howard. Reseña de: The Second International, 1889-1914, de Cole, G. H. En: *The American Historical Review*, 1956; 62(1): 98-99.

Raack, R. C. «Stalin's plans for World War Two Told by a high Comintern source». En: *Historical Journal*, 1995; 38(4): 1031-1036.

Reed, John. *Ten days that shook the world [1919]*. Londres: Penguin, 1977.

Rentola, Kimmo. «The Finnish communists and the winter war». En: *Journal of Contemporary History*, 1998; 33(4): 591-607.

Reynald-Querol, Marta. «Ethnicity, political systems, and civil wars». En: *The Journal of Conflict Resolution*, 2002; 46(1): 29-54.

Richards, Michael. «The Popular Front». En: Martel, Gordon*: A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 375-390.

Roberts, Geoffrey. «The soviet decision for a pact with nazi Germany». En: *Soviet Studies*, 1992; 44(1): 57-78.

Robledo, Ricardo. *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la Guerra Civil española.* Madrid: Crítica, 2007.

Ruhm von Oppen, Beate. «Nazis and christians». En: *World Politics*, 1969; 21(3): 392-424.

Sakai, Tetsuya. «La concepción del orden mundial en el Japón de la entreguerra». En: *ISTOR. Revista de Historia Internacional*, 2005; 21: 51-67.

Saunders, Thomas. «The Jazz Age». En: Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 343-358.

Scott, Ben. «The origins of the Freikorps: a reevaluation». En: *University of Sussex Journal of Contemporary History*, 2000; 1.

Schumacher, Hermann. «The situation in the Ruhr». En: *The Economic Journal*, 1923; 33(130): 155-162.

See, Grant. UU.n. «The Politics and Organization of Physical Culture in the USSR during the 1920s». En: *The Slavonic and East European Review*, 2011; 89(3): 494-515.

Seerdof, Martin. «The Lloyd George Government and the Strickland report on the burning of Cork, 1920». En: *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, 1972; 4(2): 59-66.

Share, Michael. «Clash of worlds: The Comintern, British Hong Kong and Chinese nationalism, 1921-1927». En: *Europe-Asia Studies*, 2005; 57(4): 601-624.

SINIAWER, Eiko. «Liberalism Undone: Discourses on political violence in interwar Japan». En: *Modern Asian Studies*, 2011; 45(4): 973-1002.

SLAUGHTER, Gertrude. «Venice at war». En: *The North American Review*, 1918; 208(757): 896-907.

—, «The answer from Italy». En: *North American Review,* 1919; 209(760): 380-390.

SMITH, Steve. «Comment on Kershaw». En: *Contemporary European History*, 2005; 14(1): 124-130.

SOMMERVILLE, Brehon. «The teacher's job in total war». En: *The Mathematics Teacher*, 1942; 35(7): 327-330.

SOUTO KUSTRIN, Sandra. *Paso a la juventud.* Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2013.

SPANIER, John. Reseña de: The politics of hysteria: the sources of 20th century conflict, de STILLMAN, Edmund. En: *The Journal of Politics*, 1964; 26(4): 946-949.

SPEIER, Hans. «Class structure and Total War». En: *American Sociological Review*, 1939; 4(3): 370-380.

STEINER, Zara. *The lights that failed. European international history 1919-1933* [2005]. Oxford: Oxford University Press, 2007.

—, *The triumph of the dark. European international history 1933-1939* [2011]. Oxford: Oxford University Press, 2013.

STONE, David. «The first five-year plan and the geography of soviet defence industry». En: *Europe-Asia Studies*, 2005; 57(7): 1047-1063.

STORRY, Richard. *Japan and the decline of the West in Asia 1894-1943.* Londres: The Macmillan Press Ltd., 1979.

STROMBERG, Roland M. *Historia intelectual europea desde 1789.* Madrid: Debate, 1990.

TAYLOR, A. J. P. *The origins of the Second World War* [1961]. Londres: Penguin Books, 1991.

TEICH, Mikulas y PORTER, Roy. *Fin the siècle and its legacy.* Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

THATCHER, Ian. «Envisioning a new world order». En: MARTEL, Gordon. *A companion to international history 1900-2001*. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 143-154.

THOMAS, Hugh. *The Spanish Civil War [1961].* Londres: Penguin Books, 1990.

THOMAS, Martin. «Albert Sarraut, French colonial development, and the communist threat, 1919-

1930». En: *The Journal of Modern History*, 2005; 77(4): 917-955.

Thompson, David. «La evolución de la vida social». En: Mowat, Charles Lock. *Historia del mundo moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 8-17.

Tirado, Isabel. «The socialist youth movement in revolutionary Petrograd». En: *Russian Review*, 1987; 46(2): 135-155.

Todd, Frederick. «The knife and club in Trench Warfare, 1914-1918». En: *The Journal of the American Military History Foundation*, 1938; 2(3): 139-153.

Tombs, Isabelle. «The Sacco and Vanzetti of the USSR: an episode in the wartime history of international socialism». En: *Journal of Contemporary History*, 1988; 23(4): 531-549.

Tortella, Gabriel: «El significado histórico de la guerra del 14». En: *El País, 15/02/2014.* Disponible en: http://elpais.com/elpais/2014/01/28/opinion/1390938568_535081.html

Totman, Conrad. *A history of Japan.* Massachussets: Blackwell, 2000.

Toynbee, Arnold. «After Munich: the world outlook». En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1931-1939), 1939; 18(1): 1-28.

Travers, Tim. «The war in the Trenches». En: Martel, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 213-237.

Traverso, Enzo. *A sangre y a fuego. De la guerra civil europea* (1919-1945) [2007]. Valencia: PUV, 2009.

Tremlett, Giles. *Ghosts of Spain.* Londres: Faber and Faber, 2007.

Tyldesley, Mike. «The German youth movement and national socialism: some views from Britain». En: *Journal of Contemporary History*, 2006; 41(1): 21-34.

Utechin, S. V. Reseña de: Pattern for Soviet Youth: A Study of the Congresses of the Komsomol, 1918-1954, de FISHER, Ralph. En: *International Affairs* (Royal Institute of International Affairs 1944-), 1960 36, 2: 255-256.

Vadney, T. E. *The world since 1945* [1987]. Londres/Nueva York/Victoria/Toronto/Auckland: Penguin, 1998.

Valli, Roberta. «The myth of Squadrismo in the fascist regime». En: *Journal of Contemporary History*, 2000; 35(2): 131-150.

Vivarelli, Roberto. «Interpretations of the origins of fascism». En: *The Journal of Modern History*,

1991; 63(1): 29-43.

Vilar, Pierre. *La Guerra Civil española [1986]*. Barcelona: Crítica, 2006.

Viñas, Ángel. «La internacionalización de la Guerra Civil: el preludio de la mundial». En: Pereira Castañares, Juan Carlos. *Historia de las relaciones internacionales*. Barcelona: Ariel, 2009.

—, *Apuntes de la asignatura Guerra Civil española*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009-2010.

—, *La conspiración del general Franco y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada*. Barcelona: Crítica, 2011.

—, Charla-taller sobre la República, la Guerra Civil y el Franquismo. Impartida el 4 de junio del 2014 en la UCM.

Von Geldern, James. Reseña de: Youth in Revolutionary Russia: Enthusiasts, Bohemians, Delinquents, de Gorsuch, Anne. En: *Slavic Review*, 2002; 61(1): 166-167.

La Voz, 25 de junio del 1937.

Waddington, Lorna. «The anti-Komintern and nazi Anti-Bolshevik Propaganda in the 1930s». En: *Journal of Contemporary History*, 2007; 42(4): 573-594.

Walsh, Ben. *GCSE Modern World History. Second Edition*. [1996] Londres: John Murray, 2007.

Wanrooij, Bruno. «The rise and fall of Italian fascism as a generational revolt». En: *Journal of Contemporary History*, 1987; 22(3): 401-418.

Wardley, Peter. «The Economy». En Martel Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 98-116.

Warth, Robert. Reseña de: The Second International, 1889-1914 de JOLL, James. En: *The Journal of Modern History*, 1957; 29(2): 146.

Watson, Alexander. «Culture and combat in the western world, 1900-1945». En: *The Historical Journal*, 2008; 51(2): 529-546.

Watson, D. R. Reseña de: Les Premiers Communistes Français. Formation des Cadres et Bolchevisation de Tartakowsky, Danielle. En: *The English Historical Review*, 1983; 98(387): 465-466.

Weber, Eugen. *Francia, fin de siglo.* Madrid: Debate, 1989.

Webster, Andrew. «Internationalism». En: Martel, Gordon. *A companion to international history*

1900-2001. Malden (EE. UU.)/Oxford (GB)/Carlton (GB): Blackwell Publishing, 2010. p. 39-52.

Welch, David. «August 1914: public opinion and the crisis». En: MARTEL, Gordon. *A companion to Europe 1900-1945.* Malden (EE. UU.)/Carlton (Australia)/Oxford (GB): Blackwell, 2006. p. 197-212.

Willensky, Marcus. «Japan fascism revisited». En: *Stanford Journal of East Asian Affairs*, 2005; 5(1): 58-77.

Wippermann, Wolfgang. «The post-war German left and fascism». En: *Journal of Contemporary History*, 1976; 11(4): 185-219.

Wiskemann, Elizabeth. «Alemania, Italia y la Europa Oriental». En: Mowat, Charles Lock. *Historia del mundo moderno. XII Los grandes conflictos mundiales 1898-1945.* Barcelona: Ramón Sopena, 1980. p. 351-380.

Wohl, Robert. *The generation of 1914.* Cambridge: Harvard University Press, 1979.

Yllán Calderón, Esperanza. *El franquismo (1939-1975).* Madrid: Mare Nostrum, 2006.

Young, William. *German diplomatic relations 1871-1945. The Wilhemstrasse and the formulation of foreign policy*. Lincoln, NE: Iuniverse, 2006.

Zervos, Christian. «¿Quién construirá el palacio de las naciones de Ginebra?» [1928]. En: *3ZU: revista d'arquitectura*, 1993; 1: 62-77.

Web

Memorial Democratic de Catalunya. «Cataluña bombardeada. 75.º aniversario de los bombardeos a la población civil y a las infraestructuras catalanas». Disponible en: http://memorialdemocratic.gencat.cat/web/.content/21_catalunya_bombardejada/documents/expo_ [Consulta: 10 de enero de 2014]

The United Nations Office at Geneva «League of Nations Chronology» http://www.unog.ch/80256EDD006AC19C/%28httpPages%29/242056AEA671DEF780256EF OpenDocument

Agradecimientos

A mi familia, que me ha enseñado a leer, pero también a estremecerme con lo que leo.

A Rebecca Dodds, por mostrarme que la historia era una investigación detectivesca y no una ridícula memorización de datos.

A Ainhoa Campos, por trabajar codo con codo y por darme la idea de escribir este libro.

Al bar Catalina (Salamanca) y al Lizarrán de Moncloa (Madrid) por dar cobijo a mi actividad intelectual.

A todos aquellos a los que no pude llegar a tiempo con la publicación.



Óscar Sainz de la Maza

¿Quién ordenó a tres ninjas asesinar a la emperatriz de Corea en 1895? ¿Qué grandes empresarios decidieron financiar al Partido Nazi antes de que ganara las elecciones? ¿Por qué la Tercera Internacional acabó trabajando para frenar la revolución mundial, en vez de alimentarla?

La historia de la Europa contemporánea siempre estuvo plagada de preguntas. *Breve historia de entreguerras* no aspira a resolverlas todas, pero sí a contarle al lector aquellas que considera más importantes. Contárselas hasta el último detalle. Son, al fin y al cabo, la llave para comprender una época que marcó el siglo xx.

Su autor, Óscar Sainz de la Maza, hace pasear al lector por los entresijos de la Tercera Internacional, o fisgonear en los Consejos de la Sociedad de Naciones. Le hará ver de cerca los ímpetus de la juventud en los años treinta, y sentir los clamores de revolucionarios y nacionalistas. Este libro hará que descifre –y viva en primera persona– la historia de un período exótico, lejano y terrible.

Bienvenidos al mundo de entreguerras.

